VIOLETA REED

Los finales perfectos no existen













Grijalbo

VIOLETA REED

Los finales perfectos no existen

Grijalbo

Para todas esas personas que dudan
si perseguir sus sueños: no dejéis que nadie
os haga creer que no podéis conseguirlos.

Y para Adri y Tamm, que siempre me animaron
a perseguir el mío y que han estado
apoyándome desde el principio.
Os quiero

Drivin' the getaway car.
We were flyin', but we'd never get far
(don't pretend),
don't pretend it's such a mystery.
Think about the place where you first met me,
ridin' in a getaway car.
There were sirens in the beat of your heart (shoulda known),
shoulda known I'd be the first to leave.
Think about the place where you first met me.

«Getaway Car», Taylor Swift

I miss screaming and fighting and kissing in the rain.
It's 2AM and I'm cursing your name.
So in love that I acted insane,
and that's the way I loved you.
Breakin' down and coming undone.
It's a roller coaster kinda rush.
And I never knew I could feel that much,
and that's the way I loved you.

«The Way I Loved You» (Taylor's Version), Taylor Swift

La música es una constante en mi vida y ha sido una fuente de inspiración de esta historia, así que aquí os dejo la *playlist*.

Los finales perfectos no existen

Kate

«Cardigan» — Taylor Swift
«Eldest Daughter» — Taylor Swift
«All Too Well» (10 minute version) (Taylor's Version) — Taylor Swift
«The Fate of Ophelia» — Taylor Swift
«WHERE IS MY HUSBAND!» — RAYE
«Mary On A Cross» — Ghost
«There She Goes» — The La's
«You're So Vain» — Carly Simon
«Dreams» — The Cranberries
«New Romantics» — Taylor Swift
«Sue Me» — Audrey Hobert
«Daylight» — Taylor Swift

Ben

«I Was Made For Lovin' You» — YUNGBLUD
«Mr Electric Blue» — Benson Boone
«It'll be Okay» — Shawn Mendes
«Girl Crush» (Recorded at Metropolis Studios, London) — Harry Styles
«I Want You Back» — The Jackson 5
«Love You Like the Movies» — Anthem Lights
«Stop Crying Your Heart Out» — Oasis

«Don’t Forget Me» — Imagine Dragons
«Blessings» — Hollow Coves
«All Too Well» — Jake Scott
«I Wanna Be Yours» — Arctic Monkeys
«Thunderstruck» — AC/DC
«The Boys Are Back In Town» — Thin Lizzy
«I’m Just Ken» — Ryan Gosling

Los dos

«Getaway Car» — Taylor Swift
«My Heart Will Go On» — Céline Dion
«Exile» — Taylor Swift ft. Bon Iver
«August» — Taylor Swift
«The Way I Loved You» (Taylor’s Version) — Taylor Swift
«i like the way you kiss me» — Artemas
«The Night We Met» — Lord Huron
«Epilogue» — Justin Hurwitz
«I miss you, I’m sorry» — Gracie Abrams
«You Got It» — Roy Orbison

Prólogo

Ben

Esta historia de amor empieza donde acaban todas las demás…

Con una petición de divorcio.

1

Ben

—Anoche hubo soldado caído —le dije a Logan por teléfono.

—¿Cómo dices? —Mi mejor amigo sonaba confundido desde el otro lado de la línea.

Lo intenté con otras palabras:

—Que anoche el soldado recibió visita y no se puso firme.

—Ben, ¿de verdad me has llamado a las ocho y media de la mañana para hablar de tu polla? —se quejó.

—¡Shhh! ¡Baja la voz! ¡No quiero que tu novia se entere de mi problemilla! —Me apoyé en la encimera de la cocina y resoplé—. Y claro que te he llamado para hablarlo. Es la primera vez que me pasa… Esto es grave, tío. ¿Te das cuenta de que podría tener disfunción eréctil?

Logan soltó una carcajada estruendosa con la que casi me dejó sordo.

—Deja de decir tonterías. No tienes disfunción eréctil porque anoche no te empalmaras con Britney o con quienquiera que metieras en tu cama. No te rayes, tío.

Britney era una de las mujeres con las que me acostaba. Como cada domingo, la noche anterior se había presentado en mi casa y se había quitado el sujetador, pero esa vez… nada.

—¿Que no me raye? —Alcé la voz sin querer—. Logan, una mujer me puso las tetas en la cara y mi polla no reaccionó. Es preocupante

de cojones.

—Nunca mejor dicho —contestó él entre risas.

—A mí no me hace gracia. ¿Debería ir a urgencias? En internet recomiendan que, si no te empalmas, vayas al médico. Igual no me está llegando la sangre suficiente y estoy perdiendo segundos vitales para salvarla.

—No vayas al hospital por esto. Si fuese algo recurrente, vale, pero es la primera vez que te pasa. Además, en el peor de los casos, siempre puedes recurrir a la pastilla azul.

—No quiero tomar nada para echar un polvo. Solo tengo treinta y un años, joder.

—Es broma…

Respiré hondo. A continuación, cogí la taza de la encimera y le di un sorbo al café.

Logan era uno de mis mejores amigos desde la universidad. Confesar en voz alta que eres incapaz de tener una erección es demasiado humillante como para contarlo a la ligera. Él era el único con el que me atrevía a tener aquella conversación.

—¿A ti te ha pasado? —le pregunté tras darle otro sorbo al café.

—Nunca.

—¡Joder! ¿Lo ves? —Solté la taza, me pasé la mano por el pelo y resoplé.

—¿Por qué no le preguntas a Chris? A lo mejor a él sí.

Chris era otro de nuestros mejores amigos.

—¡Qué buena idea! —ironicé—. Mejor, ¿por qué no lo cuento el sábado en directo? Así puede enterarse el país entero.

Logan volvió a partirse de risa.

—Mmm…, ahora que lo dices, igual te ha pasado porque estás nervioso por presentar el programa.

Tras ocho años siendo guionista en *Saturday Late Night*, uno de

los programas de entretenimiento más famosos que se grababan en Nueva York, el sábado debutaría como presentador de la sección de noticias satíricas. Me ofrecieron la oportunidad tras la retirada de Jeremy Strong, el antiguo presentador. Llevaba esperando aquel momento desde que era pequeño. Por ello, acepté sin dudar. Aunque existía la presión de dar la talla delante de las cámaras y Jeremy había dejado unos zapatos gigantes que llenar, después de años soñando con subirme al escenario, estaba más emocionado que otra cosa.

—No… no estoy nervioso por presentar el programa —titubeé.

—¿Y por la entrevista? —siguió Logan—. Sale hoy, ¿no?

Ese día llegaría a los quioscos el número nuevo de la revista *Inquire*, donde mi cara aparecía en portada. Era la primera vez que me entrevistaban en un medio de tirada nacional.

—Qué va, estoy tranquilo. No dije nada censurable.

—No sé, Ben… —Mi amigo no parecía convencido—. Llevas unas semanas raro.

Cerré los ojos y me froté la frente. Sabía cuál sería su siguiente pregunta.

—¿Sigues rayado por Kate? —se aventuró.

Me encantaría responder que no, pero estaría mintiendo.

Kate era mi exnovia.

Llevaba trece años sin saber nada de ella. Todo cambió hace unas semanas cuando, en un giro de guion tan impactante como cuando en *El Imperio contraataca* descubres que Darth Vader es el padre de Luke Skywalker, me enteré de que Kate era mi mujer.

Una tarde, Logan vino a casa y me dio un sobre que había encontrado en la puerta. Al abrirlo, me quedé helado. Dentro había una petición de divorcio de parte de Kate. Por absurdo que parezca, hasta ese momento no sabía que estábamos legalmente casados.

Logan se quedó tan alucinado como yo. Él ni siquiera sabía que Kate existía. Estaba tan jodido tras la ruptura que cuando me mudé a Nueva York y conocí a mis amigos no les hablé de ella.

Para animar el ambiente, Logan sacó una botella de whisky del armario. Entre chupito y chupito, le resumí nuestra historia. Le conté que nos habíamos enamorado de adolescentes, que nos habíamos casado al cumplir los dieciocho y que rompimos al día siguiente de la boda.

Cuando estábamos borrachos, le confesé que no quería divorciarme. Al día siguiente, con una resaca monumental, guardé los papeles del divorcio en un cajón e intenté olvidarme del tema.

Desde entonces, apenas había pensado en otra cosa. Dormía de culo, estaba desconcentrado y ahora parecía que mi libido había caído en picado hasta desaparecer.

—Sé que no quieres hablar de ella —la voz preocupada de Logan me sacó de mis pensamientos—, pero, si cambias de opinión, estoy aquí.

En ese momento, sonó el timbre.

—Un segundo, tío —le pedí mientras arrastraba los pies hasta la entrada—. Acaban de llamar a la puerta.

Al abrir me quedé planchado, como si me hubiesen dado un mazazo en mitad del pecho. Por poco se me cayó el móvil.

«No puede ser. Es imposible. ¿Estoy soñando?».

En el pasillo había una versión adulta de la Kate de mis recuerdos.

Ella subió la mirada de mi pecho a la barba sin afeitar. Cuando nuestros ojos se encontraron, el mundo se quedó en pausa, como cuando en *Big Fish* Edward Bloom vio al amor de su vida por primera vez.

No me lo podía creer. La tenía al alcance de la mano. Quería

estirar el brazo y tocarla, asegurarme de que no era producto de mi imaginación.

Sus ojos azules seguían siendo preciosos, almendrados y expresivos, pero ya no me observaban con cariño. Sus labios formaban una línea recta, que estaba lejos de la sonrisa cálida que me dejaba sin aliento cuando era adolescente. Tenía el pelo más corto. Ahora las ondas de color rubio oscuro le caían con gracia por encima del pecho. El maquillaje resaltaba sus facciones delicadas: llevaba algo de color en los pómulos, máscara de pestañas y los labios pintados de rosa.

Lucía una blusa de satén blanca metida por dentro de un pantalón de traje negro y unos zapatos a juego. Su aspecto era impecable, y el porte, firme. Con esa ropa de diseño parecía una ejecutiva exitosa.

«Está que te mueres de guapa», pensé.

Desvié la vista al lunar pequeño que tenía sobre el labio, en la parte izquierda del rostro. En el pasado, lo había besado cientos de veces.

—Kate… —susurré, sin creerme lo que veía.

—¡Lo sabía! —La voz de Logan me llegó como un eco lejano—. Evitas el tema, pero estás jodi…

Bajé el móvil y colgué.

—Buenos días —me saludó ella con un tono cortés.

Fui consciente de que estaba observándola como un pasmarote. Sacudí la cabeza y tragué saliva, intentando aparentar normalidad.

—Eh… Hola —respondí todavía atolondrado—. ¿Cómo estás? ¿Qué te trae por aquí? Cuánto tiempo…

—Sí. —Asintió—. Han pasado unos años desde la última vez que… hablamos.

—Trece años y dos meses —solté sin pensar.

Ella abrió mucho los ojos.

Efectivamente, llevaba la cuenta.

—¿Puedo pasar? —me preguntó—. Me gustaría hablar contigo. Solo será un momento.

—Claro. Por favor. —Me hice a un lado y le sostuve la puerta.

Cuando me sobrepasó, su perfume cítrico me llegó a la nariz y desbloqueó un millón de recuerdos. Kate comiendo palomitas de caramelo en el cine de verano, con una sonrisa enorme. Kate besándome después de escabullirse de casa en mitad de la noche. Y mi favorito: Kate con un vestido blanco de tirantes, mirándome enamorada, antes de casarse conmigo.

Sus tacones resonaron en el suelo de madera mientras se adentraba en mi apartamento. Cerré la puerta y me volteé para seguirla.

Al reparar en su culo redondo y respingón, mi cerebro cortocircuitó.

—Qué buen… —cuando me di cuenta de lo que estaba a punto de decir, rectifiqué al vuelo— día hace.

—¿Has dicho algo? —Kate se giró en mi dirección.

—Decía que hace un día buenísimo. —Me felicité por la respuesta rápida—. ¿No te parece?

Ella arrugó las cejas.

«Tío, está nublado».

Estábamos a mediados de octubre. Todavía no hacía un frío excesivo, pero aquella mañana el cielo había amanecido de color gris oscuro.

—Si tú lo dices… —Se encogió de hombros.

Le hice un gesto con la mano para invitarla a que continuase andando. Evité mirarle el culo para no soltar otra estupidez.

El recibidor desembocaba en una cocina abierta al salón. Los

espacios estaban divididos por una isla de mármol gris. Kate se detuvo frente a ella y dejó el bolso inmenso en uno de los taburetes. Sus ojos curiosos recorrieron el salón, desde los pósteres enmarcados de películas y series que adornaban las paredes, pasando por la mesa de póker que estaba en un rincón, hasta el ventanal con las vistas a Park Avenue.

Mientras me daba la espalda recogí a toda prisa las copas con restos de bebida aguada de la encimera y las dejé en el fregadero, tiré a la papelera la caja vacía de comida para llevar y guardé la botella de whisky en el armario. Por último, me peiné con la mano.

—Tienes una casa bonita —opinó en tono neutro.

—Gracias.

Nos observamos unos segundos.

«¡Espabila, tío! ¿Dónde están tus modales?».

—¿Quieres un café? Está recién hecho —ofrecí, y ella negó con la cabeza.

Me planté delante del frigorífico y lo abrí.

Mierda. Lo único que había eran botellines de cerveza, un par de pizzas precocinadas y poco más.

—También tengo agua, zumo y… manzanas.

—No quiero nada, gracias. —Abrió el bolso y sacó un sobre blanco—. Solo he venido a traerte los papeles del divorcio.

—Ah…

Me sentí un completo imbécil al no haber caído antes en que su visita se debería a eso. ¿Qué pensaba? ¿Que tendríamos un reencuentro pasional como en *El diario de Noah*?

—Te los envié el mes pasado —prosiguió mientras dejaba los papeles en la mesa—. Imagino que no llegaste a recibirlos…

De una zancada, me posicioné a su lado.

—¿Has venido desde Boston solo para darme los papeles en

mano? —pregunté atónito.

Ella levantó la cabeza para mirarme. Con los zapatos de tacón debía de rozar el metro setenta y cinco. Me llegaba a la línea de los ojos.

—Ahora vivo en la ciudad —respondió escueta.

—¿Desde cuándo? —La pregunta escapó de mi garganta en un tono estrangulado.

—Desde hace un tiempo.

¿Cuánto llevaba viviendo cerca de mí?

Kate me tendió un bolígrafo blanco, zanjando la conversación. Al cogerlo, nuestros dedos se rozaron por accidente. Me quedé paralizado al notar un hormigueo en la mano. Llevaba siglos sin sentir algo así. Ella entreabrió los labios, pero no dijo nada. Parecía tan descolocada como yo.

Observé su rostro y me puse algo nervioso. De cerca, las pecas que salpicaban su piel de porcelana se apreciaban a la perfección.

Tenía un millón de preguntas que hacerle. Lo último que sabía era que había estudiado Empresariales en Harvard para heredar el imperio familiar. Quería saber qué había sido de su vida, por qué se había mudado a Nueva York, si era feliz y si estaba viendo a alguien. Y no necesariamente en ese orden.

—Kate… —empecé con suavidad.

Ella retiró la mano de manera abrupta, llevándose el bolígrafo consigo, y lo dejó sobre los papeles.

—¿Te importaría firmar las tres copias, por favor? —preguntó con indiferencia y sin mirarme—. Una es para ti, otra es para mí y la tercera es para mi abogada.

Con un suspiro, cogí el bolígrafo. Ella ya había garabateado una firma elegante debajo de su nombre y apellido. Leí el documento por encima. Me distraje por la irrupción de una voz aguda y estridente

que canturreó:

—¡Bueeeeenoooos díííaaas!

«No. Me. Jodas».

Kate y yo nos volteamos a la par.

Britney estaba plantada delante del pasillo que llevaba a las habitaciones. Gracias al cielo se había vestido y parecía lista para marcharse. Su coleta pelirroja se balanceó de un lado a otro cuando se acercó a nosotros. Se detuvo a un par de pasos y le lanzó a Kate una mirada de reojo.

—Ben —Britney reclamó mi atención con una sonrisa—: ¿No vas a presentarme a tu amiga?

—Eh… —vacilé.

A mi lado, Kate se envaró.

—No soy su amiga —dijo en un tono afilado, alargando la mano hacia Britney. Parecía ofendida—. Soy Katherine. Su futura exmujer —agregó con un pelín de sarcasmo al estrecharle la palma—. Encantada de conocerte.

—¿Cómo? —Britney abrió los ojos de par en par y bajó el brazo. Acto seguido, giró el rostro en mi dirección, tan despacio como haría la niña de *El exorcista*—. ¡¿Estás casado?!

—No por mucho tiempo… —contesté con un asentimiento de cabeza.

Britney me fusiló con la mirada.

—¡Me dijiste que estabas soltero! —Gesticuló—. ¡Ahora entiendo por qué siempre insistes en que te avise antes de venir! ¡Es para hacerlo cuando tu mujer no está, ¿verdad?!

—Escucha, Britney. Esto no es lo que parece…

—¿Te crees que soy idiota? —Se volvió hacia Kate y rebajó el tono para decirle—: Lo siento mucho. No sabía que estaba casado. —Me miró asqueada—. ¡Eres un cerdo! ¡No vuelvas a escribirme!

Britney se dio la vuelta y salió de mi casa dando un portazo.

—De haber sabido que estabas preparando el desayuno a una de tus amiguitas habría venido en otro momento. —Kate pronunció la palabra «amiguitas» con retintín—. Espero no haber causado ningún problema. —Acabó la pulla con una sonrisa irónica.

En su voz no había ni rastro de amabilidad. Casi podía decirse que parecía más que encantada de haber interrumpido.

La Kate que conocía jamás daría esas contestaciones. ¿Qué más habría cambiado en ella? ¿Y qué cojones le podía responder a eso?

«Mira, cariño, no consigo empalmarme porque desde que me pediste el divorcio mi polla está de bajón».

Ni de coña le confesaría que estaba teniendo esa clase de problemas.

«Un momento…».

Caí en la cuenta de la información que Kate había revelado sin querer. Una de las preguntas que me había hecho la periodista de la revista era si alguien especial ocupaba mi corazón. Yo había respondido diciendo que no tenía novia, pero que sí tenía amigas a las que les preparaba el desayuno después de pasarlo bien por la noche. Su comentario evidenciaba que había leído el artículo.

—Vaya, vaya, ¿ya has leído la entrevista de *Inquire*? —le pregunté, mirando la hora en mi reloj de pulsera—. Debes de haber sido de las primeras en comprarla. Acaba de salir.

Un bonito rubor le coloreó las mejillas.

Kate soltó un resoplido.

—Solo he leído el titular… —se justificó a la defensiva.

Apartó la mirada y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, como solía hacer siempre que mentía.

Contuve la sonrisa, a la espera de que terminase la frase.

—Tu vida me da igual —puntualizó tras un instante.

«Ay, ay, ay, ¡qué mentirosilla es!».

—Sí. Está claro que te da igual.

Kate guardó silencio unos segundos.

—Se suponía que lo solucionaste… —acusó, sin poder contenerse.

Ladeé la cabeza sin entender a qué se refería.

—Me dijiste que habías hablado con el oficiante para que no registrase el matrimonio —reprochó—. Y hace unas semanas descubrí que estamos casados…

—Te prometo que estoy tan sorprendido como tú. El oficiante me aseguró que no registraría los papeles. Entiendo que debió de hacerlo…

—Estoy segura de ello…

Por el modo en el que fruncía los labios era obvio que no me creía. Señaló los papeles y se escondió en su caparazón, poniendo distancia emocional entre nosotros.

—Hay un pósit donde tienes que firmar —me informó con dureza —. En cuanto lo hagas, podremos seguir con nuestra vida como si este error no hubiese ocurrido.

La familiaridad de esas palabras me revolvió el estómago. Entonces, me asolaron los remordimientos. El peso de las disculpas no pronunciadas me cayó como una losa.

El instinto me pedía a gritos que no firmase el papel que nos separaría para siempre sin hablar antes con ella. Quería explicarle los motivos que me llevaron a romper la relación y disculparme por cómo actué. Además, necesitaba saber que la vida la había tratado bien y que era feliz sin mí. Me había convencido de ello para no llamarla en todos esos años.

Por la determinación de su expresión supe que no tenía nada que hacer en ese momento. Estaba enfadada y se negaría a

escucharme. Necesitaba ganar algo de tiempo para que se le pasase el cabreo.

Me la jugué diciendo:

—Lo siento, pero no puedo firmar el divorcio sin que lo lea mi equipo legal.

«*Spoiler*: no tengo equipo legal. La que revisa mis contratos es mi amiga Alexandra, que casualmente es abogada».

—Es un divorcio amistoso. No hace falta meter a los abogados en medio.

—Y, sin embargo, tú ya lo has hecho.

Kate apretó aún más los labios.

—Verás, todo el rollo este del papeleo se me da fatal —me excusé. A riesgo de quedar como un gilipollas añadí—: Estoy a punto de hacerme muy famoso. Solo quiero asegurarme de que no hay nada fuera de lo normal. Mi equipo lo revisará y te lo hará llegar lo antes posible.

—Esto es ridículo. —Me obsequió con una mirada severa—. No te estoy pidiendo nada.

Su actitud hostil y su cara de mosqueo deberían haberme puesto en alerta y haber activado mis ganas de discutir. En lugar de eso, mi cerebro le mandó una señal al apéndice que me colgaba entre las piernas, que, por fin, dio señales de vida.

«¡¡Aleluuuuya, aleluuuuya!!», canturreé internamente.

Sonreí de inmediato.

Kate arrugó las cejas.

—¿Por qué sonríes?

—Porque estás preciosa y me alegro muchísimo de verte —respondí con sinceridad.

Ella se envaró y volvió a enrojecer. Me apuntó con el dedo índice y dijo:

—Tienes tres días para firmar los papeles.

—Una duda: ¿hoy ya cuenta como el primero?

Kate entrecerró los ojos y me miró con una cara que interpreté como un «¿Tú eres tonto o qué?».

En lugar de responder, se dio la vuelta para largarse.

Los ojos se me fueron a su culo otra vez.

—¡Gracias por la visita! ¡Por cierto, yo también te he echado de menos! —exclamé, sin apartar la mirada de su trasero.

Kate salió del apartamento cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. Sin perder un segundo, me saqué el teléfono del bolsillo y llamé a Logan.

—¡Estoy curado! —exclamé con un tono teatral en cuanto descolgó—. ¡Mi polla funciona!

—¿Estás empalmado? ¡Qué asco, tío!

Logan colgó.

De pronto, estaba de buen humor.

Ahora solo tenía que encontrar la manera de volver a hablar con Kate.

2

Kate

Salí del apartamento de Ben hecha un manojo de sensaciones. Tenía el pulso acelerado y me temblaban las manos. Caminé por el pasillo lo más rápido que me permitieron los tacones. Necesitaba salir a la calle y respirar aire fresco.

Creía que las fotografías que había visto de Ben en la revista me habían preparado mentalmente para el reencuentro, pero no había sido así. Según había abierto la puerta, me había quedado paralizada.

Ben había cambiado. El chico esbelto y alargado que me rompió el corazón a los dieciocho había dado paso a un hombre de treinta y uno, de hombros anchos y presencia magnética. Era más alto de lo que recordaba. De adolescente ya era guapo, con la sonrisa diabólica y la mirada juguetona. Ahora poseía el tipo de atractivo que acaparaba la atención. Los rasgos finos de la juventud se habían afilado. Su rostro tenía un aire más maduro, con las facciones firmes y marcadas, la barba de varios días y los ojos verdes oliva rodeados por líneas suaves de expresión. Llevaba el cabello castaño oscuro desordenado, algo más corto por los lados que por la parte superior. Parecía despeinado a propósito, lo que le daba un aspecto natural y desenfadado.

La sonrisa seguía siendo su rasgo más llamativo: amplia, siempre presente y torcida en un rictus divertido, como si estuviese riéndose

de algo por dentro.

«Estás preciosa y me alegro mucho de verte», me había soltado de buenas a primeras.

¿Qué clase de hombre tenía el valor de decirle eso a una mujer después de acostarse con otra?

«Uno al que no le importa nada ni nadie», me respondí.

Negué con la cabeza. Su actitud dejaba mucho que desear.

La mía tampoco había sido ejemplar. Pese a estar acostumbrada a aguantar la compostura, con Ben había perdido las formas en un momento y, para rematar, me había marchado dando un portazo, igual que Britney.

El sonido de una puerta abriéndose detrás de mí rompió la quietud del pasillo.

—¡Kate, espera!

La voz de Ben sonaba grave y rasgada.

Oí sus pasos aproximarse. De pronto, me sudaban las manos. Con discreción, me las limpié en el pantalón de pinzas. Enderecé la espalda y saqué pecho, adoptando una postura que transmitía confianza en mí misma y que había aprendido de una charla TED. Por último, alcé el mentón y giré sobre los talones.

Ben se había detenido cerca de mí. Sus ojos recorrieron mi rostro como una caricia suave.

—¿Qué necesitas? —le pregunté en el tono más impasible que pude, ignorando el revuelo que había armado en mi interior.

—Te has olvidado el bolígrafo. —Alargó el brazo para devolvérmelo.

—Quédatelo.

No quería arriesgarme a volver a rozarle.

—Tiene tus iniciales grabadas —insistió.

El bolígrafo blanco que sostenía era un Montblanc. Tenía

acabados en oro rosa y pertenecía a una edición limitada. Mis iniciales grabadas en una cursiva fina y sofisticada adornaban el capuchón. Fue el regalo que me hizo mi padre por mi treinta cumpleaños.

—No importa —contesté cortante, sin dejar de mirarlo a los ojos.

Las puertas del ascensor se abrieron, salvándome del momento. Me adentré y presioné el botón de la planta baja.

—¿Sabes qué? —se apresuró a decir—. Me lo voy a quedar. Así tendré una excusa para volver a verte —terminó con una sonrisa encantadora.

Apreté los puños con fuerza.

De adolescente, me enamoré de él a una velocidad de vértigo. Me negaba a que esa sonrisa me embaucase otra vez.

—Úsalo para firmar el divorcio —añadí mordaz, dejándome arrastrar por el resentimiento acumulado.

—Hablamos pronto —alcancé a oír antes de que las puertas se cerrasen por completo.

En cuanto el ascensor comenzó a moverse, me masajeé las sienes para liberar tensión. Una mirada y una sonrisa no podían afectarme tanto.

Al salir a la calle, la brisa otoñal de Nueva York me golpeó el rostro. El cielo seguía cubierto de nubes oscuras. El ruido era incesante: se oían los motores de los vehículos, los cláxones y las sirenas. Me encaminé al coche negro que aguardaba junto a la acera. Abrí la puerta trasera y me acomodé en el asiento de cuero.

—Gracias por esperar, Robert —le dije al chófer al cerrar.

—De nada, señorita Morgan. —Él asintió, observándome a través del retrovisor interior—. Llegaremos a su oficina en unos quince minutos.

—Perfecto, gracias.

Me abroché el cinturón de seguridad y me volví hacia la izquierda, donde mi prometido aguardaba sentado. Preston y yo compartimos una mirada significativa. Negué con la cabeza, contestando a su pregunta muda. Él estiró el brazo y me dio un apretón en la mano. Luego, se dirigió al conductor:

—Robert, discúlpanos un momento, por favor.

—Por supuesto, señor Chambers.

Preston pulsó el botón que subía el separador que había entre nuestro asiento y el del chófer. Las únicas personas de mi entorno que estaban al tanto del matrimonio con Ben eran Julia, mi abogada, y Preston, mi prometido. Ambos eran mis mejores amigos desde la universidad: Julia fue mi compañera de habitación en Harvard; a Preston lo vi por primera vez en clase de álgebra.

—¿No lo ha firmado? —adivinó Preston.

—No. Quiere que su equipo legal lo revise. Ha usado la excusa de que va a hacerse famoso… —resoplé incrédula.

—Bueno, no me parece descabellado. Nosotros haríamos lo mismo. Y diría que algo famoso sí va a hacerse. Sale en la portada de la revista *Inquire*, está a punto de presentar uno de los programas más vistos de la televisión y, según he leído aquí —le dio un toquecito a la revista que descansaba sobre su regazo—, es jefe de guionistas desde hace años. Su trayectoria es asombrosa.

Aunque eso fuese verdad, no me importaba.

—Pres, no estoy pidiéndole el mundo —me quejé—. Podría haber firmado el divorcio y ahorrarnos tiempo a todos.

—Y por eso mismo puedes quedarte tranquila. Su equipo no encontrará nada fuera de lo común y lo firmará.

Necesitaba creer esas palabras.

Preston cogió un vaso de cartón del portavasos y me lo ofreció:

—Ten, te he comprado tu café favorito mientras te esperaba.

—Gracias.

Tras darle un sorbo a la bebida de calabaza, eché un vistazo por la ventanilla. Los escaparates estaban decorados con hojas amarillas, calabazas y esqueletos que daban la bienvenida al otoño.

—Yo estaría más nervioso por Julia —dijo Preston—. Te va a cortar la cabeza.

—Lo sé.

El día que Preston y yo fuimos a abrir el expediente matrimonial fue cuando me comunicaron que Ben y yo estábamos casados. Esa tarde, Julia redactó una petición de divorcio amistosa y se la envió por correo. Además, me pidió que me mantuviera al margen y que no contactase con Ben bajo ningún concepto. Había pasado un mes de aquello. En todo ese tiempo lo único que había obtenido por su parte había sido silencio. Algo que, teniendo en cuenta nuestro historial, tampoco me sorprendía. Esa mañana, al ver su cara sonriente en las revistas, decidí presentarme en su casa con la esperanza de agilizar el proceso. Quería divorciarme cuanto antes y continuar con mi vida. A Julia no le gustaría saber que me había saltado su indicación.

—¿Cómo estás? —me preguntó Preston con cautela.

—Bien —respondí sin mirarlo.

Me recogí el pelo detrás de la oreja.

—Tu cara no dice lo mismo.

Me volví hacia la izquierda y me encontré con sus ojos preocupados. Preston me conocía a la perfección.

—Estoy bien… —dije para convencerme casi más a mí misma—. Es solo que no he llegado en un buen momento. Ben estaba con una de sus… amiguitas. —Intenté no pronunciar la última palabra con retintín, pero me salió regular.

—¿En serio? ¿Y qué ha pasado?

—Me he presentado y ha habido un pequeño malentendido.

La sonrisa de Preston se hizo más grande.

—¿Qué clase de malentendido?

—Le he dicho a esa chica que soy la futura exmujer de Ben, y ha creído que lo he pillado siéndome infiel. Le ha llamado cerdo, me ha pedido disculpas y se ha marchado dando un portazo.

Mi amigo soltó una carcajada.

—¿Crees que he metido la pata?

—No. Solo has dicho la verdad. No sufras por ella —dijo, deduciendo mis pensamientos—. Si quiere recuperarla, le explicará lo sucedido y lo arreglarán. Debe tener una mujer para cada día de la semana. —Preston pasó las páginas de la revista hasta llegar a la entrevista—. Cito literal: «No soy de novias. Tengo amigas con las que salgo a cenar, lo paso bien y a la mañana siguiente les preparo el desayuno, pero nada serio. Las etiquetas no son lo mío». —Alzó la cabeza para mirarme con las cejas en alto y agregó con ironía—: Es todo un galán. Me asombra que en su primera entrevista haya reconocido tan abiertamente que tiene amigas con derechos.

A mí no me sorprendía. Ben no era como nosotros. El Ben que yo recordaba soltaba lo primero que le pasaba por la cabeza, no tenía pelos en la lengua y no le importaba lo que pensasen los demás sobre él. Imaginaba que por eso habría llegado a la cúspide del programa más políticamente incorrecto de la televisión.

—No me habías dicho que tu marido era tan fotogénico —apuntó Preston como quien no quiere la cosa, colocándose la revista delante del rostro.

En la portada, Ben posaba en lo que parecía ser el decorado de una oficina. Estaba recostado en una silla, con las manos entrelazadas por detrás de la cabeza y los pies encima de un escritorio. Vestía un pantalón de traje azul marino, una camisa

blanca con los primeros botones desabrochados y una corbata granate aflojada. En un lado podía leerse el titular: «Benjamin Sharp, el chico malo que se colará cada sábado en tu salón». Debajo, en letra más pequeña, aparecía una cita suya: «Mi trabajo es hacer reír a los espectadores. Ser guapo es mi mejor baza para subir la audiencia».

No cabía duda de que las fotografías del reportaje habían captado su atractivo.

—Medio país debe de estar suspirando por él —agregó mi amigo.

Contesté con un resoplido.

—Kate, ¿corre peligro nuestro compromiso falso? —lo preguntó de broma, pero vislumbré inquietud en sus ojos azules.

—Por supuesto que no.

—Entonces ¿por qué te has quitado el anillo de compromiso para ver a tu ex?

Maldije su capacidad de observación.

Había salido tan nerviosa del apartamento de Ben que había olvidado volver a ponerme el anillo. Lo saqué del bolso y me lo coloqué en el dedo anular.

—No sé por qué lo he hecho —reconocí, sin apartar los ojos del diamante brillante—. Me lo he quitado antes de que abriera la puerta y… —me mordí el labio y lo miré— puede que también me haya retocado el pintalabios en el ascensor.

Preston arqueó las cejas.

—No ha sido por lo que estás pensando —aseguré—. Quería verme bien para tener más confianza en mí misma. Nada más. Ben me hizo mucho daño. No volvería a acercarme a él ni aunque fuese el último hombre sobre la faz de la Tierra.

Había aprendido la lección por las malas. No tropezaría dos veces con la misma piedra.

—Tranquila, Katie. Es normal que quieras restregarle lo impresionante que estás.

Me guiñó un ojo y yo me reí.

Hasta hacía poco, Preston había sido el soltero más cotizado de la alta sociedad. Con los ojos azules y el pelo castaño claro pulcramente peinado se daba un aire a Nate Archibald. Su estilo era clásico y elegante: trajes hechos a medida, camisas de seda que resaltaban el color de su mirada y tirantes a juego con las corbatas. Era amable, educado y tan reservado que era un misterio para la mayoría. Muchas personas desearían ocupar mi lugar y ser ellas las afortunadas que se casasen con el apuesto hijo de la alcaldesa de Nueva York. Lo que no sabían era que no tenían nada que envidiarme porque nuestro matrimonio era de conveniencia.

De puertas para fuera, Preston y yo estábamos enamorados y felizmente comprometidos. Para guardar las apariencias nos habíamos mudado juntos a un ático lujoso en el Upper East Side.

Robert redujo la velocidad conforme nos aproximamos a las oficinas de Morgan Media, la empresa en la que trabajaba como productora y que pertenecía a mi familia.

—Esta tarde tenemos cita con la *wedding planner* —le recordé a Preston.

—Lo sé. En el salón del Cipriani. A las cinco.

Lo de contratar a una organizadora de bodas había sido idea de su madre. Si fuera por nosotros, nos casaríamos en el registro civil, sin invitados ni una celebración ostentosa, pero nuestras familias jamás nos permitirían hacer algo íntimo. Siendo hijos de quienes éramos, nuestro enlace sería uno de los acontecimientos sociales más esperados del año próximo.

Presioné el botón que bajaba el separador para despedirme de Robert. Cuando detuvo el vehículo, me incliné sobre el asiento para

besar la mejilla de Preston, siguiendo el teatro habitual.

—Te veo luego —le dije a mi prometido. Luego, me dirigí al conductor—: ¡Que tengas un buen día, Robert! Gracias por traerme.

—Igualmente, señorita Morgan.



Horas más tarde un portero uniformado me abrió la puerta del restaurante Saga. Tras dejar el abrigo en el guardarropa, el maître me acompañó hasta el reservado en el que cenaba cada semana con mi padre.

El salón era pequeño y acogedor. Las paredes, de color crema, exhibían varios cuadros de arte moderno; en el centro había una mesa rectangular con espacio para diez comensales. Mi padre ocupaba el asiento presidencial. Detrás de él, un ventanal amplio mostraba los rascacielos de Nueva York iluminados bajo el cielo nocturno. El ambiente olía a una mezcla de flores y madera.

—Buenas noches, papá. —Me agaché para depositar un beso en su mejilla.

Aquella noche vestía un traje gris perla con una corbata a juego.

—Buenas noches, hija.

Un camarero apareció de la nada y apartó la silla de terciopelo verde para que me sentase.

—Gracias. —Le sonreí al tomar asiento junto a mi padre.

—De nada, señorita. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—Agua, por favor.

—Mejor sírvale una copa de champán —respondió mi padre con su característico tono demandante.

El hombre cogió la botella que descansaba en el aparador de

madera y me llenó la copa. A continuación, nos explicó en qué consistía el menú de aquella noche.

—Yo tomaré el *filet mignon* —dijo mi padre.

—Para mí el rape en salsa verde, por favor —pedí yo.

—Perfecto. Enseguida se lo traigo. —El camarero asintió y se puso en marcha.

Cerró la puerta al salir y el murmullo de las conversaciones se apagó, dejándonos con la melodía suave de la música jazz.

—¿Estamos de celebración? —le pregunté a mi padre, antes de darle un sorbo a la copa.

—Así es. Tengo buenas noticias. Tras un año y medio de negociaciones, acabamos de cerrar un acuerdo para adquirir la NBS.

«No es posible».

Me quedé lívida. Sentí cómo se me cerraba la garganta. Durante unos segundos, a mis oídos solo llegó el ruido de mis latidos apresurados.

La NBS era una de las cadenas de televisión más importantes de Estados Unidos. Emitía algunos de los noticieros, ligas de deportes en exclusiva, *reality shows*, series y programas de entretenimiento más vistos.

Era la misma para la que trabajaba Ben.

Dejé la copa en la mesa y le regalé una sonrisa ensayada.

—¡Eso es genial, papá! —exclamé como si el pecho no se me acabase de hundir—. ¡Enhorabuena!

—Publicaremos un comunicado de prensa a lo largo del día de mañana —continuó, ignorando la felicitación—: Quería que fueses la primera en saberlo. He pensado que deberías ser tú quien lidere su plataforma de *streaming*. El contenido que quieres producir encajará mejor en su catálogo.

Desde hacía dos años era productora en la plataforma de

streaming de Morgan Media, la empresa de la que mi padre era dueño y director ejecutivo. Éramos conocidos por las películas y series dramáticas, históricas y policiacas. Yo soñaba con producir comedias románticas, pero cada vez que intentaba sacar adelante un proyecto que se saliese de esa línea, el director de contenido no me daba luz verde. Aunque el trabajo me gustaba, me frustraba que no me permitiesen sacar adelante las historias en las que creía.

La oferta que acababa de hacerme mi padre era su manera de mostrarme lo contento que estaba con que fuera a casarme con alguien de su agrado. En su día me había dejado claro que no conseguiría ascender ni producir lo que quisiera si no le demostraba que podía seguir y representar los valores tradicionales de la compañía.

—Confío en tu visión de negocio —prosiguió—. Ser directora de la plataforma será un buen entrenamiento para cuando tomes el relevo dentro de unos años.

—¿Qué pasa con el director actual? —le pregunté antes de hacerme ilusiones.

—El señor Miller ascenderá a consejero cuando la compra de la cadena se haga efectiva. Estos procesos llevan su tiempo, pero puedes empezar a trabajar ya con él. Hazle una visita para que te cuente qué estrategia de contenido siguen, que te presente a la plantilla y que te enseñe las oficinas.

—De acuerdo. Le diré a mi asistente que agende una reunión con él. Gracias por la oportunidad.

Mi padre asintió conforme y bebió de su copa.

El camarero apareció con la comanda y dejó un plato de *filet mignon* delante de cada uno de nosotros.

—¿No habías pedido pescado? —Mi padre arrugó el ceño.

—Sí…, pero no pasa nada. —Hice un gesto con la mano para

restarle importancia—. Puedo comer…

—Disculpe. —Se dirigió al camarero, que estaba a punto de salir —. Mi hija había pedido pescado. Cámbieselo.

—Lamento la confusión, señorita. —El hombre retrocedió sobre sus pasos y cogió el plato—. Es mi primer día —se justificó con cara de situación—. Ahora mismo se lo traigo.

—No se preocupe. —Sonreí apurada, con la esperanza de compensar el tono exigente de mi progenitor—. Muchísimas gracias. Muy amable.

No sabía dónde meterme.

El camarero se retiró y volvimos a quedarnos solos.

—El chico ese que conociste en Montauk va a presentar *Saturday Late Night* —comentó mi padre como si fuera algo irrelevante.

El estómago se me contrajo de manera desagradable. La última vez que hablamos de Ben fue el día que rompió conmigo, hacía trece años. Mi padre nunca apoyó la relación. Estaba convencido de que las intenciones de Ben no eran buenas. Desoí sus advertencias convencida de que me quería de verdad. Ben me dejó al día siguiente de habernos fugado para casarnos, poniéndome la excusa de que nos habíamos precipitado, y también me aseguró que no tenía que preocuparme, puesto que había hablado con el oficiante para que no registrase el matrimonio. Me sentí tan tonta y avergonzada por no haber escuchado a mi padre que le oculté que me había casado con él.

—Lo sé. Me he enterado por la prensa —respondí escueta.

—Jamás pensé que alguien como él llegaría tan lejos…

Bebí otro poco de champán. No sabía qué responder.

—Espero que no te suponga ningún problema —agregó pasados unos segundos.

Solté la copa y me limpié los labios con la servilleta de tela.

Intenté no demostrar emoción alguna cuando dije:

—Por supuesto que no. Ni siquiera me acordaba de él.

Me acomodé el pelo detrás de la oreja.

Los segundos que tardó mi padre en escrutarme se me hicieron eternos.

—Por cierto, Preston y yo estamos encantados con el salón del Cipriani. —Cambié de tema con la mayor naturalidad posible—. Es espectacular. Tiene capacidad para mil quinientos invitados…

—Hablando de eso, el señor Cheng y su mujer vendrán a la boda. Asegúrate de que los sienten cerca.

El señor Cheng era uno de sus compañeros de negocios. No me sorprendía que le hubiese invitado sin consultarme. La mayoría de los asistentes al enlace venían de compromisos que tenían tanto la familia de Preston como mi padre, e incluían políticos, directivos de empresas y socios de negocios.

—Claro, papá. —Forcé la sonrisa—. Hablaré con la organizadora de la boda para que lo tenga en cuenta cuando reparta las mesas.

—Estupendo.

Lo único en lo que pensé mientras apuraba la copa de champán era que ojalá Ben firmase los papeles del divorcio pronto. No podía permitirme que nuestro matrimonio llegase a oídos de mi padre. Y menos ahora que estaba tan cerca de cumplir mis propósitos laborales y producir el contenido que quería.

3

Ben

Abrí la puerta del restaurante asiático en el que habíamos quedado para cenar con nuestros amigos, y la sostuve para que Logan pasase. Según entré, me golpeó una ola de calor. De pronto, me sobraba la chaqueta.

El local era pequeño y ruidoso. Contaba con una barra y varias mesas de madera que estaban demasiado juntas y repletas de comensales. Había multitud de gatos de la suerte esparcidos por la barra, los farolillos rojos que colgaban del techo apenas iluminaban y el ambiente olía a comida frita.

Una camarera nos saludó desde el otro lado de la barra y nos pidió un momento con un gesto de la mano. Esperamos mientras anotaba un pedido que le estaban haciendo por teléfono.

—Buenas noches —nos saludó al colgar—. ¿Tenéis reserva?

Logan giró la cabeza para mirarme.

Interpreté su expresión interrogante como un «Has reservado, ¿verdad?».

A lo que yo respondí frunciendo el ceño, como diciendo: «¿No te encargabas tú?».

Logan negó con la cabeza y me lanzó una mirada acusadora. En ese momento recordé que había dicho que lo haría yo.

Puse mi mejor sonrisa y giré la cabeza, dispuesto a convencer a la mujer de que nos diese una mesa.

—Verá, mi amigo y yo somos un poco desastres… —Mi cara era la viva expresión de la inocencia—. Hoy es el primer día que nos juntamos todos y de la emoción se nos ha pasado reservar.

—Nuestra amiga Alexandra acaba de volver de luna de miel y le hace mucha ilusión probar este restaurante… —Logan me siguió el rollo.

—Se llevará una decepción enorme si tenemos que ir a otro sitio.

La mujer nos aguantó la mirada. Logan y yo le dedicamos un par de sonrisas angelicales.

—¿Cuántos sois? —nos preguntó pasados unos segundos.

—Cuatro —me apresuré a contestar.

—Los otros dos llegarán en cinco minutos —apuntó Logan—. Están en un atasco.

La camarera echó un vistazo por encima de mi hombro.

—Puedo juntaros las dos mesas del fondo —ofreció—. O si no tiene que ser aquí, en la barra.

—Nos quedamos con las mesas —le dije—. Muchas gracias.

—Acompañadme, por favor.

Cogió cuatro cartas plastificadas y abrió la marcha, avanzando entre las sillas ocupadas. Al llegar, dejó los menús sobre una de las mesas libres.

—No se preocupe —dije cuando hizo amago de juntarlas—. Nos encargamos nosotros.

Nos dedicó un asentimiento de cabeza y se retiró.

Después de juntar las mesas, me quité la cazadora y la colgué en el respaldo de la silla.

—Termina de contarme lo de Kate —pidió mi amigo cuando nos sentamos uno frente al otro.

—No hay mucho más que contar. He intentado devolverle el bolígrafo, pero no ha querido cogerlo. Me ha pedido que lo use para

firmar el divorcio.

Logan me observó preocupado.

—¿Y cómo estás?

—Bien… Si la hubieses visto, tío. —Sonreí—. Estaba preciosa. Me miraba como si quisiese darme una bofetada.

—¿Por qué me lo cuentas tan alegre?

—Porque dependiendo de la situación, y de cómo me lo pidiera, le dejaría dármela.

Logan soltó una carcajada.

—Tío, estás fatal. Hablando de eso… Tenía esto por casa.

Se volteó sobre el asiento, metió la mano en el bolsillo interior de su chupa y dejó un blu-ray de *Salvar al soldado Ryan* encima de la mesa. Sus ojos marrones brillaban con malicia.

—El soldado ya no necesita ser salvado. Se ha recuperado con la visita de Kate.

Mi amigo negó con la cabeza mientras se reía.

—¿La tienes? —me preguntó, refiriéndose a la película.

Asentí.

—Tengo todas las que ha dirigido Spielberg.

Logan volvió a guardarse la película en el bolsillo.

—Por curiosidad: ¿les vas a contar a estos que estás casado?

Hasta el momento, él era el único de mis amigos de Nueva York que sabía de la existencia de Kate.

—Sí. Me he traído una copia del divorcio para que Alexandra le eche un ojo.

—Van a flipar.

Unos minutos más tarde, Alexandra y Chris atravesaron la puerta del local. Levanté el brazo para llamar su atención y los saludé con una sonrisa. Ellos me devolvieron el gesto y se acercaron a la mesa. Logan y yo nos levantamos para recibirlos.

—¡Hola, chicos! —exclamó Alexandra al llegar a nuestra altura—. ¿Me habéis echado de menos?

—No te creas —respondió Logan en broma al abrazarla.

—Yo a vosotros menos, idiota —oí que contestaba ella.

—Christopher… —Separé los brazos para abrazar a mi amigo—. ¿Qué tal, tío? —Le di una palmada en la espalda—. ¡Me alegro de verte!

—Y yo a ti. Todo bien. ¿Qué tal tú?

—Mejor que nunca —dije al apartarme.

—Pero ¿qué ven mis ojos? —Alexandra se metió entre nosotros —. No serás Benjamin Sharp, el chico malo de la revista *Inquire*, ¿verdad?

—¿Ya la has visto? —Le rodeé los hombros con el brazo y le di un abrazo fugaz.

—Por supuesto. Me la he comprado en el aeropuerto, nada más aterrizar.

Volví a ocupar mi asiento. Chris se sentó a mi lado y Alexandra junto a Logan, en el lado opuesto de la mesa.

—Bueno, cuéntanos, ¿cómo ha ido la luna de miel? —le pregunté a Alexandra.

—De maravilla. —Suspiró encandilada—. Hawái es increíble. Los paisajes parecen sacados de una postal, hay gallos por todas partes y me he bañado con tortugas. ¿Habéis visto qué morena he vuelto? —terminó orgullosa.

Arqueé las cejas. Alexandra seguía tan pálida como cuando se casó hacía unas semanas.

—Se nota muchísimo —apunté medio en broma.

—No le hagas caso —le pidió Chris—. Se nota que estás más morena.

Ella puso una sonrisilla de satisfacción.

Alguien me dio un toque en el hombro.

—Perdona… —dijo una voz aguda y femenina a mi espalda.

Al voltearme, me topé con dos mujeres. Una era pelirroja y la otra morena. Rondarían mi edad.

—¿Podemos sacarnos una foto contigo? —me preguntó la del pelo oscuro, con un deje de emoción en la voz.

—Claro. —No pude evitar sonreír al levantarme. Era la primera vez que me pedían una foto.

—¡Genial, gracias!

Una se colocó a mi izquierda y la otra a mi derecha.

La morena estiró el brazo con el móvil en alto y nos apuntó con la cámara delantera. Me agaché para entrar en el plano y puse mi mejor sonrisa.

—¿Queréis que os la haga yo? —propuso Alexandra.

—¡Ay, vale, muchas gracias! —La chica le alcanzó el teléfono.

Mi amiga sacó varias fotos en vertical y alguna en horizontal.

—He hecho unas cuantas. —Alexandra le devolvió el móvil.

—Mil gracias —le contestó la chica. Se giró en mi dirección y añadió—: ¡Suerte el sábado!

—¡Estamos deseando ver el programa! —exclamó la pelirroja.

—Gracias. Espero que os guste. —Les dediqué una última sonrisa y me volví hacia la mesa.

—Es más alto de lo que pensaba —cuchicheó una de ellas.

—Y más guapo que en las fotos —contestó la otra mientras se alejaban.

Ensanché la sonrisa, encantado. Siempre es agradable oír a los demás decir lo bueno que estás.

—¡Acaban de pedirte una foto! —Alexandra me miró emocionada —. ¡Ya eres famoso de verdad!

Me encogí de hombros, restándole importancia. No quería

pensarlo mucho porque me daba vértigo.

—No entiendo que quieran hacerse fotos contigo —me vaciló Logan—. En persona no eres para tanto.

—A ti lo que te jode es que soy más guapo que tú —repuse con una sonrisa maliciosa.

La camarera se acercó a la mesa para tomarles nota de la bebida a los recién llegados. Cuando se fue, Alexandra plantó en la mesa un ejemplar de la revista.

—¿En serio te la has traído? —pregunté sorprendido.

—Por supuesto. —Sonrió ilusionada—. ¿Me la firmas, por favor?

—Claro. —Cogí el rotulador negro que me entregaba.

Ella me sacó un par de fotos mientras yo garabateaba una firma en la portada.

—Muchas gracias —me dijo—. Mi plan es venderla en el futuro, cuando se revalorice tu firma.

—Perfecto —le contesté divertido al devolvérsela—. Acuérdate de pagarme el cincuenta por ciento de los beneficios que saques por los derechos de imagen y eso.

—De eso nada, bonito. —Alexandra negó con el dedo índice—. La revista es de mi propiedad. Tú la has firmado de manera voluntaria. Eres una persona pública, al venderla no estoy explotando tus derechos de imagen, así que, legalmente, no tienes ningún derecho a cobrar ni a recibir un porcentaje.

—Cómo no… Ya salió la abogada sin escrúpulos en busca de su propio beneficio —comenté en tono burlón—. ¿Qué va a ser lo siguiente? ¿Vender mis trapos sucios en la televisión? ¿Deberíamos firmar un acuerdo de confidencialidad para que no puedas ir por los platós?

—Llegas tarde. Estoy negociando mi primera entrevista con *Good Morning America*. —Alexandra soltó una risita.

—Lo de los trapos sucios puedo hacerlo yo —metió baza Logan —. Después de haber vivido contigo tengo tantas anécdotas jugosas que no sabría ni por dónde empezar.

—¿Por qué no empiezas por la de las esposas y la cizalla? —le pinché—. Ah, no, que eso no me pasó a mí.

—¿Qué esposas? —preguntó Chris con curiosidad.

Logan me la devolvió diciendo:

—¿Recuerdas cuando te pillaron en pelotas en los pasillos del campus? Podría contarles esa.

Le dediqué una mueca burlona.

—Haciendo el paseo de la vergüenza desde la habitación de Tracy Addams, ni más ni menos —continuó.

—Me la pela que cuentes eso.

—¿Lo del *strip-póker* con las animadoras en el salón de actos también te la pela?

Nos reímos.

—Ben se pasó la mitad de la vida universitaria desnudo —apuntó Chris—. Y luego sacaba un sobresaliente en todo. Era increíble.

—Bueno, no nos desviemos del tema importante —dijo Logan entre risas—. ¿Podemos comentar la pose de la portada, por favor? Es tremenda. Con los pies encima de la mesa y los brazos detrás de la cabeza…, pareces un capullo al que le da igual todo.

Solté una carcajada y cogí el botellín de cerveza.

—Mi favorita es esta. —Alexandra colocó la revista en el centro de la mesa y señaló la fotografía en la que aparecía haciendo un castillo de naipes—. Me encanta la cara de concentración. Es la misma que pones cuando pierdes al póker.

Por sus expresiones divertidas sabía que estaban de coña.

—Yo creo que la sesión de fotos está genial —opinó Chris con la formalidad que le caracterizaba—. Sales muy elegante con el traje.

La corbata burdeos resalta tus ojos verdes.

—Gracias. ¿Qué me decís de esta? —Señalé la foto en la que se me veía pasándome la mano por la mata de pelo oscura.

—La miradita de tío intenso es un diez. —Logan se despeinó, tratando de imitarme.

—Así no se hace. El fotógrafo me dijo que quería un par de fotos serias y traté de poner cara de modelo. —Imité la pose de la revista, adoptando el gesto de tipo interesante.

Mis amigos se partieron de risa.

—Oye, Ben, ahora en serio: nos alegramos mucho por ti. Somos tus fans número uno. —Alexandra hizo un círculo con el dedo índice, abarcando la mesa—. No nos perderemos ni un solo programa.

Logan y Chris asintieron, dándole la razón.

Le di un sorbo a la cerveza para evitar contestar.

Ellos eran lo más cercano a una familia que tenía en aquella ciudad. Aunque no lo verbalizase, me importaba lo que pensasen de mí.

Los había conocido durante el primer año de universidad. Tardé un poco en unirme al grupo por la rivalidad que teníamos Logan y yo. Él pensó que yo era un payaso que necesitaba llamar la atención y yo creí que él era un niñato con pasta acostumbrado a salirse con la suya. Comenzamos a hablar en segundo, a raíz de un trabajo que nos tocó hacer juntos, y hasta hoy.

Pese a haber compartido asignaturas en Columbia, nuestras profesiones acabaron siendo dispares: Chris era gestor financiero; Alexandra, abogada; Logan, directivo de marketing, y yo, guionista.

—Gracias, chicos. —Sonreí, agradecido por el apoyo—. Hablando de eso, el sábado podéis venir a verme en directo si queréis. Se lo he dicho a mi madre también.

Ellos hablaron a la vez:

—¡Cuenta con mi espada! —exclamó Logan.

—Me apunto —secundó Chris.

—¡¡Qué ilusión!! —exclamó Alexandra—. ¿Me presentarás a Michelle Rodríguez? Soy fan suya.

Michelle Rodríguez era mi compañera y copresentadora de las noticias satíricas.

—Cuenta con ello —le contesté. Luego me dirigí al resto—: Genial. Os dejaré las invitaciones en la recepción del edificio Rockefeller.

—Tyler es superfan —me dijo Chris—. ¿Puede venir?

—Por supuesto. Hannah y Jim también son bienvenidos.

—Se lo comentaré a mi marido, pero trabaja en el restaurante —informó Alexandra.

—Yo iré solo. Hannah tiene una boda en Connecticut y se va todo el fin de semana —agregó Logan.

—Vale. Reservo cuatro invitaciones entonces. Ahora sed sinceros… ¿qué os ha parecido la entrevista?

Aguardé la respuesta con un nudo en el estómago.

—Está bien para que la gente te conozca. Me gusta el titular que han escogido. —Logan le pidió la revista a Alexandra y citó mis palabras—: «No me olvido de que soy un chico de pueblo».

—¡Es tu frase estrella! —siguió Alexandra con una sonrisa—. A mí me ha llegado al corazón la parte donde cuentas que veías el programa de pequeño con tu madre y que imitabas los *sketches* para hacerla reír.

—Leyendo tus respuestas es fácil hacerse a la idea de que eres gracioso y cercano —Chris tomó el relevo de la palabra—, y también lo que has trabajado para estar donde estás.

—Yo me he descojonado con que hayas dicho que tienes amigas a las que les preparas el desayuno —apuntó Logan.

—Siendo sincero, me esperaba una respuesta peor —replicó Chris.

—Cierto. —Le señalé con el botellín—. Podría haber dicho que no estoy enamorado, pero que me encanta dar cariño…

—A mí esa parte es la que menos me ha gustado. —La voz alegre de Alexandra se había transformado en una de desaprobación —. Cualquiera que lea la entrevista pensará que eres un mujeriego, que tienes problemas para comprometerte y que te acuestas con la primera que se te pone delante. Así no te echarás novia nunca.

—Cero novias. Ese es el plan. —Sonreí y le di otro trago al botellín.

Se suponía que era el único soltero del grupo. Chris y Alexandra se habían casado ese verano con sus respectivas parejas y Logan había vuelto con Hannah, una organizadora de bodas a la que conoció cuando trabajaba oponiéndose a enlaces.

Alexandra estaba deseando que me pillase por alguna tía. Creía que el amor me transformaría igual que a Ryan Gosling en *Crazy, Stupid, Love*, pero eso jamás sucedería.

El amor y las relaciones no eran para mí.

Yo ya tuve mi gran historia y sabía que no volvería a ocurrirme.

Desde hacía tiempo quedaba siempre con las mismas mujeres. Era más cómodo así. No tenía que perder tiempo ni energía en hacer *match* cada semana en las aplicaciones de citas. Además, evitaba posibles rechazos.

—¿No estás cansado del desfile de mujeres? —Alexandra meneó la cabeza con ímpetu y su coleta castaña se movió de un lado a otro —. ¿No quieres tener una conexión real con alguien y…, no sé, prepararle el desayuno, la comida y la cena a la misma persona?

—Eh…, ¿no?

—Entonces ¿tu plan es seguir con tus tres amantes de siempre?

—Mi amiga puso los ojos en blanco—. ¡Qué triste!

—Por Dios, Alex, no digas amantes —pedí horrorizado—. Suena a telenovela. Y ya no tengo tres. Britney me ha mandado a tomar por el culo esta mañana.

—¡Ja! ¡Me debéis diez pavos! —Alexandra colocó la mano bocarriba en mitad de la mesa—. Os dije que sería la primera en caer.

—¿Habíais apostado a que Britney me dejaría? —les pregunté atónito.

—No exactamente —respondió Logan—. La apuesta no era sobre si la dejarías tú o ella a ti, sino quién de las tres saldría de tu vida primero. Alexandra apostó por Britney; Chris, por Charlotte, y yo, por Janet.

Mis amigos sacaron diez dólares de sus carteras y los depositaron en la palma de Alexandra.

—¿Qué ha pasado con Britney? —se interesó Alexandra con una sonrisa astuta—. Déjame adivinar, ¿te ha preguntado qué sois y te ha entrado el pánico?

Logan y yo compartimos una mirada cómplice.

Teníamos una especie de conexión mental, como el profesor Charles Xavier y Magneto. Asentí de manera casi imperceptible a su pregunta muda. Había llegado el momento de abrir la Cámara de los Secretos.

—Britney ha descubierto que estoy casado —solté de sopetón—. Se ha enterado esta mañana cuando Kate se ha presentado en casa con los papeles del divorcio.

—¿Quién es Kate? —preguntó Chris.

—¿De qué hablas? —Alexandra me miró como si hubiese perdido la cabeza—. ¿Qué divorcio?

—El mío.

El silencio se extendió en la mesa durante tres segundos, que fueron los que tardaron Alexandra y Chris en reírse.

—Si quieres gastarnos una broma, busca algo más creíble, por favor —dijo Chris.

Me quedé serio.

—Os estoy diciendo la verdad.

—No me lo creo. Nos está vacilando. —Alexandra alternó la mirada entre Chris y Logan—. Como cuando dijo que su padre era el cantante de los Sex Pistols, que se había acostado con su madre en Las Vegas, o que Taylor Swift estaba detrás de mí en la tienda de vinilos.

—Sí. O como cuando fingió que se había rebanado el dedo con el cuchillo —siguió Chris—. Y resultó que había usado sangre falsa.

—Logan, ¿no piensas decir nada? —Alexandra entrecerró los ojos con suspicacia.

El interpelado guardó silencio.

Jamás me delataría ni revelaría nada que le hubiese contado en confianza.

—Logan sabe que es cierto —les informé—. Estaba conmigo cuando recibí los papeles del divorcio la primera vez.

—¿La primera vez? —Alexandra me miró extrañada.

—Sí. La segunda ha sido esta mañana cuando Kate me los ha traído en mano.

—No entiendo nada. —Chris seguía perplejo—. Desde que te conozco has dicho que no te interesaban las relaciones y que no te casarías ni borracho. Ni siquiera has tenido novia, y ahora ¿quieres que nos creamos que estás casado?

—Sé que estáis alucinando y lo entiendo, pero os prometo que es cierto. De hecho, Alexandra, quería pedirte que revisases el divorcio antes de firmarlo, por favor. —Metí la mano en el bolsillo

interno de la cazadora y saqué una de las copias que Kate había dejado en mi casa.

Alexandra cogió el papel que le tendía. Tras desdoblarlo, sus ojos lo escanearon a la velocidad de la luz.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó—. ¡¿Te casaste antes de conocernos y nunca nos lo has contado?! ¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde?

—¿Te casaste antes de ir a la universidad? —Esa vez fue Chris el que preguntó.

Estaban realmente impactados.

—Kate y yo nos casamos cuando teníamos dieciocho años en un casino de Atlantic City —me sinceré.

—Espera, espera, ¿en un casino? —Chris arrugó el ceño—. ¿Estabas borracho?

—No.

—¿Perdiste una apuesta? —Alexandra continuó buscando explicaciones—: ¡Ay, Ben! ¡¿La dejaste embarazada?! ¿Por eso te casaste a los dieciocho? ¿Tengo un sobrino perdido por ahí?

—No. Joder. No. Me casé con ella porque la quería, ¿vale? —perdí la paciencia e interrumpí su hilo de pensamiento—. Nadie nos obligó ni estábamos borrachos. Lo hicimos porque estábamos… enamorados. Ella tenía que volver a Boston al final del verano y yo me quedaría en el pueblo. No queríamos separarnos. Por eso nos fugamos y nos casamos —solté de carrerilla una versión abreviada de los hechos—. Rompimos a la mañana siguiente y yo pensé que había anulado el matrimonio…

—No me puedo creer que te casaras a los dieciocho y en trece años nunca haya salido esta conversación —dijo Alexandra con los labios apretados.

Me rasqué la barbilla y respiré hondo.

—Cuando os conocí no me apetecía hablar del tema. —Clavé la vista en el botellín de cerveza.

Le di un trago para evitar mirar a nadie. La incomodidad había aumentado en mi interior.

—Hace unas semanas recibí un sobre con el divorcio —continué —, y ahí descubrí que estábamos casados.

Chris me puso la mano en el hombro.

—¿Qué pasó para que rompierais al día siguiente? —me preguntó con un tono compasivo.

—Es una historia muy larga.

—Tenemos tiempo —dijo Alexandra—. Empieza por el principio y no te dejes nada.

4

Ben

Trece años antes. Abril.

—Coge una carta y no me la enseñes. —Mike extendió la baraja de póker delante de mi cara, como si fuese un abanico.

—Pronto empezamos esta noche con los truquitos de magia, señor Potter —bromeé, imitando el acento británico.

—¿Tienes algo mejor que hacer, tonto del culo?

—¿Algo mejor que aparcar coches un viernes por la noche? —repliqué sarcástico—. No, qué va.

Mike y yo estábamos matando el tiempo. Éramos aparcacoches en el Maidstone, el club de campo privado más exclusivo de los Hamptons. Durante las vacaciones los pueblos de la zona se llenaban de ricos elitistas. De día aparecían con sus atuendos deportivos ridículos, listos para jugar al golf o al tenis mientras hablaban de negocios. De noche se vestían de punta en blanco para asistir a galas benéficas, subastas de arte o al evento que se les ocurriese celebrar. Aquella noche recaudaban fondos para la preservación del medio ambiente. Trabajando ahí me había quedado clara una cosa: a los pijos les encantaba darse palmaditas en la espalda los unos a los otros para lavar sus conciencias.

—Venga, Ben, coge una carta —insistió mi mejor amigo.

Alargué la mano y saqué una al azar. Era el tres de picas. Me la pegué contra el pecho y lo miré como diciendo «¿Ahora qué?».

—Vuelve a colocarla en la baraja.

Hice lo que me pedía.

Él recogió las cartas con la misma habilidad que los crupieres de Las Vegas.

—Concéntrate en la carta —indicó mientras mezclaba el mazo a toda velocidad.

Se lanzó las cartas de una mano a otra, haciéndose el chulo. Se le daba tan bien que las cartas parecían prolongaciones de sus dedos.

—¿Estás practicando para impresionar a Lola más tarde? —me mofé.

Él solo sonrió.

—No me hables de mi amada, que me distraes… —dijo con un tono exagerado.

Se me escapó la risa.

Mike se había pasado media vida colgado por nuestra compañera de clase. Se pilló por ella en preescolar cuando le prestó sus pinturas. Llevaban saliendo de manera oficial hacía cosa de dos meses. Mi amigo estaba tan feliz que daba palmas con las orejas.

—¿A que tu carta es el tr…? —Mike se vio interrumpido por el rugido ensordecedor de un motor.

Volví la cabeza hacia la derecha. Un coche negro apareció por el final del camino de tierra, circulando a toda velocidad. Conforme se acercó, reconocí el Porsche Cayman de Rich Belmont. Haciendo honor a su nombre, Rich era un niño malcriado y un gilipollas de cuidado. Tras dos años trabajando en aquel club, detectaba a los pijos presuntuosos como él con una sola mirada. Ese espécimen era de los que presumían de vacaciones esquiando en los Alpes, de los que derrapaban con el coche para llamar la atención y de los que se creían superiores solo por haber nacido en una familia con pasta.

Al llegar a nuestra altura, Rich metió un frenazo con el que levantó una nube de polvo a su alrededor. En cuanto se bajó del coche, tuve delante a la versión adolescente del Ken de la Barbie. Rubio. Repeinado. Polo azul claro, pantalón blanco y mocasines espeluznantes.

Contuve la sonrisa cuando sus dos amigos se apearon del vehículo. Eran fotocopias de Rich. Juntos parecían sacados de un anuncio de Burberry.

Mike y yo nos turnábamos para aparcar los coches de los clientes. Esa vez me tocaba a mí.

—Buenas noches —los saludé, bajando las escaleras del porche.

En lugar de contestar, Rich me miró con la misma cara de asco que Lucius Malfoy a los Weasley. Estiré el brazo para coger las llaves de su flamante coche. El imbécil las soltó antes de tiempo y aterrizaron en el suelo. Apreté la mandíbula al oír las risas de sus secuaces.

—Ups. Lo siento —dijo con un tono falso.

Un silencio tenso se hizo entre nosotros.

Me mordí la lengua para no insultarle.

—No pasa nada, señor Belmont —contestó Mike por mí, en modo conciliador.

Me agaché y recogí las llaves. Cuando me incorporé, Rich sonreía satisfecho. Apreté el puño con tanta fuerza que me clavé las uñas en la palma. No era la primera vez que me trataban así y tampoco sería la última.

—Tened cuidado de no rayarlo —escupió al sobrepasarnos—. Es un regalo de mi padre.

—Descuide —contesté.

Mike y yo permanecimos callados hasta que Rich y sus amigotes se perdieron en el interior del club.

—Dame una razón para no estamparle el coche contra la verja —le pedí a Mike en un tono más brusco del que pretendía.

—Fácil. Si lo haces, te despedirán, Rich te denunciará y acabarás gastándote el dinero que has ahorrado para la universidad en indemnizarlo.

—Me la suda.

—No te la suda, Ben. Llevas años soñando con ir a Columbia.

Columbia tenía el mejor programa de improvisación de comedia. Por sus aulas habían pasado varios miembros del elenco de *Saturday Late Night*, el *show* cómico que veía desde que era pequeño con mi madre y del que me encantaría formar parte algún día. Esa universidad era mi pasaporte para salir del pueblo y convertirme en alguien.

Odiaba con todas mis fuerzas ser aparcacoches, pero necesitaba la pasta. Y a los ricos les encantaba alardear dejando buenas propinas. El mayor punto positivo era que coincidía con Mike en gran parte de los turnos.

—Estoy hasta los huevos de esta gente —le dije—. Siempre es lo mismo. O fingen que somos invisibles o nos tratan como a una mierda.

—Lo sé. —Mike me puso la mano en el hombro y me dio un apretón—. Aguanta unos meses más. Después te largarás a la universidad y dejarás esto atrás.

Respiré hondo, intentando calmarme.

—Venga, vamos a lo importante. —Mike cambió a un tono alegre para distraerme—. Por casualidad, ¿no será esta tu carta?

Me puso delante el tres de picas.

—Pero… ¿cómo leches lo has adivinado?

—Te he leído la mente.

—¿Ah, sí? A ver, ¿qué estoy pensando ahora?

Él se llevó los dedos a las sienes y entrecerró los ojos al mirarme, fingiendo concentrarse.

—Estás pensando en las ganas que tienes de darle un puñetazo a Rich.

Se me escapó una carcajada. Había dado en el clavo.

Me encaminé hacia el coche del susodicho. El reloj del salpicadero marcaba las nueve de la noche. Quedaban un par de horas para que terminase el evento y Mike y yo pudiéramos largarnos a la fiesta que daba Jessica Adams. Siempre organizaba algo para celebrar el comienzo de las vacaciones de primavera. Cerré los dedos alrededor del volante de cuero y arranqué.

—Voy a aprovechar que esto está tranquilo para cogerme el descanso —le informé a Mike cuando regresé de aparcar el Porsche.

Seguía mosqueado y necesitaba un cigarro.

—Dale. —Mi amigo me enseñó el pulgar en señal de aprobación.

Por imagen, no podía fumar en el puesto de trabajo. Así que solía escabullirme al embarcadero de la parte trasera del club.

El edificio, situado frente al mar, era gigante y de estilo costero, con paredes blancas y tejas grises. Un par de columnas robustas marcaban la entrada principal. En el tejado inclinado ondeaba al viento la bandera americana. A ambos lados se extendían explanadas de césped cuidado del campo de golf.

La madera crujió bajo mis pies cuando bordeé el edificio. El porche trasero estaba alumbrado por tiras de bombillas amarillentas. Me detuve en la zona menos iluminada. Delante de mí, las aguas oscuras del océano Atlántico reflejaban la luz plateada de la luna llena. La brisa me revolvió el pelo. Respiré el olor salado del mar. El ruido de la música llegaba amortiguado desde el interior del edificio y se entremezclaba con el vaivén de las olas.

Me encendí un cigarro y le di una calada profunda.

Estaba expulsando una bocanada de humo cuando oí una puerta corredera abrirse. De pronto, la música se oyó más alta. Tiré el cigarrillo al suelo y me apresuré a apagarlo con el pie. Luego pasé varias veces la mano por delante de mi cara, para borrar cualquier rastro de humo. Con el corazón latiendo a toda velocidad, me pegué a la pared del edificio para ocultarme en las sombras.

Pasados unos segundos, asomé la cabeza lo justo para ver a una chica salir al porche. Cerró la puerta con cuidado y caminó hasta el borde. Apoyó los antebrazos en la barandilla de madera y contempló la luna. La luz plateada caía sobre ella, iluminándola como un foco y convirtiéndola en la protagonista de la escena.

Era la primera vez que la veía. Las ondas rubias le caían hasta la mitad de la espalda. Llevaba un vestido elegante de color blanco que terminaba por encima de sus rodillas.

Se inclinó sobre la barandilla y mis ojos fueron a parar a su culo. Me llevé la mano al pecho. Era el culo más bonito que había visto en la vida. Redondo. Respingón. Ese culito sexy debía de tener poderes mágicos. Mirándolo, el enfado con Rich se me pasó de un plumazo.

La chica soltó entonces un suspiro sonoro y se frotó los brazos desnudos.

¿Qué hacía ahí sola? ¿Se aburría de la fiesta?

—¡No te tires! —exclamé, saliendo de mi escondite.

La desconocida se irguió de golpe. Luego se volteó en mi dirección y parpadeó sorprendida al verme. En cuanto nuestros ojos se encontraron, me quedé atrapado.

«Vaya, joder, sí que es guapa».

Su cara era preciosa y delicada, tenía los ojos grandes y almendrados, las cejas oscuras y la naricilla monísima y redonda.

Ella recorrió mi uniforme ridículo con la mirada. Por desgracia, me obligaban a ponerme un polo negro y un pantalón de vestir de

color claro. En noches como aquella, en las que hacía algo de frío, completaba el atuendo con una chaqueta oscura. La chica me observó con curiosidad y no con superioridad.

—Por aburrida que sea la fiesta, no te tires —dije en tono teatral, a la par que señalaba la barandilla.

Ella dudó unos segundos antes de responder con suavidad.

—No pensaba hacerlo.

—Menos mal. —Dejé caer los hombros, fingiendo alivio—. Si lo hicieras, tendría que saltar detrás para rescatarte, cosa que sería una putada gigantesca, porque estamos a mediados de abril y el agua del Atlántico está helada, ¿sabes? —Hice una pausa—. Y, en el hipotético caso de que hubiera una tabla ahí abajo, no cabríamos los dos y la verdad es que no tengo ganas de morir hoy, Rose.

Una sonrisa tímida asomó a sus labios.

—Siempre podemos compartir la tabla, Jack —contestó.

Sonreí, encantado de que hubiese pillado la referencia.

Ella desvió la vista al infinito, como si le diera vergüenza mirarme.

Estaba decidido a sacarle conversación. Abrí la boca al mismo tiempo que ella giraba la cabeza en mi dirección y, entonces, hablamos a la vez:

—¿Qué haces aquí fuera? —pregunté yo.

—Me sorprende que hayas visto *Titanic* —confesó ella.

—¿Qué? —Fruncí el ceño, haciéndome el ofendido—. Por supuesto que he visto *Titanic*. Es una de las películas que más premios ha ganado junto con *Ben-Hur*.

—Y *El retorno del rey*.

—Punto para Rose. —La señalé con el dedo índice.

—No me llamo Rose.

—¿Ah, no? ¿Y cómo te llamas?

—Kate.

—¿Winslet? —Se me escapó la risa.

Ella negó con la cabeza como toda respuesta.

Atraído como un mosquito hacia la luz, di un par de pasos hacia ella.

—Yo soy Sharp. Ben Sharp. —Alargué la mano y Kate me la estrechó con delicadeza.

Tenía la piel caliente y extremadamente suave.

—Lo has dicho igual que James Bond —observó al soltarme.

—¿Has visto alguna de sus pelis?

—Mmm…, alguna que otra, sí. *Licencia para matar*, *Muere otro día*, *Casino Royale*, *Quantum of Solace*…

—Vaya.

—¿Sorprendido?

—No más que tú.

La sonrisa tierna que me dedicó me dejó descolocado.

Kate tenía los ojos azules, la nariz y las mejillas salpicadas de pecas y un lunar diminuto encima del labio.

—Ahora que hemos hecho las presentaciones, ¿vas a contarme qué haces aquí sola? ¿Tan rollazo es la fiesta?

—Qué va. La fiesta está bien. Yo solo… —vaciló— necesitaba tomar un poco el aire. Dentro hace mucho calor —terminó, colocándose un mechón rubio detrás de la oreja.

—Vamos, que quieres largarte y no sabes cómo.

—De verdad que no es eso. —Ella volvió a jugar con su pelo.

—No estarás escapando de tu prometido malvado, ¿verdad, Rose?

Se tapó la boca con la mano y soltó una risita suave. Al oírla, me entraron unas ganas tremendas de sonreír.

—¿Estás obsesionado con *Titanic* o algo así? —preguntó

divertida.

—Con James Cameron, más bien. En una sola película el tío te planta una historia de amor, un falso documental, un clímax que dura una hora y pico, y un final perfecto.

—Estoy de acuerdo con todo, excepto con el final. Es de todo menos perfecto. Jack cabía en la tabla —comentó contrariada—. Cuando muere se te rompe el corazón en mil pedazos.

—¿No crees que precisamente su muerte hace que la peli sea memorable?

—No. No. No. —Negó con energía—. Después de todo lo que han pasado, los personajes merecían un final feliz.

—A mí el cierre me parece impresionante. Cuando Rose muere de mayor, y Jack y ella se reencuentran frente al reloj, las manecillas marcan las dos y veinte, que es la hora a la que se hundió el Titanic. —Me apoyé las manos en las sienes, abrí mucho los ojos e hice el gesto como de que me explotaba la cabeza—. James Cameron lo tenía todo pensado. Es un puto genio.

—No conocía el detalle del reloj…

—Tendrás que volver a verla. Todos los años hacen un ciclo de James Cameron en el cine de Montauk. Ponen *Titanic*, *Terminator* y *Avatar*.

—Esas no las he visto…

—¡No me jodas! —Me llevé la mano a la frente y negué con la cabeza—. Fingiré que no has dicho eso.

Kate me miró con cara de circunstancias.

—Soy más de clásicos —confesó.

—*Terminator* es un clásico y *Avatar* lo será en el futuro. Se estudiará en las universidades, estoy seguro.

—Creo que tenemos conceptos distintos de lo que es un clásico. Para mí lo es *Cuando Harry encontró a Sally*, *Desayuno con*

diamantes o *Atrapa a un ladrón*.

—No las he visto.

—Haré como que no has dicho eso —repitió mis palabras.

Volví a sonreír.

—¿Cuál es tu película favorita? —me interesé.

—No sé si puedo elegir solo una… —murmuró pensativa—. He visto muchas veces *La ventana indiscreta*. A mi madre le encantaba.

—¿Y a ti cuál te gusta?

Se encendió la luz del salón por el que ella había salido y ambos dimos un respingo.

—¿Kate? —dijo una voz nasal y masculina desde el interior—. ¿Estás ahí?

Ella me adelantó y se ocultó detrás de la pared de la esquina, como había hecho yo antes.

Fruncí el ceño extrañado.

—¿Qué me das si te libro de ese tío? —le pregunté a Kate en voz baja.

—Nada.

—¿Una cita? Podríamos ir al cine.

Ella se puso roja y no contestó.

Rich hizo acto de presencia abriendo la puerta corredera. Escaneó el porche y se dirigió a mí.

—Estoy buscando a una chica rubia. Lleva un vestido blanco. ¿La has visto?

—¿Te refieres a una chica guapísima, que tiene los ojos azules y un lunar encima del labio? —le pregunté.

—Justo. ¿Sabes dónde está? —Su tono se tornó esperanzado.

—Rich, Rich, Rich —dije con retintín, caminando hasta él—. La información no es gratis.

Él captó la indirecta al vuelo.

Con una sonrisa arrogante, sacó un billete de veinte dólares de la cartera y lo alargó en mi dirección.

Lo acepté de buena gana.

—La he visto asomarse hace dos minutos por el balcón del segundo piso —mentí con naturalidad a la par que me guardaba el billete en el bolsillo del pantalón—. El de la parte delantera.

Sin decir nada más, Rich se dio la vuelta y se marchó por donde había venido.

—De nada, gilipollas —musité entre dientes.

A continuación, me planté delante de Kate.

—Después de todo, sí que estás huyendo de un novio malvado, igual que Rose.

—Rich no es mi novio. Solo es… el hijo del socio nuevo de mi padre. Le acabo de conocer.

—Y no le soportas.

—Yo no he dicho eso.

—Tranquila, no hace falta. Te has escondido como si viniese Freddy Krueger.

Oí un silbido a lo lejos. Era la señal de Mike para que volviera a mi puesto porque, o bien había ajetreo, o bien nuestro jefe merodeaba por la zona.

—Tengo que volver al trabajo. —Señalé con el pulgar por encima del hombro.

—Yo también debería entrar. Encantada de conocerte, Ben.

—Igualmente.

Hice amago de irme, pero de pronto me sentí algo inquieto. ¿Debía pedirle el número de teléfono? ¿Cuáles eran las probabilidades de que me rechazase? No aguantaba al petardo de Rich, pero ¿tendría novio?

«Bah. A la mierda».

—Oye, Kate… —Ella se volvió para mirarme—. Mi amigo Mike y yo vamos a una fiesta más tarde. ¿Te apetece venir? —solté de carrerilla.

—Oh. —Apartó la mirada y jugueteó con un mechón de pelo.

Sus mejillas habían enrojecido ligeramente.

—Me encantaría, pero…

«Mierda. ¿Tiene novio?».

—Mañana tengo que madrugar para estudiar.

No me dio tiempo a asimilar el rechazo cuando una voz imponente y masculina se inmiscuyó entre nosotros.

—¡Aquí estás!

Me giré a la par que ella. En la puerta había un hombre trajeado. Rondaría los cincuenta años. Estaba tan estirado que parecía que tenía un palo metido por el culo. Me escaneó de arriba abajo, de aquella manera clasista que solo sabían hacer los ricos. Acostumbrado a ese tipo de escrutinio, ni me inmuté.

—Katherine, acompáñame —le dijo el hombre—. Quiero presentarte a un buen amigo.

—Claro, papá. —Ella asintió obediente—. Hasta luego, Ben.

—Nos vemos —contesté.

Se despidió con una sonrisa y me dio la espalda.

Antes de voltearse, su padre me dedicó una mirada severa que parecía decir: «Aléjate de mi hija».



—¿Por qué has tardado tanto? —me preguntó Mike con recelo cuando regresé a la parte delantera—. ¿No habrás estado dando de comer al perro ese otra vez?

—Se llama Oreo —le recordé.

—No deberías haberle puesto nombre, le cogerás cariño y te ganarás otra bronca del jefe. Ya te advirtió de que no alimentases a los perros callejeros, porque volvían.

—Estaba hablando con una chica guapísima —confesé.

Él me miró intrigado.

—¿Con quién?

Apoyé el codo sobre el mostrador de madera donde guardábamos las llaves de los coches y sonreí.

—Solo sé que se llama Kate. Cuando salga, te digo quién es.

Una hora más tarde, la puerta principal se abrió. La señora Wilson fue la primera en abandonar la fiesta. Siempre que aparecía, Mike y yo echábamos a suertes quién le devolvía el coche, porque era extremadamente generosa con las propinas.

—¡Piedra, papel, tijera! —canturreamos Mike y yo.

Mi amigo me enseñó el puño, sacando piedra, a la par que yo le mostré la mano estirada, sacando papel.

—¡Ja! ¡Gané! —exclamé contento.

Él chasqueó la lengua fastidiado.

Me agaché para abrir la puerta del estand de madera. Cogí las llaves del Rolls-Royce y me erguí.

—¡Buenas noches, señora Wilson! ¡Qué elegante la veo! —adulé cuando se detuvo a nuestro lado.

Aquella mujer sofisticada y refinada parecía de la edad de mi madre. Llevaba un vestido negro, largo hasta el suelo. La tela tenía piedrecitas incrustadas que formaban patrones de flores. No entendía de joyas, pero los pendientes en forma de lágrima y el collar de perlas tenían pinta de costar un ojo de la cara.

—Gracias, querido. —Ella me sonrió complacida—. Iba a quedarme en casa, pero habría sido una pena desperdiciar la

ocasión de estrenar este vestido.

—Claro que sí. ¿Lo ha pasado bien? —le preguntó Mike.

—Bueno, digamos que lo mejor de estos eventos es que terminan. He conseguido evitar a mi exmarido y a su jovencísima novia, considero la velada un éxito.

Mike y yo nos reímos.

Su tono era sarcástico, pero, por cómo hablaba siempre de su exmarido, era evidente que le había hecho daño.

—Enseguida le traigo el coche. —Salí disparado hacia el aparcamiento.

Cuando le devolví el vehículo, un momento después, la señora Wilson me dio un billete de cincuenta dólares.

—Muchas gracias. —Le sostuve la puerta y ella se sentó detrás del volante—. Si necesita que le haga algo al Mercedes de su exmarido, solo tiene que decírmelo.

Ella sonrió de manera escueta y dijo:

—Me guardo la oferta para la próxima.

—¡Que pase buena noche! —Cerré la puerta con cuidado.

A partir de ese instante, Mike y yo no paramos quietos.

Cuando la fiesta estaba a punto de finalizar, estaba devolviéndole el Audi R8 a un cliente y entonces la vi. Kate estaba en el porche delantero acompañada de su padre. Mike apareció conduciendo un Bentley.

Kate y su padre bajaron las escaleras para recuperar su vehículo.

Sentí un subidón de energía cuando ella me lanzó una mirada de reojo. Sus mejillas estaban sonrosadas. No le quité los ojos de encima mientras se subía al coche por el lado del copiloto. Cerró la puerta y, por fin, me miró. Me regaló una sonrisa y se despidió con la mano.

Me quedé ahí plantado mientras el coche se alejaba por el

camino de tierra. Mike me dio una palmada sonora en mitad de la espalda.

—Ni en tus mejores sueños, chaval —me dijo—. Katherine Morgan juega en una liga superior.

Lo miré interesado.

—¿Sabes quién es?

—Todo el mundo sabe quién es —continuó como si fuera una obviedad—. Es la hija de Arthur Morgan. El dueño de Morgan Media. Tienen varios periódicos y una cadena de televisión. Su familia es algo así como la realeza de los medios de comunicación.

«¡Hostia!».

Abrí los ojos sorprendido al caer en la cuenta.

—Entiendes por qué no tienes nada que hacer, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Mi padre solía decir que un hombre puede cambiar su estrella —contesté.

—Eso no lo decía tu padre. Lo has sacado de *Destino de caballero*. Ben, las chicas como ella jamás saldrían con un aparcacoches.

—¿Te apuestas algo?

5

Ben

Después de narrarles cómo conocí a Kate, seguí con cómo empezamos a salir y cómo nos fugamos a Atlantic City para casarnos. Pasé por la ruptura de puntillas: me comporté como un gilipollas y compartirlo dolía demasiado. Acabé el relato contándoles que, después de trece años sin saber nada de ella, Kate se había presentado en mi casa esa misma mañana con los papeles del divorcio.

Cuando me callé, el silencio reinó en la mesa durante un momento.

Me recosté en el respaldo de la silla y le di un trago largo a la cerveza. La única interrupción que tuve fue cuando la camarera nos trajo la cena. Mis amigos habían vaciado los platos mientras me escuchaban. Yo apenas había probado bocado. Remover el pasado me había cerrado el estómago.

—Hay una cosa que no entiendo… —Alexandra fue la primera en hablar—. Si estabais tan enamorados como para casaros, ¿por qué rompisteis al día siguiente?

«Uf. ¿Qué coño digo?».

Tras sopesarlo, opté por una verdad parcial.

—Por su padre… —respondí sin apartar los ojos del botellín de cerveza—. Cuando Arthur descubrió que nos habíamos fugado, se presentó en el hotel cabreado como un mono. Me abordó cuando

volvía solo a la habitación y me calentó la cabeza. Me dijo que su hija merecía algo mejor que un simple aparcacoches, que saliendo con ella estaba sentenciándola a llevar una vida mediocre y que la habían admitido en Harvard, cosa que yo no sabía, y que no quería ir por quedarse conmigo… Decía que el deber de Kate era ir a la universidad, y que si se quedaba en Montauk se arrepentiría. Estaba convencido de que acabaría dejándome cuando se diese cuenta de que un donnadie como yo no tenía nada que ofrecerle a una Morgan.

Sonreí con amargura. El resentimiento se abrió camino por mi pecho. En su día, esas palabras cargadas de menosprecio me atravesaron como flechas, haciéndome sentir como un fracasado. Las recordaba con la misma claridad que si las acabara de escuchar.

—Menudo clasista de mierda. —Logan frunció los labios y negó con la cabeza.

—Sí… —Chris le dio la razón.

Me tragué el nudo de culpabilidad que me oprimía la garganta. Si mis amigos habían reaccionado así sabiendo la mitad de la historia, no quería imaginar la cara de decepción que pondrían si les contaba la versión extendida, en la que yo la había cagado de manera espectacular.

Había pasado años convencido de que Arthur Morgan tenía razón, de que no era lo suficientemente bueno para Kate por no tener dinero, ni un apellido respetable ni la posibilidad de convertirme en alguien.

—Ay, Ben… —Alexandra me lanzó una mirada compasiva, intuyendo lo que me rondaba la cabeza.

—Bah. Es agua pasada. —Me encogí de hombros como si nada —. No os rayéis. Ahora me la suda lo que piense ese señor de mí, pero en su momento me hizo sentir como un lastre en la vida de

Kate.

Cogí aire de manera profunda.

—No sé si alguna vez llegué a contaros que no me admitieron en Columbia… —musité.

Ellos negaron con la cabeza y me observaron sorprendidos.

—Fue un palo gordo —continué—. Era la única universidad que había solicitado y no tenía un plan B.

Tragué saliva e hice una pausa.

—Arthur sabía lo importante que era aquello para mí. Me contó que había movido hilos y que gracias a él me habían preconcedido una beca. Lo único que tenía que hacer para que la plaza fuese mía era desaparecer de la vida de su hija.

Mis amigos lo comprendieron en el acto. Los había conocido en Columbia; no tuvieron que sumar dos más dos para entender qué había elegido.

—Kate era lo más importante para mí —proseguí—. No soportaba la idea de que acabase resentida conmigo por quedarse en Montauk y, a la vez, no tenía nada que ofrecerle. Sentí una presión enorme y acabé aceptando la oferta. En ese momento, decidí que iría a la universidad y que me esforzaría al máximo por convertirme en alguien importante, alguien que estuviese a la altura de Kate. Y que, cuando lo consiguiese, volvería a buscarla.

—¿Y Kate qué dijo? —Alexandra siguió con el interrogatorio.

Rehuí su mirada curiosa y me concentré en arrancar la etiqueta del botellín de cerveza.

—¿Ben…?

Cogí aire y, al soltarlo, confesé el resto del crimen:

—No llegamos a hablarlo. Yo solo… le mandé un mensaje diciéndole que nos habíamos precipitado al casarnos y que hablaría con el oficiante para que no registrase el matrimonio.

—¿La dejaste por mensaje? —Alexandra alzó la voz—. ¡Eres idiota, Ben! Le rompiste el corazón, es normal que esté enfadada.

Apreté los dientes. Algo dentro de mi pecho se comprimió.

—¿Crees que no lo sé? No es algo de lo que me sienta orgulloso, ¿vale? —contesté un poco a la defensiva—. Sé que no hice las cosas bien, pero supe que, si volvía a verla, no sería capaz de dejarla… Cuando me di cuenta de que la había cagado, la llamé para disculparme, pero había cambiado de número…

—Yo también lo habría hecho. —Alexandra no me dio tregua.

La culpabilidad de mi interior aumentó. En su día, creí que aquello era lo mejor. Contándole la verdad, la enfrentaría a su padre y ella se negaría a dejarme. No podía cargar sobre los hombros el peso de que Kate tomase una decisión impulsiva por mí.

—Pensáis que soy gilipollas, ¿no?

—Efectivamente, pero no es de ahora, viene de largo —bromeó Logan para relajar la tensión.

Chris me dio una palmada en el hombro.

Apuré lo que me quedaba de cerveza.

—Entonces… ¿en todos estos años no habéis hablado hasta hoy? —me preguntó Alexandra.

—Unos meses después de la ruptura fui a buscarla, pero ella ya había pasado página. Desde entonces no he vuelto a verla hasta esta mañana.

—¿Y cómo ha sido volver a verla después de tanto tiempo?

Me había hecho feliz verla. Kate había reaparecido envuelta en un halo de luz, como la madre de Kat en *Casper*, mientras sonaba de fondo un coro de música celestial, y yo me había quedado atontado mirándola, igual que el padre de Kat.

—Aún estoy procesándolo —me limité a decir, intentando restarle importancia.

—Yo también —añadió Chris—. Después de oírte decir que no te casarías ni muerto, resulta que fuiste el primero en hacerlo.

—Yo estoy flipando con que te casases con la heredera de Morgan Media, Benji —bromeó Logan—. A eso lo llamo yo dar el braguetazo.

Contuve la sonrisa y sacudí la cabeza.

—No puedo continuar con la conversación sin ponerle cara a Kate. —Alexandra sacó el móvil del bolso y tecleó algo en la pantalla —. ¡Ay, por favor! —exclamó pasados unos segundos—: ¡Es guapísima!

Logan se inclinó sobre el teléfono de mi amiga y asintió.

—¡Mirad qué mofletes más graciosos, son como dos melocotones redonditos! —continuó Alexandra.

Alargó el brazo para mostrarnos la fotografía a Chris y a mí.

Cogí el móvil y me lo acerqué a la cara. En la pantalla había una fotografía de medio cuerpo de Kate, posando en lo que parecía ser un estudio fotográfico. Sus ojos azules acapararon mi atención. Tenía una expresión serena. Sonreía lo justo para que se le marcasen los mofletes. Las ondas sueltas le caían hasta el pecho con elegancia. No había ni un pelo dorado fuera de su sitio. Llevaba una americana granate que le quedaba fenomenal. El fondo blanco estaba desenfocado. Era la típica imagen corporativa que pondrías en el apartado de empleados de una web.

Cuando levanté la cabeza, me topé con los ojos escrutadores de Alexandra. Le devolví el teléfono y me tiró otra pregunta:

—Entonces… ¿Kate es la razón por la que no has vuelto a salir con nadie?

Kate era la única mujer de la que me había enamorado. Tiempo después de haber roto, cuando me di cuenta de lo que había perdido, me quedé en la mierda absoluta. Me costó mucho tiempo

reponerme. Desde entonces, solo había tenido rollos sin compromiso.

Como la respuesta era evidente, respondí formulando otra pregunta:

—¿Adónde quieres ir a parar, Alex?

—Vas a intentar recuperarla, ¿no? —Sus ojos brillaban rebosantes de emoción.

Había pasado el día distraído, sin poder sacarme a Kate de la cabeza.

Quería hablar con ella, disculparme y saber qué tal la había tratado la vida. Una parte pequeña de mí no podía evitar preguntarse si existiría la posibilidad de arreglarlo.

Respiré hondo mientras asimilaba la realidad.

—No voy a intentar nada —contesté, negando con la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó ella.

—¿Por qué estás tan pesada?

—Porque nunca te he oído hablar así de una chica.

—Yo tampoco —coincidió Chris.

Logan se mantuvo al margen.

—Esto parece obra del universo. —Mi amiga adoptó una expresión soñadora.

—No empieces, por favor…

—Pediste que no registrasen tu matrimonio y ahora descubres que estáis casados. Es como si la vida te estuviese dando otra oportunidad de arreglarlo. ¡Qué emocionante!

—No hay nada que arreglar. Kate no quiere ni verme.

—¿Cómo lo sabes? ¿Se lo has preguntado?

—Alex, ¿eres consciente de que me ha dado tres días para firmar el divorcio?

—Mira, Ben, Kate podía haberte enviado los papeles por correo

certificado para asegurarse de que los recibes, incluso podía haberte mandado a su abogado. Sin embargo, ha preferido presentarse en tu casa. Por lo que nos has contado, se ha mosqueado cuando ha aparecido Britney y también se ha leído el artículo de la revista.

Le sostuve la mirada y no contesté.

—De acuerdo. Si no quieres recuperarla, entonces contéstame solo una pregunta —continuó—: ¿Por qué no firmaste el divorcio que te envió hace unas semanas?

—Porque lo guardé en un cajón y me olvidé de su existencia hasta esta mañana —mentí como un campeón—. Y, antes de que lo preguntes, no he firmado el que me ha traído hoy porque quería que lo revisases antes.

—¿Y qué quieres que revise exactamente? Es una petición amistosa. No te está pidiendo nada.

—Genial. Entonces ¿lo firmo y ya está?

—Si es lo que quieres, sí.

Abrí la boca para contestar justo cuando la camarera dejó en la mesa la cuenta junto a cuatro galletas de la fortuna.

—Muchas gracias. Estaba todo riquísimo —le agradecí con una sonrisa—. Invito yo —me dirigí a mis amigos—. Para celebrar que he salido en una revista.

Saqué un par de billetes de la cartera y los dejé dentro del libreto negro que contenía el recibo.

—Quédese el cambio —le dije a la mujer.

—Muchas gracias. —Ella lo recogió y volvió a dejarnos solos.

—Ya que has pagado, lo justo es que escojas tu fortuna el primero —propuso Alexandra.

Cogí una galleta al azar, rasgué el envoltorio dorado y la partí por la mitad. Me metí un trozo en la boca y mastiqué mientras leía el papelito que me había tocado.

Todos los finales son comienzos.

Fruncí el ceño desconcertado.

Logan soltó una carcajada estruendosa.

—¡Lo sabía! —exclamó encantado—. «Esta galleta te hace guapo» —leyó el mensaje de la suya—. ¡Por fin tengo la confirmación que necesitaba! Ya puedo irme a la cama tranquilo.

—¿De verdad pone eso en tu papel? —pregunté escéptico y él me lo mostró—. No me lo puto creo.

Me reí al ver que era verdad.

—La mía dice que hay buenas noticias en camino —nos informó Alexandra—. Espero que sea que por fin van a subirme el sueldo en el bufete. ¿Qué pone en las vuestras? —Nos miró intrigada a Chris y a mí.

—«Un rayo de sol te conducirá a tu nuevo hogar» —dijo Chris, con los ojos fijos en su nota.

—Curioso. —Alexandra le sonrió antes de desviar la mirada hacia mí—. ¿Y en la tuya?

—«Todos los finales son comienzos» —contesté mientras masticaba la otra mitad.

Ella ahogó una exclamación y se tapó la boca. Me miró con los ojos desorbitados y entonces exclamó:

—¡Ay, Ben! ¡Es una señal de que tienes que recuperar a Kate!

—¿Qué dices?

—«Todos los finales son comienzos» —repitió entusiasmada—. Piénsalo. El final se refiere al divorcio. A su vez, el divorcio es lo que ha traído a Kate de nuevo a tu vida, por lo que también puede ser el comienzo.

—No es una señal. Solo es un mensaje estúpido en una galleta.

—Mi abuela decía que todo pasa por algo —siguió ella—. Podías

haber elegido cualquier otra galleta de las que había en la mesa. ¿No te parece curioso que hayas cogido la que tenía ese mensaje?

—No, Alex. El mensaje tiene ese significado porque quieres dárselo. Claramente se refiere a que acaba mi carrera de guionista porque empieza la de presentador.

—Lo que tú digas, pero el mensaje ha llegado a ti cuando te he preguntado si quieres recuperar a Kate. No hay duda de que esto es obra del universo.

Negué con la cabeza.

—Si a un tío lo atropella un coche ahora en la calle, probablemente sea porque ha cruzado sin mirar y porque la gente en esta ciudad conduce de puto culo, no porque el universo haya intercedido. —Le llevé la contraria—. Igual que yo estoy aquí porque quería veros, no porque un puñado de señales me haya guiado hasta este restaurante para coger una galleta con un mensaje genérico.

Mi amiga soltó un suspiro y dijo:

—Yo lo único que te pido es que prestes atención a las señales. A la gente que las ignora le pasan cosas malas.

—Las únicas señales en las que creo son las de tráfico.

—Chicos, no quiero cortaros el rollo —intervino Logan—. Pero somos los últimos y la camarera está deseando que nos piremos.

Me guardé el papel de la galleta en el bolsillo y me levanté.

Cuando salimos del restaurante, comenzaba a chispear y se había levantado una brisa fría. Me subí la cremallera de la cazadora hasta arriba. Acto seguido, saqué el paquete de chicles de menta y me comí uno; me ayudaban a combatir las ganas de fumar.

Tras despedirnos de Chris y Alexandra, con la promesa de vernos el sábado en el plató, ellos enfilaron en dirección a la Sexta Avenida mientras Logan y yo arrancamos a andar en sentido contrario.

—Oye, tío… —comenzó cuando nos alejamos un poco—. No sé si recuerdas lo que dijiste la noche que recibiste el divorcio, pero repetiste varias veces que no querías firmarlo. Incluso bromeaste con abandonar el país para no tener que hacerlo…

—No deberías tener en cuenta las tonterías que suelto por la boca estando pedo.

—Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad…

No tenía claro todo lo que había largado aquella noche, pero sí recordaba haberle confesado que Kate era la única mujer a la que había amado.

—Lo que ha dicho antes Alexandra me ha dado que pensar…

—¿El qué? ¿La chorrada de las señales?

Un relámpago iluminó el cielo, seguido del estruendo de un trueno. Las farolas que alumbraban la calle parpadearon.

—Yo no creo en esas mierdas —puntualicé.

En cuanto terminé de pronunciar la frase, las farolas se apagaron.

«Hostia, menuda coincidencia».

—Es un corte eléctrico, ¿verdad? —Logan sonó dubitativo.

—Sí, claro, ¿qué va a ser si no?

Comenzó a llover con más intensidad. Logan y yo apresuramos nuestros pasos, iluminados por los faros de los coches.

—Entonces ¿quieres firmar el divorcio? —me preguntó.

Por lo general, no me sentía cómodo con nadie hablando de mis problemas, pero Logan era una de las pocas excepciones a la norma. Nos habíamos visto en la mierda absoluta y habíamos estado el uno para el otro en momentos muy jodidos de nuestras vidas.

—En realidad, da igual lo que yo quiera. No creo que tenga otra opción, así que lo firmaré al llegar a casa.

—Bueno, si necesitas cualquier cosa, llámame —me dijo cuando

llegamos a la esquina en la que nos separaríamos.

—Vale. Nos vemos el sábado, tío.

—Hasta el sábado.

Cuando llegué a casa, minutos después, estaba empapado.

Dejé un rastro de agua hasta la cocina. El bolígrafo de Kate seguía sobre la isla, junto a dos de las copias de los papeles del divorcio. Me saqué la tercera del bolsillo interno de la chaqueta. La extendí al lado para que se secase la humedad. Tras apartarme el pelo mojado de la frente, cogí el bolígrafo y pasé el pulgar por las iniciales grabadas del capuchón. Recordé lo que había dicho Kate horas antes:

«Hay un pósit donde tienes que firmar. En cuanto lo hagas, podremos seguir con nuestra vida como si este error no hubiese ocurrido».

La sensación incómoda regresó a mi pecho.

Me apoyé en la encimera y cogí el móvil del bolsillo trasero del pantalón. Eran las diez de la noche cuando marqué el número de la única persona que había conocido a Kate de joven.

—¡Pero si es el hombre del momento! —La voz alegre de Lola me llegó desde el otro lado de la línea.

La conocía de toda la vida. Nos hicimos amigos a raíz de que empezara a salir con Mike, durante el último año de instituto.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás? —le pregunté.

—Bien. ¿Y tú?

Me lancé a la piscina de cabeza:

—Kate se ha presentado en casa con el divorcio.

—Vaya, quién iba a imaginar que la estrategia de guardar los papeles en un cajón no funcionaría. —Su tono irónico me hizo sonreír.

—Ya… Me ha dado tres días para firmarlo y no sé qué hacer.

Quiero hablar con ella, pero han pasado trece años. Quizá ya no tiene sentido. Además, no estoy seguro de que a ella le apetezca…

—¿Qué es lo peor que puede pasar si lo intentas? ¿Que no quiera escucharte?

—Supongo.

—Yo voto por que lo intentes. Si Mike estuviese aquí, te diría lo mismo, y lo sabes.

—¿Tú crees?

—Ese hombre estuvo persiguiéndome desde preescolar. Jamás te aconsejaría que tiraras la toalla.

—En realidad, creo que Mike me diría que Kate juega en otra liga y que no me molestase en intentarlo, pero yo haría lo contrario.

La muerte repentina de Mike fue un palo para todos. Habían pasado un par de años y seguía echándolo de menos.

—¿Cómo está mi ahijado? —pregunté después de aclararme la garganta.

—Lleva un buen rato dormido. Hoy se le ha caído una paleta. Se ha metido en la cama contentísimo porque esta noche toca visita del Hada de los Dientes. Mira, te mando una foto.

Me aparté el teléfono de la oreja y puse el manos libres. En la imagen que me había enviado Lola, el pequeño Archie aparecía sonriendo, con el pelo oscuro revuelto y con un hueco donde debería ir la paleta derecha. Al verlo tan contento, me entró la risa.

—Madre mía, menudo estirón en un mes.

—Lo sé. Crece rapidísimo. Me gustaría congelar el tiempo y hacer que los días pasasen más despacio.

En un momento, me puso al día de cómo le iba a Archie en el colegio y a ella en el cine de Montauk. Luego se interesó por cómo estaba llevando yo los nervios del directo inminente.

—Por cierto, ¿quieres venir el sábado al programa? —le pregunté

—. Se lo he comentado a unos amigos y a mi madre.

—Me encantaría, pero no puedo llevarme a Archie. Te apoyaremos desde el sofá. El niño está deseando verte en la tele. ¿Vendrás el mes que viene de visita?

—Claro.

—Oye, Ben… Mike estaría muy orgulloso de ti.

Tragué saliva. De pronto, veía borroso.

Cuando colgamos, guardé los papeles del divorcio en un cajón y arrastré los pies hasta la ducha.

Tenía dos días más para decidir qué quería hacer.

6

Kate

Aquella mañana me costó unos minutos más de lo habitual salir de la cama. Había descansado poco. Tras el reencuentro con Ben del día anterior se me había removido todo y, al acostarme, repasé sin pretenderlo cada minuto que había pasado en su casa.

Rodé sobre el colchón hasta llegar al borde, planté los pies en el suelo de madera y caminé descalza hasta la ventana. Descorrí las cortinas, permitiendo que la luz suave del amanecer iluminase la estancia con timidez.

Luego me duché, me hice la rutina facial y me peiné mientras escuchaba el último episodio de *Rom-com Diaries*, un pódcast de cine romántico, en el que explicaban la importancia del vestido verde en la película *Expiación*.

Salí del baño envuelta en un albornoz blanco. Al entrar en el vestidor, me embriagó la fragancia fresca de las peonías del jarrón que reposaba sobre el alféizar de la ventana. El armario descubierto se extendía a ambos lados de la estancia, formado por estanterías y cajones blancos. En la parte superior colgaban los vestidos y las americanas alineadas; en los estantes inferiores guardaba el calzado. Al fondo, frente al ventanal, se encontraba el tocador, blanco y con un espejo dorado de estilo barroco encima.

Paseé la mirada por la ropa, decidiendo qué ponerme. Después de vestirme con un conjunto sobrio de Chanel de chaqueta y

pantalón de tiro alto en color crema, me senté en el taburete de terciopelo rosa que había frente al tocador. Cogí el frasco de Twilly de Hermès de la bandeja de mármol y me eché unas gotas en el cuello, detrás de las orejas y en las muñecas. Por último, me maquillé con sutileza: un toque de máscara de pestañas, corrector y rubor en los pómulos.

Tras calzarme mis Jimmy Choo favoritos, cogí el bolso y bajé las escaleras.

Encontré a Preston sentado frente a la mesa redonda del comedor, con la mirada clavada en el periódico. Delante de él se desplegaba un desayuno abundante. Había bollería, huevos revueltos y fruta cortada. El olor a café recién hecho inundaba el ambiente.

Mi amigo levantó la cabeza y me dio los buenos días con una sonrisa.

—Diane ha traído *croissants* de castañas y chocolate de la pastelería francesa que tanto te gusta —me informó.

Diane era la persona que nos ayudaba con la limpieza y la comida.

—¡Qué bien! —Me acomodé en la silla contigua a la suya—. ¿Dónde está? —Quería darle las gracias personalmente.

—Acaba de marcharse a hacer los recados. Tardará un rato en volver. —Preston le dio un sorbo a su café solo—. ¿Qué tal fue la cena con tu padre? —me preguntó al dejar la taza sobre el platillo.

Cuando volví a casa la noche anterior, él aún no había regresado. Lo oí subir las escaleras cerca de medianoche, mientras daba vueltas en la cama. Aunque Preston y yo compartíamos el apartamento, dormíamos en habitaciones separadas. Él usaba el cuarto de invitados, pese a que la mayoría de sus pertenencias estaban en el mío para guardar las apariencias.

—Bien. —Me extendí la servilleta de tela sobre el regazo—. Ha llegado a un acuerdo para comprar la NBS.

Preston me miró boquiabierto.

—¿No sabías nada?

Negué con la cabeza y cogí la jarra plateada.

—Hasta anoche, solo estaban al tanto un par de miembros de la junta directiva —expliqué, vertiendo el café en la taza—. Mañana se emitirá un comunicado de prensa.

Intercambié la jarra del café por la de la leche y agregué un poco a mi bebida.

—La empresa de tu familia va a adquirir la cadena en la que trabaja tu marido. Esto se pone cada vez más interesante —bromeó Preston.

—Para de decir «marido», por favor. —Corté un trozo de *croissant* con los cubiertos y suspiré—. Espero que Ben firme los papeles y que esto nunca llegue a oídos de mi padre.

—A mi madre le daría un infarto si descubriera que voy a casarme con una futura divorciada.

Se me escapó la risa.

Para la madre de Preston, nuestra boda era una herramienta más en la promoción de su campaña electoral. Que su nuera se hubiese casado a los dieciocho años no era la clase de propaganda que le interesaba difundir.

—Mira el lado positivo —agregó Preston—: Ahora, si Ben no firma el divorcio, podrás despedirlo.

Me acerqué el tenedor a la boca y degusté el *croissant* en silencio. Por resentida que estuviese, jamás le haría eso.

—Mi padre me ha propuesto ser la nueva directora de contenido de la plataforma de la NBS tras la adquisición. —Cambié de tema—. Cree que las producciones que quiero llevar a cabo encajarán mejor

con su catálogo y que será un buen entrenamiento para cuando herede la empresa.

—¡Enhorabuena! —Preston ensanchó la sonrisa—. ¡Eso es fantástico! ¡Por fin podrás quitarte a Marty de encima!

Marty era el director de contenido de la plataforma de *streaming* de Morgan Media. Él tenía la última palabra a la hora de decidir qué películas y series producíamos.

—Sí —asentí—. Aunque faltan meses para eso. El director se jubilará cuando la compra se haga efectiva.

Le di un último trago al café y me limpié la boca con la servilleta de tela.

—Algo más te ronda la cabeza —adivinó mi amigo.

—Anoche se me ocurrió un final alternativo para la primera temporada de *Legacy*.

—¿Esa es la serie de los hermanos que se despedazan por heredar la empresa familiar?

—Sí. Justo. Mi idea supone un cambio sustancial en la trama romántica, que creo que puede impresionar más a la audiencia, y es hacer que Rowan, el hermano mayor y despiadado, se líe con Lucy, que es una trabajadora de la empresa familiar y el personaje más inocente de la serie. Ambos están casados, por lo que lo suyo sería una aventura. Lo interesante es que, al final de la temporada, ella le traicionará para quedarse con su puesto de trabajo. Imagino que Marty no me lo aprobará porque se aleja de nuestra línea tradicional.

—Si sabes que te dirá que no, ¿por qué le das vueltas?

—Porque sé que la idea tiene potencial y quiero apostar por ella. He pensado en contársela primero al guionista. Si él cree que es buena y la incorpora al guion, podré presentársela a Marty. Quizá si le damos el trabajo hecho, habrá más probabilidades de que acepte, ¿no?

Preston alzó las cejas sorprendido.

—¿Katherine Morgan saltándose la autoridad y actuando a espaldas de su jefe? Esto no lo vi venir.

Intenté no sonreír por su tono burlón.

—No pretendo saltarme a Marty. Simplemente quiero contar con el respaldo de Kevin.

—Bien pensado.



Un poco más tarde, me bajé del coche en Midtown. Las oficinas de Morgan Media estaban en el centro de la ciudad. La empresa había trasladado la sede principal de Boston a Nueva York hacía unos años. Ese había sido el motivo de mi mudanza a la Gran Manzana.

Esquivé la oleada de transeúntes que caminaban apresurados con un café para llevar en una mano y el teléfono en la otra. Entré en el rascacielos por la puerta giratoria y atravesé el vestíbulo de techos altos y suelo de mármol reluciente. Pasé por los tornos y me dirigí a los ascensores.

Me bajé en la planta dieciséis. Después de saludar al recepcionista, crucé el espacio diáfano hasta la antesala de mi despacho. Me detuve frente al escritorio de mi asistente y le dije:

—Buenos días, Adam. Ponme con Kevin Smith, por favor.

Kevin era el guionista de *Legacy*.

—Enseguida, señorita Morgan.

Entré en el despacho y dejé el bolso en la mesa.

De pronto, estaba nerviosa. No quería que Kevin pensase que no valoraba su trabajo o que creía que mis ideas eran mejores que las suyas. No me había dado tiempo a sentarme cuando sonó el

teléfono fijo. Estiré el brazo y descolgué:

—¿Diga?

—Señorita Morgan, tengo al señor Smith en la línea dos —me contestó Adam.

—¡Perfecto, gracias! —Presioné el botón dos y lo saludé—: Buenos días, Kevin.

—Hola, Katherine. ¿Cómo estás?

—Bien. Quería hablar contigo porque he leído la versión final del guion de *Legacy*. Me ha encantado cómo mantienes la tensión entre los hermanos hasta el último episodio.

—Me alegro de que te haya gustado.

—También quería comentarte que se me ha ocurrido un final alternativo que puede impresionar a la audiencia… Como te digo, solo es una idea… ¿Quieres que te la cuente?

—Dispara.

—Creo que Lucy podría tener una aventura fuera del matrimonio con Rowan y traicionarlo al final de la temporada para conseguir el ascenso por el que ambos compiten. Si el romance saliera a la luz, supondría un escándalo para la familia y el padre de Rowan podría desheredarlo. Por ello, finalmente cedería al chantaje.

—Mmm… Para que funcione habría que incluir la subtrama romántica desde el inicio…

—Lo sé. He pensado que estaría bien mostrarlo al final del primer episodio. Podríamos incluir alguna escena de sexo en el despacho, y más adelante en alguna localización romántica, como la cabaña familiar del lago.

—¿Quieres meter escenas de sexo entre una mujer casada con el mejor tipo del mundo y el cabronazo de la serie?

—Sí. Creo que a los espectadores les gustará ver que Lucy es el punto débil de Rowan. Me parece una buena manera de humanizarlo

un poco, ¿no?

Kevin guardó silencio unos segundos.

—Es tan buena idea que me da rabia que no se me haya ocurrido a mí…

—¿Sí? —pregunté ilusionada.

—Sí. ¿Marty está al tanto de este cambio?

—Todavía no… He estado pensando y creo que, si incorporases los cambios al guion, podría intentar convencerlo.

—Imposible. Esto conlleva semanas de trabajo y el guion ya está aprobado. Además, estoy metido en otro proyecto.

Me desinflé como un globo.

—Ah… No te preocupes. Lo entiendo.

—¿Por qué no modificas tú el guion?

—¿Yo?

—Te lo has leído tantas veces que te lo sabes de memoria. Tienes la idea, que es buena, de verdad. Solo te falta escribirla.

—Lo pensaré… Bueno, no te quito más tiempo. Gracias por atenderme.

—De nada. Si quieres, envíamelo cuando lo tengas y le echo un ojo.

Al colgar, me acerqué a la ventana y contemplé la ciudad. Desde el despacho tenía vistas privilegiadas a Central Park. La luz bañaba las copas de los árboles, que dejaban atrás el verde del verano para acoger los tonos anaranjados del otoño.

Las películas me habían acompañado desde que tenía uso de razón.

Algunas me habían hecho reflexionar, incluso habían logrado que me replantease mi vida, otras me habían marcado por sus finales o me habían dejado hecha polvo durante días. Gracias a ellas había vivido mil vidas que no eran la mía, había soñado, me había

enamorado, había llorado desconsolada y había reído hasta que me dolía la tripa.

Conforme crecía, el sueño de hacer cine comenzó a anidar en mí. Y, entonces, un día me di cuenta de que quería escribir guiones divertidos que hicieran que los espectadores pasaran un buen rato. Quería escribir escenas que les hicieran tirar el cubo de palomitas y aplaudir de la emoción cuando los protagonistas por fin se besaban en la gran pantalla.

Cuando, de adolescente, le conté a mi padre que quería ser guionista, su negativa fue contundente: «Eso es ridículo. De escribir guiones no se vive. Tu deber es trabajar en la empresa familiar y labrarte un futuro de verdad».

¿Y yo qué hice en ese momento?

Agachar la cabeza y complacerlo. Acababa de morir mi madre, Ben y yo habíamos roto y él era lo único que me quedaba.

Me convencí de que él estaba en lo cierto. Perseguir mis sueños era arriesgado, podría fracasar y hacer el ridículo. Escogí la opción segura y estudié Empresariales en Harvard, tal y como quería mi padre. Durante un tiempo fui la hija ejemplar, pero nunca conseguí quitarme la espinita del cine del corazón.

Todo cambió cuando me fui a estudiar el máster de Administración y Dirección de empresas a París. Allí vi una película que marcó un antes y un después para mí: *La La Land*. Aunque el final no fue lo que esperaba (en mi cabeza los protagonistas habían cumplido sus sueños y habían acabado juntos), la historia de Mia resonó conmigo. Me emocioné al verla lograr su sueño de ser actriz. Recuerdo haber salido del cine preguntándome hasta dónde merecía la pena luchar por lo que quieres. ¿Podías cumplir tus metas y tener un final perfecto junto a Ryan Gosling? ¿O eran cosas totalmente incompatibles?

Esa noche algo se reavivó en mi interior. Al día siguiente, me matriculé en un curso de guion sin decírselo a nadie, que compatibilicé con el máster, y comencé a escribir una comedia romántica.

Cuando regresé a Estados Unidos, se lo conté a mi padre. Me encontré con la misma respuesta que cuando era adolescente: «Katherine, creía que esto ya lo habíamos hablado. Tu deber es trabajar en Morgan Media, no perder el tiempo con tonterías que no te llevarán a ninguna parte».

Después de pasar por varios departamentos dentro de la empresa, terminé en producción, porque era lo más cerca que estaría de los guiones. En aquel trabajo me sentía como un pájaro encerrado en una jaula, en la que al menos me daban de comer. El principal problema al que me enfrentaba era que no podía exprimir mi creatividad y, cuando lo intentaba, no me permitían arriesgar. Nadie apostaba por mis ideas románticas.

Quería darles a las películas de amor el hueco en el cine que merecían, con buenos actores y grandes presupuestos. Soñaba con que volviera la época dorada de las comedias románticas. En la última década se habían estrenado buenas películas, pero la mayoría habían sido relegadas a las plataformas de *streaming*. Les habían quitado la importancia que tenían antes de la era de los superhéroes.

En la actualidad, lo más cerca que estaba de cumplir mi sueño era convertirme en directora de contenido de la plataforma de la NBS. No podría escribir mis propias historias, pero sí podría hacer que las de otros vieran la luz.

Había algo cierto en lo que había dicho Kevin: me sabía el guion de *Legacy* de memoria. Por mis manos habían pasado infinidad de guiones. Podía escribir la subtrama que se me había ocurrido.

Con la motivación renovada, me senté frente al escritorio y levanté la tapa del portátil. Haría los cambios, se los enviaría a Kevin y le convencería para que le presentase la propuesta a Marty. Si la aceptaba sería genial, y si no, al menos, no me quedaría con las ganas de intentarlo.

Imprimí el guion y dediqué la jornada a integrar la subtrama pasional, tratando de mantener un ritmo coherente de narración.

Me sobresalté cuando alguien llamó a la puerta de mi despacho.

—Adelante —dije.

—Buenas tardes, señorita Morgan —empezó Adam, mi asistente, cuando asomó la cabeza—. El señor Miller puede reunirse con usted mañana a las cinco de la tarde en las oficinas de la NBS. He revisado su agenda y no tiene nada programado a esa hora. ¿Quiere que confirme su asistencia?

—Claro. Allí estaré. —No rechazaría la oportunidad de convertirme en directora de la plataforma porque existiese la posibilidad de encontrarme con mi exnovio por los pasillos—. Gracias, Adam.

Cuando mi asistente cerró la puerta, me masajeé las sienes. Llevaba todo el día sumergida en el guion y necesitaba un respiro. Apenas me había levantado del sitio, incluso había comido frente al ordenador. Nada me vendría mejor para despejar la mente que una clase de pilates. Consulté la agenda y vi que esa tarde tenía la sesión de fotos de compromiso con Preston, para cuando nuestro enlace se anunciase en los medios. El gimnasio tendría que esperar a otro día.

Recogí mis pertenencias y me levanté para marcharme. Como iba con tiempo, decidí volver a casa dando un paseo por Central Park. Al salir de la oficina, me desvié a mi cafetería favorita: me gustaba caminar con una bebida caliente en la mano. Aquella tarde

me decanté por un café de caramelo salado.

El parque en otoño siempre me inspiraba. Me puse la banda sonora de *Tienes un email* y entré por la entrada de la Quinta Avenida acompañada por la canción «Dreams» de The Cranberries. Me encantaban los días en los que el sol brillaba en lo alto del cielo y hacía el frío justo para ir calentita con la americana. Una ráfaga de viento agitó las copas de los árboles cercanos. Un par de hojas naranjas danzaron hasta el suelo. Mientras las hojas secas crujían bajo mis pies, me sentí un poco Meg Ryan.

Lo que pensé al pasear fue en si debería retomar el guion que llevaba cinco años acumulando polvo en un cajón. El tiempo se me había pasado volando al trabajar la historia de amor de *Legacy*, me había divertido y me había vuelto el gusanillo de la escritura.

Tenía treinta y un años. Quizá había llegado el momento de quitarme la espinita del pecho. Conforme más lo pensaba, más sentido cobraba la idea.

Al salir del parque por el Upper East Side, paré en una tienda que exhibía calabazas de distintos tamaños en el escaparate. Escogí una mediana para decorar la mesa de café del salón y unas cuantas pequeñas para formar un centro de mesa con hojas secas. Salí de la tienda con una sonrisa de oreja a oreja.

Cuando entré en casa, el fotógrafo ya estaba allí. No era otro que Matt Palmer, encargado de fotografiar políticos, famosos, incluso miembros de la Casa Real británica. Era el fotógrafo de confianza de la madre de Preston.

—Matt, te presento a mi prometida, Katherine Morgan —le dijo Preston.

Dejé la calabaza sobre la mesa del café y me acerqué a saludarlo.

—Encantado de conocerla, señorita Morgan. —Me estrechó la

mano.

—Igualmente. Por favor, llámame Kate. Subo rápido a cambiarme y enseguida estoy con vosotros —les dije.

Unos minutos más tarde, regresé abajo con el vestido que me había comprado para la sesión. Era largo y sobrio, de color blanco roto. La manga larga me cubría hasta las muñecas. El detalle más llamativo era el cuello estilo Bardot que dejaba los hombros al descubierto.

Sobre la mesa del comedor Matt había desplegado su cámara y varios objetivos. Frente al sofá descansaba un foco de luz con un difusor.

—Estás espectacular, cielo —me dijo Preston.

—He pensado sacaros un par de fotos al lado de la ventana para aprovechar la luz del atardecer. Y luego haremos otro par en el sofá.

Preston y yo nos colocamos donde nos indicó, el uno al lado del otro.

—Preston, rodéale los hombros con el brazo y, Kate, tú muestra la mano con el anillo de compromiso, por favor.

Seguimos sus indicaciones.

—Ahí, perfecto.

Sonó el clic de la cámara un par de veces.

—Ahora, miraos a los ojos… Así, excelente. Podéis hablar de vuestras cosas o contaros algo gracioso, para que quede más natural.

Matt bajó la cámara y revisó las fotografías que había tomado. A continuación, nos pidió que tomásemos asiento en el sofá. Ajustó los focos de luz y pasó la media hora siguiente fotografiándonos en distintos puntos de la casa.

—Lo tenemos. —Se acercó a nosotros y nos las enseñó.

—Han quedado preciosas.

—Creo que mi favorita es la primera —opinó Preston—. En la que sales mostrando el anillo.

—Editaré el material y os lo enviaré la semana próxima.

—Genial. Muchas gracias.

Cuando el fotógrafo se fue, Preston subió a cambiarse. Yo me senté en el sofá y encendí la televisión. El ambiente otoñal me había despertado las ganas de ver mi comedia romántica favorita. Encendí la vela que olía a canela y naranja, y puse la película.

—¿Otra vez viendo *Tienes un email*? —preguntó Preston al regresar al salón.

Pausé la película.

—Tengo que verla todos los otoños, es la tradición.

Cruzó la estancia y tomó asiento a mi lado.

—¿Después tocará maratón de *Las chicas Gilmore*?

—Así es.

—¿Qué tal el día? ¿Has hablado con el guionista?

—Sí. Le ha gustado mi idea, pero no puede encargarse de los cambios. Así que los haré yo. He estado tan entretenida que he pensado retomar el guion de la comedia romántica que empecé a escribir en París… ¿Es una pérdida de tiempo?

—Por supuesto que no. Tienes todo mi apoyo.

7

Ben

Tenía el mejor trabajo del mundo.

En los ocho años que llevaba en *Saturday Late Night* no me había aburrido ni un solo día. Entré al programa cuando estaba en la universidad. Mientras estudiaba guion, les envié una candidatura espontánea acompañada del borrador de varios *sketches*. Una semana después, me contrataron como asistente.

Al principio, echaba una mano al equipo de guionistas en cualquier cosa que necesitasen: preparaba cafés, corregía formatos y estilos de los guiones, y asistía a sus reuniones creativas. Lo de quedarme callado siempre había sido mi asignatura pendiente. Si se me ocurría alguna idea, por tonta que fuese, la soltaba en mitad de las sesiones. Varias acabaron pasando el corte final y saliendo en el programa. Gracias a eso ascendí a guionista en un año, cuando lo normal era tardar, como mínimo, dos.

Con ese ascenso empezó lo bueno. Me lo pasaba genial escribiendo bromas y *sketches*, y participando más activamente en el desarrollo de las ideas con mis compañeros.

Cinco años más tarde, me convertí en jefe de guionistas. Desde entonces, además de escribir el contenido clave del programa, también coordinaba al equipo, supervisaba lo que escribían y asistía a infinidad de reuniones que podrían haber sido *emails*.

La temporada se emitía de octubre a abril. Durante esos siete

meses el ritmo de trabajo era estresante de cojones. Los plazos que manejábamos eran una locura, las horas de sueño disminuían de manera considerable, y la sala de guionistas pasaba a ser una segunda casa.

Las partes buenas superaban con creces la cantidad de horas extra que echaba. Me reía solo sentado frente al ordenador, pensando bromas y transformándolas en *sketches*. Había buen ambiente entre los compañeros. A veces nuestras sesiones de escritura eran un circo, saltábamos de una idea a otra sin control, nos interrumpíamos y vacilábamos cada dos por tres. Pero formábamos un gran equipo y siempre sacábamos el trabajo adelante. Aunque nada era comparable a la satisfacción de hacer reír a los demás. El humor siempre había sido un salvavidas para mí. Oír las carcajadas del público era lo que hacía que mi profesión tuviese sentido.

Ahora, tras dos años liderando el equipo de guion, estaba a punto de dar el salto delante de las cámaras para presentar *Week-end Up To Date*, la sección cómica de noticias. Semana tras semana, tendría la oportunidad de soltar nuestras mejores bromas frente a los espectadores. Sentía cierto vértigo al pensar en exponerme a la audiencia en vivo y en directo, pero mentiría si dijera que no estaba encantado de la vida.

Así que ahí estaba, como cada miércoles, leyendo con el equipo de guion los *sketches* que habíamos escrito para el primer programa de la temporada. Los treinta más graciosos pasarían la criba. Teníamos la mesa repleta de bolas de papel arrugadas con ideas descartadas, una bandeja de dónuts a medio terminar y varias tazas de café vacías.

—Freddie, la idea del *reality* de citas fallidas me parece brutal —le dije a uno de los guionistas—, pero no acabo de ver que el soltero

sea un ejecutivo de Wall Street. Ese personaje está demasiado trillado. Pensemos algo más actual.

—¿Y si lo cambiamos por un *cowboy* de Montana? —sugirió Georgia—. Sería gracioso verlo tener una cita con la mujer rica de Miami.

Me acomodé en la silla y crucé los brazos detrás de la cabeza. Enseguida me vino a la mente una imagen de Justin, uno de los actores principales del programa, entrando a un restaurante refinado vestido de vaquero y ahuyentando a su cita.

—¡Me gusta! —confirmé—. Creo que Justin encajaría perfecto en el papel. Puede hacer de uno de esos tíos que montan toros de manera profesional. —Me levanté y me puse la gorra verde de Freddie, para escenificar lo que había imaginado—. Al llegar a la mesa se quita el sombrero para saludar a su cita —me deshice de la gorra con una reverencia— y luego suelta algo tipo: «El rodeo no es el único sitio en el que se me da bien usar el lazo» —terminé, cerrando el ojo derecho en un guiño exagerado.

Se oyó una carcajada general.

Le tiré la gorra a Freddie y él la atrapó al vuelo.

—Y ella puede contestarle que está deseando cabalgarlo como a un potro salvaje. —Freddie se caló la gorra hasta las cejas.

—Cornelia jamás contestaría eso —repuso Ezra—. Es demasiado vulgar para una mujer refinada como ella.

Mientras ellos debatían, me acerqué a la pizarra blanca y anoté la idea del *sketch* con el rotulador verde.

—Tenemos el traje hinchable con el que parece que estás montado a caballo, ¿no? —preguntó Freddie riéndose.

—¡Sí! ¡Qué cutre! —Se me escapó la risa—. ¡Lo apunto para comentárselo a vestuario!

—Molaría que el rollo de Justin fuese parecido al de Glen Powell

en *Twisters* —propuso Georgia—. Puede hacer la típica entrada a cámara lenta, con el sombrero, un palillo de dientes en la boca y el caballo entre las piernas…

Sus palabras se vieron interrumpidas por las de Ezra, que anunció:

—¡Nos compra Morgan Media!

—¿Estás de coña? —Giré sobre los talones estupefacto.

Un murmullo de sorpresa llenó la sala. Georgia y Freddie lo miraban con la boca abierta.

—Dominic Rockwell acaba de mandar un correo a toda la empresa —continuó mi compañero, con los ojos clavados en el portátil—. Al parecer, han llegado a un acuerdo para adquirir la cadena por doscientos ochenta millones de dólares. Morgan Media emitirá un comunicado de prensa a lo largo del día.

Me dejé caer en la silla y abrí el correo en el portátil.

Morgan Media era uno de los gigantes de medios de comunicación del país. Estaba formado por varios periódicos, emisoras de radio y una cadena de televisión. El dueño y presidente ejecutivo era Arthur Morgan. El padre de Kate. Sabía que ella era productora dentro de la empresa familiar porque la había buscado en internet hacía unos días. En aquel instante me asaltaron varias preguntas. ¿Qué pasaría con el programa cuando Morgan Media adquiriese la cadena? ¿Afectaría eso a mi puesto?

El hilo de mis pensamientos se vio interrumpido por mis compañeros, que empezaron a pronunciarse.

—Entonces los rumores de que iban a comprar la cadena eran ciertos… —comentó Ezra asombrado—. No pensé que fuese Morgan Media… Menudo giro de guion.

—Uf. —Freddie resopló—. ¿Creéis que nos obligarán a rebajar el tono del programa? Morgan Media es un dinosaurio. No pegan nada

con lo que hacemos.

—¿Qué significa exactamente que nos compren? —La alarma era palpable en el tono de Georgia—. ¿Seguiremos siendo parte de la NBS o pasaremos a ser parte de la plantilla de Morgan Media? ¿Habrá despidos?

—Seguro —respondió Freddie—. Siempre que pasan estas cosas, hay recortes.

Decidí intervenir antes de que la conversación se fuese de madre.

—Dudo que despidan a nadie —les dije para calmarlos—. Tampoco creo que nos hagan cambiar el tono. Somos el programa de comedia más visto cada fin de semana. Funcionamos de puta madre y lo saben. Imagino que habrá cambios, pero, como no sabemos nada más, lo mejor es que nos centremos en el trabajo. Entiendo que esto os preocupe, pero estad tranquilos, porque en cuanto me entere de algo os lo contaré.



A mediodía la noticia se hizo de dominio público. En el edificio Rockefeller no se hablaba de otra cosa. El revuelo era tal que Louis, el productor ejecutivo y creador del programa, convocó una reunión para calmar las aguas. Como había vaticinado, nos contó que no había cambios a la vista y nos pidió que siguiésemos trabajando con normalidad, ya que podían pasar meses antes de que la compra se hiciese efectiva.



Cuando salí del trabajo, era de noche y corría un viento frío. Desbloqueé el móvil para consultar la aplicación de alquiler de bicicletas compartidas y me encontré varios mensajes de mis amigos esperándome en el grupo.

Chris
Ben, acabo de leer en la prensa que os compra Morgan Media

Logan
Hostia, menuda casualidad, no?

Alexandra
No es casualidad, es otra señal

El universo quiere que se reúna con Kate 🤩

Tecleé una respuesta mientras caminaba a la estación de bicicletas.

Me he enterado esta mañana

Sigo flipando

Alex, esto no es una señal

Solo es una decisión de un tiburón de los negocios

Alexandra
Has firmado el divorcio ya?

Por qué no te metes en tus cosas?

Alexandra
No hay más preguntas, su señoría 😉

Cerré la conversación y abrí la aplicación de las bicicletas. Tras desbloquear una, me guardé el móvil en el bolsillo. Ajusté el sillín, pasé una pierna por encima y me incorporé al tráfico. En la Sexta Avenida reinaba el ruido de los cláxones, de los motores ruidosos y el bullicio de la ciudad. Mientras pedaleaba por el carril bici, con el aire fresco agitándome el pelo, fui dándoles vueltas a las palabras de Alexandra.

Hacía dos días que había visto a Kate y todavía no había firmado el divorcio. Cada vez que había pensado en ello, había encontrado algo mejor que hacer. No debería procrastinar más. En cuanto llegase a casa, lo firmaría y luego encontraría la manera de devolverle el bolígrafo para hablar con ella y disculparme.

En ese momento, una canción familiar se impuso al ruido del tráfico. Se trataba de «My Heart Will Go On» de Céline Dion. *Titanic* siempre me hacía pensar en Kate. Recordé la primera vez que la vimos juntos en el cine de verano. Ella puso una sonrisa tierna cuando Jack vio a Rose por primera vez, soltó un suspiro amoroso cuando se besaron y lloró desconsolada con el final. Cuando la película terminó y me miró con ojos llorosos me di cuenta de que me había enamorado de ella.

Muchas parejas tienen una canción para su relación. En nuestro

caso, era esa película.

Cuando la canción llegó al último estribillo y Céline cantó a pleno pulmón, casi pude oír la voz de Alexandra decirme al oído:

«Yo lo único que te pido es que prestes atención a las señales».

Eché un vistazo rápido por encima del hombro. La música provenía de un bicitaxi para turistas que tenía justo detrás.

Sacudí la cabeza.

Pedaleé más rápido y, pronto, dejé la música y los recuerdos atrás.



En cuanto entré en el apartamento, me dirigí a la cocina y cogí un botellín de cerveza de la nevera. Después de abrirlo, le di un trago largo y lo dejé sobre la isla. A continuación, saqué del cajón la carpeta de papeles que me había dejado Kate.

De golpe, una sensación incómoda me arañaba las tripas.

«Pero ¿qué cojones me ocurre?».

Me pasé la mano por la cara y exhalé un suspiro profundo. Por el amor de Dios, tenía treinta y un años. Un papel no podía ser más fuerte que yo.

Abrí la carpeta para firmar la primera hoja. Cogí el bolígrafo de Kate, tragué saliva y lo acerqué al papel. Aparté la vista y garabateé una firma casi sin mirar.

«Ya está hecho».

Al observar el papel, me extrañó ver que donde había firmado solo se apreciaba la marca del trazo. Agité el bolígrafo para intentarlo una segunda vez. Obtuve el mismo resultado. Lo desenrosqué y encontré el cartucho de tinta vacío.

«¿De verdad el universo intenta decirme algo?».

Atravesé el pasillo alargado hasta mi despacho. Cogí uno de los bolígrafos que tenía desparramados por la mesa. Tras comprobar que pintaba, regresé sobre mis pasos hasta la cocina. Me planté delante de la encimera y le di un segundo trago a la cerveza. Roté los hombros y el cuello un par de veces, buscando aliviar la tensión. Estaba a punto de firmar el papel cuando un pitido agudo y molesto comenzó a sonar a todo volumen.

—¡Joder! —exclamé sobresaltado.

Solté el bolígrafo y me llevé una mano al pecho. Mis latidos se habían disparado.

El sonido continuo parecía provenir del pasillo. Tardé un instante en comprender que había saltado la alarma antiincendios del edificio. Corrí hasta el dormitorio y saqué la bolsa de deporte que guardaba en el armario, donde estaban algunas de mis pertenencias más preciadas. Regresé apresurado hasta la entrada y atrapé las llaves del aparador al vuelo.

Cuando abrí la puerta, el pitido estridente se hizo más fuerte. Intentando no perder la calma, me dirigí a la salida de emergencia y bajé los diecinueve pisos por las escaleras de emergencia junto al resto de los vecinos.

Ya en la calle, me agolpé en la acera con las personas que habían evacuado el edificio. Algunos estaban en pijama, otros cargaban a sus mascotas en brazos. La preocupación y el desconcierto eran evidentes en los rostros de todos.

—¿Alguien sabe qué ha pasado? —preguntó uno de ellos.

—Dicen que hay fuego en la planta treinta —contestó otro—. Espero que no haya heridos.

Un camión de bomberos giró la esquina y enfiló por Park Avenue a mil por hora, con la sirena iluminada y retumbando a máxima

potencia. Frenó delante del edificio. Seis bomberos saltaron del interior y entraron como flechas por la puerta principal.

Nervioso, metí la mano en el bolsillo para sacar los chicles de menta. El paquete estaba envuelto en un papelito arrugado. Extrañado, lo desenvolví. Era el mensaje que me había tocado en la galleta de la fortuna.

Todos los finales son comienzos.

Aún lo sostenía en la mano cuando salió uno de los bomberos del edificio. Los vecinos lo avasallaron a preguntas. El hombre se subió la visera del casco y se acercó el megáfono a la cara.

—Buenas noches. Atención todos, por favor. —Su voz sonó amplificada por encima del ruido del tráfico—. Quería informarles de que el incendio está controlado. Afortunadamente, no hay heridos.

Solté el aire que no sabía que estaba conteniendo. A mi alrededor se oyeron multitud de murmullos de alivio.

—El fuego se ha originado en una vivienda de la última planta —continuó el bombero—. Una tostadora se ha incendiado debido a un fallo en el sistema eléctrico. En cuanto terminemos las labores de ventilación, podrán regresar a sus domicilios. Por ahora, solo me queda pedirles un poco más de paciencia. Mi nombre es Jack. Si necesitan cualquier cosa, estaré por aquí.

«Se llama igual que el protagonista de *Titanic*».

—¡Es una señal! —exclamé.

Un par de vecinos me miraron extrañados.

Durante años, me había fustigado por haber perdido a Kate. Si la vida volvía a ponérmela delante sería por algo, ¿no? Alexandra tenía razón: el universo me estaba dando una segunda oportunidad de arreglarlo. Y yo, en lugar de prestarle atención, había pasado y las

señales eran cada vez más fuertes. ¿Y si me estaba ocurriendo como a Matthew McConaughey en *Interstellar*? ¿Y si las señales provenían de mi yo del futuro?

Fuera lo que fuera, no quería seguir cabreando al universo.

«Tío, te estás montando una película que ni Christopher Nolan».

Me escurrí entre la gente mientras buscaba el contacto de Alexandra en el teléfono.

—Hola, hola. —Mi amiga respondió al tercer tono.

—Primero, el mensaje de la galleta. Luego Morgan Media compra la cadena para la que trabajo —solté mientras caminaba por la acera de un lado a otro—. Hace un rato me adelanta un bicitaxi que llevaba la banda sonora de *Titanic* a toda hostia. He pensado «No te rayes, Ben, puede ser una casualidad». Llego a casa, decidido a firmar los papeles del divorcio, y el bolígrafo que me prestó Kate no tiene tinta. Cojo otro boli. Estoy a punto de firmar por segunda vez y salta la alarma de incendios. Desalojan el edificio y…

—¿Estás bien? —interrumpió alarmada.

—Sí, sí, tranquila. No ha habido heridos ni nada. Solo se ha quemado el tostador de un vecino. Los bomberos han llegado a tiempo.

—¿Por qué no has empezado por ahí?

—¡Shhh! Calla y escucha, que viene lo mejor. ¡El bombero que nos ha explicado lo que ha sucedido se llama Jack! ¡Jack como el protagonista de *Titanic*! ¿Casualidad? No lo creo. ¡*Titanic* era nuestra película! ¡Claramente el universo me está mandando señales para que no me divorcie!

—¿Ves como yo tenía razón? —Alexandra sonaba entusiasmada —. Ahora dime: ¿cómo te puedo ayudar?

8

Kate

La reunión con el señor Miller fue productiva. Me explicó qué estrategia de contenido seguirían el año siguiente en la plataforma de la NBS, me presentó a la junta directiva y se ofreció a hacerme una visita guiada por las oficinas del edificio Rockefeller.

—En esta zona trabaja el equipo de *Saturday Late Night* —me informó cuando doblamos un recodo y fuimos a dar a un pasillo alargado—. Aquí se encuentran los despachos de los productores, la sala de guionistas y el comedor. El programa se graba en el estudio de la octava planta. Allí está vestuario, maquillaje…

Asentía, atenta a lo que me contaba, cuando sonó una puerta abriéndose y me estampé contra algo.

Ahogué una exclamación al perder el equilibrio y el mundo se convirtió en un borrón. Por fortuna, unas manos firmes me sujetaron por los brazos, impidiendo que me cayera.

—Lo siento —me disculpé en el acto.

Levanté la cabeza y me quedé paralizada.

Ben me observó unos segundos.

El ritmo de mis latidos se había acelerado. No sabía si se debía al susto o si era porque el calor de sus manos traspasaba las mangas de mi vestido, calentándome la piel.

—No te tires —bromeó para romper el hielo.

Una sonrisa involuntaria afloró a mis labios. Eran las palabras

que me dijo la noche en que nos conocimos. Sus ojos abandonaron los míos y se deslizaron despacio hasta mis labios. Cuando nuestras miradas volvieron a encontrarse, vi reflejado en sus iris verdes el mismo interés que cuando éramos adolescentes. Sentí que retrocedía a un tiempo lejano, en el que solo era una chica delante del chico del que deseaba saber más.

—No pensaba hacerlo —me encontré respondiendo lo mismo que trece años atrás.

Ben desplegó una sonrisa hipnótica. Cuando sonreía así, los ojos se le iluminaban y su expresión se llenaba de calidez. La nostalgia se alzó en mi interior. En el pasado había conseguido alegrarme el día solo con curvar los labios hacia arriba. Durante un momento fue como si volviéramos a ser los de antes. Pero, entonces, una vocecita me recordó que ya no conocía al hombre que tenía delante.

Di un paso atrás, saliendo de su campo magnético.

—¡Hay que ver, Ben! —La voz del señor Miller se inmiscuyó entre nosotros, recordándonos que no estábamos solos—. Tú siempre haciendo entradas triunfales, ¿eh?

—Ya me conoces. —Dejó caer los brazos a los costados.

—¿Por qué vas vestido así? —le preguntó extrañado mi acompañante.

En ese instante, reparé en que Ben parecía recién salido del rodeo. Llevaba un sombrero de *cowboy* color crema, una camisa marrón abierta sobre una camiseta blanca y ajustada, y unos vaqueros gastados.

—Estábamos ensayando un *sketch* —le respondió Ben—. ¿Qué tal te va todo?

—De maravilla…

Intenté seguir su conversación, pero mi atención se quedó anclada en cómo la camisa resaltaba la anchura de los hombros de

Ben y en los antebrazos que mostraban las mangas recogidas. Antes no tenía los brazos tan fuertes ni había un Rolex plateado abrazando su muñeca. La hebilla del cinturón era tan desmesurada que resultaba imposible no reparar en ella. Subí la vista hasta su rostro. Una barba de varios días enmarcaba su mandíbula.

Con discreción, giré el anillo que me rodeaba el dedo anular con el pulgar y escondí el diamante tras la palma izquierda.

Cuando Ben volvió a centrar la mirada en mí, resistí el impulso de apartar la vista, como hacía cuando era una cría. Desplegó una de sus sonrisas encantadoras; parecía contento de haberme pillado mirándolo.

Me molestaba que estuviese tan guapo. Era la prueba de que el karma no existía. Con el daño que me hizo, la vida debería haberle afeado para que nadie volviera a caer en la trampa de esa sonrisa.

—Katherine, permíteme presentarte a Benjamin Sharp. —El señor Miller señaló a Ben con un gesto de la mano—. Es el jefe de guionistas de *Saturday Late Night* y el nuevo presentador estrella del programa. Ben, esta es Katherine Mor…

—Lo sé —le cortó él sin apartar los ojos de mí—. Ya nos conocemos.

¿Por qué decía eso? ¿No se daba cuenta de que esa afirmación generaría más preguntas?

—¿De verdad? —El señor Miller parpadeó sorprendido y alternó una mirada curiosa de uno a otro—. ¡Qué casualidad!

—Sí —respondí, adelantándome a lo que pudiera decir Ben—. Coincidimos en un evento… hace unos meses —balbuceé al mentir.

Me acomodé un mechón de cabello a la par que le pedía a Ben con los ojos que me siguiera la corriente.

—Sí, en la gala benéfica del hospital St. Jude. —Ben mintió con naturalidad. Se quitó el sombrero e hizo una pequeña reverencia a

modo de saludo. Al erguirse, se lo pegó al pecho y añadió con tono teatral—: Me alegro mucho de volver a verla, señorita Morgan.

Sonó un teléfono a mi derecha.

—Disculpadme un momento, por favor —nos pidió el señor Miller —. Hola, Matthew. —Descolgó y se apartó un par de pasos—. ¿Cómo estás?

Ben lo observó alejarse. Luego recorrió mi vestido de tubo granate con la mirada.

Con toda la calma del mundo, se inclinó hasta que nuestros rostros estuvieron a la misma altura.

—¿Por qué le has mentido? —susurró.

Eché un vistazo por encima del hombro. El señor Miller estaba al fondo del pasillo, con el teléfono pegado a la oreja. Volví a mirar a Ben y le contesté en un murmullo:

—Porque no quiero que nadie descubra el error que intento enmendar.

Él no se inmutó.

—No me gustaría que se hablase de mi vida personal ni del pasado que comparto con la nueva estrella del programa —añadí en un cuchicheo—. Quiero que solo se juzgue mi desempeño.

Ben se irguió y cruzó los brazos por encima del pecho. Me obligué a sostenerle la mirada y a no bajar la vista hasta sus antebrazos.

—Vaaale —claudicó, arrastrando la palabra con un tono juguetón —. ¿Qué me das a cambio de guardar nuestro secretito?

Arrugué las cejas y di un paso atrás, repelida por la pregunta.

Una sonrisa contenida adornaba su rostro. Por su tono era obvio que se estaba burlando. Endurecí la mirada y moví la cabeza con desaprobación.

—¿Intentas chantajearme? —pregunté, escéptica, para salir de

dudas.

El señor Miller regresó a nuestro lado y me quedé sin saber la respuesta.

—Señorita Morgan, hay un asunto que requiere mi atención inmediata. —Señaló el teléfono que sostenía—. ¿Sabe dónde se encuentra la salida?

—Sí. Creo que sí. No se preocupe —repuse con amabilidad.

—Yo la acompaño a la salida. —Ben se ofreció.

—No hace falta. —Le dediqué una sonrisa falsa—. Seguro que tienes mucho trabajo, y no quiero molestar.

—Bah, no es molestia. —Ben le restó importancia, encogiéndose de hombros—. Iba abajo a recoger la comida.

«¿De verdad va a bajar vestido de vaquero?».

No me quitó los ojos de encima mientras me despedía del señor Miller con un apretón de manos formal.

—Encantado de conocerla, señorita Morgan. Estamos en contacto. —El hombre sonrió y se le marcaron las arrugas que tenía alrededor de los ojos. Acto seguido, se giró hacia Ben—: Nos vemos. —Le dio una palmada en el hombro y se marchó rumbo a su despacho.

Sin esperar un momento, caminé con determinación hacia los ascensores. Mis tacones hicieron eco en el pasillo.

Como era de suponer, Ben se apresuró a seguirme. En dos zancadas ya lo tenía al lado.

—¿Qué haces? —le pregunté por encima del hombro.

—Aprovechar la oportunidad que me ha dado el universo de hablar contigo.

«¿Qué dice?».

Llamé al ascensor tres veces seguidas.

Cuando las puertas se abrieron, Ben me cedió el paso con un

gesto de la mano.

—Después de ti.

Entré en el ascensor vacío y pulsé el botón de la planta baja. Luego, avancé hasta el fondo. Las puertas se cerraron dejándonos en compañía del hilo musical que reproducía jazz. Por el rabillo del ojo, lo vi peinarse la mata de cabello oscura. Acto seguido, apoyó la espalda en la pared izquierda y se cruzó de brazos de manera casual.

Para evitar mirarlo, saqué el teléfono del bolso y abrí la aplicación de correo.

—Ya me he enterado de la compra de la cadena —dijo Ben para entablar conversación—. ¿Ahora vas a ser mi jefa o algo así?

Exhalé un suspiro.

Me encantaría ignorarlo. En contra de mi voluntad, despegué la vista del móvil y lo encaré.

—No —contesté por educación—. Yo solo produciré contenido para el área de *streaming*.

—Lástima. —Chasqueó la lengua—. ¿Sabes? Este es el tipo de cosa que sabría si nos pusiésemos al día —comentó con un deje sugerente en la voz—. He pedido a la mejor pizzería de la ciudad. ¿Quieres quedarte a comer conmigo?

«Me está tomando el pelo, ¿verdad?».

—Me encantaría, pero tengo otro compromiso que no puedo mover —decliné la oferta con diplomacia.

—No te preocupes. Dame tu número y quedamos en otro momento.

Entrecerré los ojos y él sonrió aún más. Me contuve para no decir algo fuera de lugar.

—Así te devuelvo el bolígrafo —añadió mientras jugueteaba con el sombrero.

—Lo siento. Tengo la agenda llena.

—¿Estás saliendo con alguien?

Parpadeé sorprendida por su atrevimiento.

«¿A ti qué te importa?», me habría encantado responder.

—Esa pregunta es algo inapropiada. ¿No te parece?

—¿Ah, sí? —Se rascó la barbilla.

Sonrió como si nunca hubiese roto un plato.

—¿Ha revisado tu equipo ya el divorcio?

Mi tono cortante no le hizo perder el buen humor.

—Todavía no.

La irritación se encendió en mi estómago. Quería gritar, pero me mantuve impertérrita.

—Hasta que no lo firmes, no tengo ningún interés en hablar contigo.

—Vaya, ¿significa eso que cuando lo haga, cenarás conmigo?

El calor me subió por el cuello.

—Porque, si es así —continuó—, te adelanto que esta noche cenaré con mi abogada. Hemos quedado para revisar los papeles, te avisaré lo antes posible.

Le puso la guinda al comentario guiñándome un ojo con aire seductor.

«Tiene que ser una broma».

Apreté los labios y me contuve para no decir algo fuera de lugar.

¿En serio me pedía una cita a la par que me contaba que había quedado con otra esa misma noche?

—Es increíble… —musité con desaprobación.

—¿El qué?

Una sonrisa escéptica se adueñó de mi expresión.

—¿Vas a cenar un viernes por la noche con tu abogada? —se me escapó la pregunta.

—Sí. Hemos quedado en mi casa después del trabajo.

Una oleada de incredulidad me rebasó entera.

Probablemente «revisar los papeles» era un eufemismo para decir que se lo montarían sobre la encimera de la cocina.

Algunas cosas de Ben no habían cambiado en absoluto, como la seguridad, el coqueteo y la sonrisa eterna. Otras, como acostarse cada día con una mujer diferente, eran nuevas.

—¿Es otra de tus amiguitas? —pregunté fingiendo la mayor indiferencia posible.

Ben me miró con socarronería.

—De hecho, es una de mis mejores amigas.

«Mantén la compostura», dije para mis adentros.

—Por supuesto. —Me alisé una arruga invisible del vestido—. No esperaba menos de ti.

De pronto, estaba furiosa.

Ben no me tomaba en serio. Le había dado tres días de plazo para firmar el divorcio. Estábamos en el tercero y ni siquiera lo había revisado.

—¿Por qué te importa con quién cene, Rose? —preguntó.

Odié la punzada dolorosa que sentí en el pecho al oír ese apelativo cariñoso. Un muro se alzó alrededor de mi corazón. La temperatura se desplomó.

—No vuelvas a llamarme así —espeté en un siseo—. Y para que te quede claro: no me importa en absoluto con quién cenes.

Ben se quedó desconcertado.

En cuanto las puertas del ascensor se abrieron en la planta baja, solté:

—No compliques más las cosas y firma el divorcio.

Salí escopetada y con el pulso por las nubes. Necesitaba despejarme. Había vuelto a perder la compostura. Su presencia me

afectaba más de lo que debería.

Pasamos por los tornos de seguridad del vestíbulo a la par.

—¡Hola, Ben! —saludó con tono alegre el repartidor que lo interceptó.

Llevaba un uniforme verde y sostenía varias cajas de pizza apiladas unas encima de otras.

Mientras me encaminaba hacia la recepción, oí a Ben contestarle:

—Jordan, ¿cómo se encuentran las niñas?

Me coloqué la última de la fila que había frente al mostrador para devolver la tarjeta de visita. Desde mi posición, podía oír su conversación.

—Mejor —respondió el tal Jordan—. Ya se han recuperado de la gastroenteritis.

—Me alegro.

Jordan se fijó en su atuendo:

—¿Así es como vas a debutar en la televisión?

—Sí… Estoy deseando hacer el ridículo delante de las cámaras con estas pintas.

El repartidor soltó una carcajada estruendosa.

Alcé el rostro justo cuando Ben lanzaba el sombrero al aire. Cuando aterrizó en sus manos, se lo colocó en la cabeza. No dejé de mirarlo mientras sacaba la cartera del bolsillo trasero del pantalón y le pagaba al repartidor.

—Quédate con el cambio.

—Muchas gracias. —El hombre le pasó las cajas de pizza.

Ben giró la cabeza y yo aparté el rostro a la velocidad de la luz.

—Suerte el sábado —oí que le deseaba el repartidor—. Estaré pegado a la televisión con la familia.

—Gracias, tío. Nos vemos pronto.

Cuando fue mi turno delante del mostrador de seguridad, me pareció que había pasado una eternidad.

—Buenas tardes —saludé a la mujer que se sentaba al otro lado —. Quería devolver…

—¿Cómo está mi recepcionista favorita? —Ben nos interrumpió dejando las cajas de pizza encima del mostrador—. ¿Un trozo de pizza, Margaret?

El olor a tomate y orégano me entró por la nariz.

—Te lo agradezco, pero acabo de comer —le contestó ella.

—¿Y usted, señorita Morgan? ¿Quiere un trozo?

Apreté los puños con tanta fuerza que me clavé las uñas en las palmas.

—No, gracias. —Forcé una sonrisa falsa.

—En ese caso, me marcho. Señoritas… —Ben se llevó la mano derecha al ala del sombrero e inclinó la cabeza en un gesto de despedida—. ¡Que tengan un buen día!

Cogió las pizzas y se fue sin mirar atrás.



Al salir a la brisa fría y otoñal, solté un pequeño suspiro de alivio. Tenía que conseguir inmunizarme a Ben para mantener las emociones a raya.

Consulté la hora en el reloj. Había quedado para comer con Preston y Julia media hora después.

Caminé hasta el cruce de la Quinta Avenida. Al detenerme en el paso de peatones, me topé con el rostro sonriente de Ben. Aparecía en el anuncio de un autobús junto a Michelle Rodríguez, su copresentadora. Giré la cabeza y volví a verlo. En esa ocasión, me

sonreía desde la portada de la revista *Inquire*, que sostenía la mujer que tenía al lado.

El semáforo cambió a verde y seguí caminando. Dos manzanas más adelante, volví a cruzarme con su expresión burlona en el cartel gigante de la fachada de un edificio.

Resoplé fastidiada.

«¿Está en todas partes o qué?».

Cuando llegué al Bemelmans, mis amigos ya aguardaban sentados alrededor de nuestra mesa habitual. Al verlos se me pasó gran parte de la irritación.

—Lo siento —me disculpé al llegar a su altura—. ¿Lleváis mucho tiempo esperándome?

—Qué va. —Julia se levantó para recibirme.

—¡Qué guapa estás! —exclamé al darle un abrazo afectuoso.

Mi amiga llevaba un traje negro, la americana se ajustaba a su cintura gracias a un cinturón fino y dorado. A juego, llevaba un collar tipo serpiente y una pulsera. La melena oscura, perfectamente alisada, le rozaba los hombros.

—Gracias. —Sonrió pagada de satisfacción—. Tú también.

Al apartarme, saludé a Preston con un beso en la mejilla y tomé asiento a su lado.

El camarero se acercó para dejarme una carta y tomarme nota de la bebida.

—Te veo resplandeciente —observé, mirando a Julia.

—Brillo como un hada porque, gracias a mí, hay otra mujer felizmente divorciada. —Sonrió antes de darle un sorbo a su copa de vino tinto.

—¿Qué tal por Hollywood? —le preguntó Preston—. ¿Muchos famosos?

—Lamento comunicaros que la única famosa con la que he

estado ha sido mi clienta. Todo lo que he hecho en Los Ángeles ha sido trabajar.

Julia había volado a la Costa Oeste porque una actriz la había contratado para llevar su divorcio. Con solo treinta y un años, era una de las mejores abogadas de divorcios del país y estaba a punto de convertirse en socia del bufete en el que trabajaba.

—Le he conseguido un buen acuerdo de divorcio. Su ex ha aceptado una cláusula de confidencialidad que le prohíbe hablar de ella. Si la incumple, tendrá que darle una compensación económica de muchas cifras. La próxima vez que quiera ponerla verde en alguna revista, tendrá que pensárselo dos veces.

Su seguridad aplastante era un complemento más. Como la mayoría de los abogados, siempre creía llevar la razón, era persuasiva y la persona más práctica que conocía. Algunos la tildaban de fría y calculadora, pero no la conocían lo suficiente. Julia escondía su ternura en las profundidades y no le regalaba su cariño ni confianza a cualquiera. Si conseguías entrar en su corazón, ganabas una de esas amigas leales para toda la vida.

El camarero dejó una copa delante de mí y la llenó de vino.

—¿Qué tal tu reunión? —me preguntó Preston cuando el hombre se marchó con la comanda.

—Muy bien. El señor Miller me ha contado qué están produciendo ahora y me ha presentado a la junta directiva. Trabajaré codo con codo con él desde la semana que viene. Cuando se jubile me encargaré de definir la estrategia de contenido de la plataforma. Ahora mismo producen películas y series de drama y comedia, incluso documentales, pero no tienen nada de romance. Es lo primero que me gustaría incorporar al catálogo. Ah, y entre mis funciones estará revisar y aprobar guiones. Es una de las cosas que más ilusión me hacen.

—Me alegra verte contenta. Lo harás genial y, además, te quitarás a Marty de encima. —Julia se llevó una aceituna a la boca —. ¿Cómo ha ido el resto de la semana? ¿Novedades?

—El lunes visitamos el salón del Cipriani con la organizadora de la boda —le contó Preston—. Nos gustó tanto que ya lo hemos reservado.

—Mira qué bien, una cosa menos por hacer. —Desvió sus ojos marrones hacia mí—. ¿Cuándo quieres que vayamos al *atelier*?

Me encogí de hombros y ella me observó con recelo.

—Suéltalo —me pidió, repiqueteando la mesa con las uñas pintadas de rojo sangre.

La miré sin comprender.

—Te conozco y sé que te preocupa algo.

Como buena abogada, era tremendamente observadora.

—Bueno… —vacilé—. El lunes fui a casa de Ben para llevarle una copia del divorcio.

—¿Que hiciste… ¿¿¡QUÉ!??

—Lo siento. Sé que me pediste que no contactase con él bajo ningún concepto, pero vi su cara en la prensa y me dio un arrebato.

—Le pilló con otra en casa —agregó Preston.

Los ojos de Julia estaban tan abiertos que asustaba.

—Kate, acordamos que yo me encargaba de todo.

—Ya… Sé que no debería haber ido. Os parecerá una tontería, pero creía que, viéndole una última vez, tendría un cierre…

Julia cambió a una expresión comprensiva.

—Después de trece años no necesitas un cierre —me dijo, tratando de suavizar el tono—. El silencio de todo este tiempo ha sido el cierre.

Asentí incómoda.

—¿Lo ha firmado? —preguntó mi amiga.

—No. Lo está revisando su equipo legal.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo he encontrado hace un rato en las oficinas de la NBS y me lo ha contado… También me ha pedido una cita.

Julia se llevó una mano a la frente y soltó un resoplido eterno por la nariz.

—¿Vas a quedar con él? —preguntó mi amigo.

—¡Por supuesto que no!

Les conté el resto de la conversación que habíamos mantenido Ben y yo, omitiendo el ínfimo detalle de que lo había encontrado atractivo vestido de vaquero.

—¿Te ha dicho que va a cenar con su abogada un viernes por la noche? —La voz de Julia sonaba colmada de incredulidad.

Asentí.

—¿Qué le has respondido a eso? —quiso saber Preston.

Tomé otro sorbo de vino y me limpié la boca con la servilleta de tela.

—Le he preguntado si la abogada era una de sus amiguitas.

A Preston se le escapó una carcajada.

—¿Por eso llevas el anillo del revés y estás cabreada? —me preguntó divertido.

Me apresuré a darle la vuelta al anillo.

—Estoy cabreada porque parece que se está quedando conmigo. Le di tres días para firmar el divorcio y ahora me sale con que lo va a revisar esta noche con su abogada…

—Este cree que somos idiotas. —Julia negó con la cabeza—. A partir de ahora se acabó hablar con él de nada relacionado con el divorcio. Déjamelo a mí. Se va a enterar.

—Cuando te pones en modo abogada implacable, eres aterradora —bromeó Preston—. No me gustaría nada ser tu marido

en estos momentos —acabó mirándome.

—A mí tampoco —puntualicé.

9

Ben

—¿Has intentado ponerla celosa? —Alexandra me miraba estupefacta.

Acababa de contarles a mis amigos el encuentro fortuito que había tenido con Kate unas horas antes. Estábamos sentados alrededor de la mesa de mi salón. Desde que íbamos a la universidad, los domingos de póker eran una tradición. En aquella ocasión, habíamos adelantado la quedada al viernes porque, tras la avalancha de señales que recibí la tarde anterior, necesitaba la ayuda de Alexandra.

—Sí —admití con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Tú eres bobo o qué? —La desaprobación era evidente en su tono.

Arrugué las cejas.

—Tan bobo no seré. Si a Kate le diese igual con quién cenase, no habría reaccionado así, ¿no crees?

—Eso es verdad —opinó Logan.

A su lado, Chris emitió un sonido afirmativo con el que me dio la razón mientras barajaba las cartas.

Alexandra puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Hombres… —resopló cansada.

Chris nos repartió cinco cartas a cada uno. Revisé las mías. Me había tocado una mano de mierda, pero no quería que mis amigos y

rivales lo descubrieran antes de empezar.

—¿Queréis darme ya la pasta y ahorraros el ridículo? —les pregunté con socarronería.

—Ya veremos quién roba a quién, Benji. —Logan desestimó mis palabras con un gesto desdeñoso de la mano.

Mi amigo me llamaba así cuando quería vacilarme o tocarme los cojones.

—Gracias por el dinero gratis, Stone —aseguré con una sonrisa burlona—. Alex, hablas tú.

—Dos dólares. —La aludida dejó dos fichas rojas en el centro de la mesa.

—Igualo. —Logan empujó otro par del mismo color.

Chris y yo nos jugamos lo mismo que ellos.

Al acabar la ronda, descartamos las cartas que no nos servían y las cambiamos por otras.

—Voy a intentar recuperar a Kate —dije de pronto.

Pese a que ya lo sabía, Alexandra soltó un gritito de emoción. Mis amigos levantaron la vista de sus cartas y se limitaron a observarme expectantes.

—No sé si es obra del universo y las señales, pero creo que, si la vida ha vuelto a ponérmela delante, es por algo.

—Claro que sí. —Alexandra apoyó la idea.

—¿Vas a intentar recuperarla por las señales? —dijo Logan.

Chris me observaba igual de sorprendido.

—Entiendo que penséis que esto es una locura, que las señales no existen y que no debo ir tras ella. Pero ahora mismo es lo que creo.

—Mira, tío, el año pasado te habría dicho que estás como una puta cabra, pero, si estuviésemos hablando de Hannah, yo también buscaría cualquier justificación para ir a buscarla —agregó Logan.

—Sé que Kate está enfadada —continué—, pero todavía siento química entre nosotros.

—Ben, tú tendrías química incluso con el palo de una escoba —se burló Logan antes de lanzar dos fichas al centro de la mesa, igualando la apuesta de Alexandra.

Contuve la sonrisa y dejé otras dos junto a las suyas.

—¿Y qué vas a hacer? —Chris nos imitó y soltó otras dos fichas junto a las nuestras.

Dejé las cartas sobre el tapete verde y tomé con calma un trago de cerveza.

—Quiero hablar con ella, pedirle perdón y ver si todavía tengo una oportunidad. Alexandra, ¿hay alguna manera de ganar un poco de tiempo para aplazar la firma del divorcio o algo así…?

—Sí, pero ¿puedo darte antes un consejo? —Alexandra estiró el brazo y arrojó dos fichas más al centro de la mesa.

—Sí.

—Mira, si mi ex entrase ahora mismo por la puerta y me pidiese otra oportunidad, me tiraría por la ventana.

—Vaya, gracias por los ánimos…

—Déjame terminar, por favor —me pidió Alexandra—. Iba a decir que, si quieres una segunda oportunidad, tendrás que ganártela. Si yo fuese Kate y tuviese todo este historial romántico e intenso contigo a las espaldas, tendrías que arrastrarte por el fango como un cerdo para que te perdonase.

—No hay problema. Haré lo que haga falta.

—No me estás entendiendo. Cuando digo «arrastrarte», me refiero a muy profundo. El barro tendría que llegarte a las cejas y cuando estuvieses cansado, sucio y a punto de tirar la toalla, ahí, en ese momento, te perdonaría.

—Qué específica.

—Metiste la pata hasta el fondo y han pasado trece años, las cosas no se van a arreglar simplemente pidiéndole perdón. Y, por supuesto, nada de volver a quedar con tus amigas con derechos. Se acabó meter a otras mujeres por medio. Ni por celos ni nada. Kate tiene que sentir que solo tienes ojos para ella.

En aquel momento ni se me pasaba por la cabeza quedar con nadie, mucho menos acostarme.

—Si me vuelven a escribir, les diré que no quiero seguir quedando y ya está.

—Esta semana te ha pillado con otra —dijo Logan—. Remontar será difícil.

—Pero no imposible —puntualicé.

—Esa es la actitud. —Me felicitó Alexandra—. Tendrás que hacer algo grande para que te perdone.

—Mmm… Podría llevarla a la mejor cita de su vida.

—Por curiosidad… —empezó Chris—, ¿cómo vas a llevarla a la mejor cita de su vida si no quiere ni verte?

—Tendré que encontrar la manera de convencerla. En realidad, me gustaría llevarla al cine.

—¡El cine! ¡Eso es! —Alexandra dio un golpe en la mesa—. ¿Qué hemos aprendido de las películas románticas?

—¿Que todo se soluciona al final de manera surrealista gracias a un gran gesto? —bromeé.

Mi amiga entrecerró los ojos.

—Eres idiota —aseguró—. Pero sí, en este caso, me refería justo a eso. ¿Se os ocurre algún gesto?

Se hizo el silencio.

—¿Cuál es su película romántica favorita? —siguió ella.

—*Titanic* —solté sin ningún tipo de duda.

—Morir congelado en el océano es un gran gesto romántico —

pinchó Logan.

—También le encantaba *El diario de Noah*. En esa, el tío se tiraba no sé cuántos años construyéndole una casa a la protagonista. Estoy jodido, porque no tengo ni idea de coger un martillo.

—Y no eres tan guapo como Ryan Gosling —opinó Logan.

—Tío, ¿puedes tomarte esto en serio? —le pregunté a Logan.

—El año pasado vi una película de Anne Hathaway que me encantó —siguió Alexandra—. Se titula *La idea de tenerte*, ¿la has visto?

—No me suena.

—En esa peli, el protagonista esperaba al amor de su vida durante cinco años. En eso llevas ventaja. Puedes ir a casa de Kate y confesarle que llevas trece años esperándola.

—No tengo ni idea de dónde vive.

—Siempre tienes la opción de ir preguntando puerta por puerta, como hizo Hugh Grant en *Love Actually* —sugirió Chris.

—En *Mamma Mia*, Pierce Brosnan le pidió matrimonio a Donna delante de todo el mundo —agregó Logan.

A través de los altavoces comenzó a sonar «I Want You Back».

—¡Es otra señal! —exclamé contento.

—Ben, esta canción suena cada domingo —contradijo Chris—. Está en la lista de reproducción.

Hice un bailecito en la silla mientras canturreaba.

En ese momento, sonó el timbre. Debía de ser el repartidor del restaurante japonés.

—¡Por fin! —exclamé, levantándome de un salto—. ¡Me muero de hambre!

Atravesé el salón hasta la entrada. Abrí la puerta y me encontré con un hombre pelirrojo, vestido de negro de la cabeza a los pies.

—Buenas noches. Traigo una pizza para Benjamin Sharp —me

informó con voz monocorde.

Reparé en la caja que sostenía. El logo de Joe's Pizza adornaba la tapa.

—Te has confundido. No he pedido pizza.

—Si eres Benjamin Sharp, esto es para ti.

Fruncí el ceño extrañado.

Me incliné hacia atrás y giré la cabeza en dirección al salón.

—¿Vosotros habéis pedido pizza? —me dirigí a mis amigos.

Me respondieron en un coro de «noes».

Volví a encarar al repartidor justo cuando Logan exclamó:

—¡Benji, jamás se dice que no a comida gratis!

—¿Eres Benjamin Sharp, sí o no? —insistió el hombre que estaba plantado en la puerta.

—Sí…

Abrió la caja de pizza y la dejó caer al suelo. A continuación, me estampó un sobre contra el pecho.

—¡Que te aproveche la demanda, gilipollas!

Me sacó una foto y salió corriendo.

—Pero ¿qué cojones…? —Salí al pasillo—. ¿Esto es una broma?

El tipo se precipitó dentro del ascensor y se perdió de mi vista.

Mis amigos se agolparon a mi espalda.

—¡¿Ha dicho demanda?! —exclamó Alexandra alarmada.

Al voltearme, me encontré con tres pares de ojos preocupados mirándome desde el recibidor.

—Sep. —Entré en casa y cerré la puerta con el pie—. Tranquilos, debe de ser una broma de los del curro…

No me dio tiempo de acabar la frase. Alexandra me arrebató el sobre y extrajo los papeles del interior.

—¿No te has dado cuenta de que no era un repartidor de verdad? —me preguntó mientras escaneaba el documento a la

velocidad de la luz—. ¿Es que no has aprendido nada de las películas?

—Eh… —Me quedé pillado.

—Ay, Ben… —Alexandra me miró con cara de situación y me temí lo peor—. Kate te ha demandado.

—¿Cómo? —Me pasé la mano por el pelo.

Mi humor cayó en picado. De pronto, se me había cerrado el estómago.

—El motivo que alega para divorciarse es ruptura de la relación irrecuperable.

—¿Ruptura de la relación irrecuperable? —repetí perplejo—. Genial.

Arrastré los pies hasta la mesa del salón y planté el culo en la silla. Necesitaba un momento para digerir la noticia.

—Lo siento, tío. —Chris me puso la mano en el hombro.

Alexandra y Logan se nos acercaron.

—¿Por dónde íbamos? —les pregunté, recogiendo las cartas como si nada—. Logan, era tu turno, ¿no?

—Ben… —contestó mi amigo—. No tenemos que seguir jugando.

—¿Sabéis qué? —Solté las cartas y me puse de pie—. Necesito un cigarro.

—Por encima de mi cadáver. —Logan me cortó el paso y se cruzó de brazos—. Llevas un año sin fumar, no vas a recaer ahora.

—¡Ostras! —exclamó Alexandra—. Su abogada es Julia Spencer…

Giré sobre los talones para encararla.

—Suena a que estoy jodido… —musité.

—Un poco. Es la mejor abogada de divorcios de Nueva York. En el gremio se la conoce como «la Segadora del Anillo». Porque te ayuda a librarte de la alianza en un abrir y cerrar de ojos.

—Sí, sí. No hace falta que lo expliques. —Con una exhalación de

derrota, me dejé caer en el sofá—. En fin, ¿qué opciones tengo ahora? —le pregunté a Alexandra.

—Aceptar o impugnar. —Ella tomó asiento a mi lado.

Logan y Chris se quedaron de pie al otro lado de la mesa del café.

—Si no contestas en veinte días, a efectos legales, se te da por enterado y ella podrá divorciarse sin tu firma.

Logan sacó la botella de whisky escocés del armario y sirvió un chupito. Cogí el vaso que me tendía y lo vacié de un trago. El sabor afrutado me calentó la garganta al bajar. Estiré el brazo y Logan volvió a rellenarme el vaso.

—Este divorcio es como la puñetera carta de Hogwarts. No parará de llegar hasta que lo firme. —Me bebí el segundo chupito del tirón.

Joder. Yo pensando en recuperarla y ella me demanda alegando ruptura de la relación irrecuperable.

—¡Ben! —Alexandra me dio una palmada en la rodilla—. ¿Y si no estuviera todo perdido?

Sus ojos resplandecían como si acabase de ganar la lotería.

—¿Y si te dijera que puedo garantizarte que te encuentres con ella, al menos, una vez más antes del divorcio?

—¿Cómo? —pregunté atónito.

—Podemos impugnar y mandarle una contrademanda. La ley de distribución equitativa reconoce el matrimonio como una relación social y económica, y exige que el juez divida los bienes de manera justa. Según nos has contado, Kate tiene un imperio millonario y os casasteis sin un acuerdo prematrimonial… Podemos pedirle la mitad de su patrimonio.

—¿Qué? —Arrugué las cejas—. No quiero la mitad de su patrimonio.

—Ya lo sé. No vamos a ir a por él de verdad. Simplemente se lo haremos creer a ella y a su abogada, para alargar un poco el proceso y ganarte algo de tiempo.

—Si hacemos esto… luego, ¿podría dar marcha atrás y firmar el divorcio? ¿Sin pedirle nada?

—Sí, para retirarnos siempre hay tiempo.

—¡Alexandra, esto es una idea buenísima! —la felicité.

—Yo no estoy tan de acuerdo… —Chris negó con la cabeza—. La última vez que hubo una gran idea en este grupo, Logan montó un negocio de oponerse a bodas por sugerencia de Ben y acabaron partiéndole la cara.

—Es verdad… —contestó Logan—. Pero gracias a eso libré a la prima de Ben de acabar en un matrimonio de mierda, pude pagar la residencia de mi abuela y conocí a mi novia —acabó con una sonrisa.

Ladeé la cabeza, reflexivo, y me rasqué la barbilla.

Llegados a ese punto, parecía que aquella locura era la única baza que tenía para ganar algo de tiempo y volver a verla. Era probable que Kate se cabrease al recibir la contrademanda, pero elegí creer que cuando me escuchase me perdonaría. Y luego haría como el puñetero Ryan Gosling en *El diario de Noah* y recuperaría a mi chica. Si había conseguido que se enamorase de mí una vez, podría conseguirlo una segunda, ¿verdad?

—Vamos adelante con el contradivorcio —le dije a Alex convencido.

—¡Genial! —Mi amiga dio una palmada—. Dame una de tus fichas de póker.

Hice lo que me pedía.

—Esta ficha es mi honorario de retención. —Alexandra la colocó junto a las suyas—. El resto me lo pagarás más adelante.

—¿Vas a cobrarme siendo tu amigo?

—Di que sí, Alexandra, sácale los cuartos. —Se rio Logan.

—Desde ahora mismo, soy tu abogada —me dijo Alexandra a la par que alargaba el brazo con la palma abierta. Se la estreché y dijo solemne—: El lunes a primera hora le mandaré una contrademanda a la abogada de Kate. Señor Sharp, le garantizo que recuperaremos a la señorita Morgan.

Le devolví la sonrisa, más animado.

—Mmm…, veinte pavos a que Kate le manda a la mierda a la primera de cambio —soltó Logan.

—¿De verdad vas a apostar en mi contra? —pregunté ultrajado.

Chris y Alexandra se rieron.

—Benji, no te lo tomes como algo personal. Esto son negocios. Además, tú apostaste que Hannah pasaría de mi cara después de la boda de Chris.

—¿Sabes qué, capullo? Te doblo la apuesta. —Le estreché la mano—. Voy a recuperar a mi mujer.

10

Kate

Eran las nueve de la noche del sábado. Sobre la mesa del comedor tenía el guion impreso de *Legacy*, decorado con multitud de anotaciones escritas en los márgenes y en notas adhesivas de tonos pastel. La pantalla del portátil mostraba una página que recopilaba consejos para escribir un guion de Greta Gerwig, una de mis guionistas y directoras favoritas.

Mi única compañía era la de Carly Simon, que cantaba «You're So Vain» a través de mis cascos.

Había retocado y añadido varias escenas en los primeros episodios. Todavía me quedaba trabajo por delante.

Con un suspiro cansado, apoyé el codo en la mesa y la frente en la palma de la mano.

Todavía no había decidido si retomar mi guion. Había sopesado los pros y los contras, y estaba dividida. Por un lado, era algo que siempre había querido hacer. Por otro, perseguir mis sueños me resultaba aterrador. En parte por eso mi guion llevaba años olvidado en un cajón.

Los pensamientos intrusivos que asolaban mi cabeza esos días estaban plagados de «y si»: ¿Y si no era lo suficientemente buena como para terminarlo? ¿Y si se me daba fatal? ¿Y si lo terminaba y era malo? ¿Y si a nadie le interesaba lo que escribiera? ¿Y si fracasaba? ¿Y si mi padre tenía razón y no podía vivir de esto?

Mientras no persiguiese mi sueño, siempre tendría la duda de si podría triunfar o no. En cambio, si lo intentaba y fallaba, no habría marcha atrás.

Notaba el cerebro embotado por haber estado concentrada tantas horas seguidas. Paré la lista de reproducción de éxitos de las comedias románticas y me quité los cascos. A continuación, cogí el móvil. Abrí Instagram. Deslicé el pulgar por la pantalla y no tardé en toparme con la cara sonriente de Ben, en lo que parecía ser el escenario de *Saturday Late Night*. La revista *Entertainment Weekly* acababa de compartir un vídeo de su debut televisivo. En el texto que acompañaba podía leerse: «¡Benjamin Sharp presenta por primera vez SLN!».

La curiosidad me pudo y pinché en la pantalla. La música jazz que tocaba la banda en el plató de *Saturday Late Night* llenó la estancia. Y entonces una voz masculina anunció:

—¡Damas y caballeros, con todos ustedes…, Benjamin Sharp!

Las puertas doradas del fondo se abrieron. En cuanto Ben apareció, los aplausos del público se oyeron por encima de la música. Llevaba puesta una camisa azul marino y un pantalón de vestir, que le favorecían bastante. Bajó los escalones de un salto y avanzó bailando de manera teatral hasta el centro del escenario, donde giró sobre sí mismo. Sus movimientos llenos de energía eran tan exagerados que resultaban cómicos.

Ben echó un vistazo a la audiencia y una sonrisa enorme se adueñó de su expresión. Los ojos le brillaban, supuse que de emoción contenida.

Cambiaron a un plano en el que se le veía más cerca. Cada detalle de su aspecto estaba cuidado al milímetro: desde el cabello perfectamente despeinado a los primeros botones de la camisa desabrochados, pasando por la barba arreglada de varios días.

—¡Guau! —exclamó al ver que el público se desvivía aplaudiendo y vitoreando—. ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Me hace mucha ilusión estar aquí! De hecho, estoy tan feliz que hay una parte de mí que todavía no se lo cree. Las últimas semanas han sido un caos absoluto. Después de ocho años ahí detrás —señaló la parte trasera del escenario con el pulgar por encima del hombro— escribiendo guiones, hoy estoy cumpliendo el sueño que tengo desde que era un renacuajo. Sé que estaréis hartos de ver mi cara en las revistas, en las pantallas de Times Square y en los autobuses. Pero… ¿sabéis quiénes no están cansadas de verme hasta en la sopa? —Hizo una pausa y añadió—: Vuestras novias. —Le guiñó un ojo a la cámara de manera exagerada y la audiencia se partió de risa.

Noté un amago de sonrisa en las comisuras de la boca.

—Muchos pensaréis que estoy aquí por mi atractivo irresistible —continuó Ben en un tono divertido—. Haber sido bendecido con este rostro —se pasó la mano por debajo de la barbilla— tiene su parte negativa. Por ejemplo, siempre me preguntaré si soy talentoso de verdad. Es broma, es broma, es broma. Claro que soy gracioso. Lo sé porque antes no era tan guapo. De pequeño era más bien lo contrario. Tuve que currarme una personalidad de la hostia para suplir la falta de belleza. Bah, es mentira: fui el niño más guapo del mundo… Si le preguntáis a mi madre, os lo confirmará encantada.

La gente volvió a reírse. Ben transmitía seguridad y confianza.

—Tengo poca experiencia como presentador, pero llevo preparándome para este momento desde los siete años —prosiguió —. Recuerdo ver el programa de pequeño, en casa con mi madre, y pensar: «Ojalá estar ahí algún día». Solía imitar los *sketches* para hacerla reír mientras mi abuelo me grababa. Aquí una prueba.

La imagen de Ben fue reemplazada por un vídeo en el que tendría aproximadamente siete años. Llevaba un bigote pintado con

rotulador negro y una americana que le quedaba enorme. Al ver su imitación de un capo de la mafia, el público se dividió entre risas y suspiros amorosos.

Recordaba haber visto aquel vídeo. Su madre me lo mostró la primera noche que cené en su casa. Cuando quise darme cuenta, estaba sonriendo. Sentí una extraña mezcla de nostalgia, admiración y orgullo. Me pregunté si así se sintió Mia al ver a Sebastian cumplir el sueño de tener su propio bar de jazz en *La La Land.*

El Ben de treinta y un años volvió a ocupar la pantalla y continuó hablando:

—Este programa ha sido una de las partes más estables de mi vida, he recurrido a él en momentos buenos y malos. Por eso este escenario, en cierta manera, es como un hogar para mí. Antes de entrar como asistente de guion, trabajé aparcando coches, paseando perros y sirviendo copas. He perdido muchas cosas por el camino y no ha habido un día en el que no haya trabajado duro para llegar hasta aquí. Que yo esté en este escenario es la prueba de que los sueños pueden hacerse realidad. Este programa ha cambiado mi vida. El día que me ofrecieron presentarlo lloré como un niño.

Se oyeron los ruidos adorables de la audiencia. Por un momento, dejé el rencor a un lado y me permití ver al chico de dieciocho años cumpliendo el sueño de su vida. El orgullo me invadió.

—Entre el público están algunas de las personas que más me importan: mis amigos y mi madre. Sin ellos, no estaría aquí.

Cambiaron de cámara y enfocaron a la madre de Ben. Su rostro se había llenado de arrugas, tenía el pelo castaño entrecano y los ojos vidriosos.

—Mamá, espero que estés orgullosa —se oyó decir a Ben.

Ella asintió y vocalizó lo que me pareció que era un «Por supuesto». Su sonrisa era tan amplia que ocupaba toda la pantalla.

La audiencia volvió a aplaudir.

Enfocaron a Ben otra vez.

—Espero que disfrutéis del primer programa de la temporada y de la actuación de Sabrina Carpenter. Y ahora, tocan las palabras que llevo toda la vida pronunciando delante del espejo: ¡En directo, desde Nueva York, *Saturday Late Night*!

El vídeo terminó y yo me quedé un rato con los ojos fijos en el móvil.

Ben siempre conseguía lo que se proponía. Tenía la clase de carisma y determinación que te hacen llegar lejos.

Si él había cumplido su sueño, yo también podría, ¿no? Los ojos se me empañaron al imaginar lo emocionante que sería ver mi nombre en la portada de un guion terminado, la presentación de una de mis películas en una alfombra roja o la ovación del público al ganar un Óscar.

Ojalá fuese cierto aquello de que nunca era demasiado tarde para hacer lo que quieres.

Con la motivación renovada, cliqué sobre la carpeta del ordenador en la que guardaba el guion. El corazón se me había acelerado mitad emocionado mitad muerto de miedo. Tras un momento de vacilación, lo abrí. Releí las veinte páginas que había escrito hacía años. Había varias cosas que quería modificar. En ese momento, decidí que en cuanto acabase con los retoques de *Legacy* retomaría mi guion y cuando lo terminase ya vería qué hacer con él.

No sabía si conseguiría mi sueño, pero sentía que acababa de dar un paso en la dirección correcta.

11

Ben

—¿A qué hora te acostaste anoche? —me preguntó mi madre según nos sentamos uno frente al otro en el restaurante.

Me encogí de hombros.

—Cerca de las cinco, creo —respondí.

Después de presentar el programa, salí a celebrarlo con mis compañeros por todo lo alto. Eran las diez de la mañana. Había madrugado porque había quedado para desayunar con mi madre antes de llevarla al aeropuerto. Había volado hasta Nueva York para venir de público al estreno del programa. A mediodía regresaría a Florida, donde vivía con Joseph, su pareja.

Me froté la frente. Todavía tenía la cabeza como un bombo y estaba muerto de sed.

—¿Te has tomado algo para el dolor de cabeza?

—Sí. —Me quité las gafas de sol y parpadeé un par de veces para acostumbrarme a la luz.

La camarera se acercó a la mesa.

—Bienvenidos a Bubby's —nos dijo mientras dejaba en la mesa una jarra de agua junto a un par de vasos—. Me llamo Kim y les atenderé esta mañana. —Nos entregó los menús—. ¿Quieren que les traiga algo de beber?

—Un té con limón, por favor —pidió mi madre.

—Para mí un café solo, por favor —dije yo—. Muchas gracias.

—Enseguida.

Cuando nos quedamos solos, llené los vasos de agua y vacié el mío de un trago.

—Este sitio no será muy caro, ¿no? —Mi madre echó un vistazo alrededor.

—Mamá, ya te he dicho que no te preocupes por el dinero. —Alargué una carta en su dirección—. Pídete lo que quieras, por favor.

Ella la aceptó a regañadientes.

El restaurante no era ni de lejos el más caro de la ciudad, pero sí era el que servía las mejores tortitas.

—¿Tú qué vas a pedir? —me preguntó ella.

—Las tortitas de plátano caramelizado con nueces tostadas —respondí sin pensármelo—. Están buenísimas.

—Entonces las pediré yo también.

La camarera regresó con las bebidas y nos tomó nota de la comida.

—Tu vuelo salía a las dos, ¿verdad? —le pregunté a mi madre.

—Eso es.

—Vale. Voy a consultar el tráfico por si acaso. —Me saqué el móvil del bolsillo y abrí el mapa—. Con salir dentro de una hora, llegamos al aeropuerto de sobra.

Deslicé el pulgar por la pantalla para ver una previsualización de las notificaciones. En un momento me había escrito todo Dios, incluido Louis Michaels, el productor ejecutivo y creador del programa. Abrí primero su mensaje, constaba de dos palabras: «Enhorabuena, Ben», acompañadas de un enlace. Cliqué en él y se abrió el artículo de un periódico.

> El debut de Ben Sharp en *Saturday Late Night* bate récords de audiencia con siete millones de espectadores únicos

durante el estreno.

—¡Hostia! —exclamé.

—¿Qué pasa? —preguntó mi madre.

Parpadeé un par de veces y releí el titular.

No lo había soñado: seguía ahí.

Con un suspiro, solté la presión que me había acompañado los últimos días y acogí el alivio con los brazos abiertos. Esas palabras fueron un subidón de energía.

—Hemos batido récord de audiencia —le conté—. El director del programa me ha enviado un artículo.

Mi madre ahogó una exclamación. Saltó de la silla y se colocó detrás de mí para leer a la par que yo.

El artículo aseguraba que me había metido al público en el bolsillo gracias a mi carisma y sentido del humor, destacaba la dupla divertida que formábamos Michelle y yo copresentando la sección de noticias cómicas y remarcaba los buenos datos de audiencia: nos habíamos convertido en el estreno de comedia más visto de la cadena de la última década.

Conforme leía, me embargó el orgullo. Había trabajado duro para llegar hasta ahí.

—Enhorabuena, hijo. —Mi madre me abrazó desde atrás—. Estoy muy orgullosa de ti.

Incapaz de contestar, le di una palmadita en la mano. Para mí era importantísimo que ella se sintiese así. Al fin, pude articular un:

—Gracias, mamá.

Cuando regresó a su sitio me fijé en que tenía los ojos brillantes de emoción.

—Envíame el artículo —me pidió—. Quiero mandárselo a Joseph y a todas mis amigas.

—¿De verdad?

—Claro. Tengo que presumir de hijo, que solo tengo uno —dijo con una sonrisa.

En ese momento, la camarera nos llevó la comida.

—Están buenísimas —corroboró mi madre al probar las tortitas —. Pero a mí me quedan mejor, ¿a que sí?

Se me escapó la risa.

—Sí, mamá… Como las tuyas ninguna.

Una hora y media más tarde, llegamos al control de seguridad del aeropuerto.

—¿Cuándo vendrás de visita? —me preguntó al abrazarme.

—No lo sé. —Solté el asa de su maleta y la envolví con los brazos—. Ahora estoy a tope con el trabajo. En Navidad seguro.

—Falta mucho para eso.

—Qué va, se pasará volando. —Le froté la espalda con cariño—. Ya lo verás.

Ella se apartó con los ojos llorosos.

—Avísame cuando aterrices, ¿vale?

Mi madre asintió y me dio un último abrazo.

—No te olvides de llamarme el próximo domingo —me dijo antes de darse la vuelta.

Esperé hasta que pasó el control de seguridad para despedirme con la mano.

Cuando llegué a casa me desplomé en la cama. Durante un momento, me dediqué a contestar las felicitaciones de familiares, amigos y conocidos. No pude evitar preguntarme si Kate habría visto el programa y, de haber sido así, qué le habría parecido. En el pasado me había oído hablar del sueño de trabajar en *Saturday Late Night*, me había visto bromear e imitar *sketches* y se había tragado varias reposiciones del programa conmigo.

Habían pasado seis días desde que se había presentado en mi casa y dos desde que habíamos coincidido en el edificio de la cadena. Tenía ganas de volver a verla.

Guiado por un impulso, abrí Instagram. Ignoré los cientos de notificaciones pendientes y escribí su nombre en el buscador. No era la primera vez que lo hacía. Kate tenía la cuenta privada. No podía ver nada de su vida más allá de la foto diminuta de perfil, en la que aparecía de brazos cruzados en una pose corporativa, y de su biografía que se resumía en: «Productora en Morgan Media».

Aunque el plan que había montado con Alexandra seguía en marcha, quería descubrir más sobre ella. Por eso pulsé el botón de «seguir» y sonreí.

12

Kate

—Ben ha impugnado el divorcio —soltó Julia cuando irrumpió en el salón de mi casa el lunes por la tarde—. Su abogada me ha enviado una contrademanda reclamando el cincuenta por ciento de tu patrimonio.

La melodía alegre que Preston tocaba en el piano se cortó de manera abrupta.

—¿Qué…? —Me quedé lívida.

Agradecí que la noticia me hubiese pillado sentada.

La primera vez que le envié el divorcio a Ben, di por hecho que lo firmaría de inmediato. Nuestro matrimonio había durado menos de veinticuatro horas. Me dejó sola en una habitación de hotel al día siguiente de habernos fugado para casarnos. Para él nos habíamos precipitado y había sido un error, esas fueron sus palabras cuando rompió conmigo por mensaje. Un rato más tarde, mi padre se presentó allí. Me contó que le había ofrecido dinero a Ben a cambio de que me dejase y que él lo había aceptado sin pestañear. En su momento, me enfadé con él por haberse entrometido en la relación. A la larga, entendí que solo quería lo mejor para mí.

Dejé el portátil en la mesa auxiliar que tenía a mano derecha con el guion abierto del sexto episodio de *Legacy*.

—Esto no me lo vi venir. —Preston bajó la tapa del piano y se levantó.

—No… no entiendo nada. Por favor, dime que esto es una broma —musité—. Cuando me dijo que quería que lo revisase su equipo legal, no pensé que sería para reclamar la mitad de mi patrimonio.

Los tacones de aguja de Julia resonaron cuando atravesó la estancia con decisión. Dejó el bolso negro de Furla en la mesa del café, al lado del jarrón de peonías, y se sentó en el sillón a mi lado.

Preston se acomodó junto a mí.

—No te preocupes —continuó Julia con un tono calmado—. Es una demanda absurda. Saben que lo que están pidiendo es desproporcionado y que jamás ganarían el juicio. Lo único que buscan es dinero.

Mi estupefacción se convirtió en enfado. Hacía unos días Ben había sido todo sonrisas y coqueteo, me había mandado una solicitud de seguimiento en Instagram que, por supuesto, no había aceptado, y ahora, ¿tenía la poca decencia de ir tras mi dinero? La vieja herida del pecho comenzó a reabrirse. No debería sorprenderme que quisiese dinero. A fin de cuentas, no sería la primera vez que se aprovechaba de una situación.

Julia sacó del bolso una carpeta blanca decorada con el logo del bufete de abogados para el que trabaja. La abrió y extrajo un documento del interior.

—Para agilizar el proceso, habría que ofrecerle una compensación económica. —Se inclinó hacia delante y alargó el brazo para entregarme los papeles—. He redactado un acuerdo con la cantidad mínima que creo que estará dispuesto a aceptar.

No podía creerme que aquello estuviese pasando.

—No. —Me levanté sin coger los documentos. Tenía el pulso acelerado y me ardía la cara—. Esto no tiene sentido. ¡Fue él quien me dejó! Me aseguró que había solucionado lo del matrimonio —dije mientras caminaba de un lado a otro de la estancia—. ¿Y ahora

quiere mi dinero? ¿Quién se cree que es para pedirme nada?

—Os casasteis en gananciales. —Mi amiga cruzó una pierna por encima de la otra—. Por ley, tiene derecho a reclamarte la mitad del patrimonio.

—No tiene derecho a nada… Julia, eres la mejor abogada de divorcios de la ciudad. —Me detuve delante de ella y reduje el tono. Mis amigos no tenían culpa de nada—. Te pido, por favor, que encuentres otra manera de solucionar esto, porque no pienso darle ni un centavo. Ya se llevó suficiente cuando me dejó.

—Kate, no permitiré que tomes una decisión en caliente que podrías lamentar más adelante —contestó tajante.

—Te aseguro que jamás lamentaré no regalarle el dinero a Ben.

—¿Sabes qué pasa en los divorcios? —La pregunta de Julia era retórica, así que no contesté—. Que los afectados suelen olvidar que hay cosas más importantes que el dinero. Te casas dentro de cinco meses. La única manera de que la boda se celebre es darle a Ben lo que pide o llegar a un acuerdo económico para que firme los papeles.

La miré fijamente.

Sus ojos marrones me observaban implacables como el acero.

El estómago se me retorció de manera desagradable. ¿De verdad aquella era mi única opción? Me desplomé en el sofá cuando estaban a punto de cederme las piernas. La presión que sentía en la cabeza aumentó.

—No me lo puedo creer… —Me masajeé las sienes—. Esto es inaceptable. Estoy segura de que Ben ya tiene dinero suficiente con el sueldo de presentador. Vive en pleno Park Avenue, en un apartamento enorme con vistas panorámicas. ¿Para qué quiere mi dinero?

—La avaricia nunca para de crecer —intervino Preston—. Cuanto

más tienes, más quieres.

—Te sorprenderías de las cosas con las que me topo en los tribunales —agregó Julia.

Preston me frotó el brazo con delicadeza.

—¿Estás segura de que su marido solo quiere dinero? —le preguntó a Julia.

—No tengo ninguna duda. Para empezar, la demanda que han presentado no tiene ni pies ni cabeza. La cantidad que reclaman es desorbitada y son conscientes de ello. Lo único que intentan es llegar a un acuerdo económico presionando un poco. Además, la abogada ni siquiera está especializada en divorcios. No necesito más pistas. De verdad que no es la primera vez que me encuentro con una situación así.

—De acuerdo. —Preston asintió—. Paguémosle y acabemos con esto de una vez.

Volví a negar con la cabeza. Apreté tanto los puños que los nudillos perdieron color.

—Sé que no quieres que el hombre que te rompió el corazón a cambio de dinero se salga con la suya —continuó mi amigo—. Lo entiendo. Yo tampoco querría…

Intenté aguantar el temple mientras mi corazón se hacía un ovillo y se tapaba los oídos para no seguir escuchando.

Preston y Julia eran los únicos con los que había compartido los detalles de la ruptura con Ben.

—Entiendo que esto es difícil para ti —Julia tomó el relevo de la palabra—, pero necesito que confíes en mí. Para evitar acabar en los tribunales, o peor, en la prensa, lo mejor es pagarle. Vuestro compromiso se anunciará dentro de unas semanas. Necesitamos que para entonces esto esté solucionado.

Me senté y guardé silencio un instante.

Comprendía el consejo de Julia, pero la situación era injusta para mí mientras que Ben saldría beneficiado por segunda vez. Como si me leyera la mente, ella sacó de su bolso una caja verde pastel con el logo de Ladurée en la tapa.

—Esto seguro que te anima —dijo.

Acepté la caja y la abrí. Me metí un *macaron* de pistacho en la boca.

—Hay otras maneras de joderle que van más allá del dinero —continuó mi amiga—. Lo importante ahora es obtener su firma. Cuando estés felizmente divorciada, ya llamaremos a la mafia si hace falta.

Julia era el tipo de amiga que luchaba contigo hasta el final.

Respiré hondo un par de veces, tratando de rebajar el enfado. No merecía la pena que me llevase el disgusto por culpa de Ben. Si Julia creía que aquello era lo mejor, confiaría en ella. Por algo era una de las mejores abogadas de divorcios del país.

—De acuerdo… —murmuré, después de tragar—. Haz lo que consideres apropiado.

—Mañana a primera hora le enviaré el nuevo acuerdo a la abogada de Ben. Te prometo que antes de que te des cuenta, esto estará solucionado.

—Muchas gracias.

Tragué saliva y le di un sorbo a la copa de vino que Preston me puso delante.

—Necesito que me resuelvas una duda —empezó mi amigo—: ¿cómo pudiste enamorarte de un capullo así?

13

Kate

Trece años antes. Junio.

El olor salado del mar me inundó la nariz cuando salí al porche trasero del club de campo. Corría una brisa agradable. La luz de la luna se derramaba sobre el Atlántico formando un camino plateado en el agua. Apoyé los antebrazos en la barandilla de madera y cerré los ojos. Encontraba relajante el rumor de las olas al romper contra la orilla.

Me encantaría bajar las escaleras, quitarme las sandalias y mojarme los pies. Pero, si no quería que nadie notara mi ausencia, no debería tardar en regresar al salón donde mi padre socializaba con sus amigos de Nueva York. Me había escabullido del cóctel con la excusa de ir al lavabo. Llevábamos todo el día allí, me dolían las mejillas de fingir sonrisas vacías.

Éramos nuevos en los Hamptons y la fiesta era para darnos la bienvenida. Hacía unos meses mi padre había comprado una casa en la zona, aprovechando que estábamos pasando las vacaciones de primavera con unos conocidos. Como la mayoría de la gente de Boston, solíamos veranear en Cape Cod. Aquel año habíamos cambiado el destino de las vacaciones porque allí había demasiados recuerdos de mi madre y era doloroso volver sin ella.

—¡Venga, vete! —Un cuchicheo rompió la quietud.

Abrí los ojos y giré sobre los talones. En el porche no había nadie

más aparte de mí. La última vez que estuve sola en aquel lugar fue la noche en que conocí a Ben. No había vuelto a verlo desde entonces, pero su sonrisa irresistible se había quedado grabada en mi memoria.

—Tienes que largarte antes de que te vean —repitió la voz, que sonaba masculina.

Volví a cerrar los párpados y agucé el oído.

—No me mires así, anda…

Parecía que la persona que hablaba se encontraba debajo del embarcadero. Me asomé por la barandilla de madera, pero no conseguí ver nada. La luz de las tiras de farolillos apenas iluminaba la arena.

La curiosidad me empujó a bajar las escaleras con sigilo. La madera crujió bajo mis pisadas. Tan solo me quedaban un par de peldaños para llegar a la arena cuando un ladrido me provocó un sobresalto.

—¡Shhh! ¡Calla! —continuó la misma voz.

A mis oídos llegó el murmullo suave de unas patas golpeando la arena. Un perro salió de entre las sombras y se abalanzó sobre mí. El corazón se me subió a la garganta. Di un traspiés al retroceder a tientas y conseguí aferrarme a la barandilla a tiempo de no caerme.

—¡Eh, vamos, chico, vuelve aquí! —oí la voz más alta y clara—. ¡Me vas a meter en un lío!

Unos pasos acelerados sonaron cada vez más cerca.

El animal, de pelaje blanco y negro, me golpeó las rodillas con el hocico y meneó la cola de un lado al otro. Al entender que solo quería saludarme, relajé los hombros y sonreí.

—¡Hola, bonito! —Me senté sobre los peldaños de madera para acariciarlo.

—¿Qué estás buscan…? —El murmullo masculino se apagó de

sopetón.

Me eché hacia atrás cuando el perro intentó lamerme la cara, y se me escapó la risa.

—Vale, ahora lo entiendo —agregó el desconocido.

Levanté la cabeza y me encontré con una figura alta y esbelta. Se aproximó un poco más hasta llegar a la zona iluminada. Me quedé sin habla al reconocer a Ben. Durante un momento, fui incapaz de parpadear. Era tan guapo como recordaba, con el pelo castaño brillante, los ojos almendrados y la sonrisa contagiosa. Iba vestido con un polo negro y un pantalón de color claro. Pese al uniforme de aparcacoches, tenía un aire de chico malo que me recordaba al de Patrick Verona en *Diez razones para odiarte*. No sabía si era la mirada intimidante, la seguridad que transmitía o el simple hecho de que fumase.

—¡Vaya, vaya, Rose! —me saludó con una sonrisa cegadora—. Nos volvemos a encontrar.

—No me llamo Rose —respondí escueta.

—Lo sé. —Le dio una calada al cigarro y exhaló el humo sin dejar de mirarme—. Kate, ¿verdad?

Asentí mientras acariciaba la cabeza de su perro.

—Y tú te llamabas Ben, ¿no?

—Sep.

Apagó el cigarro contra una viga del embarcadero y tiró la colilla.

—Lo siento si te ha asustado. —Señaló al animal con un gesto de cabeza—. No para quieto. —Su tono denotaba el cariño que sentía por el perro.

—No pasa nada. —Seguí acariciándolo—. Es precioso. ¿Cómo se llama?

Ben me aguantó la mirada unos segundos.

—Se llama Oreo.

Sonreí. Ben no tenía pinta de ser de esos que nombraban a su mascota con un nombre dulce.

—Me gusta. ¿Es porque te encantan las galletas?

—Y porque el pelaje es blanco y negro. Me parecía lo más lógico.

Volví a reírme.

—El nombre es provisional. En realidad, no sé cómo se llama. No es mío…

Arrugué las cejas.

Ben se agachó sobre la arena.

—Apareció por aquí en primavera —me explicó, pasando una mano por el lomo del animal—. Creo que lo abandonaron. El pobre estaba muerto de hambre. Le di algo de comer y, desde entonces, no ha dejado de venir.

Oreo se dio la vuelta y le obsequió con un cabezazo juguetón.

—¿De qué raza es?

—No tengo ni idea, parece un cruce —me contestó al tiempo que le rascaba detrás de las orejas—. ¿Qué hacías aquí fisgoneando?

—No estaba fisgoneando —respondí rápido.

Me asoló una repentina vergüenza. Incliné la cabeza, permitiendo que la melena me ocultase el rostro, y me centré en seguir acariciando al perro.

—¿Tan muermazo son estas fiestas?

Respiré hondo y alcé la vista.

—Oh, no es eso. La fiesta está bien —aseguré.

Los ojos de Ben siguieron el movimiento de mi mano cuando me acomodé un mechón de cabello tras la oreja.

—Entonces ¿qué haces aquí fuera? ¿Estás huyendo del novio malvado otra vez?

—No tengo novio.

Ben sonrió.

—He salido porque me gusta el sonido del mar. —Le regalé una sonrisa educada.

—Hacía tiempo que no te veía… ¿Vives por aquí?

—No. Vivo en Boston. Solo he venido a pasar el verano. ¿Y tú?

—Nacido y criado en Montauk. Es el último pueblo de la costa. —Señaló con el brazo la playa que se extendía detrás de él—. Está a unos veinte minutos en coche. Deberías visitarlo. Tiene varios acantilados, una playa enorme y el faro está chulo. Podría enseñártelo si quieres.

—¿El faro?

—Y el pueblo. Se han grabado varias pelis allí.

—¿En serio? ¿Cuáles?

—Por ejemplo: *¡Olvídate de mí!* ¿La has visto?

Arrugué la nariz y volví a sacudir la cabeza en un ademán negativo.

—¿No? ¡Pero si la protagoniza Kate Winslet!

Ensanché la sonrisa.

—Por poco olvido tu obsesión con *Titanic* —bromeé.

—Me ofendes, Rose.

Estaba acariciando al perro cuando una descarga eléctrica traspasó mi piel y me llegó hasta las venas. Bajé la vista para ver que la mano de Ben se había topado con la mía.

«Ay…».

Alcé la cabeza confundida. Nuestras miradas se encontraron y mi corazón salió disparado. En ese instante, fue como si alguien redujese el volumen del mundo. Dejé de oír las olas y el ruido amortiguado de la música que llegaba del interior del edificio, incluso los sonidos juguetones de Oreo pasaron a un segundo plano.

«¡Para de mirarlo fijamente! —me pidió la voz de la razón—. Es de mala educación».

Los ojos de Ben brillaban como dos faros, clavados en los míos. Me habían hipnotizado y era incapaz de apartar la vista. Cuando sonrió, no pude evitar ruborizarme.

No entendía qué me estaba ocurriendo. ¿Por qué mi corazón se estaba acelerando tanto? ¿Acaso él estaba experimentando lo mismo que yo? Sus ojos abandonaron los míos y bajaron hasta el lunar que tenía sobre el labio. Un estremecimiento me recorrió el cuerpo entero. De pronto, me sudaban las palmas. Aquellas sensaciones que escapaban a mi control me producían vértigo.

Abrumada, me incorporé rompiendo el momento.

Ben se irguió casi a la par. El perro se enredó entre mis piernas, perdí el equilibrio y caí hacia delante.

—Hey, cuidado. —Él me sujetó las caderas y yo le eché los brazos al cuello cuando mis pies aterrizaron en la arena—. No te tires —repitió las mismas palabras de la noche en que nos conocimos.

Se me escapó una risita aguda y nerviosa.

Su cara había terminado a centímetros de la mía. El calor que despedían sus palmas me quemaba la piel.

No me aparté de su contacto.

—Mañana ponen *¡Olvídate de mí!* en el cine de Montauk —dijo Ben sin soltarme—. ¿Quieres ir?

El estómago me dio un vuelco.

«¿Me está pidiendo una cita?».

Quería aparentar ser una chica guay y segura, pero me temblaban las piernas y dudaba que no fuese a fallarme la voz.

—¿Contigo? —Mi tono chillón lo hizo sonreír.

—Sí.

Lo contemplé unos segundos. No tenía muy claro si debía aceptar.

—La otra opción es que vayas a verla sola y me guardes un sitio a tu lado.

Tragué saliva.

—¿Es una… cita?

—Será lo que tú quieras que sea —respondió con confianza en sí mismo.

Se oyó un silbido a lo lejos.

Ben chasqueó la lengua y dijo:

—Mierda. Tengo que irme.

Di un paso atrás y salí de su agarre. El mundo regresó a la normalidad. A excepción de mi corazón, que seguía corriendo una maratón.

—¿Qué me dices? —Ben desplegó una sonrisa encantadora—. ¿Te apetece ir al cine conmigo?

Lo miré dubitativa. Aquel chico de ojos verdes y sonrisa pícara me generaba curiosidad, pero sabía que mi padre no lo aprobaría. Según él, mi único novio eran los estudios.

Me alisé la falda del vestido morado, rehuyendo su mirada, y dije:

—Tendría que pedir permiso.

—¿Tus padres tienen que darte permiso para ir al cine conmigo? Pero ¿cuántos años tienes?

—Tengo diecisiete, pero no te conozco de nada. Hasta donde yo sé, podrías ser un asesino en serie.

—Oh, sí. De hecho, utilizo al perro como cebo para atraer a chicas guapas a mi trampa.

Sonreí.

—Cine de Montauk. Mañana. Al atardecer —dijo.

—No sé si me dejarán ir…

—Confío en que encontrarás la manera de que sí. Y, si no, no se

lo digas y ya está.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

Me encogí de hombros.

Volvió a oírse otro silbido.

Ben se agachó para acariciar por última vez a Oreo.

—Vendré en un rato con más comida —le prometió apresurado.

De alguna manera, el animal pareció entenderlo, porque cuando se irguió no fue detrás de él.

Me volteé para subir las escaleras.

—Esto… ¿Kate?

Me giré para encararlo.

—Tienes el culo lleno de arena.

El rubor me subió por el cuello.

¿Ben me había mirado el trasero?

Como si adivinase mis pensamientos, añadió:

—No he podido evitarlo.

—Ya… —Me sacudí la arena.

Ben me sobrepasó y subió las escaleras a toda prisa. Lo seguí de cerca. Al llegar al porche, se detuvo.

—No le cuentes a nadie lo del perro, anda —me pidió Ben muy serio—. Podrían echarme la bronca o llamar a la perrera.

—Tranquilo. No lo haré.

—Nos vemos mañana. —Se despidió con la mano y se marchó.

Abrí la ventana y me encontré con los ojos curiosos de Stacy Cabot, la hija de un socio de mi padre. Había pasado el día pegada a mí, no sabía si era porque quería o porque se lo había pedido su padre.

—¿Qué hacías hablando con el aparcacoches? —Stacy me observaba con las cejas arrugadas.

—Nada. Solo me ha preguntado la hora —dije lo primero que se me ocurrió—. Es majo.

—Y está buenísimo. —Ella soltó una risita tonta—. Me liaría con él solo para darle un disgusto a mi madre —añadió con un tono malicioso.

Una ligera incomodidad brotó en mi interior.

—Por cierto, tu padre te busca.

—Gracias. Voy a ver qué necesita.

Al regresar al salón, fui directa a hablar con él.

—¿Me buscabas, papá? —le pregunté.

—Sí. Disculpadme un momento —les dijo a los hombres con los que hablaba. Acto seguido, se apartó del grupo y le seguí—. Mañana a primera hora tengo que volver a Boston. Ruth se quedará contigo el resto de la semana. Volveré en cuanto pueda.

Ruth era el ama de llaves.

—Ah… —Una punzada de desilusión me atravesó.

Desde que tenía memoria, mi padre siempre estaba trabajando. Mientras crecía, había pasado la mayor parte del tiempo acompañada de mi madre.

—He hablado con los Cabot —prosiguió—. Si necesitas ir a algún sitio esta semana, puedes contar con su hija. Stacy quedará contigo.

—De acuerdo, papá.



La tarde siguiente, Stacy me recogió en su descapotable para ir al cine de Montauk. Le había propuesto el plan omitiendo que Ben me había invitado. Apenas tenía confianza con ella y no quería que mi padre se enterase de que había quedado con un chico. Además, me

daba vergüenza aparecer sola y arriesgarme a que Ben me diese plantón.

—¡Los padres de Rich se han ido a una gala benéfica en Nueva York y va a dar una fiesta! —exclamó Stacy, con los ojos centrados en su móvil, tan pronto como me subí al coche—. ¡Al parecer, ha conseguido bebida! —El entusiasmo era evidente en su voz—. Pasamos de la peli, ¿no? —acabó mirándome con una sonrisa angelical.

El plan que proponía no me apetecía, pero me daba apuro decírselo. Me había hecho el favor de venir a buscarme. No quería quedar mal con ella ni obligarla a hacer algo que no quisiera.

Ben y su sonrisa torcida cruzaron mi mente y mis nervios aumentaron. Si se presentaba en el cine y no me encontraba, ¿se decepcionaría? ¿Pensaría que no me había atrevido a ir?

Se me formó un nudo en el estómago al pensarlo.

Me sentía dividida.

—Como quieras —contesté con la boca pequeña.

—¿No quieres ir a la fiesta?

—No es eso… —Intenté buscar una solución intermedia—. La fiesta suena genial, pero… me apetece mucho ver la película. ¿Te importa si me quedo en el cine y voy a casa de Rich más tarde?

—¿Estás segura?

—Cien por cien.

Me regaló una sonrisa amplia.

—Vale, bueno, ¿quieres que te acerque al cine?

—No te preocupes. Cogeré un taxi.

—Llámame si necesitas algo. Ahora te paso la dirección de Rich.

—Genial. Gracias. —Me bajé enseguida del vehículo—. Nos vemos luego.

Media hora más tarde, el taxi me dejó en el centro de Montauk.

El cine parecía diminuto. La pintura roja de la fachada estaba desconchada. Sobre la puerta, un letrero blanco anunciaba con letras negras las películas que se proyectaban ese día: *Los Vengadores* y *¡Olvídate de mí!*

Al entrar en el vestíbulo, percibí el aroma característico de las palomitas. Las paredes estaban decoradas con varios pósters de películas desgastados y pegados con celo. Encima de la taquilla había un cartel blanco rodeado de bombillas doradas que rezaba: nos vemos en las películas.

Con un gusanillo de nervios en el estómago, me acerqué al mostrador. La última vez que pisé un cine fue acompañada de mi madre.

—Buenas tardes. —Una chica de pelo negro y rizado me saludó desde el otro lado.

Tenía la cara redonda, los ojos oscuros y un hoyuelo en la mejilla.

—Hola. —Le devolví la sonrisa—. Me gustaría comprar una entrada para *¡Olvídate de mí!*, por favor.

—Perfecto. ¿Quieres palomitas o alguna bebida?

—Mmm… —Le eché un vistazo al menú de la pared—. ¡Hay palomitas de caramelo!

Ella soltó una risita por mi entusiasmo.

—Me llevo un cubo mediano y una Coca-Cola grande, por favor.

—Marchando. —Tecleó el pedido en la caja—. En total son diez dólares.

Saqué la cartera del bolso y extendí un billete por encima del mostrador.

—No me suena tu cara —me dijo al entregarme la entrada—. ¿Es la primera vez que vienes?

—Sí. —Asentí.

—Te cuento: el cine solo tiene una sala, donde ponemos los estrenos. Las películas del cine de verano se proyectan en el patio trasero al atardecer. —Consultó su reloj y añadió—: En una media hora. Las entradas no son numeradas. Todavía no ha pasado mucha gente, así que no tendrás problema para elegir un asiento.

—De acuerdo. Muchas gracias. —Esperaba que Ben fuese uno de esos espectadores que ya habían llegado.

La chica se acercó a la máquina de palomitas y llenó un cubo hasta arriba.

—Aquí tienes. —Me lo tendió acompañado del refresco.

—Gracias. —Los acepté y seguí sus indicaciones hasta la parte de atrás.

El patio contaba con unas veinte sillas blancas de plástico repartidas en cuatro filas. En la pared del fondo había desplegada una lona blanca. Tan solo había un par de asientos ocupados en la última fila por una pareja que se besaba sin descanso.

No había ni rastro de Ben.

Me senté en una silla centrada de la segunda fila, poniendo espacio suficiente entre los tortolitos y yo. Dejé el vaso en el suelo y me coloqué el bolso en el regazo. Acto seguido, le eché un vistazo al reloj. Eran las siete y media. Para matar el tiempo, me comí una palomita. Y después otra. Y otra más.

A cada tanto, echaba un vistazo por encima del hombro con la esperanza de ver aparecer a Ben. Pasado un rato, varias chicas se sentaron a mi izquierda, dejando un par de sillas de separación. Coloqué el bolso en el asiento vacío de mi derecha, para guardarle el sitio a Ben.

Conforme el cielo se coloreaba de púrpura, el temor de que no apareciera aumentaba. Cuando encendieron el proyector, apenas me quedaban palomitas y Ben seguía sin llegar. La decepción me cerró

el estómago. Había sido una idiota por creer que iría. Miré hacia la puerta, pero me daba vergüenza salir y que la gente supiese que me habían dado plantón.

Me agaché para coger el vaso. Al erguirme, percibí movimiento por el rabillo del ojo. Giré la cabeza y me encontré con Ben. El alivio fue instantáneo.

—Vaya, Rose, qué casualidad encontrarte aquí —dijo al llegar a mi altura—. ¿Está libre? —Señaló el asiento que ocupaba mi bolso.

—Sí. —Lo recogí a toda prisa y me lo coloqué en el regazo.

Tomé un sorbo de bebida tratando de aparentar normalidad.

Ben se sentó a mi lado. Llevaba una camiseta negra de manga corta y vaqueros. Era la primera vez que lo veía sin el uniforme. Estaba tan guapo que sentí un pellizquito en el pecho.

—Gracias por guardarme el sitio —susurró, inclinándose en mi dirección—. Siento haber llegado tan justo.

—No te preocupes.

—Por suerte, no me he perdido nada. —Desplegó otra de sus sonrisas encantadoras.

Se la devolví, notando cómo mi corazón se aceleraba.

—¿Quieres? —Colocó un cubo de palomitas delante de mi cara.

—Estoy llena. Gracias.

La película comenzó y volví la vista al frente para ver al protagonista despertarse.

—Esa es la playa que te decía ayer —susurró Ben cerca de mi oído.

Asentí sin mirarlo.

Un poco más tarde, me aventuré a meter la mano en su cubo de palomitas y nuestros dedos se encontraron. La electricidad me subió por el brazo. Dejé de oír las voces de Kate Winslet y Jim Carrey. El mundo había vuelto a quedarse en silencio. ¿Acaso Ben tenía un

superpoder?

Me llevé una palomita salada a la boca.

Intenté seguir la película, pero sentía los ojos de Ben fijos en mi cara y me costaba concentrarme. Giré el rostro para encararlo. Sus ojos brillaban casi tanto como las estrellas.

—Me estás mirando —susurré cohibida.

—Ya. —Sonrió aún más.

¿No le daba vergüenza?

—¿Por qué?

—Quiero ver cómo reaccionas a mis escenas favoritas.

Notaba las mejillas tan calientes que estaba segura de que llamarían la atención como dos neones en la oscuridad. Su brazo rozó el mío por accidente, provocándome un estremecimiento.

—¿Tienes frío? —Malinterpretó mi escalofrío.

—Estoy bien.

Se volteó hacia el otro lado y, como haría el protagonista de una comedia romántica, me ofreció su chaqueta.

—Gracias. —Sonreí.

Era la primera vez que un chico me prestaba ropa.

Al ponérmela me llegó a la nariz una mezcla de olor a jabón y tabaco.

—¿Estás llorando? —me preguntó Ben poco después.

—No. —Me apresuré a limpiarme las lágrimas con el dorso de la mano.

Agaché la cabeza y dejé que la melena se interpusiera entre nosotros, como una cortina que me daba privacidad. Ben me sorprendió estirando el brazo y girándome el rostro por la barbilla. Observó mis ojos llorosos y dijo:

—Eres muy mona.

Me quedé paralizada unos segundos. Normalmente, aguantaba

las lágrimas hasta que no podía más. Especialmente viendo películas. Recordaba las palabras exactas que me dijo mi padre cuando me descubrió llorando por la muerte de Leonardo DiCaprio en *Titanic*: «Los Morgan no lloramos por tonterías, Katherine. Sube a lavarte la cara».

Cuando la película terminó, encendieron las luces del patio.

—¿Qué te ha parecido? —quiso saber Ben.

—No lo tengo claro. El final es muy triste.

—¿Por qué dices eso? —Arrugó las cejas—. Si acaban juntos…

—Ya, pero se borraron la memoria para olvidarse el uno al otro… Y ni siquiera recuerdan qué hicieron mal la primera vez para no volver a meter la pata. ¿Por qué empezarías una relación si sabes que acabará mal?

—Ahí está la gracia, ¿no? Deciden intentarlo y arriesgarse, aunque todo apunte a que acabará mal. A mí me parece un final buenísimo.

—Creo que nunca nos pondremos de acuerdo en los finales.

—Tendremos que probar suerte viendo otra película —dijo Ben antes de levantarse.

Recogí el cubo de palomitas del suelo y me puse de pie para seguirlo. Éramos los últimos en el patio.

—¿Te borrarías la memoria para olvidar a alguien? —le pregunté cuando tiramos los cubos a la basura.

—No lo sé. Tendrían que hacerme mucho daño para llegar a ese extremo. —Me abrió la puerta y pasamos el vestíbulo—. ¿Y tú?

—No lo tengo claro. Quizá sí. Aunque es triste olvidar recuerdos bonitos…

—Ya… Hasta luego, Lola. —Se despidió de la chica del mostrador con la mano y salimos a la noche estrellada.

Ben se encendió un cigarro con un Zippo.

—¿Quieres ver la playa de la película? —preguntó tras dar una calada—. Está aquí al lado…

—Me encantaría, pero tengo que ir a una fiesta —comenté con la boca pequeña.

—No tienes cara de que te apetezca mucho ir.

—Sí que me apetece… —Me acomodé el pelo detrás de la oreja.

—Si no quieres ir, no vayas.

—No puedo hacer eso. Ya he dicho que iría.

—¿Y? —Ben se encogió de hombros antes de darle otra calada al cigarro—. Tienes derecho a cambiar de opinión.

Me mordí el labio y suspiré, mientras lo sopesaba.

—Me lo he pasado genial —le dije enseguida—. Pero tengo que irme.

Él le dio una última calada al cigarro y arrojó la colilla al suelo.

—¿Dónde has aparcado? —preguntó mientras la pisaba.

—He venido en taxi.

—¿Adónde tienes que ir?

—A Cedar Street, en East Hampton.

—Te acerco.

—No te preocupes. Pensaba llamar un taxi.

—No vas a encontrar un taxi un miércoles por la noche en Montauk. Vamos, anda; tengo el coche justo ahí.

Señaló un vehículo alargado y antiguo que estaba aparcado en la acera de enfrente. Tenía la pintura roja oxidada, y algunas piezas, como el retrovisor, eran de color azul.

Nuestras manos se rozaron al cruzar la calzada y volví a sentir las chispas saltar sobre mi piel.

«¿Qué está pasando?».

Bordeé el vehículo para subirme por la puerta del copiloto. La tapicería roja de los asientos estaba desgastada.

Cuando arrancó, la melodía de una canción ochentera llenó el ambiente.

—Entonces —Ben bajó la música— ¿no te ha molado el final?

—No. En mi cabeza, los protas acaban recuperando los recuerdos y se dan cuenta de que perdieron más cuando estaban separados.

—Hala, así, ella cambia el final porque le da la gana.

Su tono de falsa indignación me hizo reír.

—Sí. Es algo que hago desde que era pequeña. Si no me gustaba un final, luego me inventaba otro.

—¿Sí? ¿Qué finales cambiabas?

—Mmm… Por ejemplo: el de *Titanic*. En mi versión de la película, los rescataron a ambos, vendieron el collar y se casaron en secreto. El de *La Sirenita*… Quería que Eric se transformase en sireno y vivieran todos juntos bajo el mar. Recuerdo que jugaba en la piscina con Barbie y con Ken durante horas.

Ben soltó una carcajada.

—Solo le pongo una pega a tu final: ¿qué pasa con el perro de Eric?

—Se queda en el castillo. Pueden visitarlo todos los días, igual que a la gaviota.

Dejamos atrás el pueblo y cogimos la autopista.

—Por lo que veo, ahora sigues cambiando los finales… —continuó Ben poco después.

—Sí. Solo que ahora, en lugar de jugar con las muñecas, los escribo en un cuaderno. En cuanto llegue a casa luego escribiré mi final perfecto de *¡Olvídate de mí!*

—Eres la primera persona que conozco que hace eso.

—Dime un final que no te haya gustado —le pedí.

—Mmm… Hay uno que no tengo claro si me mola o no. El de *El*

efecto mariposa. Creo que la historia era original y se la cargaron al final.

—A mí tampoco me gusta. ¿De verdad te cruzas por la calle con el amor de tu vida y no le hablas? ¿Por qué harías eso?

—Supongo que él pensó que ella estaría mejor sin él…

—Da igual lo que creas. Siempre hay que hablar a la chica. Siempre. Sin duda, me quedo con el final alternativo.

—¿Hay un final alternativo?

—Hay varios. ¿No los has visto?

Ben negó con la cabeza.

Me ladeé en el asiento para mirarlo.

—Mi favorito es el que acaba bien. La escena empieza igual, con Ashton Kutcher saliendo del trabajo y cruzándosela, ambos se giran a la par y se presentan. Él le dice que le encantaría tomar un café con ella algún día y ella acepta.

—No sé si me convence… —Ben torció el gesto sin apartar los ojos de la carretera—. Es demasiado optimista para una peli tan oscura.

—Es el final perfecto. Demuestra que, a veces, la persona adecuada puede llegar en el momento menos indicado.

—No todas las historias de amor deben acabar bien.

—Discrepo. El mundo sería más feliz si todas las historias de amor acabasen bien.

—Creo que el mensaje de la peli es que el mayor acto de amor que puedes hacer por alguien es dejarlo ir. El final original es un poco triste, pero lo veo más realista. El tema de Oasis de fondo te pone los pelos de punta.

—Entonces ¿por qué no sabes si te gusta?

—Porque si él ya la había salvado al alejarla cuando eran pequeños, ¿qué hay de malo en que le hable ahora? No es que la

historia fuese a repetirse. Me pareció que forzaron el final para que fuese agridulce.

—Entonces sí habrías preferido que acabasen juntos.

—No lo tengo claro.

Conforme redujo la velocidad comencé a ponerme nerviosa. ¿Volvería a verlo? ¿Debía preguntarle por su número de teléfono? ¿Ahora me tocaba a mí pedirle una cita?

Por si acaso, saqué el móvil del bolso.

—Gracias por traerme. —Sonreí cuando se detuvo delante de la mansión de dos plantas—. Me lo he pasado genial.

—Yo también.

El silencio se prolongó unos segundos. Cogí aire y me armé de valor.

«Una. Dos. Y tres».

—¿Quieres… quedarte? —solté de carrerilla.

—¿Quién da la fiesta?

—Rich.

—Ni de coña. —Negó con la cabeza—. Suficiente tengo con aguantarle en el curro. Nos vemos otro día.

Me quedé chafada.

«¿Cuándo?», me habría gustado preguntar.

—Vale —contesté.

Ben alargó la mano y cogió mi teléfono.

—¿Qué haces?

—Guardar mi número. —Él tecleó su contacto y pulsó el botón de llamar. Sacó su móvil del bolsillo, con la pantalla iluminada, y colgó—. Ya te tengo. Llámame cuando quieras. Te guardaré como Rose.

Mi corazón revoloteó dentro del pecho. Me gustaba ese mote. Era la primera vez que alguien me ponía uno.

—Vale. Gracias otra vez por traerme.

Al bajarme del coche, me quité la chaqueta y la dejé doblada en el asiento.

—Buenas noches —dije antes de cerrar la puerta.

—Pásalo bien. —Alcancé a oír.

Solo me había alejado un par de pasos cuando se encendió la pantalla de mi móvil. Al ver el nombre de Ben, me volteé. Él me hizo un gesto para que lo cogiera.

—¿Diga?

—¿Qué haces mañana?

—No lo sé, ¿por?

—Me parece que ponen *Cuando Harry encontró a Sally* en el cine de verano. Decías que era un clásico, ¿no?

Me sorprendió que recordase lo que dije la noche que nos conocimos, dos meses atrás.

—Sí. —Sonreí.

—¿Me guardarías un sitio a tu lado?

—Claro.

—Genial. Te veo mañana.

—Buenas noches, Ben.

Colgué y eché a andar por el camino de piedra con una sonrisa de oreja a oreja. Tenía la sensación de que aquel chico comenzaba a gustarme.

14

Ben

La canción «Thunderstruck» de AC/DC que se reproducía a través de mis cascos se vio interrumpida por la voz de Siri anunciando una llamada entrante de Alexandra. Asentí y el móvil descolgó por mí.

—¡Han picado el anzuelo! —exclamó mi amiga.

Me aparté del saco.

Estaba sudado y acelerado.

—Tienes toda… mi atención —le dije casi sin aliento.

—Julia ha respondido a la contrademanda ofreciendo dinero, tal y como esperaba. Lo he rechazado y ha tardado tres segundos en llamarme.

Hizo una pausa dramática y me quedé en vilo.

—Me complace confirmarte que el viernes a las nueve de la mañana tenemos que estar en su despacho para negociar el acuerdo de separación.

—¿Kate irá?

—Claro.

—Perfecto. —Sonreí de medio lado.

—De nada por conseguirte una oportunidad más de verla.

—Gracias.

—¿Y…?

—Eres la mejor.

No la tenía delante, pero no me cabía duda de que Alexandra

estaba sonriendo.

—¿Qué tengo que hacer en la reunión? —pregunté.

—Nada. Con que me envíes la documentación que acredite tus ingresos para hacer el paripé es suficiente. Julia intentará buscarnos las cosquillas. Es importante que no entres al trapo y me dejes hablar a mí, ¿vale?

Guardé silencio.

—Ben, ¿has entendido que tienes que quedarte callado?

—¿Con quién crees que estás hablando?

—Te quiero mucho, pero abres la boca y sube el pan. Dices lo primero que se te pasa por la cabeza, sin pararte a pensar…

—Alex, no tengo tres años. Sé comportarme.

La oí respirar hondo desde el otro lado de la línea.

—¿Has pensado qué vas a hacer para que Kate te perdone?

—Está todo bajo control.

Ella soltó un gritito.

—¿Por qué te emocionas tanto?

—Porque esto es como el inicio de una comedia romántica y tengo la suerte de ir al preestreno.

—Un divorcio es lo opuesto a como empezaría una comedia romántica.

—Te dejo, que tengo otra llamada. Recuerda ponerte guapo y ser puntual —agregó antes de colgar.



En mi vida había llegado tan pronto a un sitio como esa mañana. El bufete de abogados donde me habían citado estaba ubicado en un rascacielos acristalado en Midtown. Llegué media hora antes de lo

previsto. Me dirigí a una cafetería cercana. Al entrar, percibí el olor intenso del café recién molido. Por encima del murmullo de las conversaciones y de la música pop imperaba el ruido de la máquina de expreso.

Me puse a la cola y le eché un vistazo al menú de la pared. Aparte de una variedad interminable de cafés de especialidad también ofrecían comida. Mis ojos se detuvieron en los *macarons* de pistacho. Eran los favoritos de Kate. Decidí comprarle unos cuantos. El gesto me allanaría el terreno.

—Un capuchino con leche de avena y tres *macarons* de pistacho para llevar, por favor —oí que pedía el hombre trajeado que tenía delante.

Escaneé los dulces que se exhibían tras la vitrina. Solo les quedaban tres *macarons*.

«No me jodas».

—Enseguida —le respondió la barista con una sonrisa.

—Perdona. —Me planté al lado del tío trajeado y me dirigí a la camarera—. ¿Te quedan más *macarons* de pistacho?

—No, lo siento. Estos son los últimos. —Cogió los dulces con unas pinzas y los metió con cuidado en una bolsa de papel marrón.

Desplegué una sonrisa confiada y giré la cabeza para encarar al tío que pretendía robarme la felicidad.

—Hola. ¿Qué tal? Me llamo Ben —empecé, mirándolo—. Sé que te parecerá una locura, pero necesito esos dulces.

El hombre parpadeó aturdido y no contestó.

Todo en él exudaba opulencia, desde el traje hecho a medida hasta los gemelos de oro. Conocía bien a los ricachones como él. Hablaban el lenguaje del dinero.

—¿Me dejas que te invite al café a cambio de los *macarons*? —agregué, sacándome la cartera del bolsillo.

—Lo siento, pero yo también los necesito. —Hasta su tono de voz era pomposo.

—Mira, tú no lo entiendes, pero podría decirse que es una cuestión de vida o muerte.

Él arqueó una ceja.

—Los *macarons* de pistacho son los favoritos de mi mujer —me sinceré, para justificar que los merecía más que él—. He metido la pata y necesito que me perdone. —Cogí un billete de cincuenta dólares de la cartera—. Así que, dime, ¿cuánto quieres? —Mi tono reflejaba desesperación.

—Me encantaría ayudarte, pero mi prometida tiene una mañana complicada por delante y quiero animarla. Resulta que los de pistacho también son sus favoritos.

Estaba a punto de ofrecerle entradas para el programa cuando zanjó el tema diciendo:

—Yo los he pedido primero. Lamento no poder ayudarte.

Me regaló una sonrisa digna de anuncio de dentífrico, antes de girarse hasta el mostrador para recoger su pedido.

—¡Que tengas un buen día! —me deseó antes de marcharse.

—¿Te pongo algo? —me preguntó la chica desde el otro lado del mostrador.

—Un café solo y otro con leche para llevar, por favor.

Dejé caer los hombros. Esperaba que el robo de los *macarons* no fuese una señal de que Kate iba a mandarme tomar por el culo. Le había llevado la videocámara que había heredado de mi abuelo junto a la cinta que grabamos juntos cuando éramos adolescentes. Estaba seguro de que, cuando la viera, recordaría lo felices que fuimos y estaría dispuesta a escucharme.



—¡Qué elegante te has puesto! —observó Alexandra cuando me vio aparecer con el traje azul marino poco después.

—¿Has visto? —Sonreí y giré sobre los talones—. Toma, esto es para ti. —Le entregué el café con leche.

—Gracias. —Le dio un sorbo—. ¿Nervioso?

—Nah. —Negué con la cabeza.

—Genial. Vamos.

Entramos en el rascacielos y atravesamos el vestíbulo lujoso hasta los ascensores. Subimos a la planta doce y seguimos las indicaciones del recepcionista para llegar a la sala donde ya nos esperaban. Nos detuvimos frente a la puerta.

Alexandra agarró el pomo y me dirigió una mirada de advertencia.

—Digan lo que digan, ni se te ocurra abrir la boca —me recordó.

—Me lo has dicho treinta veces.

—Y no creo que sean suficientes —puntualizó antes de ponerse seria y empujar la puerta—. Buenos días —saludó en un tono cordial al entrar.

Pasé detrás de ella.

Kate y su abogada estaban sentadas a un lado de la mesa rectangular, de espaldas al ventanal que mostraba Nueva York bajo el cielo nublado.

—Buenos días. —Julia se levantó para estrecharle la mano a mi amiga—. Soy Julia Spencer, de Sterling & Specter Asociados.

—Alexandra Thomas, de Friedman Law Group. Él es mi cliente: Benjamin Sharp.

Julia me apretó la mano con más fuerza de la necesaria.

—Hola, Kate. —La saludé con una sonrisa de medio lado al darle la mano—. ¿Qué tal?

—Bien. —Me soltó de inmediato.

Por su semblante serio, nadie diría que se alegraba de verme.

—Señor Sharp, le ruego que no se dirija a mi clienta, por favor. —La tal Julia me lanzó una mirada lapidaria que habría destrozado el ánimo a un tipo menos canalla que yo.

Abrí la boca para replicar y la cerré cuando Alexandra me miró mal.

Forcé una sonrisa. Había olvidado que tenía un papel que interpretar.

Me dirigí al asiento contiguo al de Alexandra. Me quité la chaqueta y la colgué en el respaldo de la silla.

Tomé asiento frente a Kate.

Las ondas le caían por los hombros. Se había puesto una camisa verde oliva con volantes en la parte delantera y una americana a juego que le quedaba grande. Sus labios pintados de rojo acapararon toda mi atención. Estaba guapísima.

Su abogada empujó una carpeta blanca en dirección a Alexandra y le dijo:

—Este es el acuerdo al que estamos dispuestas a llegar. Como verán, es una cifra más que generosa. A cambio, el señor Sharp firmará un contrato de confidencialidad en el que se comprometerá a no divulgar que este compromiso ha existido, así como el pasado que comparte con mi clienta.

Alexandra abrió la carpeta y leyó el documento.

Mientras tanto, me recogí las mangas de la camisa hasta los codos. Sonreí encantado cuando los ojos de Kate aterrizaron en mis antebrazos. El otro día la había pillado mirándomelos con descaro y pensaba usarlo a mi favor.

«¡Vamos por el buen camino!».

Me acaricié el brazo con suavidad. Kate salió del trance y subió la vista. Cuando nuestras miradas cruzaron caminos, alcé las cejas de manera sugerente en una mueca que significaba: «Hola, guapa. ¿Te gusta lo que ves?».

Ella frunció el ceño. Un bonito rubor se había adueñado de sus mejillas.

Apartó el rostro, contrariada, y se centró en el intercambio verbal de Alexandra y Julia.

Mi amiga se inclinó para hablarme al oído.

—Haz como que no te gusta la oferta —susurró.

Siguiendo sus indicaciones, puse mala cara y negué con la cabeza.

—Un veinte por ciento no es suficiente —le dijo Alexandra a Julia.

Kate apretó la mandíbula. Su pecho se hinchó cuando cogió aire.

—No quería recurrir a esto, pero, en vista de que no quieren llegar a un acuerdo, no me queda más remedio. —Julia lanzó una segunda carpeta al centro de la mesa. No esperó a que Alexandra la cogiera para añadir—: Mi clienta se siente traicionada por las aventuras extramaritales del señor Sharp.

—¿Qué aventuras? —pregunté, incapaz de contenerme.

Kate resopló indignada y se cruzó de brazos.

—El pasado trece de octubre, mi clienta encontró al señor Sharp acompañado de otra mujer en su domicilio —continuó la abogada.

—Las circunstancias en las que mi cliente… —empezó Alexandra.

—Son irrelevantes —sentenció Julia tajante—. Por ello, cambiaremos el motivo de divorcio a adulterio. El señor Sharp percibirá una cantidad menor y correrá con los costes legales del proceso.

—¿Adulterio? Eso es ridículo —bufé, fiel a mi papel.

—¡No lo es! —respondió Kate mordaz—. ¡Llegué al apartamento y estabas con otra!

—¡Por favor, si ni siquiera follamos! —me defendí.

—¡Está bien! ¡Ya basta! —intervino Julia.

Alex me dio un pisotón, indicándome que abortase la misión y regresase al cuartel general.

—¡Eso no cambia que hayas sido infiel! —Kate sacó un ejemplar de la revista *Inquire* y lo arrojó al centro de la mesa—. Lo has confirmado públicamente. —Se inclinó sobre la madera y le dio un golpecito a la revista con el dedo índice.

Noté cómo me aumentaba la frecuencia cardíaca. Me incliné sobre la mesa yo también.

—¿Celosa? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza. Al ver que no contestaba, agregué en tono burlón:

—No hay más preguntas, su señoría.

—¡Me voy a casar! —estalló Kate, levantándose y plantando las manos en la mesa—. ¡Déjate de tonterías y firma el divorcio de una vez!

—¿Qué? —Me quedé congelado.

—Ya me has oído. Voy a casarme.

Un silencio denso se extendió por la sala.

Me puse recto en la silla. La noticia me golpeó como un balazo en el pecho.

Kate me observaba con dureza. Su pecho subía y bajaba a toda prisa. Tenía el rostro rojo por el enfado.

—¿Con quién? —le pregunté con voz estrangulada.

No entendía nada.

—No es asunto suyo, señor Sharp —soltó su abogada.

Bajé la vista a su mano izquierda. Allí brillaba un diamante del tamaño de un puto asteroide.

El ácido me inundó el estómago. ¿Había estado siempre ahí?

La incomodidad me oprimió el pecho a medida que las palabras calaron en mi interior. Me aflojé la corbata. A continuación, aparté la silla y me puse de pie. Necesitaba procesar la información. Lejos de ahí.

—¿Estás bien? —Alexandra me agarró la mano.

—¿Eh? —Volví a centrar la mirada en sus ojos marrones—. Sí. Solo necesito… un poco de agua.

Me tropecé con la silla antes de salir de la sala. Cerré la puerta detrás de mí, sintiendo el peso de sus miradas.

Caminé hasta el baño en piloto automático. Por suerte, estaba vacío. Apoyé las manos en el lavabo, agaché la cabeza y respiré hondo.

Me sentí un completo gilipollas.

Kate era preciosa, inteligente y divertida. Por supuesto que tendría un prometido esperándola en casa. Solo porque yo me había quedado anclado en el pasado no podía asumir que ella no había pasado página.

La tristeza me embargó mientras la idea de recuperarla se desvanecía.

Tragué saliva.

Necesitaba un cigarro con urgencia.

Saqué el paquete de chicles de menta del bolsillo y me metí uno en la boca.

Pasados unos minutos, decidí que había llegado el momento de comportarme como un adulto.

Salí del baño y me encaminé a la sala de los horrores.

Me sorprendió ver al capullo que me había robado los *macarons*

esperando en la puerta.

Frené sobre mis pasos cuando Kate abandonó la sala y se fue directa a abrazarlo.

Ellos todavía no me habían visto.

Cuando se separaron, él le tendió la bolsa de papel marrón de la cafetería. Al ver el contenido, Kate le regaló una sonrisa.

«Mi prometida tiene una mañana difícil por delante», me había dicho ese tipo poco antes.

«¿Don ricachón era el prometido de Kate?».

Al verlos juntos me inundó una sensación desagradable. Parecían perfectos el uno para el otro.

La puerta de la sala volvió a abrirse y Alexandra salió escopetada.

—¿Cómo estás? —me preguntó al llegar a mi altura.

—Le ha comprado los putos *macarons* de pistacho… —contesté.

Mi amiga arrugó las cejas.

—Nos dan de plazo hasta el lunes para revisar el acuerdo —me informó.

Dejé que tirase de mí hasta los ascensores.

Las puertas se abrieron y me empujó dentro. Pulsó el botón de la planta baja.

Cuando el ascensor inició el descenso, Alexandra rompió el silencio.

—Madre mía, Kate es guapísima. —Se la veía entusiasmada—. ¿Te has fijado en que no dejaba de mirarte? Se ha puesto colorada cuando has entrado, creo que ha sido por verte en traje. Y cuando estabais discutiendo, ha sido tan emocionante…

—Quiero retirar los cargos o como se diga eso —comenté derrotado—. ¿Puedes redactar un divorcio amistoso?

Ella abrió la boca y yo continué:

—Me parece justo correr con los gastos legales. A fin de cuentas, he sido yo el que ha iniciado el proceso.

—Ben, piénsatelo hasta el lunes, por favor. Estoy segura de que Kate todavía siente algo por ti. He visto cómo te miraba…

—Alex, va a casarse con otro. No tengo nada que pensar. No voy a ser el obstáculo entre ella y su felicidad.

Me aguantó la mirada unos segundos antes de claudicar:

—No puedo contestar ahora sin levantar sospechas. El lunes a primera hora le enviaré un escrito.

15

Kate

—¿De verdad has dado un golpe en la mesa y le has dicho que nos vamos a casar? —Preston me observaba con la incredulidad pintada en el rostro.

Asentí sin detenerme.

Estábamos de vuelta en la sala en la que Julia y yo nos habíamos reunido con Ben y su abogada. Mis amigos se habían sentado juntos en un lateral de la mesa. Mientras Julia ponía a Preston al corriente de lo que había sucedido entre aquellas cuatro paredes, yo caminaba de un lado a otro, con los puños apretados y el corazón acelerado. Estaba tan irritada que no quería ni hablar para no ser cortante con ellos.

—Prácticamente se lo ha gritado —explicó Julia—. Tenías que haberla visto. Parecía poseída.

Preston soltó una carcajada.

—No me lo puedo creer. ¿Quién eres y qué has hecho con mi prometida, la que jamás pierde las formas?

Llevaba años perfeccionando la fachada de la indiferencia, era experta en el arte de esconder mis emociones. Sin embargo, en presencia de Ben el saber estar y la diplomacia se me olvidaban.

«¿Celosa? No hay más preguntas, su señoría», sus palabras burlonas hicieron eco en mi mente. Había vislumbrado el brillo malicioso en su mirada. Su sonrisa de superioridad convirtió mi

sangre en fuego y me hizo estallar.

Aquel hombre sacaba lo peor de mí. No había duda.

—Os prometo que no lo entiendo —negué con la cabeza—. Primero, entra como si estuviese en su casa. —Señalé la silla que había ocupado Ben minutos antes—. Luego, se remanga la camisa y empieza a lanzarme miraditas provocativas y a sonreír como si todo le diese igual. ¿Y por último rechaza el acuerdo y me pregunta si estoy celosa de sus amiguitas? ¿Es que para él todo es un juego?

—Tiene pinta —opinó Julia—. No hay más que ver la actitud con la que ha entrado.

Desde que Ben había puesto un pie en la sala, su presencia arrolladora había amenazado con destruirlo todo como un tornado.

—Esta situación me supera… —dije más para mí misma.

—¿Puedes sentarte un momento, por favor? —me pidió Julia—. Vas a agujerear el suelo con esos Louboutin y terminarás en el despacho de Nolan.

Con un suspiro, me hundí en la silla que estaba enfrente de ellos.

—He metido la pata, ¿verdad? —le pregunté a Julia al cabo de un instante.

—Siendo sincera: sí. —No maquilló la respuesta—. Ahora saben que nos corre prisa que firme el divorcio. Es una ventaja para ellos. Ten claro que el lunes aparecerán pidiendo más dinero.

—Genial. —Me apreté el puente de la nariz con los dedos y cerré los ojos, buscando recomponerme.

Acto seguido, extraje de la bolsa de papel un *macaron* que me había llevado Preston y me lo comí.

—¿Cómo se ha tomado «marido» la noticia? —nos preguntó Preston interesado.

—No le llames así, por favor —le pedí después de limpiarme los

labios con la servilleta de papel.

—Se ha quedado blanco como un fantasma y ha salido de la sala tropezándose —le contó Julia con una mueca divertida.

Devoré los otros dos *macarons* casi sin darme cuenta.

—Supongo que no es el mejor momento para contaros que me ha llamado mi madre —nos informó Preston—. Quiere saber cuándo anunciaremos el compromiso a la prensa. Ha insistido en que tiene que ser antes de la gala benéfica Angel Ball.

—¿Cuándo es eso? —pregunté.

—En dos semanas.

La tensión que sentía en los hombros aumentó.

—¡Oh, Dios! —exclamé—. Hay que conseguir que Ben firme el divorcio cuanto antes.

—No te preocupes. —Julia se puso seria—: Te prometí que resolvería esto rápido y así lo haré, pero tienes que hacerme caso. La próxima vez que veas a Ben, mantén la mente fría, por favor.

Asentí.

—Tenemos que ofrecerle más dinero para resolver esto sin pasar por los tribunales —continuó, levantándose—. Tengo una reunión en cinco minutos. Os acompaño hasta el ascensor.

Dejé caer los hombros y suspiré.

Estábamos saliendo de la sala cuando me sonó el móvil. Lo saqué del bolso y lo desbloqueé. Al leer el mensaje, se me pasó un poco el mal humor.

—Jérôme está de visita en la ciudad —les conté a mis amigos con los ojos fijos en la pantalla.

—¿El escultor buenorro? —Detecté picardía en el tono de Julia.

Levanté la cabeza sabiendo que me encontraría con las sonrisas enormes de mis amigos.

Conocí a Jérôme cuando estudiaba el máster en París. Con el

aire de artista bohemio, el pelo rizado y los ojos marrones, su atractivo era evidente.

—Sí —confirmé—. Al parecer tiene una reunión con la dueña de una galería de arte de Brooklyn que está interesada en exponer sus piezas. Me ha preguntado si quiero quedar mañana por la noche.

—Uuuh, uuuh. —La sonrisa de Julia se ensanchó aún más.

—Solo es un amigo… —les recordé.

—Ya. Un amigo. —Preston hizo énfasis en la palabra y dibujó comillas en el aire.

—Es verdad. Nunca pasó nada entre nosotros.

—Eso puede cambiar mañana. —Julia alzó las cejas de manera insinuante—. Lleváis un par de años sin veros. Si te escribe, es por algo.

Sopesé sus palabras un instante.

—Creo que al plan irá más gente —les dije cuando nos detuvimos frente al ascensor—. Es en una discoteca de Brooklyn. ¿Os apetece venir?

—Me encantaría, pero tengo que avanzar un caso. —Julia torció el gesto—. Trabajaré todo el fin de semana. Me he reservado el domingo para nuestra clase de pilates y el *brunch* de después.

—¿Y tú? —Miré a Preston.

Un par de hombres trajeados se detuvieron detrás de nosotros.

—He quedado para jugar al squash y luego tengo una cena —me contestó él.

«He quedado para jugar al squash» eran las palabras en clave que indicaban que Preston tenía una cita. Uno de los acuerdos de nuestro matrimonio de conveniencia era que podíamos quedar con quien quisiéramos, siempre y cuando fuésemos discretos.

—Además, ya sabes que yo jamás cruzo el puente —terminó en un tono de broma.

—Vas a quedar con Jérôme, ¿verdad? —me preguntó Julia.

Hacía tiempo que me apetecía pasar un buen rato. Seguro que la compañía de Jérôme me ayudaría a liberar tensión.

—Sí. Voy a decirle que sí.

Agarré el móvil y contesté su mensaje con dos palabras:

Allí estaré

16

Ben

El universo era un cabrón.

¿Por qué coño me mandaba señales para que fuese detrás de Kate si iba a casarse con otro?

Y no un cualquiera. Su prometido tenía el aspecto de heredero a un trono europeo. Era alto, guapo y lo más importante: con clase. A simple vista, se lo veía tan perfecto que casi parecía de atrezo.

«No me jodas, hombre. ¿Quién puede competir contra eso?».

Enterarme el día anterior de que se casaba me había dejado en shock. Conforme habían ido pasando las horas, el estupor había ido transformándose en una sensación amarga. Me jodía no tener una oportunidad con ella.

Seguía arrepentido de haber roto con ella después de todo este tiempo. Su regreso había despertado emociones que llevaban años dormidas y que no había sentido por nadie más. Y, ahora que decidía ir tras ella, ¿debía retirarme como un caballero?

El único momento del día en el que había conseguido alejar la mente del tema había sido durante el rodaje. En el plató, con las cámaras y los carteles del *teleprompter* delante, había dejado a un lado las emociones y me había centrado en hacer un buen trabajo.

Los sábados, después de la emisión del programa, el equipo salía de fiesta. Aquella noche no estaba de humor para festejar, pero me negaba a largarme a casa. Regodearme en la mierda no me serviría

de nada. Lo sabía por experiencia. Y, aunque también sabía que beber no borraría a Kate de mi memoria, nada me apetecía más que pillarme un buen pedo para mitigar la incomodidad que me arañaba el pecho y darle una tregua a mi cerebro.

Eran cerca de las doce de la noche cuando me bajé del taxi frente a la discoteca, llevando las gafas rojas de sol que había usado en el último *sketch* del programa. El viento frío me revolvió el pelo. La fila para entrar al local daba la vuelta a la manzana. Caminé directamente a la puerta junto a Freddie, Georgia y Ezra, los guionistas. John, el segurata del tamaño de Thanos, levantó la mano en cuanto nos vio aparecer.

—¡Qué pasa, chicos! —nos saludó—. ¿Cómo ha ido el programa?

—Muy bien —respondí chocándole la palma—. Esto está hasta los topes, ¿no?

—Sí. Ahora aviso al compañero para que os abra el reservado. —A continuación, apretó el botón del micrófono y habló por el pinganillo—: Watson, suben los de *Saturday Late Night*.

—Gracias, tío —le dije—. Los demás llegarán enseguida.

—Vale. ¿Verás mañana el partido?

—Por supuesto. ¡Arriba, Nets!

Retiró el cordón rojo de terciopelo y nos dio la bienvenida.

El ambiente olía a una mezcla de alcohol, sudor y colonias de distintas fragancias. Hacía un calor de morirse. Me abrí paso entre la multitud, esquivando extremidades que se movían con ímpetu al ritmo de un ensordecedor tema electrónico. Si conseguía atravesar la pista de baile sin que mis Converse negras se quedasen pegadas al suelo, sería una proeza.

Subí las escaleras de caracol que llevaban al reservado. El hombre de seguridad que custodiaba la entrada se apartó para dejarnos pasar.

El espacio era amplio, contaba con varias mesas de cristal rodeadas por sofás de cuero y una barra exclusiva. Ahí arriba la música sonaba atenuada, permitiendo conversar sin dejarnos la voz.

Mientras mis compañeros se desperdigaban por los sofás, fui a pedir a la barra junto a Freddie. Cogimos las bebidas y nos quedamos de pie cerca de la barandilla.

Eché un vistazo a la pista de baile. Una mujer rubia captó mi atención. Se parecía a Kate una barbaridad. Me quité las gafas de sol para verla mejor y me las colgué de la camiseta. Estaba bailando con un tío. Llevaba la melena revuelta y un vestido corto, plateado y brillante.

Cuanto más la observaba, más me parecía que era ella.

Había algo en la imagen que registraban mis ojos que a mi cerebro le descuadraba. Enseguida caí en la cuenta: el aire desenfadado de aquella mujer distaba de la pulcritud de Kate. Por no mencionar que aquel antro oscuro se alejaba bastante de los locales refinados del Upper East Side que ella frecuentaría. Desde mi posición no podía asegurarlo al cien por cien, pero juraría que el tipo alto con el que bailaba no se parecía en nada al pijo de su prometido.

Tan pronto como la canción terminó, ella se apartó de su pareja. La seguí con la mirada mientras sorteaba a la gente en su camino a la barra.

«Hostia, estoy casi seguro de que es Kate».

¿Se trataba de un *glitch* en la Matrix?

¿Me habían jugado una mala pasada las luces estroboscópicas?

O peor: ¿tan tocado me había dejado la noticia de su compromiso que mi mente la evocaba de la nada?

Imaginar gente no debía de ser una buena señal.

—¡Eh, Freddie! —Le planté una mano a mi compañero en el

hombro—. ¿Ves a esa mujer rubia de ahí? —le pregunté para salir de dudas—. La del vestido plateado que camina hacia la barra.

Él siguió el curso de mi brazo.

—Eh… Sí. —Asintió—. ¡Hostias! —Se inclinó sobre la barandilla para verla mejor—. Está buena. Me la pido.

—Tú no te pides una mierda. —Le di una palmada fuerte en la espalda.

La mujer se detuvo detrás de las personas que aguardaban su turno frente a la barra. Se acomodó la melena detrás de los hombros con la misma delicadeza con la que lo hacía Kate. No había duda: era ella.

¿Qué coño estaba pasando? ¿Qué hacía Kate ahí? ¿Por qué había bailado tan arrimada a un tío que no era su prometido?

Sentí un subidón de energía. No podía creerme mi suerte.

Que Kate estuviese ahí, en ese preciso momento y lugar, no era casualidad. Aquello era obra del universo, que conspiraba para darme la oportunidad de hablar con ella. En cuanto el pensamiento cristalizó en mi cabeza empezó a sonar una versión moderna de «I Was Made For Lovin' You». Aquello tenía que ser otra putísima señal de que debía ir tras ella. Al menos, para salir de dudas y enterarme de qué estaba ocurriendo.

—Ahora vengo —le dije a mi compañero.

Salí del reservado y bajé las escaleras de dos en dos. Al llegar abajo, esquivé a la gente y me planté detrás de ella.

La abundante melena le caía hasta la mitad de la espalda.

Cuando se apoyó sobre la barra para pedir, no pude evitar admirar su culo redondo y perfecto.

«Gracias por tanto, universo —pensé entusiasmado—. Jamás volveré a dudar de ti».

Bajé la vista por sus piernas kilométricas y el pulso se me

aceleró.

Me pasé la mano por el pelo para peinármelo y me alisé la camiseta negra.

Cuando Kate abrió su bolso diminuto, supuse que en busca de la cartera, alargué el brazo y planté un billete de cincuenta sobre la barra.

—Invito yo —solté a su espalda.

Ella giró sobre los talones, con una sonrisa en el rostro y el vaso en la mano.

—Te lo agradezco, pero no hace fal… —Las palabras se le atascaron en la garganta.

Kate abrió mucho los ojos y se desvaneció su sonrisa.

—Ben… —dijo sorprendida.

Llevaba trece años deseando volver a oír mi nombre escapar de sus labios.

Me quedé pasmado, mirándola. Tenía destellos de purpurina plateada en los párpados, las mejillas sonrosadas y los labios pintados de rosa oscuro. Su cabello despeinado apuntaba que llevaba un buen rato bailando.

«Madre mía, es una preciosidad».

Al inclinarme para hablarle por encima de la música, su fragancia cítrica y adictiva me entró por la nariz.

—Estás guapísima. —Torcí la boca en media sonrisa.

Kate recompuso el rostro y me lanzó una mirada fulminante. Acostumbrado a que las mujeres cayeran rendidas a mis pies, aquel rechazo era nuevo para mí.

—Te lo agradezco, pero no hace falta que me invites —contestó muy seria.

—Considéralo un regalo de bodas.

—No quiero nada tuyo.

Me distraje unos segundos por cómo se tensaba la tela brillante a la altura de sus tetas.

—¿Dónde te has dejado a tu prometido? —le pregunté, albergando la esperanza de que no rondara por allí.

—No es asunto tuyo.

—¿Y quién es ese tío con el que estás bailando?

Ella se envaró.

—Si me disculpas, me están esperando.

Al sobrepasarme, me estampó la copa en el pecho. Al cogerla, le rocé la piel y una corriente de energía me subió por el brazo.

Di media vuelta para seguirla.

Kate se detuvo un poco más allá, al lado de un grupo de gente que conversaba en un lateral. El tipo alto con el que había estado bailando se apartó y se acercó. Ella le obsequió con una sonrisa radiante. Hubo un tiempo en el que era a mí a quien le sonreía así.

«¿Quién cojones es este?».

Aquel individuo no se parecía en nada al ricachón de su prometido. De hecho, podía decirse que era su antítesis. Pelo oscuro y rizado recogido en un moño. Barba descuidada de varios días. Camisa holgada, con varios botones desabrochados que dejaban entrever un par de cadenas finas alrededor del cuello. Era un bohemio de manual.

La complicidad entre ellos era evidente. No dejaban de hablar animados, se los veía cómodos con la excesiva cercanía, y no parecían tener intención de unirse al grupito.

¿A Kate le atraía el rollo de artista hípster?

Nuestros ojos se encontraron a través de la pista de baile. Tras observarme unos segundos, giró la cabeza con brusquedad y volvió a centrarse en su conversación con Míster Bohemio. Este se agachó para decirle algo al oído. La miraba como un buitre hambriento.

Luché contra las ganas de interceder y me volví sobre los talones. Le di un trago a la bebida que había pedido Kate. El sabor no me entusiasmó. Necesitaba un whisky con urgencia. Dejé la copa olvidada en un rincón de la barra.

Cuando el camarero me plantó el vaso delante, vacié la mitad de un trago.

Busqué a Kate con la mirada. El Bohemio se le había pegado más.

No entendía qué cojones estaba pasando. Kate iba a casarse con otro. ¿Qué hacía con ese tío?

Entrecerré los ojos para ver si llevaba puesto el anillo. Desde mi posición no le veía la mano izquierda.

Solté el vaso en la barra.

Estaba a punto de pedir otro whisky cuando alguien me dio un toque en el hombro. Al voltearme me topé con los ojos pardos de Charlotte. Lucía un vestido negro bastante revelador y el pelo oscuro trenzado.

—Hola, guapo. —Me repasó de arriba abajo y sonrió—. ¿Qué tal?

—Eh… Bien —respondí distraído. Mi atención estaba puesta en Kate y en el Bohemio, que seguían hablando—: ¿Y tú?

—Triste. Desde que eres famoso, me tienes abandonada. —Curvó los labios hacia abajo e hizo un puchero.

«Joder. Lo que me faltaba».

—He estado liado con el curro. —Mentira como una catedral.

Charlotte y yo solíamos quedar los jueves. No le había llamado últimamente. Desde que Kate me había mandado el divorcio, ella era la única mujer que ocupaba mis pensamientos.

—Te he echado de menos —dijo con un tono meloso que me puso los pelos de punta.

Desvié la mirada y me encontré con el ceño fruncido de Kate.

Asentía a algo que le decía Míster Bohemio, con los ojos fijos en mí.

«¿Está celosa?».

Sonreí para mis adentros.

Kate plantó la mano en el brazo del Bohemio. Me molestó un poco.

«¿Esas tenemos, corazón?».

Miré de nuevo a Charlotte y le sonreí como si estuviese encantado de verla.

—Perdona, ¿qué decías? —le pregunté.

Ella se pegó a mí más de lo necesario y soltó:

—Decía que te he echado de menos. ¿Vamos a un sitio más privado?

Me acarició el brazo con sus uñas largas y batió las pestañas de manera seductora.

En circunstancias normales acabaríamos la noche juntos, pero en ese momento la posibilidad de echar un polvo rápido con ella no me atraía lo más mínimo.

Desvié la vista.

Fui consciente de que me estaba comportando como el capullo que Kate creía que era. La culpa apareció en el acto. Tragué saliva, incómodo, y me aparté con discreción del contacto de Charlotte.

—Eres una tía estupenda —le dije—, pero no quiero continuar con esto. Lo siento.

—¿Por qué no? —Su tono se hizo más insistente—. ¿Es por tu mujer?

Arrugué el ceño.

—Me lo ha contado Britney. —Se adelantó a mi pregunta.

—Sí, es exactamente por eso.

—No te preocupes, a mí no me importa que estés casado.

—Da la casualidad de que mi mujer es la única que me interesa

ahora mismo. —Pasé de su insinuación—. Tengo que irme.

Sin esperar respuesta, avancé entre la gente en busca de Kate.

Estaba bailando con el Bohemio en mitad de la pista. Él la hizo girar sobre sí misma. Le plantó la mano en la cadera y se inclinó en su dirección.

«Hostia. ¿Van a liarse?».

Me tensé como un palo. No quería presenciar cómo se enrollaban. Una sensación incómoda se adueñó de mi pecho.

«¿Qué haría Ryan Gosling en mi situación?».

En *El diario de Noah*, el bueno de Ryan se subió en la noria y se sentó en medio de su chica y el capullo que babeaba por ella.

Kate echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Su risa atravesó la sala como una onda expansiva que impactó contra mi pecho.

«Ah, no. Eso sí que no. No vas a hacer reír a mi chica».

Los haces de luz de la discoteca eran verdes y azules, pero, de pronto, veía rojo.

Fui directo como una bala hacia donde bailaban. Me planté a su lado.

—Necesito hablar contigo —alcé la voz por encima de la música, para que Kate me oyera.

Ella puso mala cara y siguió bailando.

—No tengo nada que hablar contigo —contestó.

—Kate…

—Oye, tío, ¿quién narices eres? —intercedió el Bohemio con un marcado acento francés.

Hinché el pecho como un dragón antes de escupir fuego por la boca y, entonces, dije:

—Soy su marido, gilipollas.

17

Kate

—¿Cómo? —Un sorprendido Jérôme desplazó los ojos de Ben a mí—. Kate, ¿es eso cierto?

Nos habíamos convertido en el centro de las miradas de la gente que nos rodeaba.

—¿Podemos discutir esto en otro lugar? —me dirigí a Ben.

—Claro.

—Discúlpame un momento, por favor —le pedí, mortificada, a Jérôme.

Me volví sobre los talones y oí que Ben le decía:

—Tú te quedas aquí.

Abandoné la pista de baile lo más deprisa que me permitieron los tacones. Empujé la puerta metálica que llevaba a la salida de emergencia y me interné en el pasillo desierto.

La cara me ardía como un hierro incandescente. Notaba la respiración y el corazón acelerados.

Tras haber pasado los últimos minutos sintiendo la mirada de Ben atenta a mis movimientos, tenía los nervios a flor de piel y la paciencia al límite. Había sentido una ligera incomodidad cuando aquella mujer se le había pegado como una lapa. Lo único que se me había ocurrido para huir de esa sensación fue escudarme en Jérôme.

Apreté la mandíbula al oír las pisadas de Ben detrás de mí.

En aquel momento, el enfado burbujeaba en mi estómago como la lava de un volcán a punto de entrar en erupción.

—¡Kate, espera! —exclamó Ben con voz áspera.

—¿Quién te crees que eres para entrometerte así? —le pregunté al voltearme—. ¡No puedes ir por ahí diciendo que eres mi marido!

Ben se acercó un par de pasos. Las luces de neón moradas iluminaban su rostro, reflejándose en sus ojos. La música de Artemas llegaba como un eco lejano.

—¡Te guste o no, legalmente todavía estamos casados! —exclamó en un tono igual de duro que el mío—. ¡Así que estoy en mi derecho de decir que eres mi mujer!

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal al oírlo decir «mi mujer».

—¡No vuelvas a llamarme así! —escupí entre dientes—. Yo no soy nada tuyo.

Ben arrugó el ceño.

—Aclárame una cosa. —Me apuntó con el dedo índice—. Tú puedes presentarte en mi casa y espantar a Britney diciéndole que eres mi mujer, pero ¿yo no puedo hacer lo mismo contigo? Eso es bastante injusto, ¿no te parece?

—Yo no dije que fuese tu mujer, sino «futura exmujer».

—Para el caso, es lo mismo.

Negué con la cabeza.

—¡Cuando te pedí el divorcio solo quería que firmases el papel! —exclamé, dejando que la frustración acumulada brotase al exterior —. Te dije que no hacía falta meter a los abogados en medio, y me mentiste. Me aseguraste que me lo devolverías firmado, y ahora, ¿tienes el valor de reclamarme la mitad de mi patrimonio? ¿Quién te has creído que eres? ¿Quieres que te pida la mitad del apartamento lujoso que tienes en Park Avenue, a ver qué tal te sienta?

—Adelante, por favor. —Gesticuló con la mano—. Nos casamos en gananciales, ¿recuerdas? La mitad de lo mío es tuyo, cariño.

Su tono burlón me enfadó aún más. Había olvidado que tenía respuesta para todo. No sabía en qué momento había pensado que hablar con él sería buena idea. Ben no se tomaba nada en serio. Para él todo era un juego.

Mi pecho subía y bajaba a toda prisa. Los ojos de Ben descendieron un instante a mi escote, despertando un cosquilleo en mi piel.

Cerré los puños. Su mirada sensual no debería afectarme. No debería sentir el ambiente cargado de electricidad, ni un hormigueo de anticipación allí donde él ponía los ojos.

—¿Qué está pasando, Kate? —preguntó muy serio.

—Nada. —Negué con la cabeza.

—Y una mierda. ¡Estás casada conmigo, prometida con Don Perfecto, y ¿estás aquí bailando con ese imbécil?!

—Deja de insultar a Jérôme —solté entre dientes.

—¿O qué?

No sabía si tenía las pulsaciones disparadas por el enfado, por su cercanía o porque éramos los únicos en aquel pasillo desierto y mal iluminado.

—¿Por qué no vuelves con tu amiga? —Esa fue la única salida que se me ocurrió—. Estará preguntándose por qué tardas tanto.

Con una sonrisa relajada, Ben se inclinó hasta que su cara quedó frente a la mía.

—¿Te molesta? —preguntó, mirando el lunar que tenía encima del labio.

—¿Qué? —Eché la cabeza hacia atrás y fruncí el ceño—. Claro que no.

Me recogí el cabello detrás de la oreja.

Su sonrisa se transformó en una maliciosa. Volvió a erguirse y me observó con socarronería.

—Es adorable que sigas colocándote el pelo detrás de la oreja cada vez que mientes.

El rubor me subió por el cuello. La tensión de mi pecho aumentó. De pronto, me sentía vulnerable y expuesta. Me asustaba que Ben conservase la capacidad de leerme como un libro abierto.

Me sorprendió alargando el brazo. Sus dedos cálidos me rozaron el pómulo cuando cogió un mechón de cabello. No pude ocultar el estremecimiento que me invadió de la cabeza a los pies.

—No debería molestarte —dijo, jugueteando con mi pelo—. No tengo ningún interés en Charlotte. Además, yo las prefiero rubias.

—¿Por qué tendría que molestarme que estés aquí con otra? Por si lo has olvidado, estoy prometida. —No me vino a la cabeza mejor argumento para defenderme.

Su mirada eléctrica recorrió mi rostro. ¿Era yo o ese pasillo era cada vez más pequeño?

—Y… dime, ¿sabe tu prometido que estás aquí ligando con otro?

Alcé la barbilla orgullosa.

Ben atrapó mi mano izquierda. Cuando me acarició el dedo anular, un hormigueo intenso se despertó en mi piel.

La confusión cruzó su rostro.

—¿Sin anillo de compromiso? —me preguntó con un deje de sorpresa en la voz.

No contesté.

—¿Qué hay entre el Bohemio y tú? —Señaló con la mano libre la puerta que daba a la discoteca.

—¿A ti qué te importa?

Tiró de mi mano y me atrajo hacia él. Nos quedamos a un par de palmos de distancia. Tenerlo tan cerca avivó los recuerdos que había

pasado trece años intentando olvidar: los nervios que sentí la noche en que nos conocimos, mi corazón adelantándose un par de latidos cuando nos besamos por primera vez en la feria, cómo se fundió mi cuerpo bajo el suyo la primera noche que hicimos el amor.

Respiré hondo y su olor varonil y a loción de afeitar embotó mis sentidos. Estábamos tan cerca que percibía el calor que irradiaba su cuerpo. Bastaría una chispa para que todo saltase por los aires.

—Oh, créeme. Me importa. —Su aliento me calentó la mejilla—. De hecho, ahora mismo nada me interesa más.

—No debería. —Con un movimiento brusco, conseguí liberar mi mano.

—¿Es que tenéis una relación abierta o algo así?

—No es asunto tuyo. —La voz se me quebró al final de la frase.

Un brillo perverso se adueñó de su mirada. Sus ojos verdes escanearon cada centímetro de mi rostro. El cabrón se había dado cuenta de que ocultaba algo y no pararía hasta sonsacármelo.

El miedo galopó costillas arriba y me formó un nudo en la garganta. Nadie podía enterarse de que mi compromiso era de conveniencia. Había demasiado en juego para Preston y para mí. Me forcé a no limpiarme el sudor de las palmas. Cualquier gesto delataría si mentía.

—Vaya, vaya, ¿tanto te aburres con Don Perfecto? —aguijoneó—. Espera, no será un compromiso de esos falsos en los que los ricos se casan para heredar un imperio, ¿no?

Estaba atrapada en un callejón sin salida. No podía dejar que Ben formulase más preguntas. Tenía que callarlo de alguna manera o acabaría sonsacándomelo todo. Hice lo primero que se me ocurrió: agarré su camiseta, tiré en mi dirección y apreté los labios contra los suyos.

Nada podía haberme preparado para lo que sucedió a

continuación.

Ben me cogió la cara y me devolvió el beso sin dudar. El hormigueo intenso que sentía en los labios se propagó en todas direcciones.

Separé los labios y su lengua impaciente se deslizó sobre la mía, reduciendo la frustración y el enfado a cenizas. Olvidé por qué le estaba besando. La boca le sabía a whisky y hacía que sus besos resultasen embriagadores.

Solté su camiseta y apoyé las palmas sobre su torso. El corazón le latía tan apresurado como el mío.

Ben plantó las manos en mi cintura y me empujó contra él. Nuestros labios se movían con ferocidad, dejándose llevar por los recuerdos. Debieron bajar el volumen a la música que llegaba amortiguada desde la pista de baile porque, de pronto, solo oía nuestras respiraciones agitadas.

Me sujetó la cara con una mano y me devoró la boca de manera salvaje.

Cuando deslizó una palma enorme por mi cintura, fui consciente de su mano abierta sobre mi espalda y de su pulgar bajando por mi estómago. Me aferré a sus hombros anchos y me recreé acariciando sus brazos fuertes. Aunque Ben estaba más definido que antes, su cuerpo seguía resultándome dolorosamente familiar.

Él bajó las manos por mi espalda y me agarró el culo. Respondí mordiéndole el labio inferior. Soltó un gemido grave que consiguió endurecerme los pezones. El calor se derramó por mi estómago y una sensación pesada se instaló entre mis piernas.

Colé las manos por debajo de su camiseta y le pasé las uñas por la espalda. La piel se le puso de gallina.

Sin dejar de besarme, me empujó, obligándome a caminar de espaldas, hasta que mi cuerpo se encontró con la pared.

Sus labios ardientes abandonaron los míos para explorar mi mandíbula. Un escalofrío me atravesó como un rayo cuando presionó la boca contra mi pulso. Cerré los dedos alrededor de su mata de pelo y tiré para que sus labios volvieran a cubrir los míos.

Enterró la mano en mi melena, para profundizar el beso, y sentí que me quedaba sin aire. Me aparté para respirar. Me temblaban las manos, las piernas y el corazón.

Ben tragó saliva sin dejar de mirarme. Su expresión intensa me provocó otro tirón en el estómago. Tenía la boca hinchada con restos de pintalabios, y las pupilas dilatadas. Sus ojos ardían como el fuego.

Aunque me pesase, lo encontraba atractivo vestido enteramente de negro con la camiseta, los vaqueros y las Converse. El tatuaje que asomaba por la cara interna del bíceps llamó mi atención.

Estaba agitada y confundida. Había quedado con un hombre y estaba besándome con otro.

Todavía notaba calientes los puntos que él había tocado y besado.

Los latidos de mi corazón estaban por las nubes.

—Lo siento… —Casi no podía ni hablar—. No pretendía…

—Oh, ya lo creo que sí.

—No tenía que haberte besado.

—Pero querías hacerlo. —Ben me pasó el pulgar por el borde del labio.

Su tono ronco hizo que el calor me subiera por el cuerpo.

Se inclinó y me acarició el cuello con la nariz. Sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja, provocándome escalofríos.

—¿Quieres ir a hablar a un sitio más tranquilo?

—Eh…

Mi cuerpo se enfrió y volví a la realidad de golpe. ¿De verdad

creía que me acostaría con él? Aquello se nos había ido de las manos a un ritmo de vértigo si de verdad estábamos hablando de acostarnos juntos. Le había cedido el control con una facilidad asombrosa. No podía abandonar la razón y dejarme llevar sin pensar en las consecuencias, como hice cuando era una adolescente tonta y enamoradiza.

Entonces saltaron las alarmas.

«Dios mío, ¿qué he hecho?».

La atracción entre nosotros parecía seguir ahí y no lo soportaba. Ese hombre me había roto el corazón.

Le empujé del pecho para que se apartase. Él me miró confundido.

Me alejé un par de pasos para respirar algo que no fuese su perfume. Bajé la vista y me topé con su erección apretada contra el pantalón. Aparté la mirada y me alisé el vestido mientras trataba de recomponerme. Dudaba que no fuese a temblarme la voz al hablar.

—No voy a acostarme contigo —dije en tono más neutral que pude—. No soy una de tus amiguitas. —Mis palabras sonaron ácidas.

—¿Quién ha hablado de follar? Solo quiero hablar contigo.

—No tengo nada que hablar contigo —solté con dureza.

No tenía interés en revolver el pasado ni en escuchar una sarta de mentiras.

—¿Piensas firmar el divorcio? —le pregunté.

Un nubarrón ensombreció su mirada. Le escocía mi rechazo.

Abrió la boca y se me encogió el estómago.

—Sí, pero quiero una cosa a cambio —respondió calmado—. Una cita.

—¡¿Qué!? —Mi corazón se quedó estupefacto.

—Ten una cita conmigo y firmaré el divorcio.

18

Kate

Al día siguiente me desperté sobresaltada por la alarma.

Palpé la mesilla a tientas y la apagué. Tenía el pulso acelerado. El sueño había sido muy vívido. No recordaba exactamente lo que pasaba, pero sí que Ben y yo estábamos desnudos. Con un suspiro, aparté el nórdico porque estaba sudando.

Hice recuento de la noche anterior.

Después de que Ben me pidiera la cita, lo dejé en el pasillo de la discoteca. Me disculpé con Jérôme y me fui a casa en un taxi. Al acostarme, no había conseguido conciliar el sueño pensando en nuestro beso. La última vez que había mirado la hora eran las cinco de la madrugada. Cuando, por fin, logré dormirme fui recompensada con un sueño subido de tono.

Salté de la cama. Los domingos por la mañana eran el único día en que Julia y yo coincidíamos para ir a clase de pilates. Nada me vendría mejor para sacarme a Ben de la cabeza que una dosis de deporte y risas con mi mejor amiga.

Llegué antes que ella. Me encaminé directa al vestuario. Colgué el abrigo borgoña en una percha, en la taquilla, y cambié la ropa elegante por un conjunto blanco y rosa de top y leggins largos. Frente al espejo, me recogí el pelo en una trenza francesa.

Salí del vestuario con el termo beige, la toalla y el teléfono.

Una vez en la sala, me senté en una de las pocas esterillas que

quedaban libres en la última fila. Julia llegó justa de tiempo, cuando apenas faltaba un minuto para que empezase la clase. Se acomodó en la esterilla contigua a la mía.

—¿Qué tal anoche? —me preguntó.

—Bien. ¿Qué tal tú? —Cambié de tema.

—Me quedé trabajando hasta las tres de la mañana.

—Jules, necesitas descansar.

—Si quiero que me hagan socia, es lo que toca… —Hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Buenos días y bienvenidas —empezó Anna, nuestra profesora —. En la clase de hoy empezaremos trabajando el abdomen y los glúteos. Nos levantamos y nos situamos al final de la esterilla, por favor.

Me incorporé siguiendo las indicaciones de la profesora. Después de estirar, nos colocamos a gatas.

—Exhalamos y extendemos el brazo derecho hacia delante y la pierna izquierda hacia atrás —nos indicó la profesora—. Mantenemos la posición unos segundos… Inhalamos y regresamos al centro. Repetimos con el lado contrario.

La profesora estaba ayudando a una compañera de la primera fila a mantener el equilibrio cuando Julia susurró:

—¿Piensas contarme qué pasó anoche?

Estiré el brazo derecho y la pierna izquierda.

—Le besé —confesé en un susurro.

—Me alegro. Aunque espero que hicieras más que eso. —Su tono pícaro me habría hecho reír en otra circunstancia—. Jérôme es muy atrac…

—A él no —aclaré impaciente—. A Ben.

—¡¿Qué?! —Su grito hizo temblar la pared de espejo de la sala.

—¿Algún problema ahí atrás? —nos preguntó la profesora.

Detuve el ejercicio y erguí la cabeza para mirarla.

—Ninguno, Anna, perdona. —Retomé el ejercicio y hablé solo para Julia—. He besado a Ben.

—¿Me tomas el pelo?

El nudo de preocupación que me comprimía el estómago se hizo más intenso.

—No.

—¿Cuándo ha ocurrido esto? ¿No habías quedado con Jérôme?

—Sí. Fui a una discoteca de Brooklyn con él y Ben estaba allí.

Una compañera nos chistó para que guardásemos silencio.

—Luego te cuento.



Dos horas más tarde, Julia y yo nos sentamos en una mesa junto a la ventana en el MO Lounge, un restaurante exclusivo que estaba dentro del hotel Mandarin Oriental. Era uno de mis restaurantes de *brunch* favoritos por las vistas privilegiadas a Central Park. Desde nuestro sitio, podíamos disfrutar de la magia del otoño en Nueva York. Al estar en la planta treinta y cinco, veíamos el follaje del parque teñido de tonos naranjas, amarillos y verdes. Al fondo se extendía una hilera de rascacielos hasta el infinito.

Según nos sentamos, ya teníamos delante un par de mimosas. Me bebí la mitad de un trago.

De camino en el taxi, le había resumido a Julia lo que había sucedido la noche anterior desde que Ben me invitó a la copa.

Dejé el vaso en la mesa y continué:

—Y entonces empezó a preguntarme por el compromiso con Preston. Me sentí bajo presión. No quería contarle nada y le besé

para que se callase.

Al evocar el recuerdo de sus besos apasionados, los labios volvieron a cosquillearme.

—¿Y luego? —quiso saber Julia.

—Luego me propuso ir a un sitio más tranquilo, como si yo fuese una de sus amiguitas. ¿Te lo puedes creer?

—Sí.

Separé mucho los párpados. No esperaba esa respuesta.

—¿Por qué te sorprende? —preguntó Julia—. La semana pasada le pillaste en su casa con una y anoche estaba con otra. Lo raro sería que no te lo hubiese propuesto, ¿no?

—Ya… —Jugueteé con una de las piñas de pino del centro de mesa—. Bueno, le dejé claro que no pienso acostarme con él. Después le pregunté si pensaba firmar el divorcio y él me pidió algo a cambio…

Mi amiga se irguió en la butaca de terciopelo blanco como una suricata en alerta. Sus ojos marrones me observaron intranquilos.

—¿Qué te pidió? —Me hizo un gesto con la mano para que continuase hablando.

—Una cita.

Las cejas de Julia se dispararon hacia arriba.

—¿Aceptaste?

—Claro que no. No me interesa tener una cita con él ni escuchar lo que tenga que decir. Ha tenido trece años para hablar conmigo. Ya está todo dicho.

—Entiendo. ¿Quieres que hable primero como tu mejor amiga o como la abogada que te lleva el divorcio?

—No lo sé… ¿Como amiga?

—Tengo varias preguntas. La primera: ¿te gustó besarlo?

—Sí —contesté con la boca pequeña—. Bastante…

—¿Cómo fue el beso?

Había muchas palabras para describirlo.

Apasionado. Sensual. Intenso.

El corazón se me había acelerado, me había excitado y me había quedado con ganas de más. Hacía tiempo que nadie me besaba con una pasión tan arrolladora.

Todo aquello me lo guardé para mí.

—Empezó siendo un beso tierno —le conté—. Una cosa llevó a la otra y, cuando me di cuenta, estábamos contra la pared.

—¿Quién estaba contra la pared, él o tú?

—Yo.

—¿Y solo os besasteis?

—Sí.

Julia me observó incrédula. Era buenísima sonsacando detalles.

—¿Os metisteis mano?

—Sí, pero no fue más allá.

—¿Y estás segura de que no quieres quedar con él?

—Segurísima —contesté de inmediato—. Ha sido un desliz que no tengo intención de repetir.

Mi amiga guardó silencio durante un momento. Dado que le encantaba hacer preguntas y opinar sobre cualquier cosa, su silencio era preocupante.

Sentí un retortijón de culpa en el estómago.

—Dios mío, ¿crees que lo que he hecho empeora el divorcio? —pregunté agobiada.

—No tiene por qué.

—Solo había pedido dinero y ahora quiere una cita…

—Los divorcios son negociaciones, Kate. Ahora hay que ver qué estás dispuesta a dar o a pedir para llegar a un acuerdo.

—No tenía que haberle besado… —Escondí la cara entre las

manos y suspiré.

—No te martirices. —Suavizó el tono—. Ben es atractivo. Reconozco que el rollito del exnovio malote reconvertido en presentador de la televisión tiene su punto. Quizá su intención sea hablar contigo o quizá sea una estrategia para sacar más dinero.

Levanté la cabeza y la miré derrotada. En ese momento, apareció el camarero con nuestro desayuno. Dejó delante de mí una taza con café de calabaza y un té *matcha* para Julia. A continuación, depositó con cuidado una bandeja circular de tres pisos cargada de variedad de dulces otoñales, como tarta de manzana, rollitos de canela y galletas de calabaza.

—¿Tú qué harías? —pregunté cuando nos quedamos solas.

—En una situación ideal, donde tuviéramos todo el tiempo del mundo, le destrozaría en los tribunales. Dado que no es el caso, y que queremos que firme el divorcio cuanto antes, sería práctica y quedaría con él. Solo es una cita…

Medité sus palabras mientras masticaba un trozo de rollo de canela. Eché un vistazo por la ventana. El cielo estaba gris, el viento frío agitaba los árboles del parque.

—Puedo ir a la cita y sacar la peor versión de mí para que me deje en paz. Robert Pattinson llevó a cenar a una fan que no le dejaba tranquilo. Y Kate Hudson fue insoportable en *Cómo perder a un chico en diez días.*

A Julia se le escapó la risa.

—Me encanta la idea, pero eres demasiado educada y adorable como para ser desagradable. Si decides quedar con él, le haría firmar antes un acuerdo en el que se comprometa a concederte el divorcio en cuanto acabe la cita.

Me mordí el labio y degusté el café de calabaza.

Con Ben perdía el control con facilidad, me olvidaba de ser

racional y actuaba sin pensar en las consecuencias.

—No sé qué hacer… —confesé—. No quiero hurgar en el pasado y volver a sufrir.

—De acuerdo. No estás obligada a nada. Si su abogada vuelve a presionarme para forzar una reunión, le diré que no y punto. ¿Qué más te preocupa?

—El próximo miércoles se celebra la fiesta de adquisición de la cadena. Han invitado a todos los empleados. Ben estará allí seguro…

—Llévate a Preston. Nada mejor para repelerle que estar pegada a tu prometido toda la velada.

—No sé si funcionará… Anoche no le importó que estuviese bailando con Jérôme.

—Si necesitas más apoyo, yo también puedo acompañarte.

—Te lo agradezco.

—Todo saldrá bien al final.

Un beso y había vuelto a sentir algo. Después de lo que había pasado entre nosotros, no quería volver a sentir nada por él. Ese hombre acababa de pedirme la mitad de mi patrimonio, por el amor de Dios, ¿qué problema había conmigo? Por mucho que el beso hubiese sido increíble, no pondría en jaque mi futuro ni el de Preston. No importaba lo confundida que estuviera. Aquello no podía volver a suceder.

19

Ben

—¿De verdad le propusiste hablar en un sitio más tranquilo y te sorprende que pasara? —Alexandra sacudió la cabeza con exasperación.

Era domingo por la tarde. Habíamos quedado para jugar al póker en mi apartamento. Antes de empezar la partida, estaba poniéndolos al día de lo que había ocurrido la noche anterior.

—¿Qué pasa? —pregunté sin comprender. Mi expresión era de inocencia pura.

Barrí la mesa del salón con la mirada. Chris tenía las cejas arqueadas y Logan contenía la risa.

—Kate pensaría que solo querías acostarte con ella —explicó Alexandra—. Diciéndole eso perdiste muchos puntos.

—Tampoco es que tuviese cientos acumulados —se burló Logan.

—No lo entiendo. Si quisiese acostarme con ella se lo diría a las claras, no me andaría con rodeos. Le propuse ir a un lugar más tranquilo porque aquel pasillo oscuro no me parecía el sitio idóneo para hablar.

—Ben, te aseguro que eres el único sobre la faz de la Tierra que lo interpretaría así. Si alguien te propone hablar en un sitio más privado, está claro lo que busca. Además, piensa que te pilló con Britney y anoche con Charlotte… —recordó Alexandra—. Si yo fuese Kate, creería que solo soy una más en tu lista interminable de

conquistas.

Mis amigos se apresuraron a darle la razón.

Respiré hondo y le di un trago al botellín de cerveza.

Genial. O sea que ahora Kate pensaba que era un cerdo que solo quería sacarle la pasta y tirársela.

Joder. Por eso no tenía relaciones. Se complicaba todo demasiado.

—¿Qué pasó después? —se interesó Alexandra.

—Le pedí una cita y me dijo que no —confesé con la boca pegada al botellín.

Para no quedar como un capullo, dejé fuera el nimio detalle de que se la había pedido a cambio de firmar el divorcio. La cita era la única manera que tenía de hablar con ella. A esas alturas, solo quería disculparme y ganarme su perdón.

Logan, que estaba barajando el mazo de cartas, se detuvo y me lanzó una mirada burlona.

—Cómo serás que hasta tu mujer pasa de tu cara… Ya me jodería…

—Al menos yo tengo mujer porque no me plantaron en el altar —contesté en broma.

Él me enseñó el dedo corazón y yo solté una carcajada.

—Alex, he cambiado de opinión —le dije—. No le envíes nada a la abogada de Kate mañana, por favor. Quiero hablar antes con ella.

Después del beso, estaba hecho un lío.

—¡Hecho! —contestó Alexandra.

—Ben, ¿estás convencido de meterte en ese jardín? —me preguntó Chris—. Está prometida.

Aunque la idea de Kate casándose con otro me ponía fatal, llevaba todo el día sonriendo como un idiota.

Había disfrutado de cada segundo que habíamos pasado juntos

en aquel pasillo. Sus morreos arrolladores me habían provocado una erección del tamaño del Empire State, a la que tuve que ponerle remedio al llegar a casa.

Estaba seguro de que ella también se lo había pasado bien. Había notado cómo se le había erizado la piel, cómo se le había agitado la respiración y el deseo con el que me había contemplado.

¿Lo mejor de todo?

Ella había dado el primer paso.

Dadas las circunstancias, aquello era una victoria en toda regla.

—Bah, ya conoces mi lema: hasta que esté en el altar, siempre hay tiempo de recuperarla —le contesté—. E incluso entonces.

—Quita al prometido de su camino —canturreó Logan—. Sácale de la ecuación.

—¿Eso es de Frozen? —Se rio Alexandra.

Nuestro amigo asintió.

—Ahora en serio —retomé la palabra—. Quiero hablar con ella. Quizá tenga dudas respecto a su prometido o igual tienen una relación abierta, yo qué sé… Lo que sí sé es que conozco a Kate. Es muy leal. Jamás le haría algo así a su prometido. Si me besó es porque hay algo extraño entre ellos.

—¿Y si no quiere hablar contigo? —me preguntó Chris.

—Mmm…, en ese caso contrataré a Logan para que se oponga a la boda —bromeé.

—Ya no me dedico a eso. Además, Hannah me mataría.

—¿Cuál decías que era tu tarifa? —le pinché—. La triplico.

—Primero habla con ella, anda.

Cogí el móvil de la mesa.

—Voy a mandarle un mensaje por Instagram.

—Alto ahí. —Logan se levantó y me arrancó el teléfono de la mano.

—¿Qué coño haces?

—No puedes escribirle ahora. —Se lo guardó en el bolsillo—. Os enrollasteis anoche. Vas a parecer un desesperado.

—¿Me lo dices tú, que le pediste una cita a Hannah según te liaste con ella?

—No es lo mismo.

—¿Por qué no?

—Porque te está pidiendo el divorcio, tío. Este es un caso especial, que no se ha dado antes en la historia de este grupo. No sabemos cómo puede terminar, así que hay que ser cautos. Si quieres que te escuche, debes ir despacio y esperar unos días.

—¿Tengo que esperar para escribir a mi mujer? Eso es ridículo.

—Estoy con Logan. —Chris le dio la razón—. Entiendo que lo de anoche fue un avance para ti, pero quizá para ella no fue más que un beso sin importancia en una discoteca.

—Además, luego no quiso hablar contigo —siguió Logan.

Miré a Alexandra en busca de apoyo.

—Aunque creo que no hay nada más sexy que un tío intenso, que no espera los tres días de rigor para escribir, en este caso estoy con ellos. Yo esperaría.

—¿Te vas a morir por esperar unos días? —preguntó Logan escéptico.

Exhalé un suspiro cansado y dejé caer los hombros.

—El miércoles habrá un cóctel para celebrar que Morgan Media nos ha comprado. Supongo que puedo esperar hasta entonces.

—Buen plan —dijo Alexandra—. Si su abogada me escribe, intentaré darle largas y pedirle unos días más.

—Bueno, ¿jugamos o qué? —propuse para cambiar de tema—. Estoy deseando destriparos.

Un poco más tarde, cuando mis amigos salieron por la puerta,

intercepté a Logan y le dije:

—Oye, tío, puedo llevar acompañante a la fiesta de la empresa…

—¿Vas a pedirme una cita a mí también? —me vaciló.

—Eres gilipollas. —Sonreí.

—No hace falta que preguntes. Seré tu fiel escudero.

Cerré la puerta tras él y caminé directo a mi habitación. Saqué del armario la videocámara que heredé de mi abuelo cuando era un adolescente. Me desplomé en la cama con ella en la mano. Después de encenderla, abrí la tapa y pulsé el botón de reproducir, tal y como había hecho cientos de veces.

El rostro joven de Kate ocupó la pantalla. La imagen no era del todo nítida, pero se veía que Kate tenía los ojos azules brillantes y una sonrisa amplia y contagiosa.

—Estoy muy emocionada porque… —dijo con voz alegre y mirando a cámara— ¡Ben y yo estamos llegando a Atlantic City para casarnos! —acabó en un grito.

Le dio la vuelta a la cámara para enfocarme. Me vi a mí mismo, con trece años menos, conduciendo mi viejo Volkswagen Golf con una sonrisa tan amplia como la suya. Los árboles eran un borrón a través de la ventanilla.

—Ben, ¿quieres decir algo? —oí que me preguntaba Kate fuera de plano.

—Sí. —Bajé la ventanilla, usando la manivela, y grité—. ¡Voy a casarme con una chica increíble! ¡Soy el rey del mundo!

—¡Qué tonto eres!

—Por ti puedo serlo —contesté, citando a Noah Calhoun, antes de cogerle la mano y besarle los nudillos.

La nostalgia me embargó al oír su risa cálida.

Aquel día todo resultaba emocionante. La sensación de libertad mientras conducía, ir corriendo a la capilla del hotel impacientes por

casarnos y la alegría cuando Kate dijo «Sí, quiero».

Tragué saliva para pasar el nudo que se me había formado en la garganta.

Hacía mucho tiempo que no oía su risa. El mismo tiempo que hacía que yo no era plenamente feliz.

—Te quieroooo —dijo Kate a través de la pantalla.

En ese momento, me prometí que haría lo que hiciera falta por que me perdonase.

20

Ben

Trece años antes. Julio.

Aparqué frente al cine cuando el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte. Había quedado con Kate para ver *Cuando Harry encontró a Sally*. Crucé el aparcamiento apresurado hasta la puerta.

—Vamos, que te está esperando tu chica —me apremió Lola desde el otro lado de la taquilla.

—No es mi chica…

—Claro, claro… —Se plantó delante de la máquina de las palomitas y llenó un cubo hasta arriba—. Vas a tragarte una comedia romántica de los noventa tú solo por voluntad propia, ¿no?

—Exacto.

Lola dejó las palomitas en el mostrador, junto a un refresco y la entrada.

—Cinco dólares, por favor —me dijo—. A las palomitas y la bebida invita la casa.

—Vaya, gracias.

—No me las des. Solo lo hago para que cubras a Mike el Cuatro de Julio —bromeó.

Le entregué un billete de cinco.

—Menuda interesada.

Ella sonrió como si no hubiera roto un plato en su vida.

—Lo pensaré —dije para vacilarla.

Lola entrecerró los ojos.

Tras guardarme la entrada en el bolsillo trasero del pantalón, cogí las palomitas y enfilé hacia el patio trasero.

—¡Que sepas que voy a entrar para ver si os estáis enrollando! —exclamó Lola a mi espalda.

—¡Espero que disfrutes del espectáculo!

Empujé la puerta con la espalda y salí al patio. La película todavía no había comenzado. Casi todas las butacas estaban ocupadas. Al distinguir la melena rubia de Kate, me puse de buen humor. Estaba sentada en la fila central, en el mismo asiento que el otro día.

Al llegar a su altura, señalé la silla contigua a la suya.

—¿Está ocupada?

Una sonrisa tierna asomó a su rostro.

—No. —Quitó el bolso del asiento.

Me puse cómodo y la miré.

Llevaba un vestido amarillo claro de tirantes con un estampado floral. Parte del pelo estaba recogido con un lazo del mismo color. Estaba tan guapa que me quedé pasmado.

—Gracias por guardarme el sitio, Rose —le dije cuando recuperé el habla—. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

Ella negó con la cabeza.

Su cubo de palomitas casi vacío indicaba lo contrario. Le puse el mío delante y ella declinó la oferta diciendo:

—Gracias, pero prefiero las de caramelo.

Encendieron el proyector y los créditos iniciales aparecieron en la lona blanca que hacía de pantalla.

Kate comenzó a recitar los diálogos para sí misma. Tras un par de escenas, me incliné en su dirección.

—¿Cuántas veces has visto la peli? —susurré.

—Unas cuantas.

—Para sabértela de memoria deben haber sido más de unas cuantas.

Kate se acercó a mi oreja, reclinándose sobre la silla. Olía increíblemente bien, a una mezcla de naranja y distintas flores que era incapaz de nombrar.

—La veía todas las Navidades con mi madre. —Sentí su aliento cálido y se me erizó la piel—. Es un clásico. Ahora viene una de mis escenas favoritas.

Dirigimos la vista a la pantalla para ver a la protagonista pedir la cena como una auténtica tiquismiquis.

A cada rato, comprobaba que Kate se sabía la película de memoria.

En una ocasión, giró la cabeza para mirarme. El pulso se me aceleró. Sus ojos resplandecían bajo el cielo nocturno.

—Mirar fijamente es de mala educación —me dijo en voz baja—. ¿No te lo han dicho nunca?

—Qué suerte que soy un maleducado.

Un amago de sonrisa asomó a su cara.

Kate apartó la vista y se centró en la pantalla.

—Voy al baño —la informé al cabo de un momento.

—La película está a punto de terminar.

—Ahora me cuentas lo que me pierda.

Recorrí el pasillo hasta el vestíbulo. En lugar de dirigirme a los servicios, fui directo al mostrador. Lola estaba sentada en el taburete, tecleando algo en el móvil.

—¿Cuándo puedes poner *Atrapa a un ladrón*? —le pregunté al detenerme frente a ella.

Era la otra película que Kate había mencionado la noche que nos conocimos.

Lola saltó del taburete.

—¿Vas a venir a verla con tu novia? —La mandíbula se le descolgó hasta el suelo.

—No es mi novia.

—Yo diría que tres citas seguidas con la misma chica significan que es tu novia. —Soltó una risita.

Me encogí de hombros.

—¡Te gusta un montón! —exclamó maravillada.

—¿Cuándo decías que querías que cubriese a tu novio en el curro?

—¿Me estás chantajeando?

—Qué va. Solo te propongo un trato con el que ambos ganamos.

Mientras ella revisaba la programación, tamborileé el mostrador con los dedos.

—A la espera de que me confirme el señor Williams… —empezó Lola—, podría ponerla el próximo lunes. Después del festivo no habrá mucho lío.

—¿No puede ser antes? —De pronto, esperar cinco días me parecía una eternidad.

—El finde solo se proyectan estrenos, ya lo sabes.

—Ya… El lunes suena genial.

Volví a la sala con una sonrisa de oreja a oreja. Sin despegar la vista de la pantalla, Kate me contó que Harry corría por mitad de Nueva York para recuperar a Sally.



—¿Qué te ha parecido? —me preguntó en cuanto encendieron las luces poco después.

Tenía los ojos llorosos. Había pasado todo el final soltando suspiros amorosos.

—No está mal —contesté, levantándome.

—¿Cómo que no está mal? —Se puso de pie—. Es increíble.

La película me había gustado, pero quería oírla hablar emocionada. Por eso dije:

—No me ha parecido para tanto.

—Piensa que es buenísima para la época en la que se estrenó. En aquel momento triunfaban las historias de amor donde todo era perfecto: había amor a primera vista, todos conseguían lo que querían, el protagonista masculino estaba buenísimo… En cambio, en esta película, los personajes cometen errores, el romance se desarrolla despacio, tiene escenas divertidísimas y la química entre los actores es una pasada. Esta película es la precursora de las comedias románticas modernas.

—Vaya, sí que te gusta. Tiene escenas buenas, la del orgasmo en la cafetería me ha hecho gracia, y me gusta que el final no tenga el típico gesto surrealista. ¿Por qué sonríes?

—Porque al fin coincidimos en un final que nos gusta a los dos.

—Es verdad. —Desvié la atención a la taquilla—: Hasta mañana, Lola.

—Nos vemos mañana. —Ella se despidió con un gesto de la mano.

Kate se lo devolvió y salimos a la calle.

Me detuve para encenderme un cigarro.

—¿Es tu amiga? —me preguntó Kate.

Di una calada mientras la observaba.

Sus labios formaban una fina línea y sus manos se retorcían inquietas.

«¿Está celosa?».

Si se ponía celosa, significaba que le gustaba, ¿no?

Para comprobarlo, le di una respuesta vaga:

—Es una compañera de clase. ¿Por?

—Por nada… —contestó rápido—. Solo preguntaba por curiosidad.

Apartó la mirada y tragó saliva.

—Es la novia de mi amigo Mike —aclaré—. Nos conocemos desde primaria.

Ella relajó los hombros y volvió a mirarme.

—Parece maja.

—Lo es.

Aspiré el humo del cigarro. Al exhalar, me lancé a la piscina:

—¿Te apetece cenar?

Quería quedarme un rato más con ella.

Kate le echó un vistazo al reloj.

—Tengo que estar en casa dentro de cuarenta y cinco minutos.

—No te preocupes. Conozco el sitio perfecto.

Tiré la colilla y señalé el coche con un gesto de cabeza.

Conduje hasta John's Drive-In, mi restaurante de comida rápida favorito.

El local era pequeño, olía a patatas fritas y, para no variar, estaba hasta los topes.

Mientras esperábamos la cola, le conté que me pirraba ese sitio por la salsa secreta, que sabía a una mezcla de mahonesa, kétchup, mostaza y pepinillos.

—Buenas noches —nos saludó un hombre uniformado de blanco desde el otro lado del mostrador metálico—. ¿Qué os pongo?

—Pide tú primero —le dije a Kate.

—Mmm… Yo quiero una hamburguesa con patatas y un batido de fresa, por favor.

El hombre tecleó el pedido en la pantalla.

—¿Algo más?

Hice un cálculo rápido. Había ganado setenta dólares en propinas esa tarde. La mitad del dinero iría directo al bote de ahorros de la universidad. Destinaría diez dólares a la comida de Oreo. El menú de Kate ascendía a dieciséis dólares, con lo que me sobraba, podía pedir…

—Un perrito caliente y una Coca-Cola, por favor.

—¿No quieres un batido? —Kate arrugó las cejas.

—Prefiero el refresco. —Era más barato y podía rellenar el vaso las veces que quisiera.

—Serían veinticuatro dólares con veintitrés centavos, por favor.

Kate hizo amago de pagar, pero le agarré la mano.

—Invito yo.

Ella se quedó cohibida unos segundos, con los ojos fijos en nuestras manos.

—¿Por qué? —Me miró cuando la solté.

—Porque me apetece.

Abrió la boca para protestar, pero planté los billetes en el mostrador.

—Gracias. A la próxima invito yo.

Con una sonrisa, me incliné hasta estar a su altura y le dije:

—No nos hemos ido y ¿ya estás pensando en verme otra vez?

El rubor coloreó sus mejillas.

Me sorprendía la facilidad que tenía para ponerse roja como un tomate.

—Voy a buscar mesa… —Kate se perdió por el restaurante.

Unos minutos después, fui en su busca. La localicé enseguida. Había conseguido un sitio al lado de la ventana. Dejé la bandeja en la mesa y pasé la pierna por encima del banco.

—Ya estoy —dije al tomar asiento.

Kate le quitó el papel a la hamburguesa y le dio un bocado. Mientras masticaba, puso cara de gusto.

—¡Está buenísima! —exclamó después de tragar.

Los ojos le hacían chiribitas y una sonrisa amplia le adornaba el rostro.

—Nunca había visto a nadie disfrutar tanto de una hamburguesa —comenté antes de hincarle el diente al perrito.

—Es la primera vez que pruebo una. En casa está prohibida la comida basura.

Parpadeé sorprendido.

—Tus padres son un pelín estrictos, ¿no?

Ella se quedó seria, desvió la vista y se limitó a observar la calle a través de la ventana.

Mierda. La había cagado.

«¿Cómo lo arreglo?».

El silencio se alargó unos segundos.

Seguí el curso de su mirada. Fuera, una pareja discutía al lado de un todoterreno. La mujer estaba cruzada de brazos y negaba con la cabeza. El hombre se pasó una mano por el pelo.

—¿Por qué crees que discuten? —le pregunté a Kate, para sacar conversación.

—Mmm… —Ella le dio otro mordisco a su hamburguesa y se quedó pensativa—. Creo que es su aniversario y él se ha olvidado de llevarle flores.

Seguí mirando a la pareja.

En cuanto el hombre tomó el relevo de la palabra, comencé a doblar su voz:

—Mi amor, no he podido comprarte flores porque mi jefe me ha hecho quedarme hasta tarde en el trabajo…

De reojo, vi a Kate mirarme.

En el momento en que el hombre volvió a mover la boca, continué hablando:

—He pasado por la floristería, pero estaba cerrada.

—Johny, siempre tienes una excusa diferente —dijo Kate simulando la voz de la mujer—. Estoy cansada de no ser tu prioridad.

Contuve la sonrisa y continué:

—Por supuesto que eres mi prioridad… Pero ¿qué querías que hiciera?

La mujer se mantuvo callada unos segundos.

—Necesito que me demuestres que te importo —siguió Kate cuando ella volvió a hablar.

—Te prometo que mañana a primera hora te compraré flores.

—Ni siquiera sabes cuáles son mis favoritas.

—Eh… Las margaritas.

—Te equivocas. Son las rosas de color rosa. Te lo conté en nuestra primera cita y también te dije que los *macarons* de pistacho son mi dulce favorito…

—Lo siento. No volveré a olvidarlo.

Cuando la pareja se abrazó, Kate le dio un sorbo a su batido.

—Hemos hecho que esa pareja se reconcilie —dijo encantada.

Asentí.

—¿Las rosas son tus flores favoritas?

—Sí. Y me encantan los *macarons* de pistacho. Son mi perdición.

—Prometo no olvidarlo.

Kate sonrió. Luego, le echó un vistazo a la hora y me miró con cara de circunstancia.

—¿Te llevo a casa? —adiviné.

—Sí, por favor.



—¿Estás enamorado de Kate? —me preguntó Mike cuando llegué al trabajo al día siguiente.

—¿Qué dices? —Abrí mucho los ojos—. ¡Para de decir esas mierdas, que te puede oír alguien!

—Lola me ha contado que le has pedido que ponga otra película…

—¿Y…?

—Veo que no lo desmientes.

—No estoy enamorado, tío. Solo estoy… conociéndola.

—Nah… Te conozco, esa chica te gusta un huevo. Cuanto antes os hagáis novios, antes podremos salir por ahí los cuatro.

—Paso de que la espantes con tus truquitos de cartas.

—A Lola le hacen gracia.

—Lola está completamente cegada porque te quiere. Igual que tu madre —bromeé.

No pude seguir vacilándole porque apareció un coche por el final del camino de gravilla. A partir de ahí, no paramos ni un segundo. Los viernes por la noche el club se llenaba hasta la bandera.

Cuando tuvimos un respiro, aproveché para escabullirme a la parte trasera. Bordeé el edificio y bajé las escaleras que llevaban a la playa. Tenía el bolsillo lleno de comida para Oreo.

—¿Oreo? —susurré al aire.

—¡Aquí! —exclamó una voz femenina.

Me giré en dirección al sonido. Debajo del embarcadero, Kate acariciaba a Oreo.

—¿Os divertís sin mí?

Ella se irguió con una sonrisa.

—Acabo de darle la cena.

El perro se acercó corriendo a recibirme.

—¿Qué pasa, chico? —Traté de acariciarlo, pero no paraba quieto —. ¿Qué te ha dado Rose de comer?

—Medio sándwich de jamón york. Durante la cena, lo he guardado en una servilleta cuando nadie miraba.

Me lo contó como si hubiese robado las joyas de la corona.

—Hasta el perro cena mejor que yo —bromeé para distraerme del calor repentino que se había despertado en mi pecho.

—A ti también te he traído una cosa.

Kate sacó del bolso un paquete de galletas Oreo y lo alargó en mi dirección.

—Por si te entra hambre luego. Tengo otro para tu amigo. Me he fijado en que nunca cenáis mientras estáis trabajando.

Cogí las galletas y tragué saliva. De golpe, tenía muchísimas ganas de besarla.

—Te gustan las Oreo, ¿verdad? —preguntó dubitativa.

—Sí. Gracias. —Me incorporé para guardármelas en el bolsillo—. Y gracias por cuidar de Oreo.

—De nada.

El perro correteó a las piernas de Kate. Ella se acuclilló para acariciarlo. El animal trató de lamerle la cara. Su risa cálida y contagiosa llenó el ambiente.

—El lunes ponen *Atrapa a un ladrón* en el cine —le dije pasado un momento.

—¿En serio? —Sus ojos se iluminaron en la oscuridad—. Adoro esa peli. Era la favorita de mi madre.

No era la primera vez que Kate hablaba en pasado de su madre.

—Lo sé. Me lo contaste cuando nos conocimos.

—¿Te acuerdas?

Me dedicó una sonrisa resplandeciente y yo asentí.

—Por supuesto. ¿Te apetece ir a verla?

—Sí.

—Genial.

Se oyó un silbido a lo lejos.

Joder. ¿Ya?

Silbé de vuelta, como diciendo: «¿De verdad tengo que volver ya?». A lo que Mike respondió con otro silbido corto que traduje como: «Sí, tío, tenemos lío».

—¿Cómo lo haces? —me preguntó Kate mientras subíamos las escaleras.

—¿El qué?

—Silbar.

—Colocando los dedos debajo de la lengua y soplando. Si quieres, puedo enseñarte otro día.

—Vale.

Nos detuvimos al llegar al porche.

—¿Has visto *Los Vengadores*? —me preguntó ella.

—Todavía no.

—La ponen el fin de semana… ¿Quieres… te apetece ir… a verla?

Sonreí.

¿Ella también veía una eternidad esperar al lunes?

—Mañana trabajo por la tarde —le informé—. Podría ir a la última sesión.

—Por mí bien.

Regresé a la parte delantera con una sonrisa de idiota.

—Kate me ha dado estas galletas para ti. —Le tendí a Mike un paquete plateado.

—Ah, dale las gracias de mi parte.

—Ya lo he hecho.

—Confiesa: ¿te gusta esa chica?

—Cada vez más.



Al día siguiente, corrí por el aparcamiento del cine. Uno de los clones de Rich me había entretenido en el trabajo. Primero me había pedido el coche y cuando se lo había entregado, había cambiado de opinión y me había pedido que lo aparcase de nuevo.

Cuando entré en el vestíbulo, corrí hasta la taquilla. Ese día estaba Callum, otro compañero de clase.

—Una entrada para *Los Vengadores* y unas palomitas de caramelo, por favor.

—Marchando. Serían quince dólares.

Sospechaba que a Kate apenas le quedarían a esas alturas. Quería que tuviese de sobra por si le apetecían más. Después de pagar, caminé apresurado hasta el patio trasero. Estaba emocionado por verla. Esa era la parte del día que más esperaba.

La película ya había comenzado.

Barrí el patio con la mirada. Enseguida distinguí la cabeza de Kate.

Me detuve al ver que a su lado había alguien sentado.

«¿Qué cojones hace ese tío en mi asiento?».

Tras unos segundos de parálisis, reanudé la marcha.

Como si presintiese mi llegada, el tío giró la cabeza. Me quedé de piedra al comprobar que era el puto Rich Belmont. Al verme, sonrió con malicia.

Di un paso al frente, dispuesto a sacarle de mi silla, justo cuando él pasó el brazo por encima de los hombros de Kate. El malestar se

despertó en mi estómago.

Esperé unos segundos para ver si ella se apartaba repelida de su contacto.

No lo hizo.

«Las chicas como ella jamás saldrían con un aparcacoches», me había advertido Mike la primavera anterior.

Me jodía que estuviese ahí con ese imbécil.

Di media vuelta y me largué sin mirar atrás.



El lunes por la tarde, Rich se bajó de su coche lujoso y me lanzó las llaves al suelo.

—Ups. Lo siento, Brett. —Su disculpa sonó más falsa que un billete de tres dólares.

—Gilipollas… —solté entre dientes, cuando pasó por mi lado.

—¿Cómo dices?

—Que parece que te creces un poco cuando vas con tus clones.

—Eh, ¿qué nos has llamado? —me preguntó uno de ellos.

—¿Qué te pasa, pobretón? —Rich lucía una sonrisa de suficiencia —. ¿Te han dado calabazas últimamente?

Apreté la mandíbula. No veía la hora de dejar ese trabajo y mandar a ese gilipollas a tomar por el culo.

—Si quieres, yo te puedo dar a ti una…

—Ben, ¿por qué no aparcamos el coche? —intervino Mike, subiendo las escaleras.

—Haz caso a tu amigo —amenazó Rich, antes de perderse en el interior del club.

Mike me quitó las llaves y me lanzó una mirada que significaba

«No la líes, tío».

—Ya lo aparco yo —me dijo.

—Tú tienes que irte ya. —Esa noche iba a cubrirle para que él viera los fuegos del Cuatro de Julio con Lola.

—Lo aparco y me voy —me contestó por encima del hombro.

Un Mercedes negro apareció por el camino de tierra. Kate se bajó del coche de Stacy. Bajé las escaleras y me acerqué a esta para coger las llaves.

Al pasar por mi lado, Kate le dijo a su amiga:

—Ahora te alcanzo.

—Hola. —Me saludó al plantarse delante de mí.

—Buenas tardes, señorita Morgan —respondí con sequedad.

—¿Señorita Morgan? —Sonaba confundida—. ¿Te pasa algo?

Torcí el morro y negué con la cabeza.

—No viniste al cine…

Me mordí el carrillo para no responder.

—Y no has contestado mis mensajes… —Tragó saliva—. ¿Sigue en pie lo de ver *Atrapa a un ladrón*?

—No puedo. He quedado para ver los fuegos.

—Ah… Creí que iríamos juntos al cine.

—¿Por qué no vas con Rich? —le pregunté en un tono mordaz—. ¿No le dan las neuronas para seguir películas en blanco y negro?

Ella arrugó el ceño.

—Anoche parecíais muy cómodos.

—Ben, no es lo que pare…

—No tienes que darme explicaciones. Me da igual.

Aquello era una mentira como una catedral de grande.

Me importaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Su mirada herida me provocó un sentimiento incómodo de culpa.

—Si me disculpa, tengo que aparcar el coche. Buenas tardes,

señorita Morgan. —Me subí al vehículo, zanjando la conversación.



Horas más tarde, conducía de vuelta a casa, después de trabajar, cuando recibí una llamada de Mike.

—¡Es Kate! —soltó en cuanto descolgué.

El corazón se me aceleró por su tono alarmado.

—Acabo de verla y estaba llorando —me informó a la carrera.

«¿Estará triste por cómo me he comportado antes?».

—¿Por qué?

—No lo sé, pero creo que Rich tiene algo que ver. Lola está con ella.

El ácido me subió por la garganta. Una sensación desagradable me oprimía el pecho.

—¿Dónde estáis? —pregunté a borbotones.

—En la playa de East Hampton. Enfrente de una mansión, según entras en la playa.

—Voy para allá.

Conduje lo más rápido posible. La idea de que le hubiera pasado algo me llenaba de ansiedad.

Al llegar, tiré el coche en doble fila. Apagué el motor y salté del vehículo. Corrí lo más deprisa que pude.

—¡Ben! —exclamó Mike.

Mi amigo estaba frente a una casa que había a pie de playa.

Kate se encontraba un poco más allá, sentada en la arena junto a Lola.

—¿Qué ha pasado? —pregunté al detenerme delante de ellos.

Kate tenía los ojos y la nariz enrojecidos.

Ella guardó silencio. Giré la cabeza y busqué a Mike con la mirada.

—Rich la ha besado a la fuerza —me informó mi amigo.

—¿Dónde está?

—En esa casa. —Mike señaló a su espalda.

No escuché nada más.

La sangre me latía en los oídos. Subí las escaleras a toda velocidad. Me pareció que alguien me llamaba, pero no hice caso. Mi objetivo era encontrar a ese cabronazo y hacerle una cara nueva. Empujé la puerta y fui a parar a una sala abarrotada de gente.

—¡Rich! —grité por encima de la música.

El susodicho estaba al lado de la mesa de billar, acompañado de sus clones. Al verlo tan tranquilo, la furia se apoderó de mí.

—¿Qué quieres, perdedor? —Intentó hacerse el chulo.

Atravesé la estancia como una pantera, abriéndome paso a empujones entre los que se interponían en mi camino. Un torrente de adrenalina surcaba mis venas. Sin mediar palabra, me abalancé sobre él. Su espalda se estampó contra la mesa. Rich ahogó un quejido.

—¡Eres un mierda! —exclamé, agarrándolo por la pechera de la camisa.

A continuación, eché el brazo hacia atrás y le arreé un puñetazo.

21

Kate

Trece años antes. Julio.

—¡Ben! —grité cuando le dio un puñetazo en la cara a Rich.

Este se abalanzó contra él y, de pronto, se convirtieron en un lío de golpes.

Se formó un corrillo a su alrededor. Los gritos se oían por encima de la música.

—¡O paráis o llamo a la policía! —vociferó una voz masculina.

Con el corazón en un puño, me escurrí entre la multitud a base de empujones.

—¡Déjalo, tío! —Mike rodeó con los brazos a Ben desde atrás y lo separó de Rich.

—¡Suéltame! —Ben intentó zafarse de su agarre.

La adrenalina se apoderó de mí. Salí corriendo y me planté delante de Ben.

—¡Ben, escúchame! —le pedí desesperada—. ¡Estoy bien!

—¡Controla a tu perro, Katherine! —exclamó Rich con un tono despectivo—. ¡No quiero que me contagie la rabia!

Ben hizo amago de lanzarse a por él otra vez.

—¡Si vuelves a tocarla, te parto los dientes! —Ben amenazó a Rich.

Le cogí la cara con las manos y, por fin, bajó la cabeza. Las llamas de su mirada comenzaron a extinguirse al encontrarse con la

mía. Tenía la mandíbula apretada, su respiración era superficial y estaba temblando. Igual que yo.

—Kate, ¿estás bien? —Había ansiedad en su voz.

Sus ojos volaron a toda velocidad por mi rostro.

—Sí. Estoy… bien —repetí en un resuello, para calmarlo—. ¡Vámonos, por favor! No merece la pena.

Me sostuvo la mirada un instante antes de asentir. Mike aflojó su agarre, pero no le soltó.

—En cuanto mi padre se entere de esto, te pondrán de patitas en la calle —aseguró Rich con suficiencia.

Esas palabras me cabrearon un montón. Me volteé con los puños apretados.

—Si haces eso, le contaré al mío por qué Ben te ha pegado —le contesté apresurada.

—Venga, tío, vámonos —oí que le decía Mike a Ben.

Al darme la vuelta, vi que Mike volvía a sujetar a Ben. A su lado estaba Lola con la cara desencajada.

La vergüenza me inundó al darme cuenta de que éramos el centro de atención.

Agarré la mano de Ben y lo arrastré conmigo. Los cuchicheos nos persiguieron hasta la salida.

Fuera nos recibió la brisa nocturna y salada. Nos detuvimos al llegar a las escaleras de madera que bajaban a la playa. Mike y Lola se quedaron rezagados.

—¿Estás… bien? —La voz me falló al hablar.

—¿Yo? —Ben se señaló con el dedo índice—. Mejor que nunca. ¿Y tú?

Arqueé una ceja, incrédula.

Ben tenía la mandíbula y el pómulo enrojecidos.

—He estado en peleas peores, créeme.

—¡No es verdad! —apuntó Mike desde algún lugar.

—¿Cómo se te ocurre enfrentarte a Rich y sus amigos? —le pregunté con un nudo en el estómago.

Él se encogió de hombros.

Le solté la mano y me crucé de brazos.

El pánico que asolaba mi pecho indicaba que Ben me importaba más de lo que pensaba.

—¿Qué te ha hecho ese capullo? —Su voz denotaba rabia y tensión.

—Prefiero hablar en otro sitio. —No quería arriesgarme a que Rich saliese y se enzarzasen otra vez—. ¿Puedes llevarme a casa, por favor?

—Sí. —Ben desvió la vista para dirigirse a sus amigos—. Voy a acercarla a casa.

—Ya hablaremos tú y yo —le contestó Mike.

—No hay nada de qué hablar. Tú habrías hecho lo mismo, y lo sabes.

Me acerqué a ellos.

—Siento haberos amargado la noche —les dije, notando cómo la culpabilidad se abría paso en mi interior.

—¡Oh, no, por favor! —Lola sacudió la cabeza—. No te preocupes por nosotros. Lo importante es que estamos todos bien.

—No te rayes —agregó Mike—. No has amargado nada. Nuestro plan era ver los fuegos y todavía no han empezado. Además, ese tío se merecía una leche desde hace tiempo.

—Gracias por hacerme compañía.

Ben y yo nos despedimos de ellos y caminamos hasta el aparcamiento en silencio. Se había dejado la puerta del coche abierta de par en par. Según nos subimos, arranqué la conversación:

—Rich me ha dicho que quería hablar conmigo. Nos hemos

apartado del resto y… ha intentado besarme.

El pecho de Ben se hinchó cuando inspiró con fuerza por la nariz.

—Le he quitado la cara, pero él ha insistido en la buena pareja que hacemos y… me ha besado. Luego me ha puesto la mano en la pierna y ha comenzado a subirla hacia arriba y yo… estaba tan nerviosa que solo me ha salido empujarlo. Me he ido disgustada y me he cruzado con tus amigos.

—¿Sabes qué? —Ben abrió la puerta—. Voy a volver para darle un par de hostias a ese gilipollas.

—No, por favor. —Le sujeté el brazo y se quedó quieto—. Lo he pasado fatal… No quiero que te pase nada. Tú solo… llévame a casa, por favor.

Tras vacilar unos segundos, Ben cerró la puerta y encendió el motor. Agarró el volante y me di cuenta de que tenía los nudillos magullados.

Durante el trayecto fui mirando por la ventanilla mientras jugueteaba con el dobladillo de la falda. El silencio ocupaba demasiado espacio entre nosotros. Quería romperlo, pero no sabía qué decir. Cuando entramos en mi barrio, mi intranquilidad aumentó.

—El otro día en el cine… —comencé.

—No tienes que darme explicaciones.

—¿Puedes escucharme, por favor?

Ben guardó silencio y yo proseguí:

—Te estaba guardando un sitio cuando Rich apareció y se sentó a mi lado. Me dio apuro pedirle que se fuera. Nuestros padres son socios… Por lo que has dicho antes, supongo que nos viste…

Asintió sin apartar la vista de la calzada.

Se detuvo en doble fila, apoyó la mano en la parte superior de mi asiento y miró por encima del hombro mientras daba marcha atrás. Aparcó a un par de calles de mi casa, tal y como le había

pedido días atrás. No quería que mi padre descubriese que estaba quedando con un chico.

—Llegué tarde —dijo Ben con los ojos fijos en el salpicadero—. Cuando te pasó el brazo por encima, pensé que estabais liados y me largué.

—Cuando me aparté, salí a llamarte y no me cogiste el teléfono… Quiero que lo sepas porque parece que te importa. Y a mí también, no quiero que creas algo que no es.

Ben tragó saliva y se aventuró a mirarme. Sus ojos estaban más serios que nunca.

—La próxima vez, podrías hablar conmigo en lugar de enfadarte y retirarme la palabra.

—Lo siento.

—Y no quiero que vayas por ahí pegando a la gente.

—Ni de coña voy a disculparme por eso. Si ese tío vuelve a hacerte algo, se llevará otra hostia. Punto.

Respiré hondo.

En ese momento, el sonido de los fuegos artificiales estallando se oyó a lo lejos.

Por encima de las copas de los árboles atisbé a ver un retazo rojo seguido de otro verde.

Los contemplamos en silencio durante un instante. Estaba a punto de bajarme del coche cuando Ben preguntó:

—¿Te apetece que vayamos a la feria mañana?

—Vale.

—¿A qué hora te recojo?

—¿No quieres quedar allí directamente?

—Prefiero recogerte.

Después de nuestra conversación, necesitaba saber si él veía el plan como una cita romántica o como una quedada entre amigos.

Me armé de valor y se lo pregunté:

—¿Lo de mañana es… una cita?

—Sí.

El estómago me dio un vuelco. La emoción se apoderó de mi interior.

—Guay. —Sonreí—. ¿Nos vemos a las siete?

—Genial.



A las siete menos cinco salí de casa con el estómago repleto de mariposas.

Llevaba todo el día nerviosa. Esperaba que esa noche Ben y yo nos besásemos. Cada pensamiento que había cruzado mi cabeza había rondado alrededor de cómo sería besarlo. ¿Sentiría las mariposas de las películas? ¿Sería tierno o apasionado? ¿Me gustaría más de lo que ya me gustaba?

Después de un rato probándome ropa, había estrenado un vestido azul pastel que terminaba encima de las rodillas y que se ajustaba alrededor de mi cintura. El escote era modesto, tenía una hilera de botones decorativos en la parte delantera.

Caminé hasta la siguiente manzana y doblé la esquina. Al verlo recostado sobre su coche, mi corazón salió corriendo hacia él. Me limpié las manos sudorosas en la falda con discreción.

—Hey. —Me saludó con un gesto de cabeza. A continuación, tiró la colilla y despegó la espalda del vehículo—. Vaya, estás preciosa.

El rubor me calentó las mejillas.

Llevaba una camisa negra abierta sobre una camiseta gris y unos vaqueros oscuros. En los pies lucía sus Converse desgastadas. A

juzgar por la puntera reluciente, parecía que se había esmerado en limpiarlas. Estaba tan guapo que sentí un pellizquito en el pecho.

—Gracias. —Sonreí—. Tú también.

—¿Yo también estoy precioso? —Alzó las cejas de manera sugerente y me entró la risa.

A continuación, hizo una reverencia y me abrió la puerta del pasajero.

—Eres bobo.

Me acomodé en el asiento y él bordeó el vehículo para subirse por el asiento del conductor.

Ben condujo hasta Carnival, un pueblecito costero de la zona, y aparcó a las afueras.

Cuando llegamos al paseo marítimo, el cielo estaba pintado de tonos rosados, azules y anaranjados. La playa era un hervidero de gente, algunos descansaban sobre las toallas, otros jugaban al voleibol y otros se lanzaban el *frisbee*.

La brisa marina me revolvió el pelo con suavidad. Se oía el rumor de las olas, el graznido de las gaviotas que volaban por encima del Atlántico y el murmullo de las conversaciones.

Fotografié el paisaje con el móvil. Hacía tiempo que no presenciaba un atardecer tan bonito.

—Me recuerda al muelle de Santa Mónica, pero en pequeño —le dije a Ben.

—No lo conozco.

—Tienes que ir. Está en Los Ángeles. Siendo tan cinéfilo, la ciudad te gustaría.

—¿Tú crees? He oído que no es para tanto, que el paseo de la fama es un poco cutre y eso.

—Yo fui hace unos veranos con mis padres. Es cierto que el paseo de la fama no es tan glamuroso como la noche de los Óscar,

pero es curioso ver las estrellas en el suelo. Nosotros visitamos algunos estudios y sets de rodaje y fue increíble. No sé si has visto *Friends*, pero estuve dentro del Central Perk.

—¿En serio? Me flipa esa serie. La he visto mil veces.

—¡Yo también! ¿Quién es tu personaje favorito?

—Chandler. Me parto con su humor sarcástico. ¿Y el tuyo?

—Mmm… Dudo entre Chandler y Rachel. Ambos me encantan, son divertidos y diría que son los que más evolución tienen. Aunque las caras de Ross y las situaciones ridículas en las que se mete me hacen demasiada gracia.

Mientras nos perdíamos entre el gentío que entraba a la feria, fuimos comentando nuestros episodios favoritos.

Dentro del recinto, todo era de colores llamativos. Las casetas estaban iluminadas por bombillas brillantes, y las atracciones por luces de neón parpadeantes. El aire olía a una combinación dulce y salada de algodón de azúcar, patatas fritas y *pretzels*. Por encima de la música imperaban las risas, el murmullo generalizado y los gritos de los que disfrutaban de las atracciones.

Me detuve delante de un puesto de puntería en el que el premio eran peluches. Gracias a las películas, conseguir uno me parecía de lo más romántico para una primera cita.

Detrás del mostrador se exhibían varias filas de botellas. Al fondo, colgaban peluches de diferentes tamaños.

—¿Os animáis? ¡La diversión está asegurada! —nos dijo un hombre vestido de rojo desde el otro lado del mostrador—. Para ganar el premio grande tendréis que colar cinco aros en los cuellos de las botellas; para los pequeños, tres. Tenéis un total de cinco intentos. ¿Queréis probar vuestra puntería?

La tarea parecía fácil.

—Yo sí. —Di un paso adelante.

—Venga, yo también. —Se unió Ben.

—Cinco dólares cada uno, por favor.

Pagamos y el hombre nos dejó delante dos recipientes con aros diminutos de colores chillones.

—Tú primero —dijo Ben.

Al primer intento, lancé tan flojo que el aro cayó al suelo antes de llegar a la zona de las botellas.

—Menuda puntería, Rose —se mofó.

Le di un codazo en el costado.

—A ver qué tal lo haces tú.

Ben arrojó un aro y lo ensartó por el cuello de la botella. Me regaló una sonrisa de satisfacción y puse los ojos en blanco.

Tiré el segundo más fuerte y se estampó contra la cabeza de un peluche. Ben volvió a meter el suyo donde correspondía.

—Soy malísima —lloriqueé cuando me tocaba lanzar el tercero—. Si fallo este, me despido del peluche.

—Espera, que te ayudo.

Ben se situó detrás de mí, tan cerca que notaba el calor que emanaba su cuerpo. Me agarró la mano y el corazón se me subió a la garganta. Aunque por dentro temblaba como una gelatina, me obligué a guardar las apariencias.

—Intenta medir la potencia del lanzamiento. —Su aliento me acarició la coronilla cuando habló—. Puedes echar el brazo hacia atrás para coger impulso y flexionar la muñeca antes de soltarlo. —A la par que hablaba, movió mi brazo a su antojo—. Apunta a las botellas de la derecha; aunque estén más lejos, hay más juntas… ¿Lo has entendido?

—Eh… Sí.

—Una, dos y… tres.

Lanzamos el aro y lo colamos por el cuello de la botella.

—¡Bieeeeen!

Me volteé con una sonrisa. Ben y yo chocamos los cinco.

—Ahora inténtalo sola.

Con la confianza renovada, cogí otro aro y traté de tirarlo con efecto. Rebotó contra una botella y acabó en el suelo. Solté un resoplido y Ben se rio.

—¿Qué premio quieres? —le preguntó el encargado de la caseta a Ben.

Él había conseguido ensartar tres.

—Escoge el que quieras —me indicó Ben.

—Mmm… —Les eché un vistazo a los peluches—. El oso panda de la camisa morada, por favor.

El hombre me entregó el peluche pequeño y me lo apreté contra el pecho. Las mariposas de mi estómago batían las alas con tanta fuerza que no me extrañaría salir volando.

—Gracias —le dije a Ben—. ¿Compartimos un algodón de azúcar?

—Dale.

Me acerqué al puesto y pedí uno. Observé ensimismada cómo la mujer enrollaba los hilos de azúcar sobre el palito de madera. Cuando me lo entregó, sujeté el peluche contra el cuerpo y seguimos paseando. Ahora que había anochecido, las luces brillaban en todo su esplendor.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté a Ben mientras arrancaba un pedazo de la golosina rosa.

Me lo metí en la boca y degusté el azúcar deshaciéndose.

—Dieciocho.

—Yo los cumpliré el cuatro de agosto.

—Anda, tu cumple está a la vuelta de la esquina.

—¿Cuándo es el tuyo?

—Fue el ocho de mayo… Te saco tres meses. Se nota la madurez, ¿verdad?

—Mucho. —Se me escapó la risa.

Le ofrecí el algodón a Ben y cogió un poco.

—Entonces ¿este año irás a la universidad? —le pregunté, y él asintió—. ¿Qué vas a estudiar?

—Primero comunicación y luego guion. He solicitado Columbia porque tiene un programa de improvisación bastante chulo. Por sus aulas han pasado grandes estrellas de *Saturday Late Night*. Sería la puerta directa para entrar al programa. Además, la universidad está en Nueva York, que es donde se rueda.

—Vaya, lo tienes clarísimo.

—¿Tú has pensado ya en qué quieres graduarte?

—Estudiaré Empresariales y me uniré al negocio familiar.

—Tu familia se dedica a los medios de comunicación, ¿verdad?

—Sí. Tenemos varios periódicos en Chicago y Boston, una cadena de televisión y una productora de cine. Mi abuelo fundó Morgan Media hace ochenta años. Cuando falleció, la heredó mi padre y, en el futuro, yo me haré cargo.

—¿Y eso es lo que quieres?

Lo miré sin comprender.

—Es lo que tengo que hacer —contesté escueta.

—Ya, pero… ¿es lo que realmente quieres? Hay una diferencia gigante entre «tener que hacer algo» y «querer hacer algo».

Ben era el primero que me hacía esa pregunta.

Ni siquiera me lo había planteado. Morgan Media era un miembro más de la familia, era parte de nuestra historia. Mi padre me había dejado claro que al acabar la universidad entraría en la empresa y me prepararía para tomarle el relevo. En cierto modo, mi futuro estaba escrito desde que nací.

—Sí…, creo que sí —respondí.

Le ofrecí a Ben lo que quedaba de algodón de azúcar.

—Para ti —dijo, negando con la cabeza.

—¿Nos montamos en la noria? —le propuse ilusionada cuando pasamos por delante.

Ben arrugó la nariz.

—Uf… Es aburridísimo… ¿No prefieres los coches de choque?

Negué con la cabeza.

—¿Y el tren del terror? Cualquier otra atracción será cien mil veces mejor.

—Me encanta la noria. Anda, porfa, será divertido.

Ben me observó unos segundos y claudicó con un suspiro.

—Vaaaale…

Compramos las entradas en la taquilla y guardé el peluche en el bolso. Cuando la atracción se detuvo, nos subimos en la góndola que nos indicaron y nos sentamos en el banco corrido, uno al lado del otro. El feriante cerró la cadena y la noria reanudó la marcha.

Todo lo que pensaba mientras cogíamos altura era que la pierna de Ben estaba pegada a la mía. Un gusanillo de emoción me retorcía el estómago.

Él apenas habló durante la subida. Ahí arriba todo parecía más tranquilo, sentía que estábamos en nuestro propio mundo.

—¡Mira! —exclamé—. ¡Se ve toda la feria y el paseo marítimo!

Ben no apartó la vista del infinito. Sus manos siguieron aferradas a la barra metálica.

—Mmm… ya. —Sonaba tenso.

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca. —Forzó la sonrisa.

Parecía más pálido de lo normal.

—¿Tienes vértigo?

—Qué va… —resopló—. He subido en norias más altas que esta…

Tragó saliva y me lanzó una mirada de reojo.

Sospechaba que se estaba haciendo el valiente.

Parte de mí se derritió porque hubiese subido solo por hacerme feliz.

Cuando llegamos al punto más alto, la noria frenó para que se bajara la gente.

—Genial —murmuró Ben para sí mismo.

«Piensa algo para distraerlo».

—¿Sabes otra película que deberías ver? —pregunté.

Ben no contestó.

Apretaba los puños con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Ben, mírame…, por favor.

Él giró la cara despacio.

Su pecho subía y bajaba deprisa.

En sus ojos verdosos vislumbré incomodidad. No sabía cómo ayudarlo. Ben tragó saliva y me aproximé un poco más. Coloqué una mano encima de la suya y le di un apretón en busca de reconfortarlo. La palma me cosquilleaba por el contacto. Cuando exhaló, nuestras respiraciones se entremezclaron.

Sus ojos se deslizaron hasta mis labios. Cerré la distancia que nos separaba y lo besé. Él se quedó inmóvil.

Inicié la retirada cuando Ben me plantó una mano en la nuca y me devolvió el beso. No estaba preparada para el torbellino de emociones que experimenté. Mi corazón alzó el vuelo, mi estómago dio una voltereta y un subidón de felicidad se apoderó de mí.

Los labios de Ben eran firmes y se movían con seguridad sobre los míos. Dejé escapar un suspiro. Su lengua cálida se adentró en mi

boca y buscó la mía con suavidad. Mis latidos se aceleraron tanto que creí que el corazón se me saldría del pecho. Sus besos sabían a algodón de azúcar.

Ben desplazó la mano hasta mi mejilla y un cosquilleo agradable me recorrió el cuerpo. Tenía ganas de reírme, de gritar y de seguir besándolo.

El sonido de los fuegos artificiales explotando llegó a mis oídos, no sabía si estallaban en la playa o dentro de mi pecho. Le acaricié la mandíbula sin apartarme de sus labios.

Me sentía bien. El mundo real había dejado de existir.

Un fuerte carraspeo se inmiscuyó entre nosotros. Con un sobresalto, me separé de la boca cálida de Ben. Notaba los labios hinchados y la respiración agitada.

Parpadeé confundida al encontrarme con las cejas arqueadas del feriante. Me llevó un instante comprender que estábamos abajo y que la noria se había detenido para que nos bajásemos.

Las mejillas se me colorearon. Sentí vergüenza porque nos hubiesen pillado besándonos.

Salté del carrito.

La gravilla crujió bajo mis pies conforme me alejaba. Apenas había dado un par de pasos cuando una mano se cerró alrededor de mi muñeca. Sin soltarme, Ben se plantó delante de mí.

—¿Adónde vas tan deprisa? —me preguntó.

Sus ojos hipnóticos se quedaron clavados en los míos. ¿Quería volver a besarme o se arrepentía de haberlo hecho?

Me daba vergüenza preguntárselo.

Le eché un vistazo al reloj. Me asombró lo rápido que se escurría el tiempo en su compañía.

—Tengo que estar en casa en media hora.

Ben dejó caer los hombros aliviado.

—Ah, vale. Por un momento me ha parecido que estabas huyendo después de besarme…

—Yo… Lo siento. No tenía…

—Eh, no, no, no. —Posó las manos en mi cintura y me atrajo contra él—. Ni se te ocurra disculparte. Me ha flipado el beso.

Las comisuras de mis labios se extendieron hacia arriba.

—A mí también.

Se inclinó y volvió a unir nuestros labios.

La electricidad cargaba mi piel. Le rodeé el cuello con los brazos.

Ben arrastró las manos hasta mi culo. Cuando me lo apretó, se me calentó el estómago y mi corazón se saltó un par de latidos. Me sorprendió que fuese tan atrevido, pero me gustó que lo hiciera.

No tardé en apartarme en busca de aire. Él entrelazó nuestros dedos y no volvió a soltarme la mano. Ni siquiera mientras conducía de vuelta a casa.

Ben aparcó el coche a una manzana de donde vivía. En cuanto nos bajamos del coche, sus labios cubrieron los míos.

—No quiero irme —confesé entre besos.

—Entonces no lo hagas.

—Mi padre me va a llamar por telé…

Ben me calló con un beso. Apoyó la frente contra la mía y dijo:

—Entra, habla con él y vuelve aquí.

—Imposible. —Volví a besarlo—. Ruth… cerrará… la puerta.

—¿Quién es Ruth?

Eché la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—El ama de llaves.

—Vale, entonces entra, habla con tu padre y, cuando Ruth se sobe, vuelve a salir.

—No puedo hacer eso…

—Claro que puedes.

Me mordí el labio. Pensar con sus manos en mi cintura era complicado.

—Venga, lo pasaremos bien.

—¿Y si Ruth entra en mi habitación?

—¿Cuántas veces ha pasado eso?

—Ninguna.

—Lo dicho. Si te quedas más tranquila, pon una almohada en la cama, como si fueses tú, y ya está.

—Eres una mala influencia.

Me atrajo en su dirección.

—Y por eso te molo —dijo contra mis labios.

Su lengua se enredó con la mía y por poco olvidé que tenía que marcharme. Tres besos más tarde, apoyé las manos en su pecho y me separé de sus labios.

—Tengo que irme.

Él plantó la mano en mi nuca y me dio un beso arrollador que me dejó sin aliento.

—Por si necesitas un incentivo para regresar.

Solté un suspirito contra sus labios.

—Te veo en un rato —dije.

A continuación, salí corriendo.

Entré en casa apresurada. La llamada rutinaria de mi padre solía durar unos cinco minutos.

—¿Qué has hecho hoy? —me preguntó.

—He estado estudiando francés. Y ahora acabo de volver de la feria.

—¿Con quién has ido?

—Con Stacy —contesté rápido—. ¿Hasta cuándo te quedarás en Boston? —Cambié de tema antes de que me pillase la mentira.

—De eso quería hablarte. Por trabajo tendré que quedarme unas

semanas más de lo que esperaba.

Al colgar, en lugar de quedarme hablando con Ruth, le di las buenas noches y subí a mi cuarto.

Esperé hasta que la oí retirarse a su habitación y entonces bajé las escaleras con el mayor sigilo posible. Al llegar abajo, agucé el oído, pero lo único que percibí fueron los latidos de mi corazón.

Con sumo cuidado, abrí la puerta de la entrada y salí al porche. Contuve la respiración al cerrar.

Sabía que Ben estaba esperándome en la parte trasera. Con la adrenalina por las nubes, acudí a su encuentro.

—Hola —saludó con una sonrisa.

—Shhh… —Me llevé el índice a los labios.

Entrelacé los dedos con los suyos y salimos corriendo. Mientras escapábamos, me entró la risa. Nunca me había sentido tan libre como en ese momento.

22

Ben

Pulsé el botón de la planta sesenta y cinco del ascensor privado del edificio Rockefeller.

Cuando se cerraron las puertas, me quité las gafas de sol y las guardé en el bolsillo interno de la chaqueta. Acto seguido, me abroché el botón, comprobé que los gemelos estaban en su sitio y me pasé la mano por el pelo.

—Para ya, anda. —Logan me dio una palmada en el hombro.

Lo miré sin comprender.

—Estás muy elegante con el traje, tío. No te preocupes, todo saldrá bien —agregó, adivinando lo que me rondaba la cabeza.

—Lo sé. —Sonreí, aparentando confianza—. Lo único que me preocupa es que el whisky sea decente. Estos eventos son un rollazo como para pasarlos sobrio…

Era miércoles por la tarde. Logan y yo nos dirigíamos al cóctel que Morgan Media había organizado para celebrar la compra de la cadena. Por suerte, tenía lugar en el edificio en el que trabajaba.

Hacía cinco días que Kate me había besado en la discoteca. Desde entonces, no había sabido nada de ella. Ahora que estaba a punto de volver a verla, una mezcla de inquietud y anticipación me llenaba el estómago. No había conseguido sacármela de la cabeza y estaba hecho un lío. Quería saber qué había significado para ella. ¿Me había perdonado? ¿Quería algo conmigo? ¿Se arrepentía de

haberme besado? ¿Pensaría en mí como yo en ella?

Para la ocasión, me había comprado un esmoquin azul marino de Armani, que había combinado con una pajarita a juego y una camisa blanca. En los pies calzaba unos zapatos negros de Tom Ford, tan relucientes que podía ver mi sonrisa reflejada en ellos. Aunque no lo reconocería en voz alta, me había puesto guapo para impresionarla.

Logan también se había vestido de punta en blanco, con un traje negro y una pajarita del mismo color.

Salimos del ascensor y nos encaminamos al salón Arcoíris. En el acceso había dos mujeres sentadas detrás de una mesa, con la lista de invitados.

—Buenas tardes —las saludé con una sonrisa—. Soy…

—Benjamin Sharp —soltó una de ellas—. Lo sé. Soy fan del programa —terminó con una sonrisa coqueta.

—Gracias. Me alegro de que te guste. Él es mi acompañante. —Señalé a mi amigo con el pulgar.

Ella buscó mi nombre en la lista de invitados y lo subrayó con un rotulador fosforito.

—Bienvenidos al evento. ¡Que disfruten de la fiesta!

—Gracias.

Caminé con seguridad hasta las puertas dobles de cristal. Al abrirlas, llegó a mis oídos un coro de sonidos entremezclándose: la música jazz del hilo musical, el tintineo de las copas al chocar las unas contra las otras y el bullicio de fondo de las conversaciones simultáneas.

Logan y yo entramos en un salón refinado y circular, de suelos de madera clara y ventanas panorámicas que mostraban los rascacielos bajo la luz dorada del atardecer. Del techo colgaba una lámpara de araña tan grande como la de *El fantasma de la ópera*. Había varias mesas altas recubiertas con manteles blancos y centros

de flores coloridas. Al fondo, sobre una tarima, descansaba un piano negro de cola.

Mirases a donde mirases, veías gente elegante, con vestidos largos y esmóquines.

—Voto por asentar el campamento aquí. —Le di una palmada a una de las mesas vacías del lateral—. Ya he estado en esta sala. Sé que los camareros saldrán con la comida por aquí. —Señalé la puerta negra que teníamos detrás.

—Me parece bien —respondió Logan.

Barrí el espacio con la mirada en busca de mi objetivo.

Mis ojos se detuvieron en una melena dorada que reconocería en cualquier parte. Kate estaba al lado de una mesa alta, a un par de metros por delante de donde nos encontrábamos.

Escaneé los alrededores en busca del enemigo. No había ni rastro del prometido.

Un camarero uniformado de negro pasó por nuestro lado cargando una bandeja plateada. Cogí dos copas de champán al vuelo.

—Ahora vengo —le dije a mi amigo.

—Suerte.

—No la necesito.

Fui directo como una flecha a por ella.

Al llegar a su altura, me percaté de que tenía la mirada fija en una pareja que conversaba un poco más allá.

Me aposté al otro lado de la mesa y clavé la vista en ellos. Esperé a que el hombre hablara para hacerlo yo:

—Cariño, ¿podemos largarnos ya? —pregunté, poniendo una voz más grave que la mía—. Estas fiestas son un rollazo y no aguanto más.

Por el rabillo del ojo, vi a Kate torcer la cabeza en mi dirección.

Aunque el cuerpo me pedía a gritos que la mirase, mantuve los ojos fijos en la pareja.

—Ni siquiera están poniendo buena música —proseguí, a la par que continuaba el señor—. Y me han dicho que la comida es una mierda.

El hombre se calló y yo hice lo propio.

El silencio se extendió entre nosotros unos segundos. Recé internamente para que Kate me siguiese el rollo.

—Me gustaría quedarme un rato más —dijo cuando la mujer movió los labios—. La fiesta no está tan mal. He oído que hay tarta de queso.

—Haber empezado por ahí, mujer —continué al tiempo que el hombre le contestaba—. Si hay tarta de queso, no puedo marcharme. Esto está lleno de gente que no probará bocado por guardar la línea; no será mi caso.

Kate soltó una risita.

Dios…, cómo había echado de menos ese sonido.

Le eché un vistazo rápido por encima del hombro. Tenía una sonrisa escueta dibujada en el rostro.

El orgullo se abrió paso por mi pecho. Consideré ese pequeño gesto la máxima de las victorias.

Volví a mirar a la pareja. El hombre estaba hablando, me apresuré a continuar:

—Deberíamos aprovechar la barra libre. Seguro que hay un huevo de cócteles caros.

—Buena idea. He visto uno rosa que tiene buena pinta.

La pareja nos dio la espalda y se acabó nuestro juego.

Me volví completamente para mirarla. Ella hizo lo mismo.

Un brillo especial iluminaba sus ojos azules. La esperanza resurgió con fuerza en mi interior. Por un momento, los trece años

que habíamos pasado separados se habían borrado.

Bajé la vista a sus labios pintados de un rojo pálido, pasando por el lunar que solía volverme loco, y de ahí al resto de su cuerpo. Al fijarme mejor en ella, tuve la impresión de que el mundo se detenía.

Kate parecía salida de un sueño. Las ondas doradas le enmarcaban el rostro. Su vestido negro, sofisticado y sensual, me dejó sin palabras. Tenía un escote pronunciado que le llegaba hasta el estómago. La tela sedosa se ceñía a sus curvas gracias a un cinturón de piedras preciosas y caía con elegancia hasta el suelo. Las mangas le tapaban hasta las muñecas. Un collar plateado brillaba sobre su piel.

En ese instante supe que no podría quitarle los ojos de encima en toda la noche.

—Vaya… —dije cuando recuperé el habla—. Estás espectacular.

El rubor le coloreó las mejillas.

Sus ojos bailaron por mi rostro antes de repasar mi atuendo.

—Gracias. Tú también estás muy… elegante.

Sonreí.

Preferiría que hubiese dicho «Estás buenorro que te mueres, ¿nos enrollamos?», pero tendría que conformarme con eso.

Alargué en su dirección la copa de champán que le había llevado.

—No es un cóctel rosa, pero espero que esté bueno.

—Gracias. —La aceptó y la dejó en la mesa.

Resistí la tentación de deslizar los ojos hasta su escote. Sus tetas no eran enormes, pero con ese vestido era imposible no reparar en ellas.

«No se las mires. No se las mires», me repetí como un mantra.

Kate creía que solo quería tirármela. Debía demostrarle que no era así.

«¡Joder, Ben! —me reprendí—. ¡Se las acabas de mirar!».

En ese momento, apareció su prometido de la nada. Lucía un esmoquin bicolor, con la chaqueta blanca y el pantalón negro. Los gemelos dorados tenían pinta de costar un ojo de la cara.

—Ya estoy de vuelta, Katie. —Le entregó a Kate una copa de champán.

Contuve las arcadas al oír el apelativo cariñoso.

Ella le regaló una sonrisa más radiante que el sol y le dio un sorbo a su copa. Me jodió que pasase de la que yo le había llevado y aceptase la suya.

—Hombre, pero si es el ladrón de *macarons*. —Las palabras se me escaparon con acidez—. El otro día no me quedé con tu nombre… —Chasqueé los dedos y fingí que hacía memoria.

—Preston Chambers —me respondió con una sonrisa a la par que alargaba el brazo—. Soy el prometido de Kate.

Las palabras me sentaron como una patada en los huevos.

—Ben Sharp. —Le estreché la palma, dedicándole una sonrisa falsa—. Soy…

Aunque me habría encantado añadir «su marido», me contuve.

—… un viejo amigo de Kate —me contenté con decir.

Un viejo amigo con el que se besó cientos de veces, con el que perdió la virginidad y con el que se casó.

—Lo sé. Kate me lo ha contado todo sobre ti.

«¿Ah, sí? ¿Te ha contado que me comió la boca en una discoteca?».

—Vaya. Yo, en cambio, no sé nada de ti —respondí—. ¿Dónde os conocisteis?

—Estudiamos juntos en Harvard. —Kate enhebró el brazo alrededor del de Preston, obligándome a soltarle la mano.

Le dio un sorbo a la copa y entonces lo vi. El anillo de

compromiso volvía a estar en su anular. Entrecerré los ojos para que el brillo no me cegara. Durante un instante, deseé ser Frodo para destruirlo lanzándolo al Monte del Destino.

—¿Lleváis mucho tiempo prometidos? —les pregunté interesado.

—Cuatro meses… —respondió ella en un tono cortés.

—Enhorabuena. —Me obligué a sonreír—. ¿Cuándo es el gran día? No he recibido mi invitación —bromeé.

Preston y ella compartieron una mirada cómplice.

—Estamos viendo opciones —contestó él con vaguedad. Luego se dirigió a Kate—: Cielo, tu padre nos está esperando.

Kate asintió y volvió a mirarme. El brillo cálido de sus ojos había sido reemplazado por la máscara de la indiferencia.

—Gracias por acercarte a saludar —me dijo en un tono cortés—. Si nos disculpas…

—Claro. Nos vemos luego.

—Que disfrutes de la velada —me deseó Preston.

Me dieron la espalda y se alejaron en la dirección opuesta.

Cuando giré sobre los talones, me encontré en la lejanía con la cara de circunstancias de Logan.

—¿Ese es el prometido? —me preguntó cuando me situé a su lado.

—Sí. Se llama Preston Chambers.

—El nombre me suena, pero no sé de qué. —Logan se sacó el móvil del bolsillo e hizo una búsqueda rápida—. Hostia… Es el hijo de la alcaldesa de Nueva York.

—¿En serio? —Me asomé sobre el teléfono para ver la foto en la que Preston posaba junto a su madre en una cena de gala.

—No quiero meter el dedo en la llaga, pero ¿has visto cómo brilla su sonrisa? —preguntó mi amigo—. Parece un príncipe Disney.

Resoplé.

—Encima le quedan genial los trajes. —Me bebí media copa de un trago—. Míralo, si parece recién salido de un catálogo, no me jodas.

—Tiene pinta de estar forrado.

—Seguro que caga lingotes de oro.

—¿Se limpiará el culo con billetes?

—Igual se lo limpia con seda… Me he enterado de que llevan cuatro meses prometidos. Probablemente ese tío cerró Tiffany para pedirle matrimonio, como el de *Sweet Home Alabama*.

Logan me dio una palmada en la espalda.

—Buenas noches a todos… —Se oyó una voz masculina a través de los altavoces—. Soy Ryan Hunter, consejero delegado de Morgan Media. Quería daros las gracias por acompañarnos esta noche y pediros un aplauso para Arthur Morgan, dueño de Morgan Media, quien va a dedicarnos unas palabras.

La sala irrumpió en aplausos cuando el padre de Kate subió al escenario. Me limité a dar dos palmadas secas. Poca gente me repugnaba más que ese hombre.

Su expresión autoritaria seguía presente. Tenía el pelo entrecano y se le veía más envejecido.

—¿A que se parece a Norman Osborn? —le dije a Logan en voz baja. Mi amigo asintió—. Te aseguro que es peor.

—Buenas noches a todos… —empezó Arthur a través del micrófono.

Desconecté de lo que decía y eché un vistazo por encima del hombro.

—Anda. —Le di un manotazo a Logan en el pecho—. ¡Tartaletas de salmón!

Me acerqué al camarero y le cogí un par de la bandeja. Me metí una en la boca y le hice un gesto a Logan para que se acercase a

coger una.

Nos quedamos charlando a nuestra bola hasta que el padre de Kate se bajó del escenario.

A partir de ahí, me aseguré de incluirme en el campo de visión de Kate en todo momento. En una ocasión en que la pillé observándome, le guiñé un ojo y ella apartó la vista a toda prisa.

Me moría de ganas de acercarme a ella. Por desgracia, parecía pegada con cola a su prometido. Solo se separaron cuando él se sentó en la butaca del piano.

—Lo que me faltaba… —me quejé en voz baja—. ¿También toca el puto piano?

—Eso parece.

La música jazz fue sustituida por una melodía suave a piano. El alma se me cayó a los pies al comprobar que el maldito Preston Chambers tocaba como los ángeles.

Cuando la canción terminó, los presentes irrumpieron en aplausos, incluido Logan. Lo miré mal y paró.

—Solo soy Ken… —musité para mí mismo.

—¿Qué? —Mi amigo arrugó el ceño.

—Creía que podía convertirme en el Ryan Gosling de *El diario de Noah*, pero solo soy el de *Barbie*.

A mi amigo se le escapó la risa.

—No irás a ponerte a cantar como el de la peli, ¿no? —se burló.

En otra situación, le habría seguido la broma.

—Ese tío es puto perfecto. ¿Cómo voy a competir contra eso?

Logan me dio una palmada en el hombro.

—Piensa que, al menos, tú ya te has casado con ella.

—Eso es verdad. Y el otro día me besó. Ella a mí.

Preston bajó de la tarima y depositó un beso en la mejilla de Kate. Si ese hombre era tan perfecto, ¿por qué Kate se había

enrollado conmigo? ¿Qué pasaba con su compromiso?

Le di un trago al vaso de whisky sin apartar los ojos de Kate, que se reía de algo que decía su prometido.

—Cambio de planes —le dije a Logan—, tienes que entretener a Perfecton para que yo pueda hablar con Kate.

—Vale. ¿Cómo los separamos?

—Mmm…, ¿y si hacemos la del vino?

—No sé yo… Este sitio es muy pijo.

—Lleva una americana blanca. La idea es cojonuda.

—Su traje debe de costar una pasta.

—¿Y? Tendrá setecientos más esperándole en la tintorería.

—¿De verdad no tienes un plan mejor?

—No. ¿Y tú?

Negó con la cabeza.

—Pues ya está. Tú espera mi señal. Ahora vengo.

Logan me retuvo poniéndome una mano en el hombro.

—Mejor lo hago yo, anda —me dijo—, así no será tan evidente.

—Eres el mejor amigo del mundo. —Sonreí.

Nos separamos y nos encaminamos hacia el objetivo, cada uno por un lado del salón.

23

Kate

A esas alturas de la noche, notaba los hombros cargados de la tensión. Llevaba un rato luchando conmigo misma, obligándome a guardar la compostura y a no buscar a Ben con la mirada. En aquel salón había demasiados ojos curiosos. Muchos de los presentes sabían que estaba prometida con Preston.

El propósito de no mirar a Ben resultaría más sencillo de cumplir si no me hubiese pasado los últimos días pensando en nuestro beso, si no se colase cada dos por tres en mi ángulo de visión, si no estuviese guapísimo con el pelo perfectamente peinado y el esmoquin azul marino impecable, y si no sintiese sus ojos encima en todo momento. Sabía cuándo me observaba porque la piel no paraba de cosquillearme. Justo como estaba pasando en ese momento.

—Kate, ¿me estás escuchando?

La pregunta de Preston me sacó del trance. Al mirarlo, me encontré con sus cejas arqueadas.

—Perdona —me disculpé, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué decías?

Me agarró el antebrazo con suavidad y se inclinó para hablarme al oído.

—Marido acercándose a tus tres en punto.

—¿Qué? —Mi voz sonó como un pitido agudo.

Preston se irguió y yo giré la cabeza a toda velocidad.

Ben caminaba con decisión hacia nosotros. Resistí el impulso de salir corriendo en dirección opuesta. Me daba pánico que dijera algo fuera de lugar. Si alguien se enteraba de que nos habíamos besado, ya fuera mi padre o cualquiera que me conociera, el pacto con Preston se tambalearía. Y nuestro futuro también. Cuando nuestros ojos se encontraron, me saludó con un gesto de cabeza.

A mi lado, Preston ahogó una exclamación.

Al voltearme, encontré al amigo de Ben plantado a su lado.

—Lo siento —le dijo a Preston con cara de circunstancias—. Iba distraído y no te he visto.

—No te preocupes —le contestó Preston.

—Te he tirado la copa en la espalda.

Preston se quitó la americana. Una mancha color borgoña destacaba sobre la tela blanca.

—Hay que ver qué torpe soy… —el secuaz de Ben negó con la cabeza—. Déjame limpiarla antes de que se eche a perder.

—No hace falta. Estas cosas pasan.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Les pediré el quitamanchas a los camareros.

El tipo le dedicó una sonrisa deslumbrante a Preston.

Fui consciente de que éramos el centro de las miradas que nos rodeaban.

Sin necesidad de hablar, le transmití el siguiente mensaje a Preston: «Yo me encargo de Ben».

—De acuerdo, vamos —le contestó Preston al otro hombre.

Al girarme, me topé con la sonrisa alegre de Ben.

—Sé que esto ha sido cosa tuya —le dije entre dientes.

—Yo no he hecho nada. —Su expresión era la viva imagen de la inocencia—. No puedes culparme por la torpeza de ese tío.

—Os he visto juntos. Sé que es amigo tuyo.

—Ah, sí. —Ben se detuvo con el vaso de whisky a escasos centímetros de los labios—. Te he pillado mirándome varias veces.

Tras soltar el comentario, vació la bebida.

Recortó un paso de distancia y dejó el vaso en la mesa.

—¿Qué estás bebiendo? —me preguntó con los ojos puestos en mi vaso casi vacío.

—Un negroni.

—Antes tomabas bebidas más dulces.

—Ya no soy la de antes.

Su sonrisa magnética amenazaba con arrastrarme en su dirección.

Nerviosa, le di un sorbo al vaso. El sabor amargo me calentó la lengua.

Mi corazón y yo debíamos tener una pequeña charla. Tenía que recordarle el daño que me había hecho Ben y que no podía acelerarse porque él me sonriera.

—¿Te va bien que vayamos al cine el domingo? —me preguntó con despreocupación—. Podría recogerte a las siete para nuestra cita.

Abrí mucho los ojos y miré en todas direcciones para asegurarme de que nadie nos prestaba atención.

—Ben… —Exhalé un suspiro—. Estoy aquí con mi prometido.

—¿Ah, sí? —Echó un vistazo alrededor—. No le veo.

Me puse seria.

Un brillo malicioso se adueñó de su expresión.

—Estás prometida con el hijo de la alcaldesa de Nueva York, tu padre debe de estar contentísimo…

—Así es. Preston y él se llevan de maravilla.

—Ya… Por casualidad, el bueno de Arthur no tendrá negocios con la alcaldesa, ¿verdad?

Me quedé congelada.

Sabía que Ben sospechaba que el compromiso era una farsa, pero no pensé que sacaría el tema ahí en medio.

—Vaya, no me digas que he dado en el clavo… ¡Qué fácil!

—Ben, no digas esas cosas —susurré—. Puede oírte cualquiera.

Mis nervios se dispararon. Sentí el peligro de que todo lo que había construido saltara por los aires. Si Ben había orquestado el numerito con su amigo para quitar a Preston de en medio, no se daría por vencido. Lo mejor sería enfrentar la situación cuanto antes.

—¿Qué quieres? —pregunté.

—Hablar contigo.

—¿Por qué?

—Porque una vez una chica me dijo: «Da igual lo que creas. Siempre hay que hablar a la chica. Siempre».

El muro que había entre nosotros se tambaleó ligeramente. Esas eran las palabras que le dije la primera vez que fuimos juntos al cine, cuando estábamos comentando los finales alternativos de *El efecto mariposa*.

Mi corazón se aceleró de una manera que no debería. La nostalgia se apoderó de mí.

—¿Por qué no hablamos en un sitio más tranquilo? —propuse, para salir del paso—. Me han dicho que las vistas desde la azotea de la planta sesenta y seis son increíbles.

Ben me sostuvo la mirada unos segundos.

La intensidad con la que me observaban sus ojos verdes evidenciaba que entre sus prioridades no estaba disimular.

—Saldré yo primero —le dije—. Espera unos minutos antes de seguirme, por favor.

Sin esperar respuesta, me escurrí entre los invitados. Abandoné el salón y dejé atrás el ambiente animado de la fiesta. Pasé de largo

por delante de los ascensores y subí por las escaleras de emergencia hasta el rellano de la planta siguiente. Empujé la puerta y asomé la cabeza. Me aseguré de que la azotea estaba vacía antes de salir.

La brisa fría me revolvió la melena mientras me acercaba al borde. El ruido de las sirenas llegó a mis oídos como un eco lejano. Hacía rato que había anochecido. Las luces de la ciudad estaban encendidas y destacaba la torre del Empire State iluminada de rojo. Desde ahí arriba, sentía que estaba dentro de una película, que el mundo y los problemas parecían diminutos.

Respiré hondo, tratando de relajarme. Sabía el tipo de preguntas que me haría Ben. Intentaría esquivarlas con respuestas vagas, siguiendo el ejemplo de Preston.

La puerta no tardó en abrirse a mi espalda. En un santiamén, Ben se plantó delante de mí.

—Hola. —Me colocó el pelo detrás de la oreja.

Una descarga eléctrica me atravesó al notar el calor de su piel. Sus dedos rozaron intencionadamente mi cuello hasta el collar. Se inclinó para hablarme cerca de la oreja y mi corazón se adelantó un par de latidos.

—Dime…, ¿has pensado en nuestro beso? —Sus labios me rozaron el lóbulo y me provocaron escalofríos.

—¿Y tú?

—Todo el tiempo.

Tragué saliva.

Yo también había pensado en ello, pero jamás lo reconocería en voz alta.

—No estuvo mal… —fue todo lo que dije.

Él se irguió para mirarme a la cara.

—El beso estuvo más que bien. Yo me empalmé a tope.

Mi estómago dio un salto mortal y, cuando aterrizó, me sentí

mareada. Ese hombre seguía soltando lo primero que le cruzaba la cabeza sin filtros.

Ben plantó una mano en mi cintura. La calidez de su palma traspasó el vestido de terciopelo, despertando un hormigueo en mi piel. La sonrisa arrogante debería tirarme para atrás. En su lugar, convertía mis rodillas en gelatina.

De pronto, me sentía acalorada. Mi pecho subía y bajaba a toda prisa.

Se suponía que era una mujer adulta, con dominio de sus emociones, no una adolescente cegada por el amor y las hormonas.

—¿Quieres que te recuerde lo bueno que fue? —Su aliento me acarició los labios.

En ese momento comprendí que Ben nunca había tenido la intención de hablar.

Las chispas de la excitación se convirtieron en cabreo en un santiamén.

Ben creía que yo era una de sus palomitas ingenuas y que volvería a liarme con él. Dispuesta a quitarle la idea de la cabeza, apoyé una mano en su pecho y llevé la otra hasta su cuello.

—¿Sabes qué me gustaría? —pregunté, cambiando a un tono sugerente.

Él negó con la cabeza.

—Que te quitases la ropa.

—¿Ahora?

—Sí.

Ben echó la cabeza hacia atrás y arrugó las cejas.

—Desnúdate. Ya.

—Esta actitud de mando es nueva.

—Hay muchas cosas que han cambiado.

—No puedo sacármela aquí.

—¿Por qué no?

—Porque si ves mi polla maravillosa no podrás resistirte —bromeó.

Que bromease indicaba que no me tomaba en serio.

—Será divertido. —Bajé el dedo índice despacio por su pecho.

Al comprender que no iba de farol, Ben abrió la boca sorprendido.

—¿Tu fetiche es follar en azoteas?

Forcé una sonrisilla y le solté el botón de la chaqueta.

—Quítate la ropa. —Las palabras salieron en un tono demandante.

Él se inclinó, dispuesto a besarme. Aparté la cara justo antes de que nuestros labios se rozasen y negué con la cabeza.

—Nada de besos hasta que te desnudes.

Ben me observó unos segundos. Sus labios entreabiertos se curvaron en una sonrisa sugerente. Sus ojos hambrientos calentaron mis labios, mi cuello y mi escote.

—Si no quieres… —empecé.

—Claro que quiero —se apresuró a contestar—. Me apetece muchísimo.

Tiré del lazo de su pajarita y se la quité.

—Un momento. —Me agarró las manos—. ¿Y tú?

—Podemos hacerlo sin que me quite el vestido.

—Ni hablar. Aunque me vuelve loco la idea, yo también quiero verte desnuda. Ha pasado mucho tiempo.

Por fuera, aguanté el temple. Supliqué internamente que no me temblase la voz cuando dije:

—Si te das la vuelta, me quitaré el vestido.

Supe que había ganado en cuanto sus ojos se oscurecieron.

—Bueno; si es lo que te pone, tendré que sacrificarme.

Con una sonrisa descarada, Ben se quitó la chaqueta y la arrojó al suelo. A continuación, me dio la espalda.

—No te des la vuelta hasta que yo te diga.

—Me encanta esta nueva Kate.

En un tiempo récord se sacó la camisa por la cabeza de un tirón, se descalzó a patadas y se bajó los pantalones junto con los calzoncillos.

El corazón se me subió a la garganta cuando se irguió completamente desnudo. Mis ojos resbalaron por su espalda musculada hasta su culo redondo y de ahí a sus piernas fuertes. Me mordí el labio y suspiré.

No había duda: igual que el vino, Ben había mejorado con los años.

—De haber sabido que tenía que hacer un estriptis, habría puesto música sexy.

Contuve la sonrisa.

—No te preocupes, estoy disfrutando del espectáculo.

Salió de los pantalones dando un paso adelante. Lo único que le quedaba puesto eran los calcetines negros, que le llegaban a mitad de las pantorrillas.

—¿Los calcetines también tengo que quitármelos? —me preguntó—. El suelo está helado de cojones.

—No te preocupes. Puedes dejártelos.

Resistí la tentación de acercarme para ver mejor sus tatuajes. Tuve que recordarme que tenía un plan. Me agaché para recoger su chaqueta.

—¿Puedo darme la vuelta ya? —preguntó, torciendo la cabeza hacia la derecha.

—¡Un segundo! —exclamé—. ¿Te parece bien si me dejo los tacones puestos?

—Uf. Sí. Claro. Lo que quieras, preciosa.

Recogí el resto de su ropa con sigilo y retrocedí hasta la salida.

—No te gires todavía. Ya casi estoy.

Sonreí para mis adentros.

Había sido tan fácil como ponerle la miel en los labios para tenerlo a mis pies.

Abrí la puerta con sumo cuidado y le eché un último vistazo a su trasero. Estaba a punto de salir cuando me asaltaron los remordimientos. Hurgué en los bolsillos y di con su móvil y su cartera. Dejé sus pertenencias en el suelo y cerré la puerta.

De vuelta en el rellano me tapé la boca. Tenía el pulso acelerado. No me creía lo que acababa de hacer. Sin perder un segundo, bajé las escaleras apresurada y me alejé de Ben con la esperanza de que me dejase tranquila.

24

Ben

El ruido metálico de una puerta cerrándose a mis espaldas me provocó un sobresalto.

—¿Kate? —pregunté al aire.

La única respuesta que obtuve fue el murmullo suave del viento.

—¿Kate? —repetí, a la par que me volteaba.

Parpadeé confundido al encontrar la azotea vacía. La erección me bajó de golpe.

No había ni rastro de Kate.

Me tomó un momento asimilar que me la había jugado. Mi traje también había desaparecido. Cuando la idea caló en mi interior, me apresuré hasta la salida. Abrí la puerta y encontré el rellano desierto.

—¡Kate! —Volví a llamarla, y nadie contestó.

Cerré la puerta y resoplé.

Miré alrededor en busca de algo con lo que cubrirme, pero no había nada. En el suelo estaban mi cartera y mi teléfono.

Siendo sincero, me sorprendía que la chica dulce que recordaba se hubiese atrevido a hacer algo así.

Recogí el móvil y llamé a Logan.

—¿Dónde estás? —preguntó mi amigo al descolgar.

—Escúchame con atención. Necesito que bajes a la planta ocho, que sigas los carteles del vestuario y que pilles cualquier bolsa que veas con mi nombre. Cuando la tengas, sube a la azotea de la planta

sesenta y seis.

—¿Por qué?

—Porque estoy en pelotas.

—¿Me estás diciendo que la gente que esté visitando el Top of the Rock puede verte el rabo con los prismáticos? —Por su tono contenido sabía que estaba aguantándose la risa.

—Tío, ¿podemos reírnos luego?

—Enseguida subo.

—Gracias.

Me pegué a la fachada para alejarme de posibles miradas indiscretas.

Ahora que el calentón se me había pasado, lo único en lo que podía pensar era: «Joder, qué puto frío hace».

Estaba trotando en el sitio, para entrar en calor, en el momento en que se abrió la puerta.

Cuando Logan me vio tapándome la polla con las dos manos, soltó una carcajada estruendosa.

—No hace falta que uses las dos manos, hombre, si no hay tanto que tapar —dijo entre risas.

—Vete a la mierda.

Alargó una funda de traje en mi dirección y la cogí.

—No me jodas, tío —me quejé al bajar la cremallera—. ¿De verdad me has traído un puñetero disfraz?

—He cogido lo primero que he pillado.

El traje de estética disco estaba recubierto de lentejuelas de colores, distribuidas en líneas que lo recorrían de arriba abajo. Era uno de los disfraces que luciría en directo para el especial de Halloween.

Me subí los pantalones de un tirón y me metí la camisa azul clara por la cabeza. Tras dudar un segundo, me puse la chaqueta.

—Joder, pueden verme desde el puente de Brooklyn.

—Y que lo digas… —Logan se limpió una lágrima de risa de la comisura del ojo.

No pude evitar reírme yo también.

Me puse el colgante con el símbolo de la paz que acompañaba al disfraz.

—Tío, ¿cómo has caído en esto? —me preguntó.

Mientras me vestía, le había contado lo que había ocurrido con Kate.

—Kate me ha propuesto hablar en un sitio más tranquilo. El otro día decíais que eso es sinónimo de que alguien quiere enrollarse contigo. Dos más dos…

—Ya, pero en cuanto te ha pedido que te des la vuelta para despelotarte, tenías que haberte dado cuenta de que era una trampa… —Se rio mi amigo.

En un primer momento, yo también había sospechado que era demasiado bonito para ser verdad. Los pensamientos racionales se achicharraron en cuanto ella bajó la mano por mi pecho de manera provocativa.

—Logan, si la mujer de tus sueños te pide que te despelotes en una azotea, tú coges y te desnudas. Porque sus deseos son órdenes.

—Entonces, si Kate te pide que te dejes bigote de actor porno de los setenta, ¿te lo dejarías?

—Lo vas pillando.

Le di una palmada en el hombro y él negó con la cabeza mientras se reía.

—Venga, volvamos a la fiesta.

—¿Vas a volver vestido así?

—Sí, claro. No voy a dejar que mi mujer se salga con la suya.

Si Kate creía que iba a desistir porque se hubiese llevado mi

ropa, lo llevaba claro.

—¿Por qué sonríes tanto? —me preguntó Logan confundido.

—Porque el amor es un juego de dos, amigo mío. Haciendo esto, Kate me ha demostrado que ella también está jugando. Reacciona a la defensiva porque oculta algo y sabe que no pararé hasta descubrir qué es. —Me puse las gafas redondas, azules y diminutas que acompañaban el atuendo, y añadí—: ¡Que empiece la partida!

Estábamos a punto de entrar al salón cuando Logan recibió una llamada de su novia. Se quedó hablando cerca de los ascensores. Según puse un pie dentro de la estancia, me convertí en el centro de las miradas. Atravesé la sala a paso digno y sonriendo.

—Ben, ¿qué haces vestido así? —me preguntó un compañero de la cadena.

—Es un test de vestuario para el especial de Halloween del sábado, para ver si le gusta a la gente.

Cuando mis ojos se cruzaron con los de Kate, ella separó los párpados sorprendida. Luego se tapó la boca y se rio. A su lado estaba Preston.

Me encaminé hacia ella y le regalé una sonrisa maliciosa que significaba: «¿Creías que me iría con el rabo entre las piernas, corazón?».

Había empezado el juego siguiendo sus normas, ella había querido hablar en un sitio privado y yo la había seguido. Ahora jugaríamos a mi manera.

—Necesito hablar contigo —le dije al plantarme a su lado.

Ella se disculpó con Preston y me condujo hasta un rincón.

—Ben, aquí no…

—¿Dónde has dejado mi traje, preciosa?

—En objetos perdidos. —Sonrió, encantada de su hazaña.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Tantas ganas tenías de verme el

culo?

—Para dejarte claro que no va a pasar nada entre nosotros.

—Verás, tu boquita dice una cosa, pero tus ojos dicen otra muy distinta. Espero que, ahora que has disfrutado de las vistas, sepas lo que te estás perdien…

—Ben, estoy aquí con mi prometido —me cortó.

Se toqueteó, nerviosa, el dobladillo de la manga.

—Dime: ¿Trenton sabe que me comiste la boca el otro día?

—Se llama Preston.

—¿Sientes algo por mí?

—No.

Kate apartó la mirada y se colocó el pelo detrás de la oreja, tal cual hacía siempre que mentía.

Sonreí triunfal.

—Mientes de pena, Katie —pronuncié con retintín el apodo que le había puesto Preston.

Kate miró por encima de mi hombro y le cambió el semblante. A continuación, salió disparada. Al llegar a la altura de su prometido, le sujetó la cara con las manos y le besó.

Kate

Preston me devolvió el beso con torpeza. Apretó los labios contra los míos.

No sentí nada.

Ni cosquilleo.

Ni calor.

Ni vértigo.

Nada.

Besándolo, no me recorrió la electricidad de la cabeza a los pies ni el estómago me dio un vuelco. No se me pusieron los pelos de punta ni se encendió una chispa de deseo.

Tenía el pulso acelerado, pero no era por el roce de los labios de mi amigo, sino por la agitación que me había provocado hablar con Ben.

Preston me agarró de los codos y me apartó con suavidad.

—Cielo, estamos dando un espectáculo —susurró sin perder la sonrisa.

—¿Nos está mirando?

Él desvió los ojos por encima de mi hombro y asintió de manera casi imperceptible.

—Vale… Bien.

—Si las miradas matasen, ahora mismo estaría en el suelo. —Preston volvió a mirarme—. ¿A qué se debe tu arrebato?

—¿Bailamos y te lo cuento?

—Claro.

Preston me agarró la mano y caminamos a la pista de baile improvisada en el centro de la estancia. De esa manera, tendríamos más privacidad y llamaríamos menos la atención. Nos movimos en sincronía, al compás de la música tranquila que sonaba por los altavoces.

—Ben sospecha que lo nuestro es una farsa —susurré tras asegurarme de que estábamos alejados del resto de parejas—. Cree que siento algo por él.

—No me extraña. —Preston me hizo girar sobre mí misma—. No sabes disimular. No has dejado de mirarlo en toda la noche.

—¿Crees que mi padre se ha dado cuenta? Nos estaba mirando ahora mismo…

—No lo creo. Estaba centrado en sus negocios.

Tragué saliva y no contesté.

—Siento haberte besado —dije pasado un instante.

—No te preocupes. En algún momento nos habríamos besado en público. Se nos da de pena, me temo que tendremos que practicar más para que en la boda sea creíble.

Se me escapó la risa.

—¿Por qué Ben te ha llamado antes «ladrón de *macarons*»?

Preston volvió a hacerme girar sobre mí misma.

—El día que fuiste al despacho de Julia, me lo crucé en la cafetería. Me abordó cuando pedí los tres *macarons* que quedaban. Primero, se ofreció a invitarme al café a cambio, luego intentó pagarme.

—¿Por qué?

—Porque él también los quería para ti.

—¿Me tomas el pelo?

Negó con la cabeza.

—¿Cómo sabes que los quería para mí?

—Porque me dijo que los *macarons* de pistacho son el dulce favorito de su mujer…

Abrí los ojos sorprendida.

¿Ben recordaba eso? Aquel era un detalle bonito.

—No te lo conté en el momento porque estabas afectada después de vuestra reunión —continuó mi amigo—. Y luego me olvidé. Perdona.

—No pasa nada…

Mis ojos se toparon con los de Ben al otro lado de la pista. Una chispa de energía me recorrió el cuerpo entero. ¿Cómo una sola mirada me hacía sentir tantas cosas? Estaba aún más confundida que después de haberlo besado.

Aparté la vista y le pregunté a mi amigo:

—¿Nos vamos a casa?

25

Ben

Trece años antes. Julio.

—Dime la verdad —empezó Kate, apartándose de mis labios—. ¿Tienes vértigo?

—Qué va…

Ella echó la cabeza hacia atrás y me observó con una ceja arqueada. Sus ojos brillaban bajo la noche estrellada.

—Hace un rato, en la noria, estabas tan pálido como un fantasma.

—No tengo vértigo. Simplemente no me gusta la sensación de estar suspendido en el aire.

Kate me regaló una sonrisilla.

—No necesitas defender tu hombría conmigo. No te voy a juzgar.

Le solté las caderas y le agarré la mano.

—Ven. —Tiré de ella hacia el coche—. Te lo demostraré.

—¿Adónde vamos?

—Ahora lo verás.

Nos montamos en el vehículo. El motor rugió cuando arranqué. Salí de East Hampton y conduje por la carretera hacia Montauk. Solo solté la mano de Kate para cambiar de marcha. El contacto de su piel, cálida y suave, me hacía sentir bien. Al llegar a las afueras del pueblo, me desvié por un camino secundario. Reduje la velocidad cuando mi casa quedó a la vista.

—Vivo aquí. —Me solté el cinturón de seguridad al estacionar frente al porche delantero.

—¿Venimos a tu casa?

—No. Solo voy a pasar a por una cosa. No tardo.

Salté del coche y corrí hasta la entrada. Entré en el recibidor con el sigilo de un ninja para no despertar a mi madre, que siempre se quedaba frita en el sofá.

En un abrir y cerrar de ojos estaba de vuelta en el asiento del conductor. Dejé el pueblo atrás y avancé por la carretera que serpenteaba entre los árboles.

Un punto de luz lejano apareció en el horizonte. A medida que nos acercábamos, aumentó de tamaño. El faro blanco y rojo se alzaba imponente sobre la cima de un acantilado. El cielo se cernía sobre él como una pintura negra infinita, salpicada de motas plateadas y brillantes.

—¿Este es el faro que querías enseñarme? —me preguntó Kate cuando apagué el motor en el aparcamiento.

—Sí.

Me incliné sobre su asiento y saqué la linterna de la guantera. Al apearme, el aire salado me llenó los pulmones. Tan solo se oía el rumor de las olas rompiendo contra la orilla y la vegetación balanceándose con la brisa. Kate y yo nos encontramos en la parte delantera del vehículo, entrelazamos los dedos y cruzamos la carretera.

La guie hasta el agujero de la verja. Aparté la malla metálica y la sujeté para que pasase.

Ella me observó dubitativa.

—Ben, no deberíamos estar aquí. Colarse en un edificio es delito.

—No nos estamos colando. Solo estamos entrando fuera de horario.

—¿Le dirás eso al guardia de seguridad?

—Tim no viene hasta las siete de la mañana, así que no te preocupes.

Kate titubeó.

—Vamos, Rose, las reglas están para romperlas.

Puse mi sonrisa infalible y ella claudicó con un suspiro.

Cuando se agachó para pasar por el hueco de la verja le eché un vistazo a su culito. Era supersexy y me tenía obsesionado.

Caminamos ladera arriba por el sendero de grava. Al llegar a la cima, pasamos de largo por el edificio del museo y nos dirigimos a la torre que estaba justo detrás. Nos detuvimos frente a la entrada del faro.

—Sujétame esto, anda. —Le entregué la linterna y saqué el juego de llaves del bolsillo.

Ella miró por encima del hombro mientras repiqueteaba el suelo con el pie.

—¿De dónde las has sacado? —me preguntó cuando abrí la cerradura.

—Se las he cogido prestadas a mi madre.

—¿Tu madre es farera?

—No. Trabaja en el museo. —Señalé con el pulgar, por encima del hombro, el edificio que teníamos detrás—. El faro sigue operativo, pero no tiene farero.

Empujé la puerta y le cedí el paso.

Ella se asomó a la estancia oscura y negó con la cabeza.

—Pasa tú primero.

Ahuequé la palma para que me devolviese la linterna. Tras encenderla, di un paso adelante. Kate entró detrás, tan apresurada que se chocó con mi espalda.

—Perdona —susurró.

Cerré la puerta y alumbré la sala con la linterna. Apunté el haz de luz hacia la derecha y le dije:

—Tenemos que subir por la escalera de caracol.

La madera crujió bajo nuestros pies cuando nos pusimos en marcha. Kate dio un respingo. Oía su respiración acelerada.

—¿Tienes miedo a la oscuridad?

—No… —Me agarró la mano con fuerza—. Simplemente… no me gusta la sensación de estar en mitad de la nada.

—Entonces mejor no te cuento la historia del fantasma.

—¿Qué fantasma? —Kate se pegó aún más a mí—. ¿Sabes qué? Prefiero no saberlo. ¿Encendemos la luz?

—No podemos. Si pasara alguien por la carretera, nos vería. Tú tranquila, que no te suelto.

El eco de nuestros pasos sobre los escalones retumbó en la torre vacía. Conforme subíamos, apagué la linterna porque nos alcanzaba la luz intensa de la lámpara del faro. Al llegar a la cúpula de cristal, nos tomamos un momento para recuperar el aliento.

Delante de nosotros se extendía la inmensidad del océano oscuro. El haz de luz del faro bailaba sobre el agua.

—Esto de día… debe de ser precioso —dijo Kate en un resuello.

—Sí…

Abrí la puerta metálica y salimos a la pasarela circular que rodeaba la torre. Me agarré a la barandilla de seguridad y me asomé al acantilado.

—¿Lo ves? —pregunté triunfal—. Cero vértigo.

—¿De verdad me has traído solo para hacer esta demostración? —Kate sonaba divertida.

—Nah… Quería enseñarte el faro.

—¿A cuántas chicas has traído?

—Tú eres la primera.

Ella entrecerró los ojos.

—Es verdad. Solo subo cuando quiero estar solo y ahora…, me apetecía compartirlo contigo.

—Creía que eras el Heath Ledger malote de *Diez razones para odiarte*, pero eres el rompecorazones de *Casanova*.

—Prefiero ser el de *Destino de caballero*.

Kate apoyó los antebrazos en la barandilla, cerró los ojos y respiró hondo.

No pude más que contemplarla embelesado. La luz del faro se reflejaba sobre ella, dejando un brillo blanquecino a su alrededor.

—¿Cuál es la historia del fantasma? —me preguntó cuando nos sentamos sobre la pasarela con las piernas cruzadas, el uno junto al otro.

—Cuenta la leyenda que hace cien años se hundió un barco en la costa —empecé mientras me liaba un cigarro—. Solo sobrevivió una mujer, llamada Abigail, que acababa de casarse con el capitán del barco… Abigail consiguió salir del agua, pero se dice que murió en el faro porque no superó la pérdida de su amado.

—Qué historia tan triste… —Kate suspiró con los ojos fijos en el horizonte—. ¿Crees que se puede morir de pena?

Me encogí de hombros.

—¿Alguna vez te han roto el corazón? —Detecté curiosidad en su voz

—He estado jodido, pero no ha sido por una chica… —Encendí el cigarro y le di una calada profunda—. Mi padre murió cuando yo era pequeño…

—Lo siento mucho. —La sorpresa se reflejaba en sus ojos.

Colocó la mano sobre la mía y le dio un apretón.

—Estoy bien… —Aspiré del cigarro—. Fue cuando yo tenía cinco años. Recuerdo alguna cosa suelta, pero hay otras, como su voz,

que se me han olvidado…

Exhalé y el humo danzó ante mi cara antes de desaparecer.

—Mi madre estaba destrozada —proseguí—. Una cosa que la animaba era ver *Saturday Late Night*, ¿sabes? Empecé a imitar a los actores del programa para hacerla reír…

Ella me apretó la mano con fuerza y respiró hondo.

—Me he fijado en que hablas de tu madre en pasado… —dije tras unos segundos.

Kate se puso rígida. Me soltó y tiró de un hilo suelto del dobladillo de su vestido, evitando mirarme.

—No tienes que hablar del tema si no quieres —añadí rápido.

—Mi madre… falleció el año pasado…

Aunque lo sospechaba, las palabras cayeron con la fuerza de la ola de un tsunami. Tragué saliva para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta.

—Lo siento mucho, Kate.

Cuando se le empañó la mirada, noté que algo se aplastaba en mi pecho. Apagué el cigarro contra la pasarela de metal y le froté el brazo con suavidad.

—Perdona, yo… —Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y se levantó apresurada—. No suelo hablar de ello porque… todavía… me afecta… —acabó con un hilo de voz—. Además, los Morgan no… lloramos en público.

De pronto, parecía incómoda y nerviosa.

—No pasa nada. —Me incorporé y la rodeé con los brazos—. Aquí solo estamos tú y yo. Desahógate si quieres.

Tras unos segundos, apoyó la frente en mi hombro y se aferró a mi camiseta. Sabía que estaba llorando porque su cuerpo temblaba contra el mío. Le pasé la mano con suavidad por la espalda. Solo pensaba en reconfortarla.

—La gente dice que el primer año es el más duro… y que luego todo mejora, pero… no siento que esté mejorando…

Imaginaba lo que habría supuesto esa pérdida para ella. Mi madre era una de las personas a las que más quería en el mundo, no quería ni pensar en una vida sin ella. Nada de lo que pudiera decir apaciguaría su dolor.

—Ni siquiera puedo hablar de ella con mi padre. Parece que no le afecta… Él mantiene la barbilla alta en todo momento…

Permanecimos un buen rato unidos. Cuando su respiración se relajó, aflojó el agarre sobre mi camiseta y me devolvió el abrazo.

—¿Quieres contarme algo sobre ella?

—Nos unía el amor por las películas… —empezó con la voz triste y sin soltarme—. Veíamos juntas todos los estrenos en el cine, al lado de casa. Solo teníamos que cruzar el parque Boston Common para llegar.

Se sorbió la nariz y yo seguí frotándole la espalda para que supiera que no estaba sola.

—La primera vez que fui al cine tenía tres años —siguió enseguida—. Mi madre me llevó al estreno de *Bichos*. Yo no lo recuerdo, pero ella me contaba que me quedé alucinando ante la pantalla gigante y que aplaudí de emoción en algunas escenas. Después, fuimos a tomar un chocolate caliente y compramos el árbol de Navidad, iniciando así una tradición… —La voz se le quebró al final y me abrazó más fuerte.

Se tomó un momento antes de continuar.

Cuando volvió a hablar, sonaba más calmada:

—Desde entonces, cada Navidad, íbamos juntas al cine y luego comprábamos el árbol. Cerca del muelle de la marina montan todos los años un vivero y un mercadillo navideño, con puestos de manzanas de caramelo, chocolate caliente y eso. Siempre está lleno,

pero, si vas antes de Acción de Gracias, encuentras buenos árboles. La última vez que fuimos juntas, me dejó probar el vino caliente a escondidas.

—¿Y te gustó?

—Ni un poco.

—No me extraña. Esa cosa está asquerosa.

Se le escapó una risita llorosa.

Kate se apartó de mí. Tenía los ojos brillantes y enrojecidos.

—¿Nos sentamos? —me preguntó.

—Claro.

Volvimos a tomar asiento en el suelo. Ella apoyó la espalda contra el cristal y estiró las piernas. Yo las dejé recogidas.

El silencio nos acompañó un buen rato.

—Mi madre me puso los grandes clásicos y las comedias románticas de los noventa —continuó—. Mientras ella suspiraba por Richard Gere, Robert Redford y Tom Hanks, yo desconectaba de la realidad hasta que terminaba la película. Para mí no hay nada como ir al cine, ¿sabes?

—Para mí tampoco.

—Me encanta la sensación de estar a oscuras en una sala junto a un puñado de desconocidos, los murmullos de expectación antes de que empiece la película y el olor a palomitas. Cuando mi madre murió… dejé de ir… —Volvió a mirar al infinito—. Me dolía estar ahí sin ella. ¿Qué sentido tenía disfrutar de una película si no podíamos comentarla?

—Ya… —No se me ocurrió nada mejor que decir.

—Después de un año sin ir, me invitaste a ver una peli y… —La voz se le volvió a entrecortar.

—¿Y qué te pareció?

—Muy bien. —Me dedicó una sonrisa suave—. Recordé por qué

me encanta el cine. Quería darte las gracias, porque no lo habría hecho yo sola…

—Seguro que sí.

—Quizá, pero dentro de mucho tiempo.

Esa vez fui yo el que agarró su mano y le dio un apretón.

—Me dio pena que nos perdiéramos *Atrapa a un ladrón*. Era su película favorita.

—Hablaré con Lola para ver si pueden ponerla otra vez.

—¿Puedes hacer eso?

Me mantuve callado un momento. Sus ojos azules recuperaron algo de calidez.

—Le he pedido todas las pelis que hemos visto juntos —confesé, un poco avergonzado—. La noche que nos conocimos, mencionaste *Cuando Harry encontró a Sally*, *Desayuno con diamantes* y *Atrapa a un ladrón*… Ella las ha puesto todas. A cambio, yo he cubierto algunos turnos extra de Mike.

Algo se fundió en la mirada de Kate.

—Gracias. —Con una sonrisa, se inclinó y me dio un beso tierno —. ¿Sabes qué peli no hemos visto todavía? —preguntó al apartarse —. *Titanic*.

—Habrá que ponerle remedio.



Las semanas siguientes fueron geniales.

Kate y yo nos veíamos siempre que podíamos, seguíamos yendo al cine y hablábamos a todas horas por teléfono. Cuando estaba con ella me sentía tranquilo, era como si hubiese encontrado por fin un lugar donde «no tenía que llegar a ser nadie» porque a ella le

gustaba tal cual era.

Hasta que, de pronto, un día Kate parecía más callada de lo normal. Estábamos sentados en mi cama, viendo en el portátil *sketches* de *Saturday Late Night* que había colgados en YouTube. Le había puesto mis clips favoritos y apenas se había reído. Era obvio que le ocurría algo. Sin previo aviso, paré el vídeo.

—Estás muy callada…

Ella me lanzó una mirada rara.

—Es que… Me gustaría decirte una cosa. —Despegó la espalda de la pared y tragué saliva—. ¿Podemos hablar?

Mis defensas se alzaron como un muro.

Imaginé que la pregunta «¿podemos hablar?», seguida de un suspiro la hostia de largo, no llevaría a nada bueno.

—¿Qué pasa? —pregunté con la garganta cerrada.

—Llevamos unas semanas viéndonos… y…

—¿Y qué…?

—No pensaba decirte nada, pero…

Incómoda, entrelazó las manos sobre el regazo. El recelo se apoderó de mí.

—No estoy quedando con otros chicos, pero… He estado pensando y…

El corazón se me paró. ¿Quería ver a más gente?

—Kate, ¿qué es lo que me quieres decir? —Mi tono salió cargado de frustración.

Sus ojos azules escanearon mi rostro.

—Que yo… no estoy viendo a nadie más y me… gustaría que tú tampoco quedases con otras —soltó de carrerilla—. Te vi anoche hablando con la chica esa de tu clase… Se llama Jessica, ¿no? Lola me ha contado que le gustas y… —Volvió a callarse.

Me recorrió una oleada de alivio cuando por fin comprendí lo que

sucedía.

—¿Me estás pidiendo salir porque te has puesto celosa?

Sonreí como si fuera el más tonto y feliz del pueblo.

—Sí… Quiero decir: ¡no! —Se apresuró a negar con la cabeza—. No estoy celosa.

Se colocó el pelo detrás de la oreja y suspiró. Ese pequeño gesto delataba sus mentiras.

—Si estás celosa, es que te molo un huevo…

Se le pusieron rojas hasta las orejas.

—¿Estabas tú celoso cuando me viste en el cine con Rich? —preguntó sin mirarme.

—Una barbaridad.

—Vale… ¿Entonces yo también te gusto?

Le cogí la barbilla y le giré el rostro, obligándola a mirarme.

—Me molas un montón.

«Más de lo que te imaginas».

—Tú a mí también.

—Sabiendo que estás loca por mí, entonces, claro, seré tu novio —bromeé.

Ella negó con la cabeza y yo me incliné para besarle el lunar que tenía encima del labio.

—Me gustas mucho, Ben —dijo, unos cuantos besos después.

Al oír esas palabras me puse más contento todavía. Sin apartarme de sus labios, la recosté sobre el colchón y seguí besándola. Acabé en medio de sus piernas.

Kate metió la lengua en mi boca y buscó la mía con ansias. Sus manos descendieron por mi espalda y las mías subieron por su cintura. Estaba atolondrado por el olor a coco de su protector solar, por la calidez de su boca y por sus manos colándose debajo de mi camiseta. La piel se me puso de gallina cuando me acarició con las

yemas de los dedos. Nunca habíamos hecho nada más allá de besarnos o tocarnos por encima de la ropa.

Pasé la mano por su teta y se la agarré por encima del vestido. Ella gimió y movió las caderas contra las mías. Deslicé la mano por su cuerpo hasta el dobladillo de la falda.

—Kate… —Le besé los labios, la barbilla y la mandíbula antes de hundir la cara en su cuello—. ¿Quieres que…?

—¡Hijo, ya estoy en casa! —La voz aguda de mi madre nos cortó el rollo.

Kate me apartó, empujándome con tanto ímpetu que me caí al suelo y me pegué la hostia del siglo.

26

Kate

Trece años antes. Julio.

Ben se incorporó de un salto. Me apresuré a levantarme y me alisé la falda del vestido. Un momento después, su madre abrió la puerta. Al verme, se detuvo en el umbral y me observó con curiosidad. Tendría unos cincuenta años, el pelo castaño entrecano y las facciones maduras y amables.

—¡Mamá…!, ¡¿qué haces aquí?! —Ben se acercó a ella y se agachó para darle un beso en la mejilla—. ¿No habías quedado con Nancy?

—Hemos aplazado el plan a mañana porque tiene que cuidar de su nieta. —La mujer desvió los ojos marrones de su hijo a mí—. Hola, tú debes de ser Kate.

—Sí. —Con los nervios a flor de piel, le tendí la mano—. Encantada de conocerla, señora Sharp.

Ella ignoró mi palma abierta y me envolvió en un abrazo apretado.

—Nada de señora, llámame Susan, por favor —me pidió al apartarse—. ¡No sabes las ganas que tenía de conocerte! Mi hijo habla maravillas de ti.

—¡Mamá! —protestó Ben.

Ella le ignoró y me preguntó:

—¿Te gustaría quedarte a cenar?

Eché un vistazo rápido al reloj. Tenía tiempo para cenar con ellos y llegar a casa a mi hora.

—Sí, me encantaría.

Susan me regaló una sonrisa cálida. A continuación, retrocedió hasta la salida y miró a Ben.

—A partir de ahora, la puerta permanecerá entreabierta.

—¡Mamá! —volvió a exclamar él.

El rubor me subió por las mejillas. No sabía dónde meterme.

Susan salió, dejando la puerta entornada.

La habitación de Ben era pequeña. Las opciones que tenía para esconderme se limitaban al armario empotrado o al hueco debajo del escritorio, bloqueado por una silla con una montaña de ropa.

—¡Qué vergüenza! —Me senté en el borde del colchón y escondí la cara entre las manos—. Sabe lo que estábamos haciendo…

—No tiene rayos X. —Ben me retiró las manos del rostro.

Estaba acuclillado delante de mí.

—Le he causado una primera impresión horrible.

—Qué va… Ya le caías genial antes de conocerte. Te la meterás en el bolsillo en dos segundos, como hiciste conmigo.

—¿Tú crees?

—Cien por cien.

Me brotó una sonrisa nerviosa. Era la primera vez que un chico me presentaba a su madre, y quería causar una buena impresión.

—¿Por qué no venís y vemos qué os apetece cenar? —nos preguntó Susan desde algún lugar.

—¡Ya vamos! —Ben se incorporó y tiró de mis manos para que me levantara.

Salimos de la habitación y atravesamos el salón hasta la cocina.

La estancia era pequeña. Contaba con una encimera de madera clara, dispuesta en forma de U, a juego con los muebles inferiores.

Una cenefa de limones aportaba el toque de color. Las baldas expuestas estaban repletas de frascos de cristal y piezas de vajilla. Sobre el fregadero, una ventana estrecha, con las cortinas de encaje recogidas, daba al porche delantero. El fogón de gas, de aspecto envejecido, tenía la pintura blanca desconchada. Junto a la puerta descansaban una mesa redonda y varias sillas.

—Kate, ¿te gusta el pastel de carne? —me preguntó la madre de Ben, plantada frente al frigorífico abierto.

—Mucho.

—Entonces no se hable más.

Recolectó los ingredientes necesarios y los dejó en la encimera.

—¿Puedo ayudar con algo? —le pregunté.

—Puedes picar las zanahorias, si quieres —me contestó Susan—. Los cuchillos están en el cajón de tu derecha, y la tabla, en la encimera. Ben, alcánzale un delantal para que no se le estropee ese vestido tan elegante.

El susodicho cogió un delantal del colgador de la puerta y me lo tendió. Era de cuadros rojos y verdes. Después de ponérmelo, me lavé las manos y comencé a cortar la zanahoria en rodajas.

—Perdona —oí a Ben a mis espaldas.

Me pegué a la encimera todo lo que pude para dejarle pasar. Por el rabillo del ojo lo vi sacar el pelador del cajón. Se apostó a mi lado y se dispuso a pelar las patatas. Detrás, su madre preparaba la salsa de tomate.

—¿De dónde eres, Kate? —me preguntó Susan—. Por tu acento diría que… ¿Massachusetts?

—Sí. Soy de Boston —contesté mientras cortaba las verduras.

—Tengo entendido que es una ciudad pintoresca.

—Sí. Vivo en Beacon Hill. Allí las fachadas son de ladrillo y las calles de adoquines. Es como estar dentro de una película…

—¿Hace mucho frío en invierno?

—Sí. Hace bastante frío, pero cuando nieva se pone todo precioso…

—Tendrás que hacernos un *tour* —dijo Ben, que seguía pelando hortalizas.

—Claro… ¡Ya está! —anuncié contenta cuando terminé con las zanahorias.

La madre de Ben se coló entre nosotros.

—Cielo, ¿te importa picarlas más pequeñas? —me preguntó—. Mira, así. —Cogió el cuchillo y partió una de las rodajas en trozos diminutos.

—Entendido.

Cuando tuve las zanahorias cortadas, la madre de Ben las agregó a la sartén.

—Ahora las pochamos a fuego lento… —me indicó mientras las removía con una espátula.

El chisporroteo de las verduras llenó la cocina. Después, cocinamos la carne picada y la mezclamos con el tomate. El olor de las especias me inundó la nariz. Cuando estuvo todo listo, Susan volcó el contenido de la sartén en una fuente de horno. Yo me encargué de cubrirlo con el puré de patata y Ben espolvoreó queso rallado encima.

—Ben me ha contado que trabajas en el museo del faro —le dije a Susan, para sacarle conversación.

Mi novio me enseñó el pulgar y asintió.

—Llevo veinticinco años allí. —Susan se agachó para meter el pastel en el horno—. Tienes que venir de visita algún día.

Ben y yo compartimos una mirada cómplice.

—Me encantaría —respondí.

—El faro de Montauk es el primero que se construyó en Nueva

York —me contó Susan después de programar el temporizador para la comida— y el cuarto en funcionamiento más antiguo del país. Solo doce faros tienen el título de monumento histórico, y el nuestro es uno de ellos.

—No lo sabía.

Susan le pasó tres platos a Ben para que pusiera la mesa.

—¿Has pensado ya qué quieres estudiar? —me preguntó, interesada, al tiempo que me alcanzaba los cubiertos.

—Sí —contesté mientras atravesaba la estancia—. Estudiaré Empresariales y luego creo que haré un máster en Administración y Dirección de empresas.

—Vaya, qué bien. ¿A qué universidad quieres ir?

—Mi primera opción es Harvard. Mi abuelo y mi padre estudiaron allí. Aunque también he solicitado el ingreso en Princeton y en Yale, por si acaso —le conté mientras colocaba los cubiertos al lado de cada plato.

—¿Por qué has aplicado a tantas? —Ben sonaba sorprendido.

—Para tener un plan B. Tú también has pedido ingreso en varias, ¿no?

—Qué va… Solo en Columbia.

Abrí mucho los ojos.

—¿Solo a una? ¿Y si no te admiten?

—Bah, eso no va a pasar… —Le restó importancia con un gesto de la mano—. Entraré, estudiaré como el que más y luego me contratarán en *Saturday Late Night*.

—Yo tampoco lo entiendo, pero mi hijo no quiere entrar en razón. A ver si tú le convences —me dijo Susan.

La confianza que tenía en sí mismo era asombrosa. Aunque admiraba ese rasgo de su carácter, me parecía que se había arriesgado demasiado.

—¿Te ha contado Ben que, de pequeño, imitaba a los actores del programa? —Su madre se dirigió a mí.

Negué con la cabeza.

—Se lo pasaba pipa —continuó Susan—. Mi padre solía grabarlo con la videocámara. ¿Quieres ver alguna cinta?

—Sí, por favor.

—Mamá, a ver qué le enseñas, que te conozco. Nada que me deje en ridículo.

Susan salió de la cocina y Ben aprovechó para darme un morreo.

Regresó enseguida con una videocámara en la mano. Al llegar a mi altura, abrió la tapa y la encendió.

En la pantalla apareció un pequeño Ben disfrazado de mafioso, con un bigote falso y una americana gris que le sobraba por todas partes. Por cómo gesticulaba parecía entregado a su interpretación. Cuando puso una voz más grave para decir «le haré una oferta que no podrá rechazar», Susan y yo nos echamos a reír. Ben protestó para que lo quitásemos.

El pitido del horno indicó que el pastel estaba listo. Nos sentamos alrededor de la mesa y cenamos mientras ellos me contaban anécdotas divertidas de la infancia de Ben.

Cuando llegamos a los postres, volví a mirar la hora con discreción. Faltaba media hora para la llamada habitual de mi padre.

—¿Te acerco a casa? —Ben adivinó mis pensamientos.

Asentí con cara de circunstancias.

—Me lo estoy pasando genial, pero tengo que irme ya —les dije.

—No te preocupes, cielo. ¿Te pongo un poco de *puding* para llevar?

—Vale, gracias.

Entre los tres recogimos la mesa rápido.

—Gracias por la cena, Susan. —Sonreí cuando me entregó un

recipiente de plástico con el postre—. Estaba todo buenísimo.

—De nada, cielo. Vuelve cuando quieras.

Tras despedirnos, Ben y yo salimos a la noche estrellada.

—Tu madre es majísima —le dije cuando nos montamos en el coche.

Arrancó y las luces iluminaron el camino de tierra que teníamos delante.

—Es la mejor —aseguró Ben antes de meter primera.

—¿Tú crees que le he caído bien? —No pude ocultar la vulnerabilidad de mi voz.

—Le has encantado. Hazme caso.

Unos minutos después, estábamos llegando a mi casa cuando me sorprendió ver el coche de mi padre aparcado en la entrada. ¿Qué hacía allí? Esa misma mañana estaba en Boston.

Me escurrí hacia abajo en el asiento.

—Pasa de largo y déjame un poco más adelante.

—¿Por qué?

—Porque acabo de ver que mi padre está en casa y no sabe que estamos juntos.

Ben detuvo el coche en la calle siguiente.

—Gracias por traerme. —Le di un beso rápido en los labios.

—A su servicio, señorita Morgan —bromeó él.

Mientras me bajaba del coche, se inclinó sobre el asiento y me dio una palmada en el culo.

—Buenas noches a ti también, culito increíble. —Lo oí decir.

Se me escapó la risa.

Cerré la puerta y corrí hasta casa, rezando para que mi padre no estuviese asomado a la ventana.



La noche siguiente llegué al club de campo acompañada de mi padre. Ben y Mike aguardaban detrás del mostrador de aparcacoches.

Había decidido ocultarle a mi padre lo nuestro porque sabía que no consideraría a Ben apropiado para mí. No quería enfrentarme a él ni discutir. Prefería disfrutar del verano y exprimir al máximo cada segundo que podía pasar con Ben.

—Buenas tardes. —Ben se adelantó y bajó las escaleras para recibirnos.

—Buenas tardes. —Mi padre depositó las llaves de su Bentley en la palma de Ben y siguió caminando.

Me quedé rezagada, fingiendo que consultaba algo en el móvil. Un gusanillo de emoción me recorría el estómago mientras evitaba mirarlo. Ben me rozó la cintura con disimulo al pasar por mi lado, un chisporroteo de energía me subió por el cuerpo.

—A las diez en el embarcadero —susurró solo para mí.

Subí las escaleras detrás de mi padre y saludé a Mike con una sonrisa.

A las diez menos cinco conseguí ingeniármelas para escabullirme hasta la terraza. Bajé las escaleras del embarcadero apresurada y con el corazón acelerado. Me había puesto una alarma de cinco minutos en el móvil para no demorarme demasiado. Tan pronto como pisé la arena, unas manos tiraron de mi cintura y me ocultaron en las sombras.

—Hola —murmuró Ben.

Antes de que me diese tiempo a hablar, sus labios cubrieron los míos.

—Te he… echado… de menos —dijo entre besos.

—Y yo a ti.

Oreo ladraba a nuestros pies en busca de atención. Me aparté de Ben y me agaché para acariciarlo.

—¿Cómo estás, bonito? ¿Has cenado?

—Sí —contestó Ben—. He hablado con mi madre. Voy a llevármelo a casa esta misma noche. Han pasado meses y nadie ha venido a buscarlo. Ya es hora de que tenga un hogar.

—Eso es muy considerado por tu parte.

—Lo sé. ¿Podemos enrollarnos un poco más?

Su tono desesperado me hizo sonreír. Me erguí y volví a besarlo. Ben enterró la mano en mi melena y me metió la lengua en la boca.

Cuando sonó la alarma, me retiré de sus labios tentadores.

—Tengo que irme.

Él tiró de mis caderas y volvió a besarme con ansia. A tientas, metí la mano en el bolso y apagué la alarma. Le di tres besos más antes de salir de su agarre dando un paso atrás.

—Me voy.

—Un minuto más.

—Mi padre… —Me calló una vez más.

Ben me acarició la mandíbula y me dio un último beso tierno.

Me peiné la melena con las manos y me alisé el vestido.

—¿Me paso por tu casa esta noche?

—Sí, avísame cuando vayas a venir —susurré antes de subir las escaleras.

Esa no fue la última vez que hui de la mirada inquisitiva de mi padre para encontrarme con Ben debajo del embarcadero. Ben y yo seguimos yendo juntos al cine cada vez que podíamos y, cuando estábamos solos, caminábamos de la mano por la calle.

Las semanas pasaban y yo seguía tan contenta como la

protagonista de una comedia romántica. Encontré el equilibrio perfecto entre ser la hija que esperaba mi padre y la libertad que ansiaba cada noche cuando salía con sigilo de casa.



Una tarde, Ben y yo paseábamos por la playa de Montauk cuando nos encontramos una decoración enorme en forma de corazón unos metros por delante de donde nos encontrábamos. Parecía hecha de rosas rojas. En el centro se leía en un rótulo: ¿QUIERES CASARTE CONMIGO?.

Sobre la arena se extendía una alfombra roja que guiaba el camino hasta el altar improvisado, con velas encendidas dentro de tarros transparentes. Al lado, esperaba un fotógrafo.

—¡Ben, mira! —Tiré de su mano para que caminara más deprisa —. ¡Es una pedida de matrimonio!

—Menuda horterada —dijo al ver el despliegue que había montado.

—No seas así. Es muy romántico.

Me detuve a una distancia prudente.

—¿Nos quedamos a verla?

—Si te hace ilusión…

Apenas había terminado de pronunciar la frase y yo ya estaba colocando su chaqueta vaquera en la arena. Me senté encima, doblando las rodillas hacia la izquierda. Después de ajustarme el vestido veraniego, di un golpecito con la mano en el suelo para que Ben se pusiera a mi lado.

La brisa salada me acarició el rostro con suavidad. Me quité las gafas de sol estilo *cat-eye* para apreciar mejor los tintes amarillos y

anaranjados del cielo despejado. La luz dorada del atardecer se proyectaba sobre el agua en calma. Se oía el rumor de las olas y el graznido de las gaviotas. No pude evitar sonreír. Era el lugar perfecto para que te pidieran matrimonio.

Eché un vistazo por encima del hombro y me percaté de que no éramos los únicos que se habían sentado a presenciar aquel momento mágico.

Pasado un rato, una pareja entró en la playa por la pasarela de madera. Él llevaba traje azul y ella un vestido largo y dorado.

—¡Ya vienen! —Le di un golpe a Ben en la rodilla.

El entorno se difuminó cuando noté el calor de la mano de Ben acariciando la mía.

—Me gustas un montón —oí que decía él.

Lo miré un instante, con el corazón rebosante de alegría, y contesté:

—Tú a mí también.

Llevaba varios días notando que mis sentimientos por Ben habían alcanzado una nueva cota, pero me daba miedo ser la primera en abrirme. No quería meter la pata si él no sentía lo mismo.

Desvié la vista hacia la pareja. La mujer se detuvo al ver el corazón de flores y se tapó la boca con la mano. Empezó a sonar la canción «Marry You» de Bruno Mars desde un altavoz, que debía de estar escondido tras las flores.

Cuando pasaron por nuestro lado, me fijé en que ambos estaban visiblemente emocionados. Recorrieron la alfombra roja de la mano hasta pararse frente al corazón de flores. Él le agarró las manos y comenzó a hablar.

Se me escapó un suspiro amoroso.

—¿Qué crees que le está diciendo? —le pregunté a Ben, sin

apartar los ojos de ellos.

Ben carraspeó y entonces habló a la par que el hombre:

—Creo que le está diciendo que el verano ha sido increíble y que no quiere que se acabe. Que le encanta hacerla reír y también ir al cine con ella y oírla cambiar los finales de las pelis…

El estómago se me contrajo al comprender que no se refería a la pareja. Giré la cabeza despacio y descubrí que Ben me observaba con los ojos resplandecientes.

—¿Qué más le dice? —me aventuré a preguntar.

—Que se ha enamorado de ella…

El pecho se me llenó de mariposas que batían las alas, agitadas, impidiéndome hablar. En aquel momento sentí el mismo vértigo que debió de sentir él en la noria un mes atrás.

Me aclaré la garganta y, con el corazón flotando en una nube, conseguí confesar:

—Ella también se ha enamorado.

—¿Sí? —Ben acunó mi rostro con delicadeza. Me contempló un instante, con una ternura tan infinita como el horizonte que teníamos delante.

Y, entonces, en un susurro añadió:

—Te quiero, Kate.

Sentí un vuelco tan fuerte dentro del pecho que tuve la sensación de que mi corazón se acababa de saltar un par de latidos. Era la primera vez que un chico me confesaba sus sentimientos.

—Yo también te quiero —contesté.

Ben sonrió como nunca, plantó una mano en mi nuca y me atrajo en su dirección. Nuestros labios se encontraron en un beso lento que me supo distinto a todos los que habíamos compartido con anterioridad. Quizá porque habíamos reconocido en voz alta lo que llevábamos días callando.

—Te quiero —dijo Ben entre besos.

—Y yo a ti. Llevaba días queriendo decírtelo, pero no me atrevía.

—Yo también. Cada vez que te he dicho «Me gustas», en realidad, quería decir «Te quiero».

Me lancé a besarlo con tanto ímpetu que su espalda se encontró con la arena y me arrastró con él. Nos besamos entre risas y palabras bonitas. De lo único que era consciente era de la calidez que sentía con sus brazos rodeándome.

—Tu madre hoy no estaba en casa, ¿no? —le pregunté poco después.

—No… ¿Por qué? ¿Quieres ir?

—Sí. Me apetece mucho.

Todavía no nos habíamos acostado juntos, pero me sentía preparada. Me tranquilizaba saber que para él también sería su primera vez.

—A mí también —contestó.

Él se levantó y me ayudó a incorporarme. Caminamos hasta el coche sin dejar de besarnos.



Cuando llegué a casa para cenar, todavía me sentía en una nube por lo que acababa de hacer con Ben. Aunque una parte de mí disfrutaba de la emoción de llevar la relación a escondidas, supe que no podría seguir ocultando lo que sentía.

Encontré a mi padre en el comedor. Olía a salmón y a pan recién tostado.

—Buenas noches, papá.

—Buenas noches. Te veo contenta.

Después de sentarme, me coloqué la servilleta de tela en el regazo.

—Sí. Hoy ha hecho un día precioso.

Él asintió y le dio un sorbo a su vaso de agua, sin dejar de mirarme. Nerviosa, bebí de mi vaso yo también.

Sabía que llevaba escrito en la frente lo que sentía por Ben. Por eso, cuando mi padre dijo:

—Se acerca tu décimo octavo cumpleaños… ¿Qué quieres este año?

La única respuesta posible fue:

—Me gustaría que conocieras a Ben.

—¿Quién es Ben?

—Mi novio.

27

Ben

Trece años antes. Agosto.

El día del cumpleaños de Kate llegué cinco minutos antes de la hora a casa de los Morgan.

No me apetecía conocer a su padre. Las veces que me lo había cruzado en el club de campo me había mirado como si fuese una mierda pegada a la suela de su zapato carísimo. Para calmar el nerviosismo, me bajé del coche y me encendí un cigarro. Por lo general, me la sudaba lo que opinasen de mí. En aquella ocasión era diferente. Quería caerle bien porque era importante para Kate.

Apagué la colilla, me limpié las palmas sudorosas en el vaquero, y cogí el ramo de rosas y el regalo que había traído para Kate. Luego, atravesé el camino de piedra y llamé al timbre.

Kate abrió la puerta con una sonrisa resplandeciente. Llevaba un vestido amarillo con un estampado de flores moradas, que le llegaba por encima de la rodilla. Estaba tan guapa que me dolía el pecho.

—Qué guapo te has puesto. —Sonrió al fijarse en mi atuendo.

—Es una ocasión especial.

Aquel día me había peinado, había planchado la camisa y me había echado colonia.

—Feliz cumpleaños, Rose. —Alargué las flores en su dirección—. Son para ti.

—¡Muchas gracias! —Las aceptó ilusionada, se las acercó a la

nariz y cerró los ojos al aspirar el aroma—. ¡Huelen genial!

—Prometo que no olvidaré regalártelas en nuestro aniversario —dije, haciendo alusión a la pareja que habíamos visto discutiendo dos meses atrás.

—Te tomo la palabra. ¡Vamos, pasa! —Se hizo a un lado para permitirme entrar.

Crucé el umbral y me incliné para besarla. Nuestros labios estaban a punto de juntarse cuando una voz fría y masculina se interpuso entre nosotros.

—Buenas tardes.

Kate retrocedió, alejándose de mí.

Desvié la mirada y me encontré con su padre plantado en el recibidor. Era un poco más alto que Kate. Su aspecto era impecable: camisa blanca, pantalón claro de vestir y el pelo rubio repeinado hacia atrás. Tenía arrugas alrededor de los ojos y la espalda tan recta que parecía un robot.

«¿Quién coño se pone traje para estar en casa?».

En comparación, me sentía informal. Me escaneó de arriba abajo con sus ojos azules. A diferencia de los de Kate, que eran de un azul cálido que me recordaba al mar en calma un día de verano, los suyos eran fríos como el iceberg contra el que se estampó el Titanic. Sus cejas saltaron hasta el techo cuando reparó en mis Converse negras.

—Eh…, papá, quiero presentarte a Ben. —Kate me señaló con un gesto de la mano—. Ben, este es mi padre, Arthur Morgan.

El susodicho alargó la mano en mi dirección.

—Encantado, Arthur —dije al estrecharle la palma.

—Prefiero el trato de «señor» —me indicó con una sonrisa impostada.

Retiró la mano y el silencio se prolongó unos segundos.

—¿Cómo te apellidas? —me preguntó.

Forcé la sonrisa de vuelta.

—Sharp.

—No me suena.

Ese hombre no quería verme ni en pintura.

Kate me lanzó una sonrisa de disculpa.

—Acompáñanos al comedor —me dijo el señor Morgan—: Ruth servirá la cena enseguida.

—Voy a buscarla para que me dé un jarrón para las flores. —Kate desapareció detrás de una puerta y me dejó solo con su padre.

El hombre me condujo a una estancia inmensa con un ventanal panorámico que daba a un jardín con los setos bien cuidados. Del techo colgaba una lámpara de araña. La mesa, de madera robusta, estaba rodeada de sillas tapizadas en colores claros, con los respaldos redondos, que parecían salidas de un castillo europeo. Varios cuadros adornaban las paredes. La chimenea de mármol era tan grande que podría meterme dentro y escapar con los polvos flu.

Kate se unió a nosotros; sostenía un jarrón con las flores, su presencia aligeró la tensión que reinaba en el ambiente.

El señor Morgan se sentó presidiendo la mesa rectangular. Kate colocó el jarrón en el centro y me sonrió antes de tomar asiento a su derecha. Me senté al otro lado de su padre. La mesa ya estaba dispuesta. En mi sitio había varios platos de porcelana apilados junto a la cubertería de plata.

Una mujer de mediana edad entró en la estancia cargando una bandeja. Supuse que era Ruth. Iba vestida de negro, con una camisa de manga corta y una falda hasta la rodilla, y llevaba el pelo oscuro recogido en un moño.

—Vino tinto para el señor. —Colocó una copa a la derecha de Arthur y la llenó hasta la mitad—. Agua con gas para la señorita. —

Dejó un vaso con agua junto a Kate y le añadió un par de hielos y una rodaja de limón—. ¿A usted qué le apetece? —Me miró a mí.

—Eh… —Me quedé cortado por el formalismo—. Agua está bien.

Ruth bordeó la mesa, dejó un vaso a mi derecha y lo rellenó de agua burbujeante. A continuación, sirvió un par de hielos y la rodaja de limón.

Le di un sorbo y contuve las ganas de escupirla. Jamás entendería la popularidad del agua con gas.

—Kate me ha contado que irás a Columbia —me dijo su padre cuando Ruth se marchó.

—Sí. Bueno, estoy en lista de espera, pero sé que me admitirán.

—¿A qué quieres dedicarte?

—Quiero ser guionista, señor.

Su padre asintió y no dijo nada.

El silencio incómodo se sentó en la mesa con nosotros.

Respiré hondo y busqué un tema de conversación.

—Usted estudió en Harvard, ¿verdad? —empecé, mirando a Arthur.

—Sí. Estudié Empresariales, igual que mi padre, y pronto Kate seguirá mis pasos.

—Tú también estás en lista de espera, ¿no? —le pregunté a Kate, sin saber qué más decir.

—Por error —contestó su padre por ella—. Comeré con el decano la semana que viene para entender qué ha ocurrido. Mi hija tiene un expediente académico impecable y unas cartas de recomendación magníficas.

Vaya. ¿Tan lejos llegaban sus contactos?

Ruth regresó empujando un carrito plateado y se detuvo al lado de Arthur.

—De primero tenemos una crema fría de champiñones —nos

explicó mientras servía un par de cazos en el cuenco de Arthur.

Cuando nos repartió la comida a los tres, se marchó.

Cogí la cuchara y probé la sopa.

—Está buenísima —opiné para nadie en particular.

—Es de mis platos favoritos —me dijo Kate con una sonrisa.

—Cuéntame, ¿a qué se dedican tus padres? —me preguntó el señor Morgan.

—Mi madre trabaja en el museo de Montauk. Y mi padre… murió cuando yo era pequeño.

—Lo lamento.

Busqué el pie de Kate con el mío por debajo de la mesa. Ella me sonrió y me sentí algo mejor.

El siguiente plato que trajo Ruth fue salmón con salsa de limón. Estaba a punto de cortar un trozo cuando la voz del señor Morgan me detuvo.

—Esos cubiertos son los de la carne —señaló, aparentando amabilidad.

Sentí una punzada de vergüenza.

—Gracias. No me he dado cuenta.

En mi casa usábamos los mismos cubiertos para todo, no tenía ni idea de cuál era el protocolo.

Cuando llegamos a los postres, Ruth apareció con una tarta de chocolate, tenía varios *macarons* verdes incrustados y las velas encendidas. Comencé a cantar el cumpleaños feliz y me sorprendió que el señor Morgan no me siguiera. Probablemente no consideraría elegante cantar en la mesa. O quizá era que los robots sin sentimientos no estaban programados para cantar. Yo seguí hasta el final. Kate me miraba ilusionada y era lo único que me importaba. Cuando me callé, mi novia sopló las velas y aplaudimos.

Ruth se llevó la tarta a la cocina y regresó con una porción para

cada uno.

Su padre depositó una caja de terciopelo azul oscuro en la mesa.

—Ten, este es mi regalo. —La empujó en su dirección.

Supuse que se trataría de una joya carísima. Clavé la cucharilla en la tarta y me la llevé a la boca. Era de chocolate y por dentro tenía un relleno cremoso de pistacho. Luego me metí un *macaron* de pistacho a la boca.

Estaba decidiendo si me gustaba el sabor o no cuando Kate abrió la caja y ahogó una exclamación.

—¿Me has comprado un Mini? —le preguntó a su padre con una sonrisa.

Estuve a punto de atragantarme.

—Si mis cálculos son correctos, ahora mismo debe estar aparcado en la entrada.

No era un mito. Los ricos les regalaban coches a sus hijos por su cumpleaños.

—¡Voy a verlo!

Kate atravesó el comedor rumbo al porche delantero. La seguí de cerca, agradecido por tener una excusa para escapar del escrutinio exhaustivo de su padre. Me quedé alucinando al ver que, aparcado junto al Bentley del señor Morgan, había un Mini Cooper negro con un lazo rojo en el techo. Cuando llegué el coche no estaba ahí. ¿De verdad el señor Morgan había pagado para que lo llevaran mientras cenábamos? Aquello era de locos.

Mi novia bajó las escaleras del porche y se acercó al vehículo. Pasó una mano por la pintura reluciente del capó. A continuación, apretó el mando y abrió la puerta.

—¿Me acompañas a estrenarlo luego? —me preguntó.

—Claro.

Aprovechando que estábamos solos, se puso de puntillas y me

dio un beso rápido. El contacto de sus labios cálidos era como un bálsamo calmante que me dio la energía necesaria para aguantar a su padre el resto de la cena.

El señor Morgan se unió a nosotros.

—¡Gracias, papá! —Kate se acercó a él—. Me encanta. Es muy bonito.

—Ahora que vas a ir a la universidad, necesitas un coche.

Kate le dedicó una sonrisa escueta y asintió.

Regresamos al comedor. Cogí la bolsa que había dejado en la silla contigua a la mía y se la pasé.

Ella rasgó el papel con cuidado.

—¿Me has comprado el guion de *Titanic*? —Me miró con los ojos resplandecientes de emoción.

—Sí. He intercambiado las últimas páginas por folios en blanco, para que escribas el final perfecto que seguro que tienes en tu cuaderno. La última escena se corta cuando Rose se monta en la tabla. A partir de ahí, tienes vía libre.

Kate saltó de la silla y se lanzó a abrazarme.

—¡Muchísimas gracias! —exclamó entusiasmada—. ¡Me encanta!

—También te he traído esto. —Me saqué del bolsillo una réplica del colgante que llevaba Kate Winslet en la película, a una escala más pequeña.

—¡Es el Corazón del Mar! —Ella lo cogió con una sonrisa.

Noté los puñales que me lanzó su padre con la mirada.

—No es para que te lo pongas —le dije—. No me ha costado mucho dinero. Es un regalo simbólico.

Lo que no iba a contarle era que para conseguirlo había conducido dos horas hasta Nueva York para visitar una tienda de réplicas, y dos horas de vuelta.

—Es precioso. Claro que voy a usarlo.

El señor Morgan se puso verde cuando Kate se abrochó el colgante.

Cuando acabamos de comer la tarta, Ruth regresó con el carrito y comenzó a apilar los platos. Hice amago de recoger el mío, pero el padre de Kate me paró poniéndome la mano en el antebrazo.

—No se preocupe. —Ruth me miró con una sonrisa cándida—. Yo me ocupo.

Kate atendió una llamada de una de sus amigas de Boston y me dejó a solas con su padre. En cuanto se perdió escaleras arriba, la cortesía del señor Morgan se esfumó.

—¿Cuánto dinero te falta para pagar la matrícula de Columbia? —me preguntó.

—Eh… He solicitado una beca. Si me admiten, cubrirá los gastos.

—Te lo preguntaré de otra manera: ¿cuánto dinero quieres por salir de la vida de mi hija?

Todo mi cuerpo se enfrió.

—¿Perdone?

—Tienes mucha ambición para ser un simple aparcacoches. Dime qué cifra quieres y te extenderé un cheque ahora mismo.

El ácido me subió por la garganta como si fuera veneno. Apreté los puños por debajo de la mesa. Sus palabras confirmaron mis sospechas: ese hombre era un cabronazo.

Sus miradas de superioridad me tenían hasta los huevos. Que intentase comprarme era terrible, pero que eligiese el cumpleaños de su hija para hacerlo era el colmo.

—Ni quiero ni necesito su puto dinero —escupí con rabia.

Él puso una mueca irónica.

—Dado que ni siquiera puedes permitirte llevar un reloj decente, permíteme que lo dude.

«¿De verdad un reloj de marca era una señal de estatus? ¿Tanto

importaba que no tuviese uno?».

Kate bajó las escaleras y volvió a sentarse en su sitio. Su padre recompuso el gesto con tal rapidez que se me revolvió el estómago. Se dirigió a ella con naturalidad, como si no acabase de ofrecerme dinero para que la dejara.

—Es tarde y mañana tengo que madrugar. —El señor Morgan se levantó unos minutos más tarde.

Capté la indirecta al vuelo. Arrastré la silla por el suelo y me puse de pie yo también.

—Encantado de conocerte, Benjamin. —Me estrechó la mano con cordialidad.

—Igualmente —mentí.

Kate me acompañó hasta la salida.

Asomé la cabeza en la cocina para despedirme de Ruth.

—Estaba todo riquísimo —le dije—. Muchas gracias.

—De nada.

Kate me sostuvo la puerta para que saliera.

—Ha ido bien, ¿no? —me dijo cuando salimos.

Su tono sonaba esperanzado y sus ojos chispeaban de alegría.

No quería amargarle el cumpleaños contándole lo que había pasado en su ausencia. Kate me había contado que estaba más unida a su padre desde la muerte de su madre. ¿Quién era yo para meterme entre ellos?

—Sí. —Forcé la sonrisa—. Te dije que me lo metería en el bolsillo.

Kate

Cuando Ben se marchó, después de que estrenáramos mi coche,

subí a mi habitación. Me senté frente al escritorio y coloqué el guion en la mesa. Era la primera vez que tenía uno en las manos. En la portada podía leerse:

TITANIC

Escrito por

James Cameron

Pasé los días siguientes leyéndolo una y otra vez, familiarizándome con el formato y buscando información en internet sobre cómo escribir escenas para un guion. Quería que mi final perfecto quedara impecable.

Cuando me sentí preparada, cogí un bolígrafo y le di rienda suelta a la imaginación. Me lo pasé genial escribiendo el final que había imaginado desde que era pequeña, en el que Jack sobrevivía al naufragio junto a Rose porque entraba en la tabla. Juntos empezaron una nueva vida en Nueva York. Se casaron y ella se cambió el apellido a Dawson, igual que en la película, para que nadie de su vida anterior la encontrase. Rose acabó consiguiendo la libertad que ansiaba y dedicándose a la actuación, mientras que Jack se hizo un nombre como pintor de retratos. Tuvieron un par de hijos y murieron de viejecitos después de haber sido muy felices.



El día que me admitieron en Harvard era soleado y hacía calor. La brisa de última hora de la tarde agitaba la cortina de mi habitación con suavidad. Estaba sentada frente al ordenador. Mi padre se había quedado de pie, detrás de mí, con una mano apoyada en mi

hombro.

—¡Enhorabuena, hija! —El orgullo era evidente en su voz.

—Gracias. —Me levanté.

Él me dio un abrazo mecánico, que duró menos que un suspiro.

—Voy a llamar al decano —me dijo mientras retrocedía hasta la puerta.

Esperé unos minutos a que me embargara la ilusión, pero no sucedió.

La realidad era que no quería estudiar Empresariales. Al pensarlo, una piedra pesada se asentaba en mi estómago. Llevaba semanas dándole vueltas a la idea de estudiar cine. Había disfrutado tanto al escribir el final de *Titanic* en el guion que no me había quedado ahí. Después de eso había escrito en el cuaderno mi final de *¡Olvídate de mí!* en formato guion y había seguido leyendo sobre cómo escribir guiones. Además, tampoco quería separarme de Ben durante meses. Había un mundo de distancia entre Boston y Nueva York.

Cogí el móvil y lo llamé para contárselo.

—¡Hola! —Ben respondió desde algún lugar en el que había mucho ruido.

—¿Dónde estás?

—¡En el faro! —Apenas le oía por el rugido del viento—. ¿Quieres venir?

—Enseguida voy.

Colgué y fui a buscarlo.

Media hora más tarde, me colé por el agujero de la verja con el corazón acelerado. Eran las nueve de la noche y ya había anochecido. Hice de tripas corazón y atravesé la planta baja alumbrada con una linterna. Localicé a Ben sentado sobre la pasarela, con las piernas recogidas y la mirada perdida en el océano.

—Hola —saludé.

Él levantó la vista despacio.

—Hola…

Tenía los ojos vidriosos. Su voz sonaba apagada.

—¿Estás bien? —Me senté a su lado—. ¿Ha pasado algo?

Tragó saliva y apartó la vista.

—Resulta que tenías razón… Mi plan ha fallado y no tengo un plan B… No me han admitido en Columbia.

Durante un momento dudé qué decir. El rumor de las olas llenó mi silencio.

—Lo siento mucho, Ben.

—Llevaba años esperando este momento, ahorrando cada maldita propina… ¿para qué? Estoy atrapado en este puto pueblo.

Se me encogió el alma al oírlo hablar con amargura. Le cogí la cara con las manos y él, por fin, me miró.

—Sé que no sirve de consuelo, pero quizá puedas intentarlo el año que viene.

—No quiero quedarme aquí hasta el año que viene, estoy harto de aparcar coches…

—Ya…

—¿Tú sabes algo de Harvard?

Tras sopesarlo, decidí que no era el momento apropiado para contarle que me habían admitido.

Contesté a su pregunta negando con la cabeza.

Él apartó la vista y suspiró.

No vio cómo me colocaba el pelo detrás de la oreja. Me odié por aquella mentira. Ya encontraría un momento mejor para confesar la verdad.



—¿A quién escribes? —me preguntó mi padre cuando tomó asiento en la mesa del comedor unos días después.

—A Ben.

—Ya sabes que nada de teléfonos en la mesa. —Me cogió el móvil y se lo guardó en el bolsillo delantero de la camisa. Abrí la boca para protestar, y él solo dijo—: Te lo devolveré después de comer.

Ruth nos sirvió el desayuno y se retiró.

—Cenaremos con el decano de Harvard y su mujer unos días antes de que empiece el curso —me informó mi padre.

Me obligué a sonreír, aunque el miedo me tensaba el estómago. Había llegado el momento de sincerarme.

—Papá, quería hablar contigo sobre eso…

Él permaneció impertérrito.

—¿Algún problema?

—Yo… llevo unos días pensando retrasar la carrera.

—¿Cómo?

—No estoy segura de querer estudiar Empresariales. Estoy pensando quedarme aquí y tomarme un año sabático, y estudiar guion el próximo año. Quiero escribir historias que…

Mi padre separó mucho los párpados.

—Eso es ridículo —me cortó—. De escribir guiones no se vive. Tu deber es trabajar en la empresa familiar y labrarte un futuro de verdad. Sabía que ese chico te llenaría la cabeza de pájaros… Renunciar a Harvard es una locura. ¿Sabes lo que me ha costado que te admitan? Estudiar en esa universidad es la tradición de la familia. Cumplirás con ella te guste o no.

—Ben no me ha dicho nada. Ni siquiera sabe que estoy admitida. Esto no tiene que ver con él, es porque no sé si…

—Lo único que quiere de ti ese muerto de hambre es el dinero. Se está aprovechando de lo ingenua que eres.

La incredulidad me rebasó.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Él me quiere!

—¡Se acabó! ¡Estoy harto de escuchar tonterías! ¡Te prohíbo que sigas viéndolo!

—¡No puedes hacer eso!

—Haz la maleta. Mañana a primera hora volveremos a Boston.

—¿Qué? —Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Ya me has oído. Saldremos a las ocho.

Nunca lo había visto tan enfadado.

Me levanté, dejé la servilleta en la mesa y extendí la mano en su dirección.

—Se me ha pasado el hambre. ¿Me das mi móvil, por favor?

—Estás castigada sin teléfono.

Subí corriendo hasta mi habitación.

Cerré la puerta con más fuerza de la necesaria y enterré la cabeza en la almohada para ahogar los sollozos. Todo lo que podía pensar mientras lloraba era que no quería alejarme de la única persona que me veía de verdad.

28

Ben

—¡Tenemos un problema! —dijo Logan al entrar en mi casa al día siguiente de la fiesta de la cadena.

—¿Solo uno? —contesté en broma.

—Página seis. —Me entregó una revista de bodas y se adentró en el salón.

Cerré la puerta con el pie y abrí la publicación por donde indicaba. En la sección de enlaces había una foto de Kate y Preston. Ambos posaban sonrientes en lo que parecía ser el interior de una casa. Ella mostraba la mano con el anillo de compromiso y él le rodeaba los hombros con el brazo.

El texto que acompañaba a la imagen rezaba:

> Preston Chambers y Katherine Morgan están comprometidos.
>
> La alcaldesa Chambers, originaria de Nueva York, anuncia el compromiso de su hijo, Preston Chambers, con Katherine Morgan, hija del señor y la señora Morgan, de Boston, Massachusetts.
>
> Preston Chambers se graduó con honores en Empresariales en Harvard. En la actualidad, trabaja como gestor financiero en Chambers Fund Management.
>
> Katherine Morgan se licenció en Empresariales en Harvard. Después estudió un máster en Dirección y Administración de empresas en la Sorbona. Hoy en día trabaja como productora en Morgan Media.
>
> La pareja, inseparable desde la universidad, celebrará su unión el 21 de

marzo en el salón del Cipriani.

El enlace lo planificará Hannah Brooks, sucesora de Melanie Stevens.

Bajé la revista y me quedé en silencio. No entendía por qué, de repente, me sentía inquieto. La noticia del compromiso no me pillaba de nuevas.

—Bueno, pues ya sé la fecha y el lugar para oponerme al enlace —bromeé en un tono más alto del normal y sin mirar a Logan.

—No puedes, tío. Lo organiza Hannah.

—¿Cómo?

—Lo pone ahí. —Señaló la revista que sostenía.

Bajé la vista al papel y lo releí.

—¡Hostia! —Levanté la cabeza—. ¿Tu novia es la *wedding planner* de mi mujer?

Logan asintió con cara de situación.

—Qué casualidad… Supongo que está bien tener información del campo enemigo desde dentro.

—Como comprenderás, tengo un conflicto de intereses… Hannah me ha enseñado la revista hace nada, dando saltos de alegría. Al parecer, su antigua jefa es amiga cercana de la familia de Preston y fue ella la que la propuso para la «boda de la temporada».

Saqué un par de botellines de cerveza de la nevera y los dejé en la isla. Después de abrir el primero, se lo pasé a Logan.

Mi amigo se deshizo de la chupa y la dejó en una silla del salón.

En ese momento, sonó el timbre. Arrastré los pies hasta la entrada para recibir a mis amigos.

—Necesito un informe exhaustivo de la fiesta. —Alexandra me dio un beso en la mejilla.

Detrás de ella, entró Chris y me saludó con un abrazo.

Tomamos asiento alrededor de la mesa de póker. Mientras Logan

barajaba las cartas, les conté lo que había pasado en la fiesta de Morgan Media. Estaba contándoles el momento en el que el prometido de Kate se había presentado oficialmente cuando Chris me interrumpió.

—Espera, espera, ¿su prometido es Preston Chambers? —preguntó, y yo asentí—. ¿El hijo de la alcaldesa de Nueva York?

—Sí. Es este. —Logan le pasó la revista—. Página seis.

Chris le echó un vistazo rápido antes de soltar:

—Es gay.

Por poco escupí la cerveza.

—¿Cómo? —Lo miré con los ojos bien abiertos.

—Preston Chambers es gay.

—No puede ser. Se casa con Kate…

—Ni que fuera el primer hombre con una tapadera.

—¿Cómo lo sabes?

—Es el exnovio de Tyler.

—¿Estás de coña?

Tyler era el marido de Chris.

—No. —Mi amigo negó con la cabeza—. Estuvieron saliendo juntos un tiempo. Fue bastante antes de que Tyler y yo nos conociéramos.

—¡Ay, Dios! —exclamó Alexandra—. Esto cada vez se enreda más.

Tomé un sorbo de cerveza mientras asimilaba la información.

—¿Crees que Kate lo sabe? —me preguntó Logan.

—Yo diría que sí. Preston y ella son amigos desde la universidad.

De pronto, las piezas encajaron como un puzle.

—¡Tienen un compromiso de conveniencia! —exclamé contento —. Por eso ella se enrolla con quien quiere.

Eso explicaría también por qué Kate se había puesto nerviosa

cuando le había preguntado por el compromiso.

—¡Oh, Dios! ¡Qué bien! —Noté un subidón de alegría.

Si la relación era falsa, significaba que todavía tenía una oportunidad con ella.

—Ben, ¿te das cuenta de que tu vida parece una comedia romántica?

Sonreí encantado.

¿Por qué Kate se habría metido en una relación falsa? Su familia tenía un imperio millonario. No debía de ser por dinero. ¿Tendría Preston que heredar alguna empresa familiar? Eso sería un absoluto cliché. ¿Qué sacaba Kate a cambio? ¿Sería solo por ser la tapadera de su amigo? ¿O había algo más?

Fuera como fuese, estaba deseando encontrármela.



La tarde siguiente estaba en el trabajo ensayando un *sketch* vestido de Jinu, el demonio de *Las Guerreras K-pop*, cuando la risa cálida y alegre de Kate llegó a mis oídos.

«Dios. Es el mejor sonido del mundo».

Haría lo que fuera por oírlo otra vez.

Me detuve en mitad del bailecito. Giré la cabeza a la velocidad de la luz. Kate estaba en el pasillo, tapándose la boca con la mano.

Se le congeló la sonrisa cuando me quité el sombrero negro y descubrió que era yo. Entendía que le hubiese costado reconocerme, llevaba unas marcas moradas pintadas en la cara, lentillas doradas y una túnica negra que llegaba hasta el suelo.

Tras observarme unos segundos, desapareció.

—Dadme un momento, por favor. —Les pedí a mis compañeros

antes de salir escopetado.

Aquella era mi oportunidad de sonsacarle información.

—¡Kate, espera! —exclamé cuando salí al pasillo.

Ella se detuvo sobre sus pasos.

—¿Qué tal? —le pregunté—. ¿Qué haces aquí?

—Buscaba el despacho del señor Miller. Tengo una reunión con él.

—Te acompaño.

—No te preocupes. Está al fondo a la derecha, ¿no?

—Sí.

Ella forzó una sonrisa.

Sus ojos volaron por las marcas moradas que adornaban mi rostro. Me dio la impresión de que sus pupilas se ensancharon. ¿Le gustaba verme vestido de demonio?

«Vaya, la nueva Kate es una caja de sorpresas».

—He visto el anuncio de tu compromiso en la *People Weddings*. Sois la pareja ideal, ¿eh?

—Oh… No pensé que fueras público de una revista de bodas.

—Ya ves. Me gusta estar informado de todo.

«Cómo voy a disfrutar de este momento».

A ver qué cara ponía cuando supiese que conocía su secretito.

—¿Sabes una cosa que me ha parecido muy graciosa…?

Kate se puso recta y tragó saliva.

En ese instante, me di cuenta de que no disfrutaría dejándola en evidencia. Cambié el rumbo de la frase al vuelo.

—… el *sketch* que estábamos ensayando.

Ella relajó los hombros.

—Te he oído reírte.

—Sí. Lo poco que he visto no estaba mal.

—Mañana se graba el especial de Halloween. Si quieres, puedo

dejarte una entrada en la taquilla para que vengas como público.

—Te lo agradezco, pero tengo un compromiso.

—Bueno, yo la dejaré por si cambias de idea. A nombre de Rose, por supuesto. Por aquello de que no pueden relacionarnos y eso…

—Gracias. Te dejo. No quiero hacer esperar al señor Miller.

Al verla alejarse, supe que no tendría muchas más oportunidades de hablar con ella.

Me disculpé con mis compañeros y pasé por el camerino para cambiarme. Esperaría a que Kate acabase la reunión para intentar hablar con ella. Una hora más tarde, salió a paso decidido del edificio, envuelta en un abrigo largo de color granate. Ya había anochecido.

—Kate, ¡espera un momento! —Despegué la espalda de la fachada.

—¿Qué necesitas? —me preguntó al voltearse.

—Mira, llevo semanas queriendo hablar contigo. Quiero disculparme por cómo terminó todo.

Ella echó un vistazo por encima del hombro.

—Eso ya no importa —contestó con un hilo de voz—. Ha pasado mucho tiempo.

—Aun así, quiero disculparme. Lo siento mucho… Me comporté como un gilipollas. No tenía que haberte dejado por mensaje, debería haber hablado contigo.

Me aguantó la mirada unos segundos. Luego echó a andar y se alejó de la puerta del edificio Rockefeller. La seguí hasta que se detuvo un poco más allá.

—Desapareciste después de casarte conmigo —soltó con amargura al voltearse—. Me quedé destrozada al leer tu mensaje… Te llamé y no me cogiste el teléfono.

—Siento mucho el daño que te hice. Me arrepiento muchísimo de

cómo actué. En ese momento creí que aquello era lo mejor. La verdad es que me acojonaba no estar a la altura; eras demasiado buena para mí. Después de casarnos lo vi claro. Te quedarías conmigo en Montauk, tendríamos que vivir con mi madre y un día te despertarías y te darías cuenta de que no tenía nada que ofrecerte. Sentirías resentimiento hacia mí por no haber perseguido tus sueños y me habrías dejado con el corazón destrozado.

—Te asustaba que te rompiera el corazón y ¿decidiste rompérmelo a mí? —Gesticuló incrédula.

—No sabía que lo estaba haciendo. Tienes que creerme cuando te digo que pensé que estarías mejor sin mí. Cuando me di cuenta de lo que había hecho, fui a buscarte a Harvard, pero ya era demasiado tarde.

—¿Fuiste a buscarme? —la pregunta le salió en un tono estrangulado.

Tragó saliva.

—¿Cuándo? —Dio un paso hacia mí—. Ben, dime, ¿cuándo fuiste a buscarme?

—Tres meses después, en las vacaciones de Acción de Gracias.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque te vi feliz sin mí…

El silencio se prolongó unos segundos.

—No sé si puedo perdonar a la persona que me cambió por dinero al día siguiente de casarse conmigo —dije en tono monocorde.

—¿Cómo?

Ahogó una risa y negó con la cabeza.

—No te hagas el tonto, Ben. Mi padre me contó que te había ofrecido ochenta mil dólares para que rompieses conmigo y que los aceptaste sin pestañear.

La sorpresa dio paso a la indignación. Una sonrisa sarcástica asomó a mi expresión.

—¿Tu padre te dijo que yo te había dejado por pasta? —Soné ofendido.

—Sí. Me sentí una estúpida cuando me enteré. Me fugué contigo, pensando que me querías, y tú solo buscabas mi dinero.

—Eso no fue lo que pasó.

Ella se cruzó de brazos.

—Kate, tienes que escucharme, por favor… —La súplica que impregnaba mi tono la hizo claudicar.

—Vale, pero aquí no. Esto es demasiado público.

29

Ben

Trece años antes. Agosto.

«¿Cómo es posible que esta chica tan increíble se casara anoche conmigo?».

Fue lo primero que pensé al despertarme, abrazado a Kate, la mañana siguiente de nuestra boda. Una de sus piernas descansaba enredada entre las mías mientras su mano me calentaba el pecho de manera agradable. Estaba tan contento que quería abrir la ventana y gritar para que todo Atlantic City se enterase de que Kate era mi mujer.

La noche anterior había sido la mejor de mi vida. Después de casarnos en la capilla del hotel, Kate y yo compartimos una pizza y tarta, y volvimos a la habitación, donde nos demostramos hasta las tantas de la madrugada lo que sentíamos el uno por el otro.

Hacía meses no hubiera pensado que esa chica fuese a importarme tanto. Ahora no me imaginaba sin ella. Por eso el día anterior, cuando me mandó un privado por Facebook contándome que su padre le había prohibido verme, armamos el plan. Decidimos fugarnos con lo puesto. Suponía que ese era el amor irracional que enseñaban en las películas.

Me aparté de su cuerpo y me levanté con sigilo. Le había prometido que su primer desayuno de casada sería en la cama con *macarons* de pistacho y rosas de color rosa. Ella rodó sobre el

colchón hasta quedarse bocarriba. No pude evitar sonreír al verla dormir plácidamente. Tras vestirme, le retiré el pelo de la cara con cuidado y le di un beso suave en los labios.

—Ahora vengo —susurré.

Kate emitió un sonido adorable que interpreté como un «vale».

Abandoné la habitación y bajé en el ascensor. Cuando atravesaba el vestíbulo, un hombre trajeado me cortó el paso.

—Señor Morgan —murmuré sorprendido al reconocer al padre de Kate—. ¿Qué hace aquí?

—¿Dónde está mi hija?

No me gustó una mierda su tono afilado. Sonreí incrédulo antes de contestar:

—Si Kate quisiese que supiese dónde está, se lo habría dicho, ¿no cree?

Arthur endureció la mirada. Acto seguido, echó un vistazo por encima del hombro para asegurarse de que nadie nos escuchaba.

—Te sugiero que no pongas a prueba mi paciencia. —Su falsa amabilidad me ponía de los nervios.

Estaba deseando restregarle por la cara que me había casado con su hija y decirle: «Querías separarnos, ¿verdad? Pues ahora somos familia…».

—Si está aquí para pedirme que rompa con Kate lo lleva cla…

—Esto ha llegado demasiado lejos. —Me cortó sin miramientos —. ¿Qué tontería es esa de que mi hija no quiere ir a Harvard? ¿Qué le has dicho para convencerla de que tire su futuro a la basura y se quede contigo?

Arrugué las cejas.

—¿De qué habla?

Él me analizó unos segundos.

—Katherine lleva semanas admitida en la universidad. —Se metió

la mano en el bolsillo interno de la chaqueta y me mostró la carta.

Leí las primeras líneas y parpadeé perplejo.

—No lo sabía.

—Le habrá dado pena que no te hayan aceptado en Columbia y por eso te lo habrá ocultado.

Me quedé de piedra.

En ese momento las últimas conversaciones que habíamos tenido encajaron como las piezas de un puzle. Cada vez que le había preguntado por la universidad, Kate había esquivado el tema.

—No eres una buena influencia para mi hija —prosiguió Arthur—. Antes de conocerte su vida estaba encaminada, se preocupaba de su futuro y de sus estudios, no se metía en líos y, desde luego, no se escapaba de casa. Su deber es ir a la universidad, no desperdiciar el tiempo con un simple aparcacoches.

Apreté la mandíbula.

La mayoría de la gente como él me trataba como si fuese invisible o me miraba con superioridad. Odiaba que le bastase una mirada despectiva para hacerme sentir insuficiente.

—Eso debe decidirlo ella —fue lo único que atiné a decir.

—Es evidente que Katherine no está pensando con claridad. Dime, ¿qué harás cuando se arrepienta de no haber ido a Harvard y te culpe por ello?

Sentí un retortijón en las tripas.

Cientos de preguntas daban vueltas en mi cabeza, como una lavadora centrifugando. ¿Por qué Kate me había ocultado que la habían admitido en una de las universidades más prestigiosas del país? ¿Se avergonzaba de que no me hubiesen seleccionado? ¿Me veía como a un fracasado por ello?

—Tu vida no cambiará, pero, si se queda contigo, la suya sí lo hará. Mi hija está acostumbrada a un nivel que no puedes ofrecerle.

Contigo, lo máximo a lo que puede aspirar es a malvivir siendo cajera en un supermercado. Dime, ¿dónde viviréis? ¿Con tu madre? Dudo que con el sueldo de aparcacoches puedas permitirte un alquiler decente. ¿Es eso lo que crees que merece?

Me quedé callado. Kate y yo ni siquiera habíamos hablado de eso. No nos habíamos parado a pensar en nada.

—Conozco a mi hija, tarde o temprano se dará cuenta del error que ha cometido y te dejará. Si de verdad la quieres, haz lo mejor para ella y déjala.

Su mirada fría como el hielo pulverizó la poca confianza que me quedaba. Ese hombre de verdad me veía como el impedimento en el futuro brillante que aguardaba a su hija.

En su discurso había parte de verdad. No podía darle a Kate todo lo que me gustaría. Quizá su padre tenía razón. Quizá yo no era más que la fase rebelde de Kate. La visualicé algo más adulta, dejándome y marchándose arrepentida.

La culpabilidad trepó por mi garganta.

No quería que Kate renunciase a sus oportunidades por estar conmigo. Ella merecía labrarse un futuro. Jamás me perdonaría que se arrepintiera y me guardara rencor.

Arthur asestó la puñalada final diciendo:

—He hablado con el decano de Columbia. Ha habido una baja de última hora, te han aceptado y te han concedido una beca de estudios. Empiezas la semana que viene. La única condición es que te olvides de mi hija y te marches ahora mismo.



Unos días más tarde atravesé el vestíbulo abarrotado de la

residencia de estudiantes que me habían asignado en Columbia y me dirigí a las escaleras. Había más movimiento que en un aeropuerto. La emoción se respiraba en el ambiente. A diferencia del resto, yo cargaba el equipaje solo.

Al llegar a la segunda planta, enfilé por el pasillo y busqué la habitación 209. Empujé la puerta entreabierta y fui a parar a un salón pequeño. En el sofá había un chico sentado, con los ojos clavados en su teléfono de última generación. Tenía el pelo revuelto y vestía una camisa blanca.

—Buenas —saludé al entrar para llamar su atención.

—Hola. —Se levantó y se acercó a mí con el brazo extendido—. Soy Logan Stone. Encantado.

—Igualmente. —Le estreché la palma—. Yo soy Ben Sharp.

Eché un vistazo alrededor. La sala de estar contaba con un sofá verde alargado, una mesa de café y una televisión. Detrás del sillón estaban las puertas de las habitaciones.

—Ya he escogido cuarto —me informó Logan—. Espero que no te importe.

—Sin problema. ¿Cuál es el mío?

—El de la derecha. —Señaló la puerta que estaba al lado de la ventana.

—Genial.

—Me he traído la Play. ¿Quieres echar una partida antes de bajar a la jornada de orientación?

Sobre la mesa había una consola de último modelo.

—No puedo. Tengo una entrevista en una cafetería del campus.

—¿Vas a trabajar mientras estudias? —Logan arrugó las cejas y me miró como si yo fuera de otro planeta.

«Otro niño de papá. Lo que me faltaba».

Le regalé una sonrisa falsa y le dije:

—A algunos no nos lo pagan todo mami y papi.

Acto seguido, caminé hasta mi cuarto y le cerré la puerta en la cara.



Pasé los meses siguientes estudiando y trabajando. Hice amigos nuevos, me apunté al club de comedia, fui a fiestas y cuando podía pateaba Nueva York. Por el día todo iba medianamente bien. Por las noches daba vueltas en la cama durante horas. En la soledad de mi habitación me comía el arrepentimiento por cómo había terminado con Kate. Había roto con ella por mensaje, como un auténtico capullo. Aunque en un primer momento creía que había hecho lo correcto al dejarla, una parte de mí empezaba a sospechar que la había cagado de manera espectacular.

El tiempo pasaba y no dejaba de pensar en ella. La echaba de menos. Había estado tentado a llamarla varias veces para disculparme, pero al final siempre me convencía de que no era lo suficientemente bueno para Kate y que ella estaba mejor sin mí.

Una noche, a las dos de la mañana, la llamé y descubrí que había dado el número de baja. Había perdido cualquier posibilidad de contactar con ella.

Meses después volví a Montauk para pasar Acción de Gracias con mi madre. Al llegar a los Hamptons fui directo a casa de Kate. Tenía la esperanza de que hubiese regresado por las fiestas. Cuando me bajé del coche, el viento gélido de finales de noviembre me azotó el rostro. Cerré la puerta y me encendí un cigarro. Estaba algo nervioso. La gravilla crujió bajo mis botas cuando me acerqué a la valla de madera blanca.

Al ver el letrero de la inmobiliaria que rezaba se vende, me quedé planchado. ¿Aquello tenía algo que ver conmigo? ¿Había sido decisión de su padre o de Kate?

De pronto, un nudo me oprimía la garganta. La desesperación me engulló. No iba a volver a verla.

Me alejé de la mansión como si estuviese habitada por espíritus.

Al regresar a casa, me encerré en mi habitación. Rescaté la cámara de vídeo del armario y me dejé caer en la cama. Abrí la pantalla y, aunque sabía que me sentiría peor, vi la cinta que grabamos el día que nos fugamos.

No había habido ni un solo día en el que no hubiera pensado en ella. Quería pedirle perdón, pero no sabía cómo dar con ella. Sopesé mis opciones durante un momento y, entonces, tuve una idea.

Salté de la cama y levanté la tapa del portátil.

Pasé las vacaciones haciendo un montaje con la cinta de nuestra boda, que uní a fragmentos de varias de sus películas favoritas. Se la llevaría en mano a Harvard, le pediría perdón y le rogaría que volviese conmigo.

El domingo, en lugar de coger la carretera hacia la ciudad de Nueva York, conduje hasta el puerto de Orient Point y subí el coche al ferry que me llevaría hasta Rhode Island. De ahí conduje hasta Boston.

Conforme se redujeron las millas a Harvard, aumentaron los nervios. La perspectiva de verla me emocionaba.

Aparqué a las afueras del campus y pasé por una floristería. Después de comprarle un ramo de rosas rosas, busqué las residencias.

En la tercera en la que pregunté, me confirmaron que se hospedaba allí. Subí las escaleras corriendo y llamé a la puerta de su habitación. Nadie contestó.

—No están —oí que decía una voz femenina—. Julia está encerrada en la biblioteca y Kate se ha ido al cine.

Me volví sobre los talones y me topé con una chica castaña que parecía de mi edad.

—Gracias. ¿Sabes a qué cine ha ido?

Ella negó con la cabeza y siguió su camino.

Busqué en el móvil los cines más cercanos y consulté la cartelera. Seguro que estaría viendo la secuela de *Los Juegos del Hambre*. Tras comprobar la duración de la cinta, decidí acercarme y probar suerte.

Unos minutos después aparqué frente al cine y comprobé mi aspecto en el retrovisor. A continuación, salí del coche y me encendí un cigarro. En Boston hacía un frío que pelaba.

Al cabo de un rato, la puerta principal del cine se abrió y comenzó a salir gente. Estaba a punto de cruzar la calzada cuando salió Kate. El corazón me dio un vuelco. Detrás de ella apareció un tío rubio y repeinado, que le plantó un gorro rosa en la cabeza y le dijo algo que la hizo reír.

Antes de que me diese tiempo a asimilar lo que ocurría, se inclinó y la besó.

Mi corazón se paró en seco.

La imagen me arrolló como un tren de mercancías. Me entraron ganas de vomitar.

«Mi hija está acostumbrada a un nivel de vida que no puedes ofrecerle. Tarde o temprano se dará cuenta del error que ha cometido y te dejará», las palabras de su padre hicieron eco en mi cabeza.

Por supuesto que ella no estaba pensando en mí. A fin de cuentas, yo solo era un simple aparcacoches.

El escozor me arañó los ojos. Di media vuelta, arrojé el ramo de

flores a la papelera y me alejé en el coche a toda velocidad.



—¿Has venido a visitarme para estar callado como una tumba? —le pregunté a mi amigo.

Mike estaba muy serio. Tras lanzarme una mirada amarga, negó con la cabeza.

—Eh, tío, ¿qué coño te pasa? —presioné.

—No quiero tener la conversación ahora. Come primero.

—¿Qué conversación?

Mi amigo le dio un sorbo a su refresco.

Estábamos en el Shake Shack que había al lado de Columbia. Se había presentado en la residencia para hacerme una visita sorpresa.

Eché un vistazo por la ventana llena de adornos navideños. Habían empezado a caer copos de nieve más gruesos. Volví a mirarlo y le dije:

—Si no me cuentas qué coño te pasa, me largo.

—¿Qué coño te pasa a ti? —soltó en un tono de mosqueo—. Estás borracho un miércoles y te acabo de pillar tirándote a dos tías a la vez.

—No estaba tirándomelas a la vez.

Sonreí y él puso mala cara.

—Es verdad. Solo se la estaba metiendo a…

—Lo he visto —me cortó—. No necesito que me lo cuentes. Estoy traumatizado de por vida. Y tu compañero de cuarto también.

—Bah, pasa de Logan. Es un niño rico y mimado.

—Me ha contado que llevas días emborrachándote, que tienes un carnet falso y que ha pasado un desfile de tías por tu cuarto en las

últimas semanas.

—Como si él fuera un santo… A ese lo que le jode es que hasta borracho saco mejores notas que él.

—A mí lo que él haga me la pela. Lo que me importa es que mi mejor amigo no desperdicie el sueño de su vida.

Me puse a la defensiva.

—La uni es esto, Mike. Estudias, sales de fiesta, te emborrachas y te acuestas con tías. Me va fenomenal, no tienes que preocuparte por nada.

—Déjate de gilipolleces, Ben. Sé que todo esto es por Kate.

Apreté la mandíbula y no contesté.

—Escucha, es una mierda que ella esté con otro, pero ha pasado un mes. Por mucho que te acuestes con otras, ni dejará de doler ni pararás de pensar en ella.

—¿Y tú qué sabes?

—Tío, te conozco. Estás en la mierda. Desde que volviste de Boston casi no sé nada de ti, no llamas a tu madre, ¿y ahora resulta que no quieres ir a Montauk a pasar las Navidades?

—¿Has venido a soltarme la chapa?

—He venido a llevarte conmigo. Así que ahora vas a cenar, vas a subir a ducharte y te vas a meter en mi puto coche.

En el último mes me había bebido hasta el agua de los floreros y me había enrollado con tantas tías que había perdido la cuenta. Había sentido alivio momentáneo, pero luego me había invadido una sensación de vacío enorme.

—Tienes que aceptar lo que ha pasado. Rompiste con ella y viniste a la uni. Ahora apechuga y no jodas esto también.

—No la dejé por venir a la uni, y lo sabes.

—Ya no se puede solucionar. Tienes que seguir adelante y parar de revolcarte en el barro. Eres tú el que tiene que sacarnos de

pobres.

Le aguanté la mirada unos segundos.

—Prometo ser mejor estudiante —dije, cogiendo el refresco—, pero no pienso perderme ni una fiesta.

30

Kate

Cuando Ben terminó de hablar, el corazón me latía con fuerza en los oídos y notaba los ojos húmedos. Dicen que no eres una neoyorquina auténtica hasta que lloras en la calle, pero no quería ganarme el título sentada en aquel banco de Central Park. La brisa fría de finales de octubre agitó los árboles. Me encogí dentro del abrigo largo.

Ben me observaba expectante, con una mezcla de arrepentimiento y culpabilidad en el rostro.

El nudo que me oprimía la garganta me impedía soltar palabra. Tampoco sabía qué decir. Mis pensamientos eran un enjambre. Estaba abrumada por la cantidad de información que tenía que procesar. Llevaba trece años creyendo que Ben me había dejado por dinero, que se marchó sin mirar atrás y que le fue fácil olvidarme. Él acababa de contarme una versión diferente de la historia que en su día me dio mi padre.

Había señales que me hacían creer que Ben había dicho la verdad.

Su tono había sonado sincero y cansado, como si llevase años cargando con el peso de la disculpa no pronunciada. Además, estaba al tanto de detalles específicos que nunca llegué a contarle, como que me habían admitido en Harvard después de dejarme en lista de espera, o que en Acción de Gracias fui al cine con un compañero de

clase y que nos besamos al salir.

Pese a estar bastante segura de que Ben decía la verdad, a una parte de mí le costaba creer que mi padre nos hubiera manipulado a su antojo, como si fuésemos marionetas.

—Lo siento mucho. La cagué. No tenía que haberle hecho ni puto caso a tu padre. Entiendo por lo que te dijo que debió de pagarme la universidad…

Asentí sin contestar. Eso suponía yo también.

—Te juro que creía que de verdad había una beca —añadió.

Ver su lado vulnerable despertaba emociones que no podía controlar. En sus ojos tristes vi a un hombre que intentaba conseguir mi perdón.

Oír su relato me había permitido rellenar los huecos de nuestra ruptura.

Parpadeé para alejar las lágrimas. No quería que me viese llorar. Me limpié el rostro con disimulo.

—Kate, tienes que creerme cuando te digo que no ha habido un solo día en el que no me haya arrepentido de lo que hice. ¿Podrás perdonarme?

Le sostuve la mirada. Sus ojos brillaban por las lágrimas contenidas. No quería tomar ninguna decisión en ese momento. Me sentía vulnerable y expuesta. El frío se había colado bajo mi ropa y estaba helada.

—Yo… No lo sé. Ahora mismo estoy hecha un lío. Necesito pensar.

Ben asintió con la cara compungida. Le eché un vistazo a la hora.

—Tengo que irme. —Me levanté y él me siguió.

Salimos del parque en silencio.

Me acerqué a la calzada, alcé el brazo y paré un taxi.

—Buenas noches, Ben —le dije cuando el vehículo se detuvo delante de mí.

Tras decir eso, me monté sin mirar atrás.



Cuando llegué a casa me recibió el calor de la calefacción. Encontré a Preston y a Julia sentados en el sofá. Él llevaba una bata azul marino y sostenía una copa de vino. Ella lucía un pijama negro de satén y estaba concentrada en su portátil. Ambos tenían los parches de colágeno verdes bajo los ojos. Sobre la mesita de café se extendían nuestros platos otoñales favoritos, entre los que destacaban: risotto de calabaza, ensalada con manzana asada y tarta de ricota y manzana. En la televisión estaban pausados los créditos iniciales de *Prácticamente magia*. Habíamos quedado la víspera de Halloween para hacer maratón de películas de estética otoñal.

—¡Por fin llegas! —exclamó Preston, haciéndome un hueco a su derecha—. ¡Me muero de hambre! —Luego se dirigió a Julia y le dijo —: Señorita Trabajo Duro, ya puedes desconectar.

—Respondo este correo y cierro —prometió ella.

—¿Qué tal ha ido tu reunión? —me preguntó Preston.

Solté el bolso en la butaca y saqué la caja de *macarons* de pistacho de Ladurée que había comprado de camino. Con un suspiro eterno, me senté al lado de mi amigo.

—Ben me ha parado a la salida del edificio Rockefeller y hemos estado hablando de lo que pasó cuando lo dejamos —les dije, obviando la pregunta.

Preston abrió mucho los ojos. Julia cerró el portátil de golpe y

me pasó su copa. Subí las piernas al sofá y le di un sorbo al vino. Luego, me metí un *macaron* en la boca. Después de tragar, les conté lo que Ben y yo habíamos hablado.

—A ver, que tu padre es un poco tirano no es nada nuevo —comentó Julia a la par que hundía el tenedor en su risotto—. Quiero decir, ya teníamos la versión en la que le había ofrecido dinero para que te dejara… Lo único que cambia ahora es que podemos entender mejor a Ben.

—No ha hecho nada que no haría mi madre, créeme —apuntó Preston—. Simplemente tienes que pensar que, en su cabeza, él lo hacía por tu bien… Mi madre actuaría igual si creyera que alguien se me ha acercado solo por dinero o interés. Eres su única hija, de la noche a la mañana le dijiste que no querías ir a Harvard y te fugaste con el malote del pueblo… Aunque no lo justifico, supongo que, a su manera, te estaba protegiendo.

—¿De qué? —contesté—. ¿De alguien que no consideraba digno por no tener dinero ni un apellido?

—Es una lógica retorcida, pero ya sabes cómo son vuestros padres —agregó Julia—. Harían lo que fuera por defender el honor y el futuro de la familia.

—No sé si hablar con mi padre…

—¿Servirá de algo? —me preguntó Julia.

Lo sopesé un instante.

—No lo creo.

—Yo tampoco —siguió mi amiga—. ¿No te parece que será sospechoso que le hagas estas preguntas ahora?

Asentí y me comí otro *macaron*.

—¿Vosotros perdonaríais a Ben? —les pregunté con la boca pequeña.

—Yo sí —dijo Julia—. Pero porque empatizo con su historia. Me

crie en un pueblo de Nebraska en el que mi único futuro era heredar la granja de mi familia y me sentía atrapada. Si no hubiese sido por la beca de Harvard, ahora mismo estaría amargada allí…

Miré a Preston.

—Yo no sé estar enfadado, ya lo sabes. De todos modos, haz lo que sientas.

Le di un sorbo al vino y me quedé pensativa.

—¿Ponemos la película ya? —propuse—. Seguro que las mujeres Owens me ayudarán a distraerme.

31

Kate

—Ten, parece que lo necesitas —dijo Preston por encima de la voz de Phoebe Bridgers.

Me quité los cascos y despegué la vista del guion de *Legacy* hacia la copa de vino que me tendía. Una sonrisa afloró a mis labios. Mi amigo estaba listo para marcharse a una fiesta de Halloween que tenía esa noche. Llevaba puesto un uniforme blanco de capitán de la marina. La chaqueta tenía el cuello alto, unas hombreras negras con emblemas dorados y los botones del mismo color.

—Me encanta el disfraz. Si algún día produzco el remake de *Oficial y caballero*, te contrataré para el papel de Richard Gere.

Preston sonrió, encantado con el cumplido.

—A su servicio, señorita. —Se puso la gorra blanca con ribetes dorados y se dio un toque en la visera negra—. ¿Seguro que no quieres venir a la fiesta?

—Seguro. Quiero seguir con esto. —Golpeé el guion impreso con el bolígrafo—. Me gustaría mandárselo al guionista el lunes.

—¿Cómo lo llevas?

Me encogí de hombros.

—Bien. Me faltan dos capítulos y acabo. He escrito un par de escenas románticas que me tienen enamorada. Ojalá le den el visto bueno a esto, porque estoy deseando verlo en pantalla.

—Seguro que sí. Ya lo verás. —Me puso la mano en el hombro y

me dio un apretón—. Si te animas a venir más tarde, llama a Robert.

—Descuida. ¿Verás a tu chico esta noche?

—James no es mi chico. Y sí, acudirá a la fiesta.

James Aster era uno de los cantantes pop más famosos del momento. Su nombre estaba en boca de todos por su voz cautivadora, su estilo extravagante y el par de escándalos que había protagonizado en el último año. Preston y él llevaban viéndose unos meses en secreto. Mi amigo insistía en que no tenían nada serio, pero el brillo soñador que iluminaba sus ojos azules evidenciaba que James le importaba más de lo que reconocía.

—¡Pásalo bien y disfruta por mí!

—Nos vemos mañana. —Se despidió, dándome un beso en la mejilla y se encaminó al ascensor privado.

Cuando me quedé sola, me levanté para estirarme. Después de horas sentada, notaba el cuerpo entumecido. Cogí la copa de vino y caminé hasta la ventana. Ya había anochecido. El viento movía las hojas de los árboles de la Quinta Avenida. La calle estaba llena de transeúntes disfrazados. Apoyé la frente en el cristal y suspiré.

No les había contado ni a Preston ni a Julia que Ben me había invitado a asistir como público al programa de esa noche.

Habían pasado dos semanas desde nuestro beso y estaba confundida.

En los últimos días había pensado en su sonrisa pícara y en su cuerpo desnudo más veces de las que me gustaría. El pulso se me aceleraba al recordar la manera hambrienta que había tenido de mirarme, cómo sus manos grandes habían recorrido mi cuerpo con ansia y la ferocidad con la que sus labios se habían adueñado de los míos.

Besándolo había experimentado la misma descarga de adrenalina que cuando me escapaba por la noche para encontrarme

con él. Era una sensación adictiva. Había echado de menos sentirme así.

Cada vez que nos veíamos, la atracción entre nosotros parecía aumentar.

También le había dado vueltas a todo lo que me había contado la tarde anterior. Aunque seguía un poco abrumada, mi enfado se había reducido de manera considerable.

Eché un vistazo al reloj. Eran las seis y media. Faltaba media hora para que empezase el rodaje. Incapaz de quedarme quieta, caminé de un lado a otro del salón.

Mi mente y mi corazón estaban en una encrucijada.

Una parte de mí tenía ganas de ir al programa y dejarse llevar. Otra parte tenía miedo de acercarse demasiado a Ben y sufrir de nuevo.

Volví a consultar la hora. Si me daba prisa, llegaría a tiempo a la grabación. Con el corazón acelerado, dejé la copa en la mesa y subí las escaleras corriendo. Pasé las perchas del vestidor, buscando qué ponerme.

Enseguida caí en la cuenta de que en el edificio Rockefeller trabajaban personas que me conocían. Cualquiera que hubiese asistido a la fiesta de adquisición sabría que era la hija de Arthur Morgan. Los directivos y los jefes de departamentos de producción no solían ir a ver los programas en directo. Era fácil que alguien me viera, se lo comentara a mi padre y él empezara a sospechar.

Dejé caer el brazo a un costado. ¿En qué estaba pensando? No podía asistir a la grabación y arriesgarme a que las cámaras me sacasen en el programa más visto de la televisión. No podía poner en jaque el compromiso con Preston. Ambos teníamos mucho que perder si se descubría nuestro teatro.

Una sensación agridulce se adueñó de mí.

Tragué saliva y me senté en el banco de terciopelo. Aquel era el motivo por el que tampoco podía aceptar la solicitud de seguimiento en Instagram de Ben. Era una red demasiado pública y cualquiera podría verlo.



Cinco minutos antes de que empezase el programa, estaba sentada en el sofá con el pijama blanco de seda y los parches para las ojeras bajo los ojos. Sobre la mesa descansaban la botella de vino y el salmón con verduras que me cenaría.

Cuando saltaron los créditos iniciales y empezó a sonar la música *jazz*, me mordisqueé la uña. Los alrededores del edificio Rockefeller dieron paso a los miembros del elenco, que fueron apareciendo uno a uno mientras la voz en *off* anunciaba sus nombres. Ben salió construyendo un castillo de naipes con las cartas de póker. Le dio la vuelta a una de ellas y le guiñó un ojo a cámara al mostrar que se trataba del rey de corazones.

El formato del programa siempre era el mismo. Primero comenzaba el anfitrión con un monólogo y luego se daba paso a los *sketches* de comedia, con una actuación musical en medio.

Cuando Ben entró en escena, disfrazado como el demonio de *Las Guerreras K-pop* y bailando una canción pegadiza, el público estalló en carcajadas y no pude evitar sonreír. Llevaba una túnica negra combinada con un sombrero tradicional, le habían maquillado la cara con marcas moradas. Intentó absorber las almas de los comensales de un restaurante, pero se golpeó contra la lámpara del techo y se le cayó el micrófono.

Ben estaba en su elemento. La felicidad de su mirada hacía que

estuviese guapísimo.

Cuando salió disfrazado de perrito caliente para tener una cita con una mujer rica de Miami a la que le encantaban los chihuahuas, me dio un ataque de risa.

Mientras me reía, me pregunté cuáles de aquellas bromas habría escrito.

El episodio llegó a su fin y yo me había bebido media botella de vino, estaba con la risa floja y me dolían las mejillas de sonreír.

Una parte de mí se arrepentía de no haber ido. Podía haberlo pasado genial en vivo, y quizá nadie tenía por qué haberme visto.

En un impulso, cogí el móvil.

Había cambiado de número poco después de la ruptura, porque no quería esperar una llamada que nunca llegaría, pero había guardado su contacto en cada móvil que había tenido. Nunca me había atrevido a escribirle. Achispada, me sentí lo suficiente temeraria como para hacerlo.

Mis dedos volaron por la pantalla.

Pulsé «enviar» y solté el teléfono sobre el sofá.

Ben

Sabía que las probabilidades de que Kate estuviese entre el público eran pequeñas. Cuando el programa terminó y los asistentes se levantaron para aplaudirnos, la busqué con la mirada.

Tan pronto como me escurrí entre bastidores, atravesé el estudio corriendo y bajé las escaleras de dos en dos hasta la taquilla de la planta baja.

—Hola, Stan… —saludé al hombre que regentaba el acceso—. ¿Han recogido la entrada que había dejado?

Él negó con la cabeza y se fijó en el disfraz llamativo de estética

disco que llevaba puesto.

—Vale. —Me mantuve impasible mientras una oleada de desilusión me recorría el cuerpo—. Bueno, gracias, voy a cambiarme.

Regresé al camerino arrastrando los pies y me dejé caer en la silla con una exhalación. Cuando cogí el móvil de la mesa, tenía varios mensajes esperándome. Uno de ellos llamó mi atención porque provenía de un número desconocido.

Tenías razón

El sketch era gracioso

Contuve la respiración.

Rose?

Los puntos que indicaban que la persona estaba escribiendo aparecieron y desaparecieron de la pantalla varias veces. Me recosté en el respaldo de la silla y esperé. No quería emocionarme antes de tiempo.

Los puntos se desvanecieron. Pasé un minuto entero esperando y no recibí respuesta.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Pasa!

Freddie asomó la cabeza vestido de Cazafantasmas y me preguntó:

—¿Estás listo?

Como cada sábado, después de cenar algo, iríamos a la discoteca.

—Id tirando. Enseguida os alcanzo.

Cuando mi compañero cerró la puerta, probé suerte mandando un segundo mensaje.

Qué sketch te ha hecho gracia?

Regresaron los puntos a la pantalla.

Tragué saliva y esperé.

—¡Vamos, contesta! —le pedí al teléfono.

Buenas noches, Jack

—¡Toma! —Salté de la silla e hice un bailecito en el sitio.

Bastaron tres palabras para que volviera a sentirme el puto rey del mundo.

32

Kate

El lunes a primera hora le mandé a Kevin el guion de la temporada de *Legacy* con la subtrama romántica incorporada. Estaba elaborando el presupuesto de un proyecto cuando sonó el teléfono fijo.

—Señorita Morgan —me saludó mi asistente cuando descolgué —. Tengo a Kevin Smith por la vía dos.

—Gracias, Adam. —Pulsé el botón dos—. Hola, Kevin, ¿cómo estás?

—Muy bien. Acabo de echarle un ojo al guion. Ha quedado estupendo.

—¿Te ha gustado? —No pude evitar sonreír.

—Sí. Creo que la conducta de Lucy y Rowan durante la temporada es muy humana. Has mantenido muy bien la intriga de lo que va a pasar con el puesto de trabajo hasta el final y, bueno, reconozco que me parece divertidísimo ver al gran Rowan Newport siendo tan desgraciado y vulnerable en el último episodio.

—Muchas gracias, Kevin.

—¿Cómo quieres que se lo presentemos a Marty? ¿Quieres hacerlo tú? Es tu idea…

—Prefiero que lo hagamos juntos. —Si Marty sabía que la idea de la subtrama romántica venía de mí, me diría que no sin molestarse en leer una página—. ¿Tienes hueco para una

videollamada con él esta tarde?

—Sí.

—Perfecto. Le pediré a mi asistente que revise la agenda de Marty y te digo algo con lo que sea.



Para mi sorpresa, a Marty pareció gustarle la idea. Todavía tenía que leer el guion antes de decirnos algo definitivo, pero al menos no la había rechazado de primeras. Volví a casa con una sonrisa en los labios.

Estaba a punto de subir hasta el ropero para coger la bolsa de pilates cuando una caja blanca de tamaño mediano llamó mi atención desde el aparador de nogal de la entrada. El paquete tenía mi nombre y dirección escritos con una caligrafía grande y desordenada.

Levanté la tapa y aparté las virutas de papel protectoras con cuidado. Tragué saliva al reconocer el objeto que albergaba en su interior. Era una videocámara antigua muy parecida a la del abuelo de Ben. Tenía un pósit amarillo pegado en el que solo podía leerse: «Dale al *play*».

De pronto, se me aceleró el pulso.

Cogí la caja y subí a mi habitación. Solté el abrigo y el bolso en la cama, me senté en el borde y me coloqué la caja sobre las piernas.

Me enganché la correa de la cámara en la mano. Algo me decía que el contenido de la cinta no me dejaría indiferente. Respiré hondo y la encendí. Con manos temblorosas, pulsé el botón de reproducir. Una versión mucho más joven de mí misma apareció en

la pantalla, mirando a cámara con una sonrisa enorme. Al verme, sentí que retrocedía en el tiempo.

Trece años antes. Agosto.

Estaba hecha un revoltijo de emociones.

Después de que mi padre me requisase el móvil, contacté con Ben a través de un mensaje privado de Facebook. Le conté que mi padre me había prohibido seguir viéndole y que al día siguiente me obligaría a regresar a Boston con él. En ese momento, Ben y yo trazamos un plan juntos: fugarnos a Atlantic City y casarnos. De esa manera, mi padre no podría llevarme obligada a ninguna parte.

Por eso, en cuanto mi padre se montó en el coche para ir a comer al club de campo con sus socios, guardé en una bolsa de viaje la documentación, algo de dinero y ropa. Ben me recogió unos minutos más tarde.

Bajé la ventanilla en la autopista y dejé que el aire caliente me despeinara. Todavía no me creía lo que estaba haciendo. Tenía ganas de reírme y gritar. Me pregunté si esa era la libertad que los pájaros sentían al volar. Quería recordar aquella sensación siempre.

—¿Te has traído la cámara de tu abuelo? —le pregunté a Ben.

—Sí. Está en mi bolsa.

—¿Puedo cogerla?

—Lo mío está a punto de ser tuyo. No tienes que pedir permiso.

Sonreí al oír esas palabras.

Me giré sobre el asiento y estiré el brazo para coger la bolsa de la parte trasera. Cuando encontré la cámara, la encendí y abrí la pantalla para verme la cara. Pulsé el botón de grabar y comencé a hablar:

—Estoy emocionada porque… ¡Ben y yo estamos llegando a

Atlantic City para casarnos!

Le di la vuelta a la cámara para sacar a Ben. Mi novio lucía una sonrisa enorme.

—Ben, ¿quieres decir algo?

—Sí. —Bajó la ventanilla y gritó a la autopista—: ¡Voy a casarme con una chica increíble! ¡Soy el rey del mundo!

Me entró la risa.

—¡Qué tonto eres!

—Por ti puedo serlo. —Atrapó mi mano libre y me besó los nudillos, sin apartar los ojos de la carretera.

—Te quiero —le dije, antes de apagar la cámara.

—Yo a ti más.

Cuando llegamos a Atlantic City, paramos en el primer hotel que tenía capilla. Reservamos una habitación con mi tarjeta de crédito, pedimos hora para la ceremonia y subimos corriendo a cambiarnos. Me puse un vestido blanco de tirantes que me llegaba por encima de la rodilla, unas sandalias doradas y el colgante de *Titanic* que me había regalado Ben en mi cumpleaños, y que era un corazón azul. Él se vistió con un traje sencillo de color azul marino, con la corbata a juego y una camisa blanca. Estaba tan guapo que me faltaba el aire.

—Eres la chica más bonita del universo. —Ben me sujetó la cara con las manos y me besó con delicadeza.

Mi corazón batía las alas con tanta fuerza que podría salir volando.

—¡Los anillos! —exclamé, apartándome de sus labios—. ¡No tenemos anillos!

—Tranquila, seguro que encontramos algo abajo.

Ben cogió la bolsa con la cámara y nos dirigimos a las tiendas del hotel. Compramos un par de anillos que nos quedaban grandes por cincuenta dólares y un ramo de rosas rosas para mí.

Al salir de la floristería, le eché un vistazo al reloj.

—Tenemos cinco minutos para encontrar un testigo y llegar a la capilla.

Ben atrapó mi mano y dijo:

—Será mejor que nos demos prisa.

Echó a correr, tirando de mí.

—No puedo correr con las sandalias —le dije tres pasos más tarde.

Él se detuvo, dobló las rodillas e inclinó el torso hacia el suelo.

—Sube.

—¿Vas a llevarme a caballito? —Lo miré dubitativa.

—Claro. ¡Vamos, que no llegamos!

Apoyé las manos en sus hombros y me encaramé a su espalda de un salto. Ben pasó los brazos por debajo de mis piernas y yo le rodeé el cuello con los míos. Se irguió y echó a correr. Con la risa resonando en la garganta, le dije:

—Todo el mundo nos está mirando.

—¡Eso es porque somos guapísimos y nos envidian!

Atravesamos los pasillos del hotel hasta la capilla. Me bajó en la puerta y le cortó el paso a la primera persona con la que nos cruzamos.

—Disculpe, ¿tiene cinco minutos? —le preguntó a una señora de mediana edad. No le dio tiempo a responder—. Me llamo Ben. Ella es Kate, mi novia. Vamos a casarnos y necesitamos un testigo.

La mujer alternó la mirada de Ben a mí.

—¿No sois un poco jóvenes?

—El amor no tiene edad —respondió él con una sonrisa encantadora.

—La capilla está justo aquí. —Señalé la puerta con la mano—. Solo le quitaremos cinco minutos.

—De acuerdo.

—¡Muchísimas gracias! —Ben le abrió la puerta de la capilla—. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Ophelia.

—Encantado. Pase y siéntese donde quiera.

En cuanto la mujer se adentró en la capilla, Ben me preguntó:

—¿Quieres que entremos juntos o por separado?

—Juntos.

—Vale. Voy a colocar la cámara en el altar y vuelvo a por ti.

Ben se perdió en el interior. Cuando regresó, enhebré el brazo al suyo y entramos juntos.

La sala era pequeña, de paredes blancas y bancos de madera con arreglos florales que se extendían a ambos lados del pasillo central. Al fondo había un altar sencillo con un atril blanco. El maestro de ceremonias, vestido de negro, nos esperaba detrás. La melodía a piano que se oía a través de los altavoces llenaba el ambiente.

Mientras recorríamos aquel pasillo corto, supe que nunca olvidaría aquel momento. La piel me cosquilleaba, el corazón me latía con fuerza y no podía dejar de sonreír.

—Buenas tardes —nos saludó el oficiante cuando nos detuvimos delante de él—. Estamos aquí reunidos para celebrar el amor y el compromiso de… —bajó la vista a los papeles— Katherine Morgan y Benjamin Sharp. —Volvió a mirarnos y prosiguió—: El matrimonio es la promesa eterna de dos personas que caminan en la misma dirección. Por favor, Benjamin, repite después de mí. Yo, Benjamin Sharp…

Dejé de oír al oficiante.

A partir de ese momento, mis sentidos se concentraron en Ben, que me agarró la mano y repitió los votos genéricos.

—Yo, Benjamin Sharp, te tomo a ti, Katherine Morgan, como legítima esposa. Para amarte y respetarte todos los días de nuestra vida.

Los ojos se me llenaron de lágrimas al oír sus palabras dulces.

Cuando fue mi turno de repetir los votos, Ben sonrió de oreja a oreja.

—Ahora os pediré que selléis vuestras promesas intercambiando las alianzas —anunció el oficiante.

Ben sacó del bolsillo interno de la chaqueta la bolsa de terciopelo que contenía los anillos y me entregó el suyo.

—Katherine, ¿quieres contraer matrimonio con Benjamin? —me preguntó el oficiante.

—Sí, quiero —respondí con una sonrisa mientras le colocaba la alianza.

—Y tú, Benjamin, ¿quieres contraer matrimonio con Katherine?

—Sí, quiero.

Mi corazón emocionado se saltó un par de latidos. Me pregunté si así de contenta se sintió Julieta cuando se casó con Romeo en secreto.

Ben me besó la mano antes de meter el anillo con cuidado en el dedo anular. Era asombroso cómo me estremecía por un simple roce. No existía nada más en el mundo que sus ojos verdes, chispeantes de alegría.

—Por el poder que me ha otorgado el estado de New Jersey, yo os declaro marido y mujer. Ben, puedes besar a la novia.

Antes de que las palabras terminasen de entrarme por los oídos, Ben ya me estaba besando.

—Te quiero —dijo contra mis labios.

—Y yo a ti —respondí.

Nuestros besos eran torpes y ansiosos.

Nos apartamos al oír un carraspeo.

El hombre nos pidió que firmásemos el contrato matrimonial.

—¿Qué te apetece cenar? —me preguntó Ben mientras nuestra testigo firmaba el papel.

—¿Compramos una pizza y nos la llevamos a la habitación?

—Vale.

—Podríamos comprar también una tarta. He visto en el escaparate de la pastelería una en forma de corazón preciosa.

—Lo que quieras.

Le di un beso fugaz.

—Esto ya está —anunció el oficiante—. El lunes a primera hora validaré el matrimonio en el registro.

—Genial —contesté—. Muchas gracias.

Ben recogió la cámara del altar y la apagó.

Presente

Estaba a punto de apagar la cámara cuando un Ben de dieciocho años apareció en la pantalla. Tenía ojeras, el pelo despeinado y no había ni rastro de la sonrisa que tanto me gustaba. Reconocí en el fondo los pósteres de películas de su habitación de Montauk.

La esquina inferior mostraba la fecha. El vídeo se grabó en noviembre, tres meses después de nuestra ruptura.

Con el corazón encogido vi a Ben pasarse una mano por el pelo y resoplar.

—Hola, Kate. La verdad es que no sé por dónde empezar… —dijo mirando a cámara—. Supongo que debería remontarme a tu cumpleaños. El día que conocí a tu padre, me ofreció dinero para que cortase contigo. Le dije que no y nunca volví a tu casa…

Me quedé impactada al oír aquello.

—La mañana siguiente de nuestra boda bajé a comprarte el desayuno —siguió Ben en la pantalla—, tal y como te había prometido, y me lo encontré en el vestíbulo del hotel. Me quedé flipando cuando me contó que te habían admitido en Harvard. También me dijo que no querías ir a la universidad por mí, que merecías algo mejor que yo, y que cuando te dieses cuenta de que no tenía nada que ofrecerte… me dejarías.

Tragó saliva y guardó silencio durante un momento.

—No sé cómo decir esto sin que suene horrible… así que allá voy: también me dijo que había hablado con el decano de Columbia y que me habían concedido una beca para estudiar a cambio de desaparecer de tu vida… y yo la acepté. —Se frotó la cara con las manos y suspiró—. No tenía que haberlo hecho. Lo siento mucho. Cuando me pintó como el impedimento de tu brillante futuro, me sentí como el culo. No podía dejar que renunciases a estudiar en Harvard por quedarte conmigo… Ahora veo qué equivocado estaba. Tendría que haber hablado contigo… Los días pasan y no dejo de pensar en ti ni en que la cagué. Te llamé hace unas semanas, pero has cambiado de número… Te he buscado en Facebook, pero supongo que has borrado la cuenta, porque no he conseguido dar contigo… Por eso, he pensado que iré a buscarte a Harvard. Haré lo que sea para que me perdones y recuperarte —sentenció decidido—. Lo que sea. No se me dan bien las palabras, espero que el vídeo que te voy a dejar ahora se acerque a lo que siento.

La imagen de Ben dio paso a un montaje de varias escenas de finales de películas románticas. Vi a Harry corriendo para llegar a la fiesta de fin de año en la que estaba Sally, a Patrick dejarle la guitarra en el coche a Kat y pedirle perdón, y a Noah construir para Allie la casa de sus sueños, entre otros.

Cuando el montaje terminó, Ben volvió a ocupar la pantalla. La

fecha indicaba que era unos días más tarde. Tenía los ojos enrojecidos, una chaqueta negra y la expresión más triste que le había visto nunca. Pese a que el fondo estaba oscuro, parecía estar sentado en el coche.

—Estoy en Boston… —dijo con tono apagado—. Yo… he venido a buscarte y… te he visto besando a otro en la puerta del cine. Llevo dos horas conduciendo en círculos porque no quiero irme… Había imaginado que el reencuentro sería diferente, que te encontraría, que te pediría perdón y que tú me aceptarías. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que hubieses pasado página… Me siento un gilipollas. Una chica tan inteligente, dulce y divertida como tú debe de tener a los idiotas de Harvard haciendo cola, ¿no?

Los ojos se le empañaron y acabó diciendo:

—En fin. No sé qué cojones hago grabando esto.

Sentí que alguien me estrujaba el pecho. Ojalá pudiese retroceder hasta el momento y contarle que no había pasado página, que lo había intentado yendo al cine con un compañero de clase, pero que me estaba autoengañando.

El vídeo dio paso a otro, fechado un mes más tarde. Ben volvía a estar en su habitación de Montauk. Unas ojeras moradas destacaban sobre su piel, tenía el pelo algo más desgreñado y la mirada perdida.

—Hola, Kate… No te voy a engañar: desde que volví de Boston he estado jodido. Creo que ha llegado el momento de asumir que siempre te querré y que tendré que vivir con ello. Mike dice que no puedo seguir así y que debo dejarte ir… Así que… supongo que esto es un adiós. Ni siquiera sé por qué grabo esto, pero bueno. Espero que todo te vaya genial, que seas muy feliz y que, si algún día la vida nos vuelve a juntar, no me mires con rencor y… —se le quebró la voz— que seas capaz de recordar el verano tan guay que pasamos juntos. Te quiero. Mucho.

Una lágrima se escapó por la comisura de su ojo izquierdo. Se apresuró a limpiársela.

—Adiós, Kate…

Respiró hondo y paró la grabación.

La pantalla se quedó en negro. Se me escapó un sollozo. No me había dado cuenta de que estaba llorando. Rememorar uno de los momentos más especiales de nuestra relación y luego ver a Ben destrozado me había revuelto entera.

Dejé la cámara sobre el colchón y se me cayeron otro par de lágrimas calientes.

¿De verdad mi padre era el responsable de la ruptura? ¿De verdad había destruido emocionalmente a Ben para salirse con la suya y que yo fuese a la universidad?

Recordé las palabras que me dijo meses atrás mientras cenábamos:

«El chico ese que conociste en Montauk va a presentar *Saturday Late Night*. Jamás pensé que alguien como él llegaría tan lejos… Espero que no te suponga ningún problema».

Sabía que, con eso, lo que quería decir en realidad era: «Si te supone un problema, lo pondré de patitas en la calle…».

De pronto, todo cobró sentido en mi cabeza: la opinión que mi padre tenía sobre Ben y sus orígenes humildes, su afán por que yo fuese a Harvard, lo rápido que puso a la venta la casa de los Hamptons tras la ruptura, hasta la insinuación de que podría hacer lo que quisiera en la empresa siempre y cuando me casase con alguien de su agrado.

La creencia de que Ben me había dejado por dinero hizo que cambiara mi manera de ver el amor. Tras la ruptura, construí una muralla alrededor de mi corazón y solo me relacioné con hombres que ya tenían dinero y la vida resuelta. De esa manera me protegía

porque sabía que, al menos, no me querían por interés. Lo había pasado bien, pero ninguna de esas relaciones trascendió como lo hizo mi primer amor.

Cerré la tapa de la cámara y la dejé sobre el colchón. Luego me levanté, caminé hasta el armario y abrí el último cajón. Extraje un pequeño joyero verde que tenía olvidado y levanté la tapa. Dentro estaba el anillo con el que le había dado el «sí, quiero» a Ben y el colgante de *Titanic* que me había regalado en mi cumpleaños. Acaricié con cuidado el corazón azul oscuro.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora? Ya no me quedaban dudas de que Ben me había dicho la verdad, pero eso no borraba el dolor por arte de magia. Saber que no había sido la única que había sufrido me hacía sentir menos tonta. Ahora que comprendía lo que había ocurrido y que había visto que él también lo había pasado mal, quizá podría llegar a perdonarlo.

Guiada por un impulso, me levanté y cogí la cámara. Luego, bajé las escaleras corriendo y salí de casa.



Media hora más tarde, y con el corazón en un puño, llamé a la puerta de Ben con los nudillos. Oí pasos al otro lado y me puse nerviosa. ¿Qué estaba haciendo? No podía presentarme en su casa sin avisar. ¿Y si estaba acompañado de alguna mujer? Di media vuelta y me encaminé al ascensor. Si me daba prisa, no me vería.

No había dado ni dos pasos cuando la puerta se abrió a mis espaldas.

—¿Kate?

Me detuve y respiré hondo antes de voltearme.

Ben estaba plantado en el umbral de su casa, vestido con una camiseta verde musgo de manga larga y un pantalón de chándal oscuro. Escaneó mi rostro, deteniéndose en mis ojos llorosos y en mi nariz enrojecida.

—¿Estás bien? —Había ansiedad en su voz.

—He visto la cinta —dije con voz contenida.

—Ah… ¿Y qué te ha parecido?

Sentí que una mano invisible tiraba de mis costillas en su dirección. Llevaba resistiéndome a su magnetismo desde que nos besamos en la discoteca. Estaba cansada y no podía más. Dejándome llevar por las emociones, reduje la distancia que nos separaba y lo abracé.

33

Ben

Cuando Kate me rodeó con los brazos, fue como si el mundo entero contuviera el aliento.

La abracé con fuerza y enterré la cara en el hueco de su hombro. Temía que se desvaneciera o despertarme y descubrir que estaba soñando, como me había pasado tantas veces antes.

—Pensaba que cuando rompimos no habías vuelto a pensar en mí… No sabía que había sido tan duro para ti como para mí… —murmuró Kate, apenada, contra mi pecho.

Se me encogió el estómago al oírla llorar. Quería decirle que no había dejado de pensar en ella, pero no quería espantarla.

—No te preocupes por eso ahora.

Estreché el agarre alrededor de su cintura y me erguí, despegando sus pies del suelo. Di un paso atrás y la metí en mi apartamento. La dejé en el suelo con cuidado. Aparté una mano de su cuerpo, tan solo un segundo, para cerrar la puerta. A continuación, la enredé en su melena, sujetándole la nuca. No aparté el otro brazo de su cintura, buscando la manera de pegarla más a mí.

Se apartó de mi pecho y me miró con sus ojazos azules. Tenía las pestañas húmedas y la nariz roja. En ese instante me di cuenta de que seguíamos en la entrada y de que todavía no había sacado a relucir mis modales.

—¿Quieres beber algo? —ofrecí.

—Sí, por favor.

—Siéntate. —Señalé el sofá mientras me dirigía a la nevera.

Desde que Kate se presentó por primera vez y me pilló con la nevera temblando, había procurado tenerla llena por si volvía por sorpresa.

—Agua, Coca-Cola, cerveza, vino… ¿qué te apetece?

—Vino está bien.

Descorché una botella y le serví una copa.

—¿Estabas trabajando? —me preguntó Kate con los ojos puestos en el guion que descansaba en la mesa de café.

Se había sentado en un extremo del sofá semicircular.

—Estaba repasando las líneas para el programa. —Dejé la copa sobre la mesa, frente a ella.

Kate levantó la cabeza y me miró con cara de circunstancias.

—Perdona. No quería interrumpirte. Me he presentado sin avisar…

Hizo amago de ponerse de pie y yo la detuve, sujetándola por los hombros.

—Nunca molestas. Quédate, por favor.

Tomé asiento a su lado, dejando algo de distancia entre nosotros. Atrapé el botellín de cerveza que tenía a medio beber y le di un trago.

—¿Por qué no me dijiste nada cuando mi padre habló contigo? —Sonó herida.

—Porque no habrías ido a Harvard.

—Pero yo… ni siquiera estaba segura de querer ir.

—Y, aun así, me lo ocultaste. Te pregunté varias veces si te habían admitido y siempre me diste largas. Te casaste conmigo, creía que confiábamos el uno en el otro y, aun así, no me lo

contaste. ¿Fue porque te daba pena?

—No me dabas pena. En un primer momento, no quería que te sintieras mal y luego nunca encontré la ocasión adecuada. Lo siento.

Respiré hondo y asentí.

—Tú tampoco me contaste que mi padre te había ofrecido dinero para que me dejases en mi cumpleaños… —soltó al cabo de un momento.

—No quería ponerte en la posición de hacerte elegir entre él o yo. Perdona.

El silencio se hizo entre nosotros.

—Me sentí una estúpida cuando se presentó en el hotel y me contó que te había pagado para que rompieras conmigo… —continuó.

—Ahora sabes que eso no fue así.

—Al principio no le creí, pero cuando me devolvió el móvil y leí tu mensaje se me partió el alma. Yo me había despertado sintiéndome la chica más feliz del mundo por haberme casado contigo, y tú solo me dejaste diciéndome que nos habíamos precipitado, que habíamos cometido un error y que hablarías con el oficiante para solucionar lo del matrimonio. Cuando te llamé y no me lo cogiste, asumí que era cierto.

—No te lo cogí porque, si hubiese escuchado tu voz, no habría sido capaz de marcharme.

—Lo entiendo, pero, al final, hiciste lo mismo que mi padre. Elegiste por mí sin preguntar qué quería…

—Lo sé. Lo siento. Espero que puedas perdonarme.

Pasados unos segundos, ella asintió y solo dijo:

—Ya lo he hecho…

Sentí que me quitaba un peso enorme de encima.

—Aunque eso no borra el pasado —añadió, apartando la mirada.

—Lo sé…

—El otro día, en la fiesta, te mentí —me dijo al cabo de un rato.

Me mantuve en vilo hasta que reconoció:

—Mi compromiso es una farsa…

No dije nada. Prefería que fuera ella quien me contase lo que quisiera.

—Preston y yo nos conocimos en la universidad…

Asentí, animándola a continuar.

Me giré sobre el asiento, orientándome en su dirección.

—Al venir de una familia con valores tradicionales, como la mía, sentía que me entendía mejor que nadie. Con el paso del tiempo, nos hicimos inseparables y hasta hoy…

Le dio un sorbo al vino. Luego se limpió la boca con una servilleta, cuidando de no borrarse el pintalabios rosa oscuro.

—Hace unos meses quise producir una comedia romántica en la línea de *Cualquiera menos tú* —prosiguió—. Le presenté la idea al director de contenido de Morgan Media y la rechazó. Cada vez que le propongo algo que se sale de la línea habitual, recibo negativas… Aquel día me cansé y hablé con mi padre. Si él daba luz verde a mi proyecto, Marty no tendría más remedio que aceptarlo. Le insistí tanto que acabó diciéndome que podría ascender y hacer lo que quisiese dentro de la empresa, siempre y cuando le demostrase que mis valores coincidían con los de la compañía. Básicamente me insinuó que debía casarme y participar más en los eventos corporativos… Lo hablé con Preston y decidimos casarnos.

Bebí del botellín de cerveza mientras reflexionaba sus palabras.

—¿Y él no obtiene nada a cambio?

Kate negó con la cabeza.

—¿Seguro? —La miré con suspicacia.

No contestó.

—Kate, sé que Preston es gay.

—¿Qué? —La sangre le huyó del rostro—. ¿De dónde sacas esa idea?

Me gustó que fuese leal a su amigo.

Cogí el móvil de la mesa y busqué una foto de la boda de Chris y Tyler. Cuando di con una en la que salíamos todos, se lo pasé.

—Preston estuvo saliendo con Tyler, que ahora es el marido de mi amigo Chris.

Ella bajó la vista a la pantalla.

—¿Tu amigo se ha casado con Tyler Young-Woong? —Me miró boquiabierta.

Tyler era uno de los *influencers* más famosos del país.

—Se casaron en verano… El otro día, después de la fiesta de la cadena, les comenté a mis amigos que había conocido a Preston y Chris me contó que su marido había salido con él hacía años.

La preocupación se adueñó de su mirada.

—Puedes quedarte tranquila, no voy a ir contándolo por ahí.

—¿Puedo confiar en ti?

—Sí —respondí sin dudar.

Ella se mordió el labio. La sombra de la duda cruzó su rostro. Al final, claudicó con un suspiro.

—Unos meses después de que mi padre me insinuara que debía casarme, un fotógrafo sacó unas fotos comprometidas de Preston y James Aster.

Separé mucho los párpados.

—¿James Aster el cantante?

—Sí. Ese James. Preston se enteró por un contacto que tiene en la prensa, cuando el fotógrafo intentaba venderlas. En las imágenes aparecían besándose. Preston salía de espaldas, era casi imposible adivinar que era él, pero era cuestión de tiempo que otra foto similar

saliese a la luz. La familia de Preston no sabe que es gay, son bastante conservadores y probablemente le desheredarían. En ese momento, lo hablamos y me ofrecí a ser su tapadera. De esa manera, ambos ganábamos. Él tendría a su madre contenta y se cubriría las espaldas frente a posibles rumores, y yo conseguiría que mi padre me diese manga ancha en la empresa.

—Entiendo… —No me sorprendió, porque esperaba algo en esa línea.

Kate bajó la vista a la foto de nuevo.

—¿Esta chica no es tu abogada? —Volteó el móvil hacia mí.

En la fotografía que le había mostrado salían Alexandra y su marido, Jim; Logan y Hannah; Chris y Tyler y yo.

—Sí. Ya te dije que Alex es mi mejor amiga, y creíste que te estaba vacilando.

—Me parece una casualidad tremenda que nuestras mejores amigas sean abogadas y nos hayan llevado el divorcio.

—Bueno, Alexandra no se dedica al derecho familiar. Ha cogido este caso como un favor hacia mí. Por cierto, hablando de casualidades, no sé si te has fijado en que la otra chica de la foto es Hannah, tu *wedding planner*.

Kate arrugó el ceño y volvió la vista a la foto. Ahogó una exclamación.

—¿Eres amigo de Hannah Brooks?

—Sí. Bueno, en realidad, es la novia de mi mejor amigo, pero sí, nos llevamos bien.

—¿Hannah está saliendo con Mike?

Se me congeló la sonrisa.

—Con Logan. —Me incliné sobre el sofá y señalé a mi amigo.

—Este es el que le tiró el vino a Preston. —Me miró con los ojos entrecerrados.

—No voy a disculparme por idear un plan para hablar contigo a solas.

Ella me devolvió el teléfono.

—¿Y qué ha sido de Mike? ¿Sigue con Lola?

—Mike y Lola se casaron y tuvieron un hijo hace cinco años. Se llama Archie. Es igualito a su padre. Mira… —Busqué una foto en la galería y se la enseñé.

En la imagen, Archie estaba sentado sobre mis hombros. Los dos teníamos la cara manchada de helado.

Kate emitió un sonido tierno que solo supe describir con la palabra «adorable».

—Soy su padrino. —Sonreí orgulloso.

—Está monísimo —dijo encandilada.

—Gracias. La verdad es que salgo bastante bien.

—Me refería a Archie. ¿Qué tal les va? —me preguntó devolviéndome el teléfono.

—Lola está bien. Sigue viviendo en Montauk. Y el niño lleva un par de años en el colegio.

—¿Y Mike? ¿Aún trabaja en el club de campo?

Me tensé de cuerpo entero.

—Mike trabajó en un taller de coches hasta que murió —solté sin anestesia.

—¿Qué?

Me mordí el carrillo por dentro y asentí.

—Fue hace cuatro años. Le dio un infarto mientras estaba solo en casa. Cuando lo encontraron era demasiado tarde.

De pronto, me picaban los ojos. A duras penas, me tragué el nudo del tamaño de Texas que me subía por la garganta.

Kate buscó mi mano y me dio un apretón.

El tacto cálido de su piel me reconfortó.

—Lo siento mucho, Ben.

Aparté la mirada.

Mike era el hermano que nunca había tenido y hablar de su muerte era algo que todavía me costaba.

—¿Quieres más vino? —propuse, levantándome.

Ella se puso de pie y me abrazó.

—No tenemos que hablarlo si no quieres.

La rodeé con los brazos y me sentí algo mejor.

Kate se apartó mucho antes de lo que me habría gustado.

Volvimos a sentarnos en el sofá.

—¿Cómo has conseguido mi dirección para mandarme la cinta? —Detecté curiosidad en su voz.

—Me la ha dado tu asistente.

—¿En serio? Tiene prohibido darle mis datos personales a nadie.

—Puedo ser muy convincente cuando quiero algo. —Sonreí de manera descarada.

—¿Qué le has ofrecido?

—Un mago nunca revela sus trucos.

Ella apartó la mirada. En ese momento caí en la cuenta de que había otra cosa que tenía que contarle.

—Por cierto, ya que nos estamos sincerando… —continué—. Hay algo que debes saber: no voy detrás de tu patrimonio. Lo de la contrademanda fue idea de Alexandra para ganarme algo de tiempo y que pudiera hablar contigo.

Kate parpadeó sorprendida.

—Por eso Julia decía que la demanda era absurda… —dijo para sí misma.

Asentí y ella negó con la cabeza.

—Una vez más: no voy a disculparme por buscar la manera de hablar contigo.

—Entonces, ahora que ya hemos hablado, ¿vas a firmar el divorcio?

Tras sopesarlo, decidí jugármela diciendo:

—Ya sabes lo que quiero a cambio. ¿Has pensado lo de la cita?

—Mi respuesta no ha cambiado.

—¿Me lo vas a poner difícil?

—No quiero que te hagas ilusiones.

—Tarde. Después del beso, las expectativas están por las nubes.

Un atisbo de sonrisa asomó a sus labios.

—Había pensado que podíamos ir al cine, como en los viejos tiempos —agregué, con la esperanza de que aceptase.

Ella se quedó pensativa.

—De acuerdo —aceptó, pasados unos segundos—. Pero tienes que prometerme dos cosas antes…

—Lo que quieras.

—La primera es que no intentarás nada conmigo.

—Lo que quieras menos eso.

—Ben…

—Vaaale —concedí a regañadientes—. Por dejarlo claro: si eres tú la que se lanza a comerme la boca, no pasa nada, ¿no?

—No voy a intentar nada contigo.

—Eso ya lo veremos…

—Olvídalo. Sabía que era una mala idea…

—¡No, no, no! Tú y yo quedando es una idea buenísima. A ver, dime, ¿cuál es la segunda condición?

—Firmarás el divorcio en cuanto termine la cita.

El silencio se prolongó. Una sensación incómoda se instauró en mi pecho. Cogí aire de manera profunda, cuando lo solté me resigné:

—Si es lo que quieres, lo firmaré.

Kate estiró el brazo con la palma abierta.

—Tenemos un trato —dijo cuando se la estreché.

—Entonces ¿nos vemos el viernes? —recuperé el tono jovial.

—Sí. No podemos ir a un cine muy público. Seguro que te reconocen en todas partes…

—No te preocupes. El cine que tengo en mente está algo apartado. ¿Te recojo a las seis?

—Genial.

Kate le echó un vistazo al reloj.

—Se ha hecho un poco tarde… Debería irme —dijo levantándose.

El bajonazo fue instantáneo. Ahora que habíamos alcanzado una especie de tregua, después de tener la primera conversación real en trece años, no quería que ese momento terminase. Pero tampoco quería presionarla. Por ello, la acompañé hasta la entrada.

—Hasta el viernes. —Kate giró el pomo y abrió la puerta.

—No me eches mucho de menos durante la semana.

—Descuida. —Me dedicó una última mirada y cerró al salir.

34

Kate

—Necesito contarte algo —le dije a Preston tan pronto como entré en el salón.

Él dejó de tocar el piano y se giró sobre la butaca para mirarme expectante.

Tomé asiento en el sofá más cercano a él.

—No quiero que te alarmes, pero he estado hablando con Ben. Sabe que nuestro compromiso es falso y que te gustan los hombres.

Preston parpadeó confundido.

—¿Cómo lo… sabe?

—Uno de sus amigos está casado con Tyler.

Preston y Tyler estuvieron saliendo juntos hace unos años. Hasta la fecha, esa relación había sido la más larga que Preston había mantenido con nadie. Rompieron cuando Tyler quiso hacerlo público y Preston se negó por temor a lo que fuera a decir su familia.

—Ah, vaya… —Mi amigo se levantó y caminó hacia mí con gesto serio—. ¿Crees que… Ben será discreto?

—Sí. No va a contárselo a nadie.

—De acuerdo. Si tú confías en él, me quedo tranquilo.

—También me he enterado de que Hannah, nuestra *wedding planner*, es novia del amigo que te tiró el vino en la fiesta.

—El mundo es un pañuelo.

—Y que lo digas…

—¿Qué más has hablado con él?

Le conté por encima que habíamos aclarado el pasado, dejando fuera los detalles íntimos, como la cinta de nuestra boda. Esos recuerdos prefería atesorarlos solo para mí.

—Entonces ¿vais a tener una cita?

—No es una cita como tal. Simplemente vamos a darle un cierre a lo nuestro.

—¿Ben lo sabe? —Detecté suspicacia en su tono.

—Sí. Hemos acordado que firmará el divorcio después. ¿Me cambio y cenamos? —No tenía muchas ganas de seguir hablando del tema.

—Sí. Voy a ver qué nos ha dejado Diane preparado.

Preston se dirigió a la cocina y yo subí las escaleras hasta el vestidor.



Aunque no volví a saber nada de Ben durante la semana, mi nerviosismo fue en aumento conforme nos acercábamos al viernes. El jueves por la tarde, al salir de clase de pilates, quedé con Julia para ir de compras a la avenida Madison.

—Qué guay que Marty te haya aprobado los cambios de *Legacy* —dijo Julia mientras pasaba las perchas de un burro de blusas—. ¿Estás contenta?

Me habían dado la noticia esa misma mañana.

—Sí. —Desdoblé un jersey verde pistacho para verlo mejor.

—No lo dices muy entusiasmada —opinó mi amiga.

Que el director de contenido hubiese aprobado el guion de la temporada con mis cambios era algo que me hacía sentir orgullosa y

motivada de cara a retomar mi guion.

—Es que sé que, si le hubiese presentado los cambios yo sola, sin el respaldo del guionista, me habría dicho que no antes siquiera de que hubiese abierto la boca.

—Ya… Bueno, piensa que solo tienes que aguantarlo unos meses más. Después serás tú quien decida qué contenido llega a nuestras pantallas.

—No veo el momento. ¿Tú qué tal estos días?

—Bien, trabajando sin parar. ¿Qué te parece esta blusa? —Se pegó al cuerpo una percha con una prenda negra de satén—. Creo que estaré increíble en los juzgados.

—No tengo dudas. ¡Cómpratela!

Me colgué el jersey del brazo y me encaminé al burro siguiente para escanear las faldas. En mi opinión, aquella era la mejor época para ir de compras. Me encantaban las paletas de tonos otoñales y las prendas de entretiempo, como las gabardinas, los jerséis finos y los *blazers*.

Me enamoré de una falda nada más verla. Era corta, me llegaría por encima de la rodilla, de color verde oliva, con un estampado de cuadros marrones diminutos. El corte era en forma de A. Quedaría genial con el jersey que acababa de coger. Busqué mi talla y me acerqué a una mesa para colocar las prendas una encima de la otra. El conjunto guardaba el equilibrio perfecto entre arreglado e informal. Me visualicé combinándolo con la gabardina marrón oscura de Dior y las botas de caña alta del mismo color. Era ideal para la cita con Ben. No quería ir excesivamente arreglada ni que pareciera que me había puesto lo primero que había encontrado en el armario.

Después de pagar, le pedí a Julia que me acompañara a Agent Provocateur, nuestra tienda de lencería predilecta. Al entrar, fui directa a una de las mesas alargadas. El conjunto azul celeste que

llevaba el maniquí del centro de esta había captado mi atención. Era de encaje, con la tela suave y semitransparente.

—No irás a comprarte eso para tu cita con Ben, ¿verdad? —La voz acusadora de Julia sonó por encima de mi hombro—. Porque queremos que firme el divorcio, no que le dé un infarto.

—Necesito renovar ropa interior. —Alcé la cabeza para mirarla—. Ya te lo he dicho.

Ella me observó, discerniendo si decía la verdad o no.

—Mañana serás una mujer divorciada —dijo al cabo de unos segundos—. Tendremos que celebrarlo, ¿no?

—Sí… —Aparté el rostro y busqué el sujetador de mi talla—. ¿Dónde quieres cenar? —pregunté dispuesta a zanjar la conversación.



El viernes estaba sentada frente al tocador, pintándome los labios de un tono burdeos precioso, cuando me sonó el móvil. Era un mensaje de Ben.

Estoy aquí

He aparcado un poco más adelante del portal

Mi coche es el Lexus azul

Baja cuando quieras

El estómago me dio un vuelco. La voz de la razón enseguida me recordó que no debía sentir nada romántico por Ben, porque, cuando firmase el divorcio, me casaría con Preston.

Guardé el labial en un neceser pequeño y lo eché al bolso. Me senté en el puf de terciopelo para calzarme las botas marrones. Acto seguido, caminé hasta el espejo de cuerpo entero. Me gustó la imagen que me devolvió el reflejo. Me había peinado las ondas con esmero y me había vestido con el jersey verde de punto fino y la falda a juego que había comprado el día anterior.

Tras ponerme la gabardina marrón oscura, me saqué la melena, que se me había quedado debajo de la prenda, y cogí el bolso.

—Vaya, estás guapísima para tu cita —aduló Preston desde el salón cuando bajé las escaleras—. Vas a tenerlo babeando toda la noche.

—No es una cita en ese sentido, y lo sabes.

Preston arqueó las cejas.

—Cielo, no puedes tirarle un hueso a un perro y esperar que no corra a por él.

Negué con la cabeza.

—Eres incorregible.

—Yo solo digo que tienes mi beneplácito para acostarte con tu marido por última vez. Mañana quiero un informe completo.

Una sonrisilla traviesa adornaba su rostro.

Se me calentaron las mejillas.

—No voy a acostarme con Ben. —Me anudé el cinturón de la gabardina, evitando mirarlo—. Me voy… —le dije, caminando hasta el ascensor.

—¡Pásalo bien! ¡No hagas nada que yo no haría!

—¡Descuida!

Me despedí con la mano y pulsé el botón de la planta baja.

Aferrarme al rencor había sido fácil bajo la creencia de que Ben era un canalla sin escrúpulos que solo miraba por su propio beneficio. Ahora que esa imagen se había caído, sospechaba que mantenerme alejada me sería más difícil. Salí de casa con los nervios a flor de piel. Esperaba no arrepentirme de aquella decisión.

35

Ben

En una entrevista le preguntaron a Ryan Gosling qué consejo les daría a los románticos empedernidos. Él respondió que la esperanza es lo último que se pierde. Supuse que, por eso, aun sabiendo que Kate iba a casarse con otro, esperaba que no fuera demasiado tarde.

Estaba algo nervioso. Aquella era mi única oportunidad de hacer las cosas bien y ver si lo nuestro funcionaba. Mi plan era llevarla al mismo cine al que fuimos en nuestra primera cita. Para ello nos dirigiríamos a Montauk. Primero la invitaría a cenar en un restaurante exclusivo que acababa de abrir en la zona y luego iríamos al cine. Confiaba en que el viaje al pasado la ayudase a recordar lo felices que fuimos.

Mientras la esperaba aparcado en doble fila, un poco más adelante de su edificio, me quité el jersey y lo tiré al asiento trasero. Tenía la calefacción a tope porque Kate era friolera. Después de recogerme las mangas de la camisa hasta los codos, bajé el espejo que tenía sobre el asiento y me peiné con la mano. Me había puesto guapo para ella y esperaba que lo notase.

Impaciente, tamborileé el volante con los dedos. Tenía muchas ganas de verla.

Unos minutos más tarde, Kate salió del edificio. La luz dorada de las farolas caía sobre ella. Miró de un lado a otro y me localizó enseguida. Llevaba una gabardina de cuero marrón, que le llegaba

hasta la rodilla y que me impedía ver lo que lucía debajo.

—Hola. —Se acomodó en el asiento del copiloto y su aroma floral inundó el coche.

—Buenas. ¿Qué tal?

—Bien.

Se inclinó hacia delante en el asiento y se deshizo de la gabardina. Llevaba un jersey verde que se ceñía a sus tetas, remarcándolas a la perfección, y una falda corta que dejaba gran parte de sus piernas al descubierto.

—Vaya, estás preciosa —le dije deslumbrado.

Cuando me miró, sonreí de medio lado.

—Guárdate la sonrisita sexy, porque no voy a acostarme contigo.

Ensanché la sonrisa más aún.

—Guau. Es la primera cita ¿y ya estás hablando de follar? —Me hice el sorprendido—. No soy un facilón, Rose.

—Hablo en serio, Ben.

—Ya te prometí que no intentaría nada contigo. Pero, si tú sientes la necesidad irrefrenable de besarme, por favor, hazlo. Sea el momento que sea. Me da igual dónde estemos y quién haya delante. Tú solo bésame, ¿vale?

Sus mejillas se colorearon de rojo cereza.

—Tranquilo, no va a pasar.

Decidí no llevarle la contraria.

Cuando se abrochó el cinturón de seguridad, serpenteé por las calles del Upper East Side.

—¿Qué tal la semana? —le pregunté para sacarle conversación.

—Bien. ¿Y la tuya?

—Hasta arriba con el trabajo para cerrar todo antes del parón de Acción de Gracias.

—¿Cuánto tiempo tenéis de descanso?

—Dos semanas.

—¡Qué envidia! ¿A qué cine vamos? —me preguntó cuando tomé la autovía en dirección a Queens.

—Ya lo verás…

Dos horas y cuarto más tarde llegamos a las afueras de Montauk. Kate descubrió nuestro destino cuando dejamos atrás Queens y me incorporé a la autovía 495.

—He pensado que podíamos cenar antes de ir al cine —le dije con la vista puesta en la carretera—. Han abierto un restaurante especializado en marisco que dicen que está muy bien.

—¿Y si vamos a la hamburguesería de John? —propuso ella.

«Dios mío, es la mujer de mi vida».

Me llevé una mano al pecho y la miré por encima del hombro un instante.

—Si intentas que no me pille por ti, déjame decirte que no vas por el buen camino.

Ella desvió la vista por la ventanilla y no contestó.

Aparqué el Lexus frente a la hamburguesería a la que fuimos en nuestra primera cita. Me bajé del coche y le abrí la puerta del local a Kate. A través de la ventana vi que había varias mesas libres. Cuando entramos, el olor a patatas fritas flotaba en el ambiente.

—¿Qué os pongo? —nos preguntó un hombre uniformado de blanco desde el otro lado del mostrador.

—Mmm… —empezó Kate con la vista clavada en el menú de la pared—. Yo quiero la hamburguesa especial con extra de queso y beicon, patatas gajo y un batido de fresa, por favor.

El hombre tecleó el pedido en la pantalla y luego me miró.

—¿Algo más?

—Para mí otra hamburguesa especial, con patatas fritas y Coca--Cola, por favor —pedí yo.

—Serían treinta y cuatro dólares con veintitrés centavos.

Planté un billete de cincuenta en el mostrador.

—Quédese con el cambio.

Kate se fue a buscar una mesa. Mientras esperaba la comida me saqué el móvil del bolsillo. Tenía varios mensajes esperándome en el grupo de mis mejores amigos.

Alexandra
Qué tal está yendo la cita?
Nos tienes en ascuas

Chris
Espero que vaya genial, Ben

Logan
Alguien puede recordarme por qué no hemos apostado?

Respondí primero el mensaje de Logan diciendo:

No habéis apostado porque vais todos a mi favor, capullo

Alexandra
Todos somos Team Ben 😁 Me encantaría tener el minuto a minuto

Escribí un último mensaje:

Acabamos de llegar a Montauk.
Luego os cuento

En cuanto me entregaron la bandeja con la comida, busqué a Kate. Sonreí al ver que estaba en una mesa cercana a la ventana, igual que la primera vez. Dejé la bandeja en el centro de la mesa cuadrada y me senté frente a ella.

—¡Qué bien huele! —Kate cogió su hamburguesa, le quitó el papel y le dio un mordisco—. ¡Está tan rica como recordaba! —exclamó después de tragar.

Su expresión era de total satisfacción.

—Son las mejores hamburguesas del mundo —comenté antes de morder la mía.

Durante un momento nos dedicamos a comer.

—¿Nunca te has planteado escribir algo? —le pregunté enseguida.

De camino a Montauk me contó que, cuando terminó de estudiar Empresariales en Harvard, hizo un posgrado en Administración de empresas en la Sorbona de París. Y yo le expliqué cómo conseguí el trabajo en el programa mandando de manera espontánea varios guiones de *sketches*.

—Cuando estaba estudiando empecé a escribir una comedia romántica… —me respondió—. Ni siquiera llegué a terminar el primer acto. Estoy pensando en retomarla. Si la termino y queda bien podría sacarla adelante en la plataforma de la NBS junto con la que te conté que Marty me tiró para atrás hace tiempo… No sé si lo sabes, pero en unos meses me harán directora de la plataforma de *streaming*, cuando la compra de la cadena se haga efectiva y el señor Miller ascienda a consejero. Ya sé lo que opinas de las películas románticas, pero es lo que quiero hacer…

—Oye, oye, oye, yo no tengo nada en contra de las películas románticas. De hecho, me gustan. Solo creo que algunas tienen finales demasiado perfectos, que jamás sucederían en la vida real.

Kate arqueó una ceja.

—Hablo en serio —continué—. Me gustan *La La Land*, *Crazy, Stupid, Love*, *El especialista* no está mal…

—Ben, no te gustan las películas románticas. —Se rio—. Lo que te gusta es Ryan Gosling.

—No es cierto.

—Dime una película romántica que te guste y que no salga él.

—*Palm Springs*, *La princesa prometida*, *Cualquiera menos tú…*

—¿Has visto *Cualquiera menos tú*?

—Por supuesto. Es la película que trajo las comedias románticas de vuelta al cine.

Ella me miró complacida.

«Punto para mí», pensé encantado.

—Ahora que has mencionado *La La Land*… —siguió ella—. Conociéndote, imagino que el final te encantó.

—Me pareció buenísimo, sí. A ti no te gustó, ¿verdad?

—Te equivocas. Me gustó tanto que tengo tatuada una frase de la película.

Abrí los párpados sorprendido.

Lo último que esperaría de Kate es que se hubiese tatuado la piel delicada. Me surgieron varias preguntas: ¿dónde tenía el tatuaje? ¿Qué ponía? ¿Cuándo se lo había hecho?

Kate le dio un sorbo a su batido de fresa. Se limpió la boca con la servilleta y prosiguió:

—Debo reconocer que en un primer momento no me gustó el final. En mi cabeza, acabaron juntos.

—¿Escribiste ese final en tu cuaderno?

—¿Te acuerdas de eso?

—Claro.

Le brotó una sonrisa ligera.

—Sí, lo escribí. Para mí, cuando Seb terminó de tocar el piano, se levantó y besó a Mia.

—¿Delante de su marido?

—Sí.

—¿De verdad ese es tu final perfecto? Pobre marido, ¿no?

Ella negó con la cabeza. Una sonrisa preciosa adornaba su rostro.

En ese momento, sentí como si el tiempo no hubiese pasado. Fue como volver a casa después de un largo viaje y encontrarte con todo tal y como lo habías dejado.

Mientras comíamos, me contó de qué trataba la serie que estaba produciendo y la subtrama romántica que había añadido al guion.

Dejé de oírla cuando se manchó la boca de kétchup. Tuve que reprimir las ganas de alargar la mano y quitarle la salsa con el pulgar. Me moría por tocarla, pero quería dejarle espacio. Prefería que fuese ella quien se acercase cuando estuviese preparada.

—¿Qué pasa?

—Tienes kétchup aquí. —Me señalé la comisura de la boca.

Ella se limpió con la lengua. Sin querer, me imaginé su lengua recorriendo otras partes de mi cuerpo. Mi polla comenzó a despertarse dentro de mis pantalones.

«Joder, piensa en otra cosa, tío. Eh… ¡Equipos de baloncesto! Los Knicks. Los Nets. Los Toronto Raptors…».

—¿Ya? —me preguntó.

Tragué saliva y asentí.

Ella mojó una patata en kétchup y se la comió.

—¿Ya no fumas? —me preguntó después de tragar.

—Lo dejé el año pasado.

—¿Te costó mucho?

—Un poco… El primer mes fue el peor. Ahora el olor del tabaco me tira para atrás.

—¡Qué curioso! Me alegro de que lo hayas dejado. —Sonrió—. Por cierto, vi a tu madre en tu debut del programa —dijo mientras cogía otra patata—. Parece que el tiempo no ha pasado por ella. ¿Cómo está?

—Bien. Ya no vive aquí. Se mudó a Florida hace unos años. Vive con Joseph. Lo conoció en el viaje que hizo al jubilarse con sus amigas.

Kate sonrió.

—¡Eso es genial!

—Sí. Aún conservamos la casa, suelen venir un par de semanas en verano.

—¿Se llevó a Oreo con ella?

—El perro se quedó con ella cuando me fui a la universidad, pero falleció de mayor hace unos años.

La sonrisa de Kate se desvaneció.

—Lo lamento.

Asentí antes de darle un sorbo al batido.

Después de cenar, nos montamos en el coche y conduje hasta el cine. Las luces del edificio estaban apagadas y no había ni un solo coche en el aparcamiento. Estacioné en la puerta. Al bajar del vehículo, el aire frío me obligó a subirme el cuello del jersey. A mi lado, Kate tiritó. Cogí del maletero la bolsa que había traído.

Las hojas secas crujieron bajo nuestras pisadas a medida que nos acercábamos a la entrada.

—¿Nos estamos colando? —me preguntó cuando saqué un juego de llaves del bolsillo.

—No. —Introduje una en la cerradura y la giré—. Soy el dueño.

—¿Has comprado el cine? —preguntó atónita.

—Sí. —Empujé la puerta y le cedí el paso—. Bienvenida al cine de Kate.

Kate

—¿Cómo? —pregunté atónita.

Ben entró detrás de mí. Cuando encendió las luces, solo fui capaz de mirarlo a él.

—¿Cómo que «El cine de Kate»? No lo entiendo. ¿Has… has comprado el cine por mí?

—Sep. —Ben asintió como si nada.

Me di la vuelta despacio y observé el vestíbulo. Un montón de recuerdos me vinieron a la mente. Nos vi a Ben y a mí comprando palomitas, comentando las películas al salir y comiéndonos a besos en cada rincón. Parecía no haber pasado el tiempo por aquel lugar. Todo estaba tal cual recordaba. Las paredes seguían repletas de pósters de películas, la taquilla estaba a mano derecha y, sobre ella, relucía el cartel de siempre, que rezaba: nos vemos en las películas.

Ben cerró la puerta con llave a mi espalda. Luego, me adelantó y se dirigió al mostrador cargando la bolsa que había sacado del maletero.

Me quité la gabardina y volví la vista a la estancia. En la parte superior de la pared del fondo, un rótulo rosa de neón llamó mi atención. En él podía leerse: las películas favoritas de kate. Me acerqué hasta allí, con el corazón en un puño. Debajo había una fila de carteles enmarcados de algunas de las películas que me sabía de memoria. Entre ellos estaban *Titanic*, *Atrapa a un ladrón*, *Desayuno*

con diamantes y *Cuando Harry encontró a Sally*.

Giré sobre los talones y encaré a Ben, que se había puesto al otro lado del mostrador y en ese momento estaba encendiendo la máquina de las palomitas.

—¿Has comprado el cine por mí? —repetí la pregunta, porque todavía no terminaba de creerme lo que veían mis ojos.

—Sí.

—Has comprado un cine por mí…

—Eso ya lo has dicho. —Sonrió.

—¿Cuándo, por qué…?

—Hace cuatro años. El señor Williams se jubilaba e iba a echar el cierre. En cuanto me enteré, le llamé y le hice una oferta para comprarlo. Este lugar es parte de nuestra historia. Decías que el cine era tu refugio… Yo quería que tuvieras un lugar al que acudir si lo necesitabas. Así que lo compré y le puse el nombre en tu honor.

Tragué saliva, intentando controlar el torbellino que eran mis emociones.

Ben sacó un paquete de granos de maíz de la bolsa, y después un bote de caramelo.

—He traído caramelo para preparar tus palomitas —me dijo—. Y *macarons* de pistacho, por si te apetece algo más. Sé que a la Kate adolescente le encantaba la Coca-Cola, pero he traído varias botellas para preparar negroni porque era lo que bebías en la fiesta de la cadena.

Estaba profundamente conmovida por aquel gesto. El pecho se me había llenado de mariposas, el corazón me retumbaba con golpes sordos contra las costillas y no podía hablar por el nudo que me oprimía la garganta.

—No llores, anda. —Su tono tierno se agarró a mi pecho—. Las películas que ponemos no son tan malas. Algunas tienen finales que

te gustan.

A duras penas, contuve las lágrimas.

—Todos los veranos ponemos tus películas favoritas, junto a los estrenos y a todas las de James Cameron, por supuesto —continuó, sin mirarme, mientras echaba los granos de maíz en la máquina—. Me gusta pensar que entre los espectadores puede haber gente como nosotros. Personas que necesitan las películas para evadirse y escapar de la realidad. Ahora ya sabes que, siempre que lo necesites, este cine abrirá para ti.

Al oír esas palabras, un aluvión de emociones intensas tomó el control de mi cuerpo. Antes de que me diera tiempo a pensar en las consecuencias, rodeé el mostrador, le sujeté la cara con las manos y lo besé.

36

Ben

En cuanto Kate apretó los labios contra los míos, el alivio me rebasó entero. Llevaba semanas deseando volver a besarla. Solté la bolsa de granos de maíz, que rebotaron por el suelo, y llevé las manos a sus caderas. La llama de la esperanza resurgió con fuerza dentro de mi pecho. Estaba tan contento que podría dar palmas con las orejas.

Cuando su lengua buscó la mía, la sangre se me calentó dentro de las venas. Su olor floral embotó mis sentidos. El ruido de las palomitas estallando en la máquina fue reemplazado por el de nuestros besos. El cine desapareció. De golpe, solo era consciente de lo suave que tenía la piel, del calor agradable que desprendía su cuerpo y de lo bien que me hacía sentir.

Daría lo que fuera por quedarme atrapado en ese momento para siempre.

Le rodeé la cintura con los brazos y la atraje hacia mí. A continuación, ladeé el rostro para profundizar el beso. Mi lengua ansiosa exploró su boca con sabor a batido de fresa. Kate se aferró a mis hombros para no perder el equilibrio. Dejándome llevar por el instinto, empujé sus caderas con suavidad hasta que su culo se encontró con el mostrador para que tuviera otro punto de apoyo.

Kate llevó una mano a mi nuca. Fui suyo en el instante en que me acarició el cuello con las uñas. La piel se me erizó y una sensación placentera se expandió en todas direcciones. Le apreté las

caderas y subí las manos hasta su cintura. Quería recorrer todo su cuerpo con las manos. Sujeté su rostro y le di un beso pasional, con el que le robé el aliento.

Ella pasó las yemas de los dedos por mi mandíbula, poblada por una barba de varios días, y después bajó la mano por mi pecho. El corazón me latía con tanta fuerza que no me sorprendería que lo sintiese contra la palma.

Tensé los músculos cuando me recorrió el abdomen con la mano. Mi polla pasó de cero a cien. Me moría por sentarla en el mostrador, posicionarme entre sus piernas y recuperar los orgasmos perdidos.

Pero no podía hacer eso.

Sabía que Kate había pensado en varias ocasiones que lo único que me interesaba era acostarme con ella. Aquella era mi oportunidad de demostrarle que no era así. Lo que sentía por ella iba más allá del plano físico.

Sus labios abandonaron mi boca y descendieron por mi mandíbula. Cuando me besó el cuello, se me puso durísima. Sus dientes atraparon mi lóbulo y se me escapó un jadeo de lo más hondo de la garganta. Empujé las caderas contra las suyas, le agarré el mentón y volví a devorarle los labios con vehemencia.

Juntos éramos dinamita y mecha a punto de explotar.

Tirando del último resquicio de autocontrol que me quedaba, la besé por última vez y me aparté de sus labios, ignorando las protestas de mi polla.

Kate parpadeó confundida. Aun con las pupilas dilatadas, sus ojos brillaban como los neones de las paredes. Bajé la mirada a sus labios hinchados y luego hasta sus pechos. El jersey ceñido le remarcaba los pezones. Se me secó la garganta.

«¡Para de mirarle las tetas, que lo estás empeorando!».

Subí la vista a su rostro. Tenía la melena revuelta y las mejillas

sonrosadas. Incapaz de resistirme, planté un último beso suave sobre sus labios.

Sostuve sus manos entre las mías y me sinceré:

—Quiero hacer las cosas bien. —Mi voz sonó más grave de lo que esperaba—. Así que vamos a ver la peli y luego, si tienes suerte, quizá deje que me beses otra vez.

Kate arqueó las cejas.

—¿Si tengo suerte?

—Si te portas bien, puede que permita que llegues a segunda base. Tienes pinta de que te gusta meter mano —terminé en tono de broma.

Su risa cálida y musical llenó el ambiente. No pude evitar sonreír. Algo dentro de mi pecho se fundió como la mantequilla.

—Vale —accedió—. ¿Cuál vamos a ver?

—La que quieras. Escoge una de las de los pósters que se exhiben en la pared o, si no, en el archivo tenemos más. Mientras, terminaré de preparar las palomitas.

Kate se dio la vuelta y caminó hasta la pared. Mis ojos resbalaron hasta su culo. La tela de la falda se ajustaba alrededor y le marcaba la curva a la perfección.

«Qué pedazo de culo».

Seguía siendo el más bonito que había visto en la vida. Me tenía enamorado.

En ese momento, recordé que había traído un nuevo póster. Hurgué en la bolsa que había abandonado sobre el mostrador y lo saqué. Luego, me posicioné detrás de Kate.

—He supuesto que esta también estaría entre tus favoritas. —Alargué el brazo por encima de su hombro y pegué el póster enmarcado de *Cualquiera menos tú* en la pared.

Ella se volteó con una sonrisa. Tiró de mi camisa y me estampó

un beso en los morros.

—Lo bueno de que el cine sea mío —dije contra sus labios— es que no tenemos que sentarnos en el lateral de última fila para montárnoslo.

—¿No decías que no llegaríamos a segunda base hasta después de la película?

—Verás, Rose —empecé, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja—. Te he mentido: cuando se trata de ti, sí que soy un facilón.

Ella soltó una risita y me dio la espalda.

Regresé detrás del mostrador y cogí un par de cubos del estante inferior.

—¿Prefieres las palomitas dulces, saladas o mixtas? —le pregunté.

—¿Se pueden pedir mixtas? —Me echó un vistazo por encima del hombro.

—Ahora sí. Se me ocurrió la idea hace unos años, pensando en que tú siempre pedías dulces y yo saladas.

—¿De verdad? ¡Qué detalle tan bonito! ¡Me encanta! —Sonrió—. Hoy las prefiero dulces. Gracias.

Abrí la vitrina y el olor a palomitas inundó el vestíbulo. Llené dos cubos hasta arriba.

Kate reapareció con una sonrisa.

—Quiero ver *Cualquiera menos tú*. Algo me dice que la has visto pocas veces.

Ni de coña le confesaría que había visto la peli por primera vez hacía unos días, después de que me contase que quería producir el nuevo *Cualquiera menos tú*.

—Solo la he visto una vez —reconocí.

Le entregué el cubo de palomitas de caramelo.

—Vamos. —Salí del mostrador y le hice un gesto de cabeza para que me siguiera—. El cine sigue teniendo solo una sala, que es donde se proyectan los estrenos. En verano continuamos abriendo el patio trasero y ponemos los clásicos.

—Qué bien. Sigue todo tal cual recordaba.

—Sí, he intentado mantener la estructura original. Diría que este es el cine más *vintage* de la zona.

Empujé las puertas de la sala con la espalda. Kate me sobrepasó y se dirigió a la parte delantera. Había diez filas de butacas de terciopelo rojo. Ella se sentó en la cuarta. Dejé las palomitas sobre el asiento contiguo y le dije:

—Guárdame el sitio. Voy a poner la peli. Ahora vengo.

Corrí por el pasillo hasta la salida y subí a la sala de proyección.

Unos minutos más tarde, apagué las luces y me senté junto a ella.

—Las palomitas están deliciosas —dijo, mirándome en la oscuridad—. Muchas gracias.

Mi pecho se hinchó como un globo.

—No hay de qué.

En cuanto pasaron los créditos iniciales, oí sus susurros. Giré la cabeza hacia la derecha, curioso, y la encontré recitando los diálogos. Me llevé una palomita salada a la boca y mastiqué sin dejar de observarla. ¿Cuántas películas se sabía de memoria?

Ella volteó el rostro para encararme.

—¿Qué pasa?

—Nada. Solo que me encanta mirarte cuando algo te emociona —confesé—. No puedo evitarlo.

Ella se inclinó sobre el asiento. Mis ojos volaron hasta el lunar que tenía encima del labio. Cuando estábamos tan cerca que creía que iba a besarme, se apartó dejándome con las ganas.

—Si tienes suerte, cuando se acabe la peli te daré un beso —dijo, con una sonrisilla.

Esta nueva faceta seductora suya me ponía una barbaridad.

—Bien. Porque estaré deseándolo.

A mitad de la proyección, Kate se acabó las palomitas.

—¿Quieres más?

Ella se llevó la mano al estómago y negó con la cabeza.

—Estoy llenísima.

Durante la película, no pude sacarme el beso de la cabeza. Mis pulsaciones no terminaron de sosegarse. Cada vez que se inclinaba hacia mí, el aroma de su perfume me nublaba el juicio. Estaba deseando tirar las palomitas al suelo y abalanzarme sobre ella. Quería besarla toda la película.

—Esta es mi parte favorita —soltó Kate de pronto.

Regresé la atención a la pantalla justo cuando un helicóptero apareció para rescatar a los protagonistas. Kate comenzó a menear la cabeza de arriba abajo mientras canturreaba «Unwritten» por lo bajo.

Dejé las palomitas en el asiento contiguo y empecé a moverme en el sitio, al ritmo de la música. Ella me sonrió por encima del hombro.

—Aquí solo estamos tú y yo —le dije—. Puedes hacer lo que quieras.

Ella comenzó a bailar más animadamente sobre el asiento. Sin darse cuenta fue subiendo el volumen de la voz. Al final, terminó levantándose y balanceándose hacia los lados. Fui testigo de cómo se dejaba llevar poco a poco por la música. Me puse de pie yo también para bailar a su lado, con movimientos exagerados que le arrancaron una risa.

Esa escena dio paso a una de los protagonistas enrollándose.

Miré a Kate de reojo, tenía una sonrisa contenida en el rostro y no apartaba los ojos de la pantalla. Su mano descansaba sobre el reposabrazos que estaba entre nosotros. Apreté los puños, conteniendo las ganas de estirar la mano y agarrar la suya. Me pregunté si ella también estaría deseando cogerme la mano, acariciarme y volver a besarme.

—Me encanta el final —dijo Kate cuando salimos de la sala.

—¿No le cambiarías nada?

—No. Es perfecto.

—Los finales perfectos no existen.

Ella me miró contrariada.

—A ver, la peli está bien, pero tienes que reconocer que el final es surrealista. El tío se tira por un acantilado para que lo rescaten en helicóptero y llegar a la ópera… Quiero decir, están en Sídney, ella no puede irse muy lejos, ¿no?

—Se nota que nunca has sido fan de la premisa de que en las comedias románticas todo acabe bien.

—Eso no es cierto. Me gusta que la pareja acabe junta, pero ¿hace falta que el reencuentro sea tan inverosímil? No lo creo… Ben podría haber cogido un coche y haber ido a buscarla.

—Eso no es tan épico como lo del helicóptero, y lo sabes. A mí me parece increíble que quieras tanto a alguien como para hacer una locura así. Es superemocionante ver a alguien correr por la persona que quiere. Bueno, y me encanta que ella se enfrente a su familia y les diga que no quiere estudiar Derecho. Sé que los padres se enteran por accidente, pero da igual. Lo importante es que ella se sincera. Y la química de los actores es una pasada. Aunque Glen Powell puede tener química con quien quiera, ¿no te parece?

—Reconozco que es un tío carismático. Puede ser.

—¡Me encanta esta peli! La he visto mil veces. Ojalá pudiera

escribir una historia la mitad de buena que esta. Me hace soñar con que las comedias románticas van a recuperar el lugar que merecen en las salas de cine. No me malinterpretes, está genial que las pelis sean accesibles para todo el mundo en las plataformas, pero necesito que recuperemos la esencia de los noventa y los dos mil, donde los actores de renombre se peleaban por salir en las películas de amor, donde las cintas tenían presupuesto y grandes equipos detrás, ¿sabes?

—Quizá seas tú la que tiene que cambiar eso.

Me escabullí para apagar el proyector.

Eran cerca de las dos de la madrugada. En cuanto salimos, Kate tiritó de frío. Me cayó una gota de agua congelada en la frente. El aire estaba cargado de la humedad que precede a una buena tormenta y olía a tierra mojada. Una segunda gota aterrizó en mi cabeza.

—Toma —le di las llaves del coche—. Súbete si quieres mientras cierro.

Sus dedos me rozaron la palma cuando cogió las llaves. Mientras echaba el cierre al cine, sus tacones apresurados resonaron en la calle desierta. Al girar sobre los talones y verla subirse al coche, el bajonazo fue instantáneo. Las ocho horas que habíamos pasado juntos se me habían escurrido entre los dedos como minutos. Había llegado el momento de volver al mundo real y no tenía ni pizca de ganas.

Cuando me senté en el asiento del conductor, arranqué y encendí la calefacción. Kate se estaba frotando las manos. Sin pensar, las atrapé entre las mías, me las acerqué a la boca y soplé para calentárselas con el aliento.

Kate se quedó mirándome seria.

—¿Damos un paseo por la playa? —propuso de repente.

—¿Ahora? Estás helada…

Un trueno retumbó a lo lejos. La lluvia comenzó a caer con más fuerza sobre el coche.

—Ben…

Tragó saliva y, entonces, pronunció las palabras mágicas:

—Todavía no quiero irme a casa.

37

Kate

Cuando Ben aparcó frente a la casa en la que se había criado, mis pulsaciones estaban por las nubes. La expectación campaba a sus anchas por mi estómago.

La lluvia se había intensificado hasta el punto de que el parabrisas no daba abasto. Eché un vistazo por la ventanilla y apenas vislumbré la silueta de su casa en la oscuridad.

—¿Preparada? —me preguntó Ben con la mano en la manija de la puerta.

—Sí. ¿A la de tres?

—Una, dos… ¡y tres!

Salimos del coche a la par. Ni siquiera intenté cubrirme con el bolso. Llovía a mares y me estaba empapando. Atiné a empujar la puerta con la mano para cerrarla.

—¡La hostia! —oí maldecir a Ben.

Caminé apresurada hasta la verja mientras Ben bordeaba el vehículo corriendo. Antes de que me diese cuenta, se plantó delante de mí. Tenía la cara y el pelo mojados.

La adrenalina corría a toda prisa por mis venas. Me apetecía mucho volver a besarlo. Mis ojos debieron de reflejar lo que sentía. Ben enredó una de las manos en mi melena, me atrajo contra él y me besó. Al notar sus labios sobre los míos, la necesidad se propagó en oleadas por todo mi cuerpo.

Bajó el otro brazo y me estrechó la cintura.

El agua fría caía sobre nosotros sin piedad, pero no nos importaba.

Separé los labios y él metió la lengua en mi boca con desesperación. Al sentir su calidez, temblé de la cabeza a los pies. Él tuvo que asumir que era por el frío, porque se apartó y tiró de mi mano. Cruzamos el camino de piedra apresurados y subimos los escalones del porche. Cuando estuvimos a cubierto, volvimos a besarnos dejando salir todo el anhelo acumulado.

Ben empujó mis caderas hasta la entrada. Abandonó mis labios para meter la llave en la cerradura y abrir la puerta. Arrojó las llaves al interior, sin miramientos. Al instante siguiente, agarró mis caderas y volvió a pegarme a él.

Entramos en el salón sin dejar de besarnos.

Ben retiró una mano de mi cuerpo para cerrar la puerta. A continuación, buscó un interruptor a tientas y encendió la luz. Mi bolso se encontró con el suelo con un ruido sordo, su chaqueta fue a hacerle compañía enseguida. A partir de ahí, mis sentidos se centraron en él.

Ben me besó con tanto ímpetu que mi espalda terminó contra la puerta. No me di en la cabeza porque colocó la mano en la madera para protegerme del golpe. Llevó su otra mano enorme a mi cintura y se inclinó para devorar mis labios. Subió las manos hasta mis hombros y me quitó la gabardina. Con movimientos bruscos y ansiosos, me sacó el jersey de la cinturilla de la falda. Subí los brazos para ayudarle a despojarme de él. Lanzó la prenda lejos. El agua había calado hasta la blusa blanca. Sus ojos se oscurecieron al ver que la prenda transparentaba el sujetador que había debajo.

Llevé las manos al dobladillo de su jersey y se lo quité. La prenda cayó a nuestros pies.

Ben me guio hacia el centro de la estancia. Se colocó a mi espalda, me recogió la melena detrás de los hombros, despejando mi cuello, y me la sujetó con una mano. Se agachó para besarme el pulso, despertando todas mis terminaciones nerviosas. Eché la cabeza hacia atrás, apoyándola sobre su hombro, mientras él me lamía el cuello hasta el lóbulo de la oreja.

—Ni te imaginas el tiempo que llevo pensando en esto… —Su voz áspera y ronca me puso la piel de gallina.

—Yo también.

Subió la otra mano despacio por mi estómago y la cerró alrededor de mi pecho. Sentí que me desharía bajo sus atenciones. Alcé un brazo para acariciarle la nuca. Empujé el trasero contra él y noté su erección.

Sin previo aviso, Ben me giró de las caderas para que lo encarase. Se tiró a devorar mis labios mientras me apretaba el culo.

—Madre mía… tu culo me vuelve loco.

Sonreí contra su boca. Cuando salíamos juntos, solía decir que era su debilidad. Dejándome llevar, bajé las palmas por su espalda y apreté el suyo yo también.

Ben no tardó en cogerme las caderas y alzarme para sentarme en la mesa de madera. Deslizó una mano por mi cuello hasta mi esternón. A tientas, buscó el primer botón de la blusa. Tras soltar un par, se desesperó y acabó sacándomela por la cabeza. Sus ojos quemaron la piel de mis pechos cubiertos por un sujetador de encaje azul; a través de la tela semitransparente se apreciaban mis pezones duros.

—Dios mío… —resopló Ben—. Eres una preciosidad.

La adoración era notable en su tono y en sus ojos verdes.

Se pasó la mano por la cara para quitarse los restos de agua. Tenía la camiseta empapada y adherida al torso, y el pelo oscuro

pegado a la frente. Estiré la mano para peinarlo hacia atrás. Estaba tan guapo que se me cortó la respiración.

Bajé las manos por su torso y después por su abdomen. El estómago me dio un vuelco mientras le quitaba la camiseta. La prenda aterrizó en el suelo con un chapoteo suave.

Antes de que me diese tiempo a inspeccionar sus tatuajes, Ben plantó una palma en mi nuca y me atrajo contra su boca. Sacó la lengua y me lamió los labios con osadía. Subió la otra mano por mi espalda y me soltó el cierre del sujetador con habilidad. Yo le desabroché la hebilla del cinturón y se lo saqué de un tirón.

Él deslizó los tirantes del sujetador por los hombros, con una caricia tentadora, y dejó que la prenda cayese entre nosotros. La temperatura de la estancia aumentó un par de grados.

Sus manos se cerraron alrededor de mis pechos y sus labios cubrieron los míos. Las llamas se abrían paso por mis costillas, luchando por ser liberadas.

—Tus tetas… —dijo entre besos— son más bonitas de lo que recordaba.

La risa se me quedó atascada en la garganta y se convirtió en jadeo cuando pasó los pulgares por mis pezones. Llevé la mano hasta su entrepierna y se la toqué por encima del pantalón. Me atravesó una sensación de victoria cuando empujó las caderas contra mi palma, en busca de más fricción. Le solté el botón del pantalón y le bajé la bragueta, sin dejar de besarlo. Estaba a punto de colar la mano dentro de sus pantalones cuando se retiró.

—No quiero hacer esto rápido —me dijo con voz trémula.

Dejó un reguero de besos desde mi mandíbula hasta la oreja. Me lamió el lóbulo y el cuello. Su aliento calentaba mi piel.

Sus labios ansiosos recorrieron mi esternón hasta llegar a las costillas. Se apartó para observar la tinta negra que adornaba mi

costado derecho. Era la frase «Here's to the fools who dream» escrita en una caligrafía cursiva y estilizada. Pasó las yemas de los dedos por encima y dijo:

—He estado obsesionado con ver este tatuaje toda la noche.

Sus labios reemplazaron a sus dedos y besó cada centímetro de tinta que impregnaba mi piel.

El anhelo que sentía no paraba de crecer. Me lamió el pecho, evitando cuidadosamente el pezón. Tenía tanto calor que me ardían las mejillas.

—Ben… —protesté, pasado un momento.

—Dime. —Volvió a chuparme despacio.

—Haz algo. Ya, por favor…

Con una sonrisa maliciosa, me lamió el pezón. Se me escapó un gemido altísimo.

—¿Esto te gusta? —Repitió lo mismo con el otro.

—Mucho.

Después de atormentarme, se arrodilló delante de mí, sin dejar de mirarme a los ojos. Primero, me quitó las botas. Luego, se incorporó y me ayudó a bajarme de la mesa. Cuando planté los pies en el suelo, él volvió a agacharse. Me bajó las medias con cuidado de no romperlas.

—Date prisa —le pedí impaciente.

Terminó de quitármelas de un tirón. Subió las manos por mis muslos y las coló debajo de mi falda. El corazón me latía con violencia en la garganta. Me acarició la ingle despacio. Cuando creía que iba a tocarme donde más lo deseaba, retiró la mano, dejándome con las ganas.

El eco de nuestras respiraciones agitadas se impuso por encima del murmullo de la lluvia.

Dirigió la mano a mi cadera y me bajó la cremallera de la falda.

La prenda se deslizó hasta el suelo. Levanté un pie y, después, el otro, para que Ben la apartase.

Resopló al ver que mis bragas de encaje dejaban poco lugar a la imaginación. Agarró la costura y volvió a mirarme a los ojos.

Me estremecí cuando me las bajó. De pronto, sus labios estaban en todas partes, besándome el estómago, la cadera y la cara interna de los muslos. La pesadez entre mis piernas no paraba de aumentar.

Se acomodó una de mis piernas sobre el hombro. Cuando me pasó la lengua por el clítoris, temblé de cuerpo entero, solté un gemido profundo y cerré los dedos alrededor de su pelo.

Él volvió a repetirlo, muy despacio. Tuve que aferrarme a sus hombros por temor a caerme. Me agarró las caderas para que no perdiera el equilibrio. Dibujó círculos con la lengua y también la movió de arriba abajo.

—Más —pedí en un resuello—. Por favor…

Me sujetó con más fuerza y me devoró entera, como si aquello fuese lo que más le gustaba en el mundo.

—Siéntate en la mesa.

Obedecí sin rechistar. Él cogió una silla y tomó asiento frente a mí.

—Abre más las piernas.

Separé los muslos y apoyé las palmas en la madera. Introdujo un dedo en mi interior y apreté los labios para contener un gemido.

—No hagas eso, anda… —dijo en un susurro.

—¿El… qué?

—Me pone muy cachondo que gimas. No te lo guardes.

Hundió la cara entre mis piernas y siguió moviendo el dedo, arrancándome gemidos y suspiros placenteros.

—Ben… —gemí su nombre y él movió el dedo más rápido.

Se apartó para mirarme a la cara. Su pulgar sustituyó a su boca.

Cerré los ojos y me mordí el labio. Estaba tan excitada que la cabeza me daba vueltas. Me contraje alrededor de su dedo y él lo movió más y más rápido.

—Mírame, Kate.

Abrí los ojos y volví a centrarlos en él.

El deseo me consumía. No podía hablar.

—Podría comerte el coño toda la noche —dijo con voz ronca, antes de volver a lamerme con atrevimiento.

Si no hubiese estado sentada, me habría desplomado.

Me aferré con una mano al borde de la mesa y enrosqué la otra alrededor del pelo de su nuca. El calor que no dejaba de crecer en mi estómago amenazaba con desbordarse. Cuando estuve cerca de estallar, Ben aumentó la intensidad con la que me tocaba. El placer se disparó por mi columna vertebral, arqueé la espalda y me dejé ir con un gemido intenso.

Ben tenía una sonrisa descarada.

—Gritas un montón cuando te corres. —Su dedo salió y entró en mi interior, provocándome un espasmo.

Cuando retiró el dedo, pude volver a pensar con claridad.

Tiré de sus hombros para que se levantase y lo atraje contra mí para besarlo. Él me sujetó la cara con las manos. Le di un pequeño empujón en el pecho para que se apartase, y me bajé de la mesa. Llevé las manos a su pantalón y comencé a quitárselo. Era mi turno de volverlo loco.

Le bajé el bóxer para sacársela. Jadeó cuando se la agarré. Moví la muñeca de arriba abajo, muy lento. Le mordisqueé el labio y volvió a gemir.

—¿Qué pasa si ahora soy yo la que juega contigo?

—Yo encantado. Soy todo tuyo.

Detuve el movimiento de la mano y sonreí contra sus labios. Me

cogió la mano y comenzó a deslizarla sobre su erección, repitiendo el gesto.

—Hazme lo que quieras —dijo, sin soltarme—, pero, por lo que más quieras, no dejes de tocarme.

Me encantó oír su tono suplicante.

—Joder… —Exhaló cuando se la apreté y moví la mano con energía.

Él coló una de las suyas entre mis piernas. Sentí una sacudida cuando acarició mi zona sensible.

Eché un vistazo alrededor, en busca de un sitio cómodo.

—¿Vamos a la habitación? —propuse.

—Sí.

Ben me pasó las manos por debajo del culo y yo le rodeé las caderas con las piernas. Cruzamos la estancia, sin dejar de besarnos, hasta la puerta de su dormitorio. Temía que al entrar ahí me invadieran un montón de recuerdos, pero apenas reparé en el espacio que me rodeaba.

Con cuidado, me dejó sobre el colchón. En ese momento, fui consciente de que la cama individual de la adolescencia había sido reemplazada por una doble.

Se apartó para sacarse las zapatillas a patadas. En un visto y no visto, lo tenía desnudo delante de mí.

Me senté en el borde del colchón y volví a agarrársela. Alcé la vista para mirarlo a los ojos. Se le escapó un siseo cuando moví la mano. Ben me acarició la mejilla y me pasó el pulgar por el labio inferior.

Inspiró hondo cuando me incliné hacia él. Le rocé con la punta de la lengua y jadeó. Recorrí su erección de la base a la punta, tan despacio como él me lo había hecho a mí. Cuando le acogí en mi boca, soltó un gemido grave que puso mi sangre a hervir.

—Uf… Dios… Kate.

Durante un rato, me concentré en darle placer.

—Kate, me estás matando… Necesito… un momento.

Me retiré de su cuerpo, tomé su mano y lo insté a tumbarse conmigo.

Ben se subió al colchón y se quedó de rodillas. Me arrodillé yo también.

Levantó el brazo izquierdo para acariciarme el rostro y, entonces, me fijé en un tatuaje en el que no había reparado antes. En la cara interna del bíceps tenía la silueta de una rosa delineada con tinta negra. El tallo tenía varias hojas y una fecha.

El corazón se me aceleró. ¿Aquello era por mí?

Él empujó mi barbilla hacia arriba, para que le enfrentase. Incapaz de decir nada, cerré la distancia que nos separaba y lo besé. Esperaba demostrarle con los labios lo que era incapaz de decir con palabras.

Ben se recostó sobre la cama y me arrastró con él. Su espalda se encontró con el colchón. Acabé tumbada encima de él. Atrapó mi nuca y capturó mis labios entre los suyos.

Con un movimiento brusco, Ben nos giró a ambos y se quedó encima. Sus dientes mordisquearon mis labios, mi cuello y el lóbulo de mi oreja. Su aroma masculino embriagaba mi cerebro.

Empujé las caderas contra las suyas, en busca de un contacto mayor.

—Dime qué quieres… —dijo Ben al besar mi mandíbula.

Quería perderme entre sus sábanas durante aquella noche. Quería dejarme llevar por el deseo que llevaba semanas reprimiendo. Quería fundirme debajo de su cuerpo y olvidarme de todo.

—Quiero hacerlo —contesté—. ¿Y tú? ¿Tienes ganas?

—Muchas.

Ben se levantó y sacó un preservativo del bolsillo de su pantalón. Lo observé mientras se lo ponía.

El calor se desplegó por mi cuerpo cuando se introdujo en mí despacio. Al llegar al fondo, ahogué un gemido contra sus labios. No podía describir con palabras aquella sensación.

Salió un poco y volvió a deslizarse dentro. Demasiado impaciente para su ritmo tortuoso, le rodeé las caderas con las piernas. Cuando volvió a entrar en mí, llegó más profundo que antes. Ambos gemimos contra la boca del otro. Tenía el pulso tan disparado que sentía que el corazón se me saldría del pecho.

—Me… encanta —dije con la voz entrecortada.

—Dios… Kate…

—Qué…

—Te he echado de menos —soltó contra el hueco de mi cuello—. Todos estos años… lo único que esperaba era tenerte conmigo otra vez.

Esas palabras avivaron las mariposas que habitaban mi pecho.

—Yo también te he echado de menos… —confesé con una facilidad asombrosa.

Allí donde nuestros cuerpos se tocaban, todo quemaba. Le deseaba con cada milímetro de mi piel. Se movió con más ímpetu y yo me aferré a su espalda. Nada era suficiente. Necesitaba más.

Le empujé del hombro y le hice saber que quería colocarme encima.

Ben se tumbó en mitad del colchón.

Cuando volvimos a estar completamente unidos, sus manos atraparon mis caderas y comencé a moverme despacio. Él no tardó en sentarse. Atrapó mi cara con las manos y yo me agarré a sus hombros buscando un apoyo.

No podía dejar de besarlo. Ni parar de moverme. Estábamos recubiertos por una capa fina de sudor. Tenía los pechos aplastados contra su torso.

—Ben… No quiero que esto se acabe nunca —confesé, presa del momento.

—Yo tampoco.

En sus ojos vi la sombra de la súplica que había impregnado sus palabras. Volví a unir mi boca a la suya. A partir de ahí no paramos de besarnos.

Me dejó hacer y deshacer a mi antojo. Sus manos estaban en todas partes. Cuando sintió que me apretaba contra él, se recostó sobre el colchón, llevándome con él. Afianzó el agarre en torno a mis caderas y me tomó el relevo.

—Por favor… —rogué—. Así… Más fuerte, por favor.

—No tienes que ser educada… para pedirme que te folle más fuerte, cariño. —Se movió con ganas debajo de mí.

Durante un instante, solo se oyó el ruido que hacían nuestros cuerpos al encontrarse. La conexión entre nosotros era total. Supo cuándo necesitaba que fuese despacio y cuándo quería que fuese más rápido.

—Ben, voy a…

Anticipándose a mis palabras, él siguió moviéndose como me gustaba.

El aliento que tenía atascado en la garganta salió en forma de gemido cuando me llevó hasta el orgasmo.

Arremetió contra mi cuerpo un par de veces más y terminó con un gemido.

No dejamos de besarnos mientras nuestras respiraciones se sosegaban.

Lo que acababa de pasar había sido increíble. Me había dejado

llevar por las emociones y había vivido el momento sin pensar en nada más. Hacía tiempo que no experimentaba esa complicidad total con nadie como para entregarme sin reservas. Sintiendo el cuerpo laxo, me dejé caer a su lado. Él me rodeó con el brazo y me atrajo contra su pecho.

—Que conste que pensaba hacerte esperar hasta la tercera cita —soltó Ben.

Se me escapó la risa.

—Sí, claro… Entonces, si no quieres hacerlo otra vez, llévame a casa ya —bromeé yo también.

—De eso nada. Tú no puedes salir de aquí. Estás oficialmente secuestrada.

La lujuria que hasta hacía segundos corría como lava caliente por mis venas había dado paso a una calidez sosegada. Esa vez saboreamos el beso despacio.

Mientras recobraba el aliento, solo fui consciente de la violencia con la que le retumbaba el corazón contra la caja torácica. Y cómo los latidos del mío se adelantaron hasta acompasarse con el suyo, respondiendo a su llamada.

38

Kate

—¿Cómo te dio por tatuarte la frase de *La La Land*? —me preguntó Ben al cabo de unos minutos.

Las yemas de sus dedos recorrían con delicadeza la tinta grabada sobre mis costillas, poniéndome la piel de gallina. Yo seguía con la cabeza apoyada en su hombro, dibujando círculos con el dedo índice sobre su abdomen.

—Cuando estudiaba en París reconecté con el cine gracias a *La La Land*.

—Entiendo.

—Cuando terminé de ver la película, me pregunté cómo me sentiría si viese mi nombre escrito en la portada de un guion… Al día siguiente, me apunté a la asociación de cine de la universidad y me matriculé en un curso de guion, conocí a un montón de artistas y viví el París que te mostraban en *Moulin Rouge*… La noche antes de volver a Estados Unidos, me emborraché en Montmartre con mis amigos y acabé tatuándome. Escogí la frase de «Here's to the fools who dream» porque me emocioné mucho con esa escena.

—¿Dirías que está entre tus pelis favoritas?

—Sí.

—Tendré que añadirla al catálogo del cine.

Aquellas palabras me arrancaron una sonrisa. Apoyé la palma en su pecho para incorporarme y darle un beso suave en los labios.

—Podrías añadir *Crepúsculo*, también es de mis favoritas.

Ben arrugó la nariz y solo dijo:

—Tendrás que convencerme.

Se me escapó la risa. Volví a recostarme sobre él, retomando las caricias que dejaba por su cuerpo.

—Me gusta que hagas eso —susurró.

Pasé las uñas por el tatuaje de la rosa que tenía tatuada en el bíceps.

—¿Esto… es por mí? —Despegué la cabeza de su pecho para mirarlo a los ojos.

—¿Tú qué crees, Rose?

Tragué saliva. El corazón me dio un salto.

—La fecha es por el día que nos conocimos —agregó con una sonrisa tierna.

El muro que había construido alrededor de mi corazón, para protegerlo de él, comenzaba a agrietarse. Me obligué a disfrutar del momento y a alejar esos pensamientos.

Durante un momento, me limité a pasar los dedos por su piel mientras él me acariciaba la espalda. La iluminación era tenue y corría a cargo de la lámpara de la mesilla.

—¿Qué se siente al haber cumplido la meta de llegar a *Saturday Late Night*?

—Es una pasada. Una parte de mí todavía no se lo cree. Me hace feliz presentar el programa, pero también siento una presión de la hostia por dar la talla, gustarle al público y todo eso. Es mi sueño desde que era pequeño y… ahora me da miedo estropearlo.

—No te preocupes. Te has metido a la gente en el bolsillo. Eres gracioso y, ahora mismo, sois líderes de audiencia en franja horaria cada semana, ¿no?

—Sí, pero aún queda la mitad de la temporada por delante…

Espera, ¿acabas de reconocer que soy gracioso? —Detecté suficiencia en su tono de voz.

—No creo que te pille de nuevas… El otro día me reí bastante viendo el programa.

—Uf. Me estoy poniendo cachondo.

Se me escapó la risa.

Bajé la mano por su abdomen y me topé con su erección.

—No me lo puedo creer —musité divertida.

Bastó notarlo excitado para que yo también me calentara. Dejándome llevar, levanté la cabeza para mirarlo. Le rodeé con la mano y comencé a acariciarlo. Él tensó la mandíbula. Me agarró la barbilla para darme un beso pasional. Luego, me giró de las caderas hasta que mi espalda acabó contra el colchón y se colocó entre mis piernas.

—Ahora voy a follarte yo a ti —susurró contra mis labios.



Cuando me desperté, los rayos de sol entraban a raudales por la ventana. Debía de ser cerca de mediodía. No recordaba cuándo había sido la última vez que había dormido hasta tan tarde. El brazo de Ben me rodeaba la cintura con fuerza, casi como si temiera que fuese a escabullirme mientras dormía. Su mano enorme estaba plantada en mitad de mi estómago. Tenía la espalda pegada a su pecho caliente. Oí el ruido de su respiración pausada detrás de mí y sentí su aliento cálido en la coronilla. El sonido del mar me llegaba como un eco lejano.

A plena luz del día lo que habíamos hecho se sentía más real. Habíamos estado despiertos gran parte de la noche. La segunda vez

que nos acostamos fue más brusca y rápida que la primera. No podíamos dejar de tocarnos. Era como si nuestros cuerpos se hubiesen adueñado de nosotros y se negasen a separarse. En algún punto, mientras hablábamos, nos quedamos dormidos.

La cita había sido un buen cierre para nuestra historia. Todavía no podía creerme que le hubiese puesto mi nombre a un cine. Aquello era lo más romántico que había hecho nadie por mí. Atesoraría ese recuerdo dulce en la memoria para siempre.

Una parte de mí quería quedarse un rato más en aquella burbuja en la que habíamos retrocedido en el tiempo y solo existíamos nosotros. Pero tarde o temprano tocaría volver al mundo real.

Cuando me removí bajo su abrazo, Ben me besó la parte posterior de la cabeza.

Me giré para encararlo. La imagen que encontré me robó el aliento. Ben tenía el pelo revuelto, los párpados ligeramente hinchados y una sonrisa perezosa.

—Buenos días —saludé.

Él me agarró la nuca y apretó los labios contra los míos un par de veces.

—Ahora sí son buenos días.

Me acarició el brazo despacio y yo cerré los ojos, disfrutando de lo bien que me sentía.

—Anoche lo pasé muy bien —soltó pasado un momento.

Separé los párpados.

—Yo también… Fue una bonita despedida.

La sonrisa desapareció de su rostro.

—Kate, esto no tiene por qué ser una despedida…

Lo miré sin comprender.

—Quizá te parezca una locura, pero creo que la vida te ha vuelto a poner en mi camino por algo.

Mi corazón se tensó.

—¿Qué quieres decir? —musité.

—Que quiero darle otra oportunidad a lo nuestro.

Parpadeé un par de veces mientras asimilaba lo que Ben acababa de decir.

No sabía qué responder. Estaba asustada. Todo estaba yendo muy deprisa, igual que cuando éramos jóvenes. Cuanto más tiempo pasaba con él, más cómoda estaba, más olvidaba todo lo que había pasado entre nosotros y más cerca me sentía de esa Kate adolescente que hacía locuras. Solo que ahora era una adulta con responsabilidades.

—Ben, esto no puede volver a pasar —dije, lo más calmada posible—. Voy a casarme…

Detuvo las caricias sobre mi brazo y se quedó muy serio.

Me aguantó la mirada unos segundos antes de preguntar:

—¿Es que lo que hemos hecho no significa nada para ti? —Sonó herido.

—No lo entiendo. Estás acostumbrado a tener rollos sin compromiso…

—Contigo no —me cortó.

—Teníamos un trato…

Él echó el cuello hacia atrás, como si le hubiese dado una bofetada, y se incorporó hasta sentarse en el borde del colchón. Me dio la espalda unos segundos que se me hicieron eternos. Luego se levantó, recogió el bóxer del suelo y se lo puso. Tenía unas líneas finas y rojas allí donde debía de haberle arañado la espalda sin darme cuenta.

De pronto, me sentía demasiado desnuda. Me senté en la cama y me cubrí con la manta. La temperatura de la habitación había caído en picado.

—Entonces… ¿quieres que firme el divorcio? —me preguntó cuando me levanté y me coloqué delante de él.

—Sí.

Apretó los labios y puso mala cara.

Se me encogieron las tripas al ver la decepción en su mirada. Cogí aire y traté de serenarme. No quería perder las formas ni acabar mal otra vez.

—Ben, no puedes traerme aquí, enseñarme el cine y soltarme todo esto después de lo de anoche… Quedamos en que firmarías el divorcio y tú ¿me pides otra oportunidad ahora?

Él se encogió de hombros y dijo:

—No veo cuál es el problema.

—El problema es que voy a casarme con Preston. Ya lo sabías.

—Creí que cambiarías de opinión. ¿De verdad vas a evitar las relaciones para siempre por un compromiso falso? —Detecté incredulidad en su voz.

La sangre abandonó mi rostro.

Me apresuré a negar con la cabeza. No podía creerme que aquello estuviese pasando.

—No sé si estoy preparada para tener algo contigo… y, aunque lo estuviera…. ¡Dios mío, acabamos de acostarnos! —Elevé la voz sin querer—. ¡Ni siquiera hemos salido de la cama, es muy injusto que saques el tema justo ahora!

Ben endureció la mirada.

—¿Es que tiene que haber un momento adecuado para tener esta conversación? —soltó en un tono igual de duro que el mío—. ¡Te lo he dicho ahora porque me ha salido, porque es lo que siento! ¡Punto!

—¡No es mi problema que pensases que cambiaría de opinión!

Sacudió la cabeza incrédulo.

—¿Sabes? No sé si soy un iluso o es que tú eres una cobarde.

—No tienes derecho a enfadarte, Ben. —No supe qué más decir —. Es lo que acordamos…

—¡Olvídalo! —Me dio la espalda—. Voy a ducharme —contestó por encima del hombro.

Abandonó la habitación sin mirar atrás, dejándome sola con una sensación incómoda.



Cuando Ben salió del cuarto de baño me encontró en el salón parcialmente vestida. Tanto la blusa como el jersey seguían mojados. Los había colgado en el respaldo de la silla con la esperanza de que terminasen de secarse.

Ben se apoyó en el marco de la puerta, con una toalla blanca abrazando sus caderas y el pelo mojado. Tras observarme unos segundos, arrancó a hablar.

—Siento haber reaccionado así… —dijo en un tono tranquilo—. Tienes razón, me dejaste las cosas claras antes de venir y yo te he presionado. Esperaba que hubieses cambiado de opinión, pero entiendo que no sea así.

—No pasa nada.

El silencio se alargó un momento.

—¿Quieres ducharte? —ofreció—. Puedo dejarte algo de ropa limpia y vamos después a comer algo.

—Sí. Gracias.

Crucé la estancia hasta el baño. Nada me vendría mejor que una ducha calentita para terminar de relajarme y quitarme el frío del cuerpo.

—¿Te importa si antes de irnos pasamos un momento por casa de Lola? Ya que estoy aquí, me gustaría saludarlos a ella y a Archie. Será algo rápido porque por la tarde tengo que estar en el plató.

La propuesta flotó en el aire un instante.

—Bueno…, vale.



Un rato más tarde, Ben llamó con los nudillos a la puerta de la casa de Lola. Una versión adulta de la Lola que recordaba abrió la puerta.

—Pero ¡qué sorpresa! ¿Cómo no me has avisado de que venías? —le preguntó a Ben al abrazarlo—. Habría preparado algo…

—No te preocupes.

Cuando se apartó y reparó en mí, abrió los ojos sorprendida.

—¿Kate? ¡Dios mío, cuánto tiempo! —Me dio un abrazo fugaz—. Mírate, estás guapísima.

—Tú también.

Lola llevaba el pelo rizado recogido en un moño abundante, un par de mechones oscuros enmarcaban su rostro amable. Vestía un peto encima de una camiseta de rayas rojas y verdes, y unos aros dorados.

—Hemos traído unos pasteles. —Le entregué la bolsa que los contenía.

—Muchas gracias. Pasad, por favor…

Entramos y fuimos a parar a un salón pequeño.

—¡Archie, mira quién ha venido!

Se oyeron unos pasitos correteando.

—¡Tío Ben! —gritó el niño emocionado al llegar al salón.

Salió disparado hacia nosotros. Era un calco de Mike, con el pelo

oscuro y los ojos marrones. Había heredado el hoyuelo en la mejilla de su madre. Iba vestido con un chándal azul marino. En la cabeza lucía una corona.

Ben se agachó y abrió los brazos para recibirlo.

—¡Cuánto has crecido, campeón! —exclamó Ben.

Archie sonrió encantado.

—Ya soy mayor, como tú.

—Ya lo sé.

Ben se irguió con él en brazos. El niño desvió sus ojos marrones hacia mí.

—¿Quién es?

—Esta es Kate, una amiga. ¿Quieres que te la presente?

—Vale.

—Hola. —Le saludé con la mano y una sonrisa.

Él me devolvió el saludo y se escondió en el hombro de Ben.

Lola depositó la bandeja de pasteles en la mesa del salón y nos ofreció algo de beber. Ben dejó a Archie en el suelo, y este se marchó con su madre hasta la cocina.

—Tío, ¿podemos jugar con el coche? —le preguntó a Ben cuando regresó a la carrera.

—¿Le has pedido permiso a tu madre?

—Ha dicho que sí. —Archie tiró de la mano de Ben hasta la puerta.

Los seguí al patio trasero.

Mientras ellos se perdían en el cobertizo, tomé asiento en una de las sillas del porche. Ben reapareció cargando un minijeep teledirigido. Según lo dejó en el suelo, Archie se sentó detrás del volante.

—Mete la llave en el contacto —le pidió Ben.

Con el mando, Ben arrancó el vehículo a la par que Archie giraba

la llave. El coche salió impulsado hacia delante. Archie parecía la mar de contento.

—¿Qué tal te va todo? —Lola se sentó a mi lado y me ofreció un café.

Lo acepté encantada.

—Bien. Vivo en Nueva York y, al final, trabajo en la empresa familiar. ¿Qué tal tú?

—Yo sigo trabajando en el cine por las tardes. No sé si Ben te ha contado…

—Sí, sí. Me lo enseñó anoche.

Lola sonrió.

—¿Y…?

—Me quedé sorprendida…

—Es un gesto muy romántico.

Asentí y le di un sorbo a la taza humeante.

No habíamos hablado en trece años, aquello era un poco raro.

—Archie es adorable —comenté, mirando a Ben y Archie jugar.

Ella sonrió y dijo con ternura:

—Ha salido a su padre.

—Parece que Ben y él se llevan muy bien.

—Sí. Archie lo quiere mucho. Viene a visitarlo todos los meses. Fue un gran apoyo para nosotros cuando Mike murió.

—Lo siento mucho. Debió de ser durísimo.

—Lo sigue siendo… Han pasado cinco años y aún sigo esperando que entre por la puerta y que me despierte de una pesadilla.

Tragué saliva y le froté el brazo. No había nada en el mundo que pudiera decir para reconfortarla.

—No quiero meterme donde no me llaman, pero habéis tenido mucha suerte al volver a encontraros. Yo daría un brazo por tener cinco minutos más con Mike.

Las palabras flotaron entre nosotras unos segundos.

—¡Mami! —El grito de Archie nos interrumpió—. ¡Mami, mira!

Lola giró la cabeza y dirigió la atención a su hijo.



Ben y yo nos fuimos enseguida. Teníamos un trayecto de algo más de dos horas por delante y él tenía que trabajar.

—Archie es una monada —le dije cuando nos incorporamos a la avenida principal del pueblo.

—Sí. —Ben puso el intermitente y giró a la derecha para coger la autopista.

—Estáis muy unidos, ¿no?

—Vengo a verlos siempre que puedo… Sé lo que es crecer sin un padre. No quiero que Archie olvide que el suyo era el mejor.

Durante un instante, rumié sus palabras. Ben puso música. «Mr. Brightside» de The Killers sonó a través de los altavoces.

—Lola sigue siendo un encanto —dije para sacar conversación—. No sabía que continuaba trabajando en el cine.

—Ella está entre semana y los findes lo abre un chico que se llama Gary. Yo suelo pasarme a ayudar en verano.

Ben pisó el acelerador al incorporarse a la autopista.

Conforme fuimos reduciendo las millas que nos separaban de Nueva York, el humor fue cayendo en picado hasta un punto en el que nos sumimos en un silencio tenso. Dejamos Brooklyn atrás y cruzamos el puente que conectaba con Manhattan. Al llegar a mi barrio, me removí incómoda en el asiento. Estaba a punto de despedirme de él de una vez por todas.

Ben paró en doble fila, un poco más adelante de mi edificio.

Empezaba a anochecer.

Soltó el volante y dejó caer los hombros. Se quedó con la vista al frente. Las luces de las farolas se proyectaban sobre su rostro de manera desigual. Parecía cansado.

—Gracias por la cita —le dije—. Me lo he pasado genial.

Tragó saliva y me miró. La tristeza era visible en sus ojos verdes.

—Yo también lo he pasado genial.

Se inclinó en mi dirección y mi corazón se agitó. En lugar de besarme, estiró el brazo y abrió la guantera. Sacó un sobre blanco y me lo tendió, junto al bolígrafo que dejé en su casa.

—Aquí tienes los papeles firmados.

—Ah…, vale, gracias.

Cuando lo cogí, tuve la sensación de que pesaba una tonelada. Traté de ignorar el nudo que se me había formado en la garganta y lo guardé en el bolso.

—No tenía tinta —dijo con un tono neutro, sin apartar los ojos del bolígrafo—. Se la he cambiado…

—Gracias.

Volvió a mirarme.

—Si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme.

—Igualmente. —No sabía qué más decir.

Le dediqué una sonrisa escueta. La máscara que protegía mis emociones estaba a punto de resquebrajarse.

Me doblé hacia delante y le di un beso en la mejilla. A continuación, salí del coche.

—Cuídate mucho —le pedí antes de cerrar la puerta.

—Y tú —alcancé a oír.

Caminé apresurada hasta el edificio. Le di las buenas noches al conserje cuando me abrió la puerta y me refugié en el ascensor.

De repente, me entraron ganas de llorar. Qué tontería, ¿no?

Había conseguido lo que quería.

—¡Estoy de vuelta! —anuncié, al bajarme del ascensor en el ático.

Me quité la gabardina y me la colgué en el brazo.

La luz del salón estaba encendida. Me pareció raro no recibir respuesta por parte de Preston.

—¡Felicidades! —gritaron Preston y Julia a la vez en cuanto puse un pie en la estancia.

De fondo, había comenzado a sonar «Celebration».

Mis amigos me abrazaron.

—¿Qué está pasando? —pregunté, sin comprender.

Julia me pasó una banda por la cabeza.

—¡Que por fin te has divorciado! —Sonrió encantada.

Bajé la vista. En la banda ponía solo una palabra: «Exmujer». Me colocó un velo negro en la cabeza. Preston descorchó una botella de champán.

Fui incapaz de contestar.

Con un suspiro, me senté en el sofá. Hurgué en el bolso y le pasé el sobre a Julia. Ella lo abrió en el momento y dijo:

—Puedo procesarlo el lunes a primera hora.

—Ese jersey no es tuyo —observó Preston.

No contesté.

Llevaba puesto un jersey de punto azul que me había prestado Ben. En algún momento tendría que devolvérselo.

—Cielo, ¿estás bien? —Preston se acomodó a mi lado.

Asentí sin verbalizar palabra.

No tenía ánimos para festejar ni ganas de hablar. Alargué el brazo, cogí una copa de champán y tomé un trago largo.

39

Ben

El resto del fin de semana fue una mierda. Desde que había dejado a Kate en su casa el sábado estuve de bajón. El único momento que me la había sacado de la cabeza fue mientras grababa el programa.

Después de la noche increíble que habíamos pasado juntos en Montauk, estaba convencido de que me daría una segunda oportunidad. Me había llevado un palazo cuando no había sido así. Creía que, mientras ambos sintiéramos algo, la relación podía salvarse. Estando juntos, me había sentido feliz por primera vez en mucho tiempo. El mundo exterior había quedado relegado a un segundo plano y solo habíamos importado nosotros. Para mí, había sido la confirmación de que lo que teníamos seguía ahí. Sabía que ella también sentía algo por mí. Había visto el cariño en su manera tierna de mirarme y acariciarme. Por desgracia, no era suficiente.

Aunque me dolía el rechazo, pensándolo fríamente, entendía su situación.

El domingo cancelé el plan de póker con mis amigos y me quedé tirado en el sofá viendo reposiciones de *Friends*. Estaba rayado y no era capaz de salir del bucle. No podía evitar preguntarme cómo de diferente sería mi vida si el padre de Kate no se hubiese metido en la relación. ¿Kate y yo llevaríamos trece años juntos? ¿Seríamos felices?

Esos pensamientos hicieron que la tristeza fuese mutando en

cabreo.

El resentimiento que sentía contra Arthur Morgan aumentó de manera considerable. En su día, me hizo creer que no era lo bastante bueno para su hija y logró convencerme de que debía dejarla. Consiguió separarnos a base de mentiras y me pintó como el malo de la película que solo la quería por la pasta. No podía culparlo de que Kate y yo hubiésemos roto, porque yo cargaba gran parte de esa responsabilidad a las espaldas. Si hubiese sabido que la beca no existía y que era él quien estaba financiándome la universidad, jamás habría aceptado la oferta.

No quería deberle nada a ese cabronazo. Por eso, cuando llegó la madrugada del lunes ya había tomado la decisión de plantarle cara. A las nueve de la mañana me presenté en las oficinas de Morgan Media. Era un día nublado. Fuera estaba diluviando.

—Buenos días —saludé a la mujer que estaba al otro lado del mostrador de la recepción—. ¿Puede indicarme dónde está el despacho de Arthur Morgan, por favor?

La recepcionista me obsequió con una sonrisa amable.

—Al fondo del pasillo, a la derecha.

—Gracias.

—¿Tiene concertada una reunión con el señor Morgan?

—No me hace falta. Solo vengo a saludar.

Giré sobre los talones y crucé el pasillo como una pantera.

—Oiga, espere un momento —oí que decía la recepcionista.

No me detuve. Al llegar a la antesala de su despacho, su secretaria trató de detenerme.

—El señor Morgan no puede atenderle ahora mismo —me dijo cuando pasé por delante de su mesa.

—No se preocupe, será un segundo.

Llamé con los nudillos a la puerta y abrí sin esperar a ser

invitado. Arthur se encontraba sentado detrás del escritorio, con los ojos clavados en el periódico.

—Buenos días —escupí las palabras con un tono borde mientras cerraba la puerta con más fuerza de la necesaria.

Sin perder la calma, él bajó la prensa y me escaneó de arriba abajo. Tenía el pelo entrecano y el rostro envejecido. La corbata, como siempre, pegada al cuello. No había ni una arruga en su traje gris.

—Veo que tus modales no han cambiado. —Su tono de voz era tan frío como recordaba.

Respiré hondo, intentando controlar el enfado. Apreté la mandíbula y avancé un par de pasos. Sin dejarme intimidar por su mirada glacial, dejé el cheque con un golpe en la mesa.

—Aquí tienes tu sucio dinero. —Lo empujé en su dirección—. No quiero deberte nada.

Me observó con expresión calculadora.

Giré sobre los talones para largarme. No había dado ni dos pasos cuando su voz me detuvo.

—Te sugiero que te mantengas alejado de mi hija.

La rabia me subió como una llamarada desde la boca del estómago. Retrocedí lo andado y volví a encararlo. ¿Quién cojones se creía que era para decirme lo que tenía que hacer?

—¿O qué? —le pregunté, desafiante.

—Te recuerdo que ahora trabajas para mí.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Despedirme? —Sonreí incrédulo—. He subido la audiencia un cincuenta por ciento. La junta directiva no te dejará.

La hostilidad era visible en sus ojos azules.

Al ver que no contestaba, le dediqué una mueca triunfal.

—Ya no tienes poder sobre mí. No van a acojonarme tus

amenazas.

—¿Crees que porque ahora lleves un reloj caro eres uno de los nuestros?

Ese comentario me escoció tanto como el que me hizo en la adolescencia cuando me dijo que no podía permitirme un reloj decente.

—Nunca estarás a la altura —sentenció con desdén—. Hazte un favor y no malgastes tu tiempo.

Lo observé con el mismo asco que él a mí. Ese hombre no había cambiado nada. Asestó el golpe final añadiendo:

—Recuerda que estás donde estás gracias a mí.

—Puede que me pagases los estudios, pero estoy donde estoy porque he trabajado día y noche para conseguirlo. Nadie me ha regalado nada.

—Llévate el cheque. Considéralo una obra de caridad…

Cerré los puños y contuve las ganas de golpearlo.

—¡Que te jodan! —Fue lo último que dije antes de largarme dando un portazo.



A última hora de la tarde, estaba en el gimnasio, pegándole al saco de boxeo, motivado por «Thunderstruck» de AC/DC, que sonaba a través de mis cascos. El sudor me chorreaba por la espalda. Era el único en la sala de boxeo.

Estampé contra el saco el puño derecho y luego el izquierdo.

Retrocedí y volví a empezar. Pegarle me dejaba tan reventado como para caer en la cama rendido. Mantenerme ocupado me ayudaba a canalizar la ira que sentía contra el padre de Kate.

Lancé un derechazo y alguien me dio un toque en el hombro.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo una voz familiar a mi espalda.

En lugar de parar para saludar a Alexandra, le pegué al saco una vez más. La sombra de mi amiga apareció en mi campo de visión periférica. Se colocó al otro lado del saco. No dijo nada mientras yo lanzaba un par de puñetazos más. Pasado un momento, se cruzó de brazos y apretó los labios.

Me quité los guantes y los cascos.

—¿Qué… haces aquí? —pregunté casi sin resuello, al ver que vestía ropa de calle.

—Necesito hablar contigo. Te he llamado tres veces y no me has contestado. He supuesto que estarías aquí…

—Dispara.

—Me ha escrito Julia Spencer para confirmarme que ya ha tramitado tu divorcio. ¿Firmas los papeles y me entero por la abogada de Kate en vez de por ti?

Sus palabras retumbaron por todo el gimnasio. Al procesarlas, me quedé aturdido.

—Entonces ya está… Estoy divorciado.

Divorciado. Sonaba horrible.

Alexandra me miró compasiva.

—Tienen que aprobar los papeles —me explicó, suavizando el tono—. Puede tardar varios meses, pero, conociendo a Julia, moverá cielo y tierra para agilizar el proceso.

—Genial…

—¿Por qué no vamos a tomar algo y me cuentas qué tal ha ido tu fin de semana? No nos has contado nada de la cita con Kate, ayer cancelaste el plan del póker, no has respondido a la invitación de Acción de Gracias, y ahora estás aquí, pegándole una paliza

imaginaria a alguien.

—A Arthur Morgan —aclaré—. Este saco lleva su cara.

—¿Y eso…? ¿Ha pasado algo?

—Le he devuelto esta mañana el dinero de la universidad. Ha insinuado que podría despedirme si no me alejo de Kate…

—¿Kate lo sabe?

—Yo no se lo he dicho.

—Venga, dúchate y ahora me cuentas todo.

40

Kate

El lunes llegué puntual a la cena con mi padre. El *maître* de Saga me guio hasta el reservado. Al entrar, me dirigí hacia la cabecera de la mesa. Forcé una sonrisa cuando mi padre y yo cruzamos miradas. Después de todo lo que me había contado Ben, estaba resentida con él, pero tenía que aparentar normalidad. Sabía que un enfrentamiento no me serviría de nada.

—Buenas noches, papá. —Me incliné para darle un beso en la mejilla.

—Buenas noches, hija.

Un camarero retiró la silla para que tomase asiento.

—Gracias —le sonreí por encima del hombro.

—De nada, señorita Morgan. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—Agua con gas, por favor.

Después de llenarme la copa, nos tomó nota de la comanda y cerró la puerta al salir. Mientras comíamos, mi padre se interesó por la boda. Al llegar a los postres, la conversación tomó un rumbo diferente.

—¿Qué tal con Benjamin Sharp? —me preguntó sin rodeos.

Estuve a punto de atragantarme con la tarta de calabaza.

—¿Cómo? —susurré, pese a que le había oído perfectamente.

—Te he preguntado qué tal con Benjamin.

—No sé nada de él —me apresuré a contestar—. Llevo años sin

hablar con él.

Me recogí detrás de la oreja el mechón de pelo que me caía sobre el rostro.

—Entonces ¿por qué se ha presentado esta mañana en mi despacho con un cheque de ochenta mil dólares?

Me quedé lívida.

¿Que Ben había hecho qué? ¿De verdad le había devuelto a mi padre el dinero de la universidad?

Guardé silencio mientras él me examinaba. Sentía un nudo en el estómago. El cuello alto del vestido comenzaba a agobiarme. Dadas las circunstancias, no tenía sentido mentir.

—Sé que hablaste con él para que me dejase —dije lo más calmada posible.

No buscaba discutir, menos en un sitio público. Solo quería respuestas.

—¿Confías en su palabra por encima de la de tu padre? —Sonó ofendido.

—Sé que intentaste pagarle en mi cumpleaños para que me dejara y que él rechazó el dinero. También sé que, al final, le convenciste de que no era bueno para mí y que le ofreciste la beca para estudiar en Columbia. En cambio, a mí me contaste que me había dejado por dinero.

—Hice lo mejor para ti.

La incredulidad trepó por mi pecho y se adueñó de mi voz:

—Me engañaste y consentiste que estuviese meses llorando…

—Mi intención nunca fue hacerte daño.

—Decidiste por mí y…

—Acababa de perder a tu madre —me cortó—. No podía dejar que te quedaras en Montauk y perderte a ti también.

—No ibas a perderme.

—Te fugaste sin explicación. No sabía qué te había pasado. Siempre tuviste claro cuál era tu futuro y, de pronto, querías echarlo todo a perder por un chico que ni siquiera era de buena familia. Tu madre jamás habría deseado eso para ti. Y yo tampoco —terminó con dureza.

Abrí la boca para contestar, pero él continuó:

—No toleraré que el pasado se interponga en el futuro que tienes por delante. Cumplirás con las obligaciones de la familia. Si quieres convertirte en presidenta de la plataforma de *streaming*, actuarás en consecuencia.

En ese momento, le sonó el móvil. Se lo sacó del bolsillo de la americana y atendió la llamada. Por el contexto, entendí que era uno de sus socios y que iba para largo.

Dejé la cucharilla en el plato. De repente se me había cerrado el estómago.

Intenté mantener la barbilla alta, los hombros rectos y las emociones a raya, tal y como me habían enseñado, pero no pude. La indignación que sentía era demasiado grande. Mi padre había reconocido los hechos con impunidad y ni siquiera se había disculpado por meterse en mi vida. Pasados unos segundos, me levanté.

—Buenas noches, papá —dije, bajo su atónita mirada.

A continuación, salí de allí sin mirar atrás.

El alivio que sentí al marcharme fue inmenso.

—Buenas noches, señorita Morgan. —Me saludó el conductor cuando me monté en el coche.

—Buenas noches, Robert. ¿Puedes llevarme a casa, por favor?

—Por supuesto.

En cuanto comenzamos a alejarnos del restaurante, dejé caer los hombros y me masajeé las sienes. Se me había levantado dolor de

cabeza por la tensión.

A lo largo de mi vida, había perdido la compostura con mi padre una sola vez. Fue cuando me prohibió seguir viendo a Ben. Llevaba demasiado tiempo dedicada a ser la hija perfecta. Por mucho que mi padre se preocupase por mí, eso no cambiaba el hecho de que me había privado de la libertad de elegir.

Estaba cansada de hacer lo que se esperaba de mí y de que otros decidiesen lo que me convenía. Estaba harta de no saber quién era. Vivía bajo una presión constante, con una vara de medir que no paraba de subir y subir porque nunca nada de lo que hacía era suficiente. Ya tenía treinta y un años, ¿por qué tenía que seguir los dictados de mi padre?

Durante el día que había pasado con Ben en Montauk había acariciado la libertad con las yemas de los dedos. Había sentido lo mismo que en el pasado. Había hecho lo que había querido. Había cenado comida basura, había bailado en mitad de una sala de cine, había hablado de películas, había besado a Ben bajo la lluvia sin que me importase estar mojándome o quién estuviese mirando, me había dejado llevar, había disfrutado acostándome con él y había dormido hasta tarde. Me había sentido de maravilla haciendo todas esas cosas.

Hacía siglos que no me lo pasaba tan bien en una cita. Las últimas que había tenido habían sido calcos las unas de las otras: cena en un restaurante exclusivo con un hombre que no compartía mis pasiones. Con ninguno había cuajado la cosa ni había sentido mariposas.

Besando a Ben me había sentido llena de vida por primera vez en años. Al pasar tiempo con él, se había despertado algo en mi interior. Algo que me emocionaba y aterraba a partes iguales.

Las palabras de Lola hicieron eco en mi mente.

«No quiero meterme donde no me llaman, pero habéis tenido mucha suerte al volveros a encontrar. Yo daría un brazo por tener cinco minutos más con Mike».

Guiada por un impulso, me incliné sobre el asiento y dije:

—Robert, me ha surgido un imprevisto. ¿Te importaría llevarme a la Veintisiete con Park Avenue, por favor?

—Por supuesto, señorita Morgan.

Ben

Salí del ascensor en mi planta arrastrando los pies. Después de desahogarme con Alexandra, me sentía peor. El pecho se me contrajo y frené en seco. Kate estaba plantada delante de mi puerta, con un vestido azul de punto y la gabardina doblada sobre el brazo.

—¿Kate?

—Hola —contestó con un hilo de voz.

Reanudé la marcha. De pronto, el corazón me latía con fuerza.

—¿Qué haces aquí? ¿Va todo bien?

Asintió con vehemencia.

Me paré delante de ella.

—Sí… Yo solo quería hablar contigo. ¿Tienes un momento?

—Claro.

Abrí la puerta de casa y le cedí el paso. Nada más entrar, solté la bolsa del gimnasio en el suelo y encendí las luces. Kate caminó hasta la cocina.

—¿Quieres beber algo? —pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—Estoy bien. Gracias.

Señalé el sofá con la mano. Tomamos asiento el uno al lado del otro. Tragué saliva y la observé expectante.

—Tú dirás…

—No dejo de pensar en ti y en nuestra cita —se sinceró.

El subidón fue instantáneo.

—Yo tampoco.

—Sé que quieres que te dé otra oportunidad, pero no puedo olvidar el pasado de la noche a la mañana, ni dejar tirado a Preston ahora. Y tampoco quiero renunciar al trabajo que me ha ofrecido mi padre…

—¿Qué intentas decirme?

Sus preciosos ojos azules escanearon mi cara.

—Que me gustaría seguir quedando contigo, pero lo único que puedo ofrecerte es vernos en secreto…

Respiré hondo.

—Entiendo que no sea lo que buscas, y, si no quieres, no pasa nada, pero ahora mismo no puedo ofrecerte otra cosa.

Lo sopesé un momento.

No era el escenario ideal ni mucho menos, pero entendía sus motivos. Quizá aquello podía ser una solución temporal y más adelante, cuando ella consiguiese lo que quería, podríamos estar juntos de verdad. No lo tenía claro. Por ahora, si era la única manera de estar con ella, lo aceptaría. Había vivido demasiado tiempo sin Kate. Me encantaba estar con ella. Era así de simple. Además, la mayor parte de nuestro noviazgo había sido a escondidas de su mundo y habíamos encontrado la manera de que fuera divertido.

—Vale.

—¿Sí?

—Sí. Estar a escondidas tiene su morbo —bromeé.

—Hablo en serio, Ben. Tendremos que establecer una serie de normas. No puedo poner en riesgo el compromiso con Preston y sé que mi padre intuye algo. Me ha contado que le has visitado esta

mañana.

—Sí. He ido a devolverle el dinero de la universidad.

—Lo sé.

Atraído como un imán, me acerqué un poco más a ella.

—¿Qué normas tienes en mente?

—Tenemos que ser discretos. No podemos aparecer juntos en público y nadie puede enterarse de esto.

Arrugué el ceño.

—¿Qué hay de nuestros amigos?

—Cuanta menos gente lo sepa, mejor. No quiero que vuelvas a hablar con mi padre sin decírmelo.

—Tranquila, no tengo ningún interés.

—Y una cosa más… —Sus ojos se apagaron—. Si vuelves a hacerme el más mínimo daño, se acabó.

Le sujeté el mentón con suavidad.

—No lo haré —aseguré—. Sé lo que es perderte. No quiero volver a pasar por ello.

Ella asintió, aunque no parecía del todo convencida.

—Necesito que confíes en mí, Kate. Jamás volveré a hacerte daño.

—De acuerdo.

—¿Nos enrollamos ya?

Kate sonrió y se inclinó en mi dirección. Llevé la mano a su nuca y cerré la distancia que nos separaba, deseando recuperar el tiempo perdido.

41

Kate

La primera vez que Ben y yo coincidimos en público fue unos días más tarde en las oficinas de la NBS. Yo tenía una reunión con el señor Miller. Estaba en el vestíbulo cuando oí una voz grave decir:

—Buenos días, señorita Morgan.

Miré por encima del hombro justo cuando Ben pasaba por el torno de seguridad contiguo al mío. Estaba despeinado, probablemente por haber venido en bicicleta, y lucía su sonrisa eterna.

—Buenos días, señor Sharp —contesté, guardando las apariencias.

Nuestras manos se rozaron por accidente mientras nos dirigíamos a los ascensores. La corriente de energía, ya familiar, regresó a mi cuerpo. Me detuve detrás de un par de mujeres. Ben se situó a mi lado.

Las puertas del ascensor se abrieron y entramos en tropel. La marabunta nos empujó hasta el fondo. Ben consiguió ingeniárselas para terminar pegado a la pared, detrás de mí. Se montaron varias personas más. Mi espalda se encontró contra su pecho.

—Perdón —musité por encima del hombro.

—No se preocupe —respondió él.

En cuanto iniciamos el ascenso, Ben posó una mano en mi culo. El corazón se me subió a la garganta. Le di un codazo discreto. Él

respondió apretándome el trasero. Eché un vistazo rápido alrededor. Las personas que nos rodeaban estaban enfrascadas en conversaciones con sus compañeros o tenían la vista clavada en los móviles.

Cualquiera que se fijase en nosotros podría darse cuenta de lo que ocurría. Ben no apartó la mano de mi cuerpo y yo no me alejé ni un ápice. La situación me parecía excitante.

Cuando el ascensor se detuvo en la planta once, me escurrí entre la gente con una disculpa. Ben y yo fuimos los únicos que bajamos. Enfilé hacia la derecha por el pasillo. Él no tardó en caminar a mi lado.

—Podría haberte visto alguien —le dije en un susurro.

—Bah, nadie nos prestaba atención. —Le restó importancia con un gesto de la mano—. Además, te ha gustado.

Contuve la sonrisa.

Sin previo aviso, Ben tiró de mi brazo hacia el pasillo que llevaba a los servicios.

—¿Qué haces? —Separé los ojos alarmada.

—Shhh… —Llevó una mano a mi nuca y apretó los labios contra los míos.

En cuanto introdujo la lengua en mi boca, olvidé que debía apartarme.

—Esto no es guardar las apariencias en público… —reproché cuando se retiró.

—Aquí solo estamos nosotros. ¿Hasta qué hora es tu reunión?

—Hasta las diez y media. ¿Se me ha corrido el pintalabios?

Él negó con la cabeza.

—Estás perfecta.

Esas dos palabras me arrancaron una sonrisa. Tras asegurarme de que ahí no había nadie más, le di un último beso fugaz.

Salí al pasillo principal con el pulso acelerado. Las mariposas de mi estómago agitaban las alas eufóricas. Me sentía igual que cuando me escapaba de adolescente para besarlo a escondidas por la noche.

Apenas me había alejado cuando mi móvil personal sonó. Era un mensaje de Ben.

Nos vemos luego?

Le contesté sin detenerme.

Tengo una reunión a última hora

Te aviso si salgo pronto

Perfecto

Por cierto, esos pantalones te hacen un culo tremendo 🔥



—Tengo que irme… —murmuré contra los labios de Ben más tarde.

Acabábamos de hacerlo en su sofá y seguía sentada sobre él. Había salido temprano del trabajo porque me habían cancelado una reunión. Por suerte, él también había conseguido escaparse antes.

—Pero quieres quedarte. —Me acarició la mejilla despacio—.

Reconócelo.

—Sí, pero…

—Nada de peros. Llama y cancélalo.

—No puedo cancelar la cita en el atelier. Tienen que tomarme las medidas para el vestido de novia.

—Eso puedo hacerlo yo. —Cerró las manos alrededor de mis pechos y dijo—: Copa B de sujetador. Anotado. —Se dio un golpecito en la sien.

—Eres bobo…

Reprimí la sonrisa y él volvió a besarme.

—No puedo llegar tarde… —dije entre besos—. Es casi imposible conseguir cita con Lillian Westwood.

Si seguía mirándome como si fuese lo más bonito del mundo, sus ojos esmeralda me absorberían y no saldría nunca de su apartamento.

Me bajé de su regazo. El frío me asoló al abandonar el calor de su cuerpo.

Ben no apartó la vista de mí mientras me vestía. Cuando estaba lista para marcharme, se levantó y se subió la ropa interior. A continuación, me acompañó hasta la puerta. Tan pronto como puse la mano en el pomo, él me dio un beso arrollador.

—¿Quieres venir mañana al programa? Es el último hasta después de las vacaciones de Acción de Gracias.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

—Tengo un compromiso con la madre de Preston.

Abrió la boca y yo me adelanté.

—No puedo cancelarlo. Es la alcaldesa de Nueva York.

—Deberías hacer lo que «quieres» hacer, no lo que «tienes que hacer».

—No es tan fácil. Además, mi padre ya sospecha… Ir al plató es demasiado arriesgado.

Ben respiró hondo y dijo:

—Bueno… Yo dejaré una entrada en la taquilla a nombre de Rose, por si cambias de opinión.

Miré por la mirilla para asegurarme de que no había nadie en el pasillo y salí tras darle un último beso.



Una semana después me invitaron a la inauguración de una exposición en una vieja fábrica reconvertida en galería de arte. Habían mantenido las paredes de ladrillo y los ventanales amplios. Caminé por el espacio abierto, esquivando a la multitud que allí se congregaba. Entre las distintas esculturas que exhibían, se encontraban las obras de artistas emergentes como Jérôme.

Estaba ensimismada mirando una escultura cuando una voz grave y masculina dijo:

—Parece una polla.

Me di la vuelta y me topé con Ben. Llevaba una americana negra y vaqueros. En la mano sostenía una copa de champán.

Parpadeé sorprendida.

Le había dicho que no podía verlo esa tarde porque me habían invitado a la apertura de la exposición.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Buscando arte para casa. —Se encogió de hombros, haciéndose el tonto.

Entrecerré los ojos. Había estado en su apartamento varias veces, no tenía ni una sola pieza.

—Llevas diez minutos aquí plantada. ¿Debería llevarme esta?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque mientras tú mirabas la escultura fálica, yo te miraba a ti.

La romántica que habitaba en mi interior encontró aquello la mar de tierno.

—No tiene forma de… —empecé en un cuchicheo—. No es un pene. Es una columna.

—Nah… Se ve claramente que es una polla. La estructura es el tronco y las bolas son los cojo…

—¿Cómo me has encontrado? —le interrumpí antes de que siguiera diciendo palabrotas.

—Una búsqueda rápida en internet. No había muchas inauguraciones de arte un miércoles en Brooklyn.

—Solo se podía acceder con invitación.

—He movido algunos hilos.

Arqueé una ceja.

—El chico que controla la entrada es fan del programa y ha hecho la vista gorda —claudicó—. Ya no se puede ser misterioso.

—¿De verdad has venido buscando arte para casa? —Señalé la escultura con la mano.

—No. He venido porque quería verte —susurró.

Me costó no lanzarme a sus brazos y besarlo.

Sonreí y caminé hasta la siguiente pieza. Eran dos manos entrelazadas. Una más grande y varonil que la otra. Ben se situó a mi lado y la observó con interés.

—A un par de minutos tenemos uno de los mejores cines de Nueva York —continuó sin mirarme—. ¿Vamos?

—Jérôme me ha invitado a cenar con la dueña de la galería y el resto de los artistas.

—¿Te doy una solución? —preguntó y yo asentí—. No vayas a la cena. Ven al cine conmigo.

Me mordí el labio, dubitativa. Prefería pasar tiempo con Ben antes que ir a un compromiso social.

—Venga, llevamos días sin vernos —insistió—. Estás deseando largarte…

Seguí con la vista fija en la escultura mientras lo sopesaba.

—Podría decir que no me encuentro bien…

—O podrías decir la verdad: que has cambiado de opinión y no quieres ir…

—No puedo decirlo así… Es de mala educación.

—La vida es sencilla, Kate. Si no te apetece ir a un sitio a ponerle buena cara a gente que te da igual, no vas y punto.

—Envíame la dirección del cine —susurré, sin apartar los ojos de las manos unidas—. Sal tú primero. Te seguiré en unos minutos.

Sin esperar su respuesta me acerqué a Jérôme, que conversaba con un par de personas. Esperé a que terminase para decirle que me había surgido un asunto personal y que tenía que irme. Acto seguido, recogí el abrigo del ropero y salí al atardecer frío y dorado de noviembre. Divisé a Ben esperándome en la esquina. Caminé a su encuentro apresurada.

—He dicho que tenía un asunto personal —informé, sintiéndome culpable, al llegar a su altura.

—Y nadie se ha muerto, ¿verdad?

Me entró la risa. La culpabilidad mutó en algo más. Sentí una euforia ligera por haberme atrevido a rechazar un compromiso.

—¿Ves qué bien sienta decir que no? —me preguntó con una sonrisa.

Asentí y, al doblar la esquina, le cogí la mano.



De pronto, la vida era una comedia romántica.

En la secuencia de montaje de los días siguientes hubo muchas risas, besos tiernos y sexo ardiente mientras de fondo sonaba el típico éxito pop pegadizo. Mis escenas favoritas incluían un poco de todo, como cuando una tarde Ben entró desnudo en su habitación con un paquete de galletas Oreo. Yo me había quedado en la cama. Recogí las piernas y Ben se sentó en el borde del colchón. Me incorporé hasta sentarme yo también. El nórdico me resbaló hasta las caderas.

—He estado pensando… —empecé, a la par que atrapaba una galleta—. Debemos ser cautos en la fiesta de Navidad de Morgan Media.

—Habla por ti. Yo soy un santo.

—Lo digo en serio, Ben. La primera vez que coincidimos en una fiesta nos besamos, y la última acabaste desnudo en la azotea.

—¿Y quién tuvo la culpa de ambas cosas?

—Los dos. Quizá empecé yo, pero tú colaboraste…

—No me quedó más remedio. De todos modos, faltan semanas para esa fiesta, no te rayes antes de tiempo.

Mordí la galleta. Él cogió otra y dejó el paquete en la mesilla de noche.

—¿La noche de la discoteca te excitaste? —me preguntó sin venir a cuento, después de tragar.

—Sí. ¿Y tú?

—Yo estaba tan cachondo que me masturbé al llegar a casa.

—¿Pensando en mí?

—Pensando que te follaba contra la pared de aquel pasillo oscuro

—soltó con toda la naturalidad del mundo.

Me mordí el labio.

El calor se propagó por mi pecho.

—¿Eso te gustaría? —susurró con la voz grave que tanto me atraía.

Asentí.

—He fantaseado varias veces con que lo hacemos en un sitio público…

—Vaya, vaya con la buena chica…

—¿Tú tienes alguna fantasía conmigo?

—¿Una? —Me miró como si hubiese perdido la cabeza—. Tengo cientos.

—Dime una.

—Me pondría cachondísimo si aparecieras con una gabardina y nada debajo.

Se me escapó la risa.

—¡Qué básico!

—No se juzgan las fantasías ajenas. —De un tirón apartó el nórdico y se arrodilló sobre el colchón delante de mí.

Bajé la vista por su abdomen y me topé con que estaba excitado otra vez. Estiré el brazo y se la cogí. Moví la mano despacio. Al cabo de un momento, se la solté.

Él acababa de jugar conmigo. Ahora quería ser yo la que le hiciera suplicar.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, me humedecí los labios.

—¿Ves algo que te guste?

Asentí.

—Entonces ven aquí y chúpamela. —Sonó tan desesperado que me costó resistirme.

—¿Cómo se piden las cosas?

Ben hizo amago de inclinarse en mi dirección, pero le paré, poniéndole un pie en el hombro y negando con la cabeza.

—Si quieres algo, tienes que pedirlo con educación.

Él se levantó y comenzó a tocarse, sin apartar los ojos hambrientos de mí. Me recosté sobre el cabecero de madera, dispuesta a disfrutar de la vista.

—Por favor, ¿puedes venir aquí y poner tu lengua preciosa en mi maravilloso pene? —preguntó—. Gracias.

Volví a reírme.

Gateé por el colchón y me acerqué a él. Cuando retiró la mano de su erección, le tomé el relevo con la mía. Después de torturarlo un poco, me incliné hacia delante y se la recorrí con la lengua. En cuanto me la metí en la boca, él jadeó:

—Joder…, así… Y por esto daré gracias esta noche, en la cena de Acción de Gracias.

Me aparté para reírme mucho más alto que antes.

—Eres todo un romántico.

—Contigo, siempre.



Ben y yo pasamos la mayor parte del tiempo en su cama, pero también pedimos comida a domicilio y la degustamos en el sofá mientras veíamos una película o le contaba cómo avanzaba con mi guion. Una de esas noches, el repartidor llamó al timbre mientras Ben estaba al teléfono. Se apartó el móvil de la oreja y me dijo:

—¿Puedes darle tú la propina, por favor? Mi cartera está en el mueble de la entrada.

—Claro.

Abrí la puerta y un hombre me saludó desde el pasillo.

—Aquí tiene el pedido —me entregó una bolsa de papel oscura.

—Gracias. —La dejé en el mueble.

Abrí la cartera de Ben y rebusqué el efectivo entre los compartimentos interiores. En uno de los bolsillos transparentes tenía guardado un papel verde que llamó mi atención.

El corazón se me detuvo un instante.

Era una entrada de cine.

Aunque la tinta negra estaba algo desgastada, podía leerse el título de la película: *¡Olvídate de mí!*

El carraspeo del repartidor me sacó del trance. Encontré un billete doblado entre las tarjetas desordenadas.

—Muchas gracias. —El hombre aceptó la propina—. ¡Que aproveche la cena!

—Gracias. Buenas noches.

Cuando me dio la espalda, cerré la puerta.

Me quedé ahí plantada, con los ojos fijos en la entrada, mientras me asolaban los recuerdos. ¿Ben había conservado la entrada de la primera película que vimos juntos? Quizá esa entrada en su cartera simbolizaba que, después de todo, nunca llegó a olvidarme. Y lo cierto era que yo a él tampoco.

—¿Todo bien? —me preguntó desde el salón.

Levanté la vista y descubrí que ya había colgado.

—¿Has guardado la entrada de la primera peli que vimos juntos?

—Claro. Es un recuerdo —contestó como si fuese obvio.

La forma despreocupada en que me sonrió hizo que mi corazón se retorciese de emoción. En lugar de contestar, recorté la distancia que nos separaba y lo besé, siendo consciente de que el muro que protegía mi pecho cada vez tenía más y más grietas, y de que era cuestión de tiempo que se derrumbase.

42

Ben

El tiempo en compañía de Kate parecía correr más deprisa de lo normal.

Cuando quise darme cuenta, el pavo de Acción de Gracias y las decoraciones otoñales habían dado paso al encendido del árbol del edificio Rockefeller, a las pistas de patinaje y al despliegue de luces de Macy's.

La fiesta de Navidad de Morgan Media tenía lugar a mediados de diciembre en el St. Regis, uno de los hoteles más exclusivos del centro. Al entrar en el salón, un camarero uniformado me dio la bienvenida ofreciéndome una copa de champán. Bebí un trago y escaneé a la multitud. No había ni rastro de Kate.

La estancia era de techos altos, suelo de mármol reluciente y lámparas de araña. En el centro había un árbol de Navidad enorme, decorado con guirnaldas y tiras de luces cálidas. Sobre el escenario del fondo una banda tocaba villancicos. Detrás de ellos destacaba un logo corpóreo de proporciones épicas de Morgan Media, que consistía en un par de letras «emes» mayúsculas y entrelazadas.

—¿Qué tal? —Freddie apareció de la nada y me dio una palmada amistosa en el hombro—. Estamos ahí. —Señaló con el brazo hacia la derecha.

Alrededor de una de las mesas altas conversaban varios de mis compañeros. Al unirme a ellos, me coloqué en un sitio estratégico

desde el que no perdía de vista la entrada.

—Ben, sé que no debería hablar de trabajo ahora —arrancó Georgia—, pero acabo de tener una idea y, si no la suelto, se me olvidará.

—Estamos en un evento de trabajo —le recordé—. Nunca es un mal momento para hablar de ideas.

—¿Y si para el especial de Navidad hacemos un *sketch* parodiando la típica película cutre de una ejecutiva que se queda tirada en un pueblo pequeño?

—Podríamos contar que descubre el verdadero significado de la Navidad gracias a un leñador —agregó Freddie.

—Sí y…

Dejé de escucharlos en cuanto Kate entró en la sala. La observé mientras cogía la copa de champán que le ofrecía el camarero y se lo agradecía con una sonrisa radiante.

Me froté el pecho, a la altura del corazón, completamente impactado por la imagen que registraban mis ojos.

Kate llevaba un vestido de color vino, largo hasta el suelo, que se ajustaba alrededor de la curva irresistible de su cintura. El escote era recatado. La tela se abrazaba a su cuello dejando los brazos al descubierto.

Se había recogido los mechones frontales del pelo hacia atrás, despejando su rostro y dejando a la vista los pendientes largos que caían en cascada desde sus orejas. Parecía recién salida de una película de James Bond.

Estaba tan guapa que me costaría horrores mantenerme alejado de ella.

Tardé un momento en darme cuenta de que su brazo iba entrelazado al de Preston.

—Ben, ¿nos estás prestando atención? —El quejido de Freddie

me sacó de la ensoñación en la que solo existía Kate.

—Eh… —Dirigí la vista a mis compañeros—. Sí, sí. El *sketch* navideño. Me gusta la idea del leñador. Llevemos el estereotipo al extremo y plantémosle una camisa roja de cuadros; si rescata animales o es el veterinario del pueblo, mejor que mejor. Si os parece, terminamos de detallarlo el lunes en la ofi.

Me acabé el champán de un trago.

—Voy a por más bebida —los informé.

Caminé apresurado para cruzarme con Kate. Bordeé el árbol de Navidad por detrás y nos quedamos cara a cara. Cuando me vio, una sonrisa diminuta asomó a sus labios. Al pasar por su lado, le rocé la mano adrede. Me acerqué al camarero de la entrada y le cogí otra copa de champán de la bandeja. Giré sobre los talones y me quedé planchado al ver que el vestido de Kate dejaba gran parte de su espalda al descubierto.

«Madre mía. Está buenísima con ese vestido».

En realidad, estaba buenísima con cualquier cosa.

Regresé con mis compañeros y abandoné la copa en la mesa. Kate se encontraba un par de mesas más allá, junto a Preston y varias personas que no conocía. Me saqué el móvil del bolsillo y le mandé un mensaje.

Quieres matarme con ese vestido?

Su respuesta tardó unos minutos en llegar.

Te gusta?

Me encanta

Estás espectacular

La vi sonreír en la distancia.
No pude evitar teclear otro mensaje.

Estoy deseando quitártelo

Lo que llevo debajo te gustaría más

Ah, sí?

Quieres ir al baño y enseñármelo?

Tendrás que esperar un poco…

Pero te doy una pista: encaje y tiras

Venga, no seas así…

Te dejo

No puedo estar todo el rato escribiendo

Es de mala educación

Me echarás de menos en cinco minutos

Los puntos que indicaban que Kate estaba escribiendo desaparecieron de la pantalla. Le eché un vistazo rápido, estaba enfrascada en una conversación.

No le quité los ojos de encima el resto de la fiesta.

Ignoré cuando su padre subió al escenario para dar un discurso corporativo. Propuso un brindis al que me uní para celebrar con mis compañeros. Después de eso, los camareros empezaron a desfilar con las bandejas. La mejor parte de asistir a ese tipo de eventos era la comida, sin duda alguna.

Los ojos de Kate y los míos se encontraron varias veces desde extremos diferentes del salón. Ahora que había terminado la cena, habían bajado las luces y la banda que tocaba villancicos había sido reemplazada por un DJ que pinchaba éxitos actuales.

Me aposté en la barra y pedí un whisky. Cuando el camarero me lo sirvió, oí la voz de Kate a mi izquierda decir:

—Un negroni, por favor.

Hice un esfuerzo terrible por no mirarla. Me acerqué el vaso a la boca y susurré:

—¿Te lo estás pasando bien?

—Lo pasaría mejor contigo —respondió en un murmullo.

Le di un trago al whisky y disfruté del regusto amargo.

—Eso tiene fácil solución. —Dejé el vaso en la barra.

Por el rabillo del ojo, la vi remover con la pajita el cóctel que acababa de darle el camarero.

—¡Atención todos, está a punto de comenzar la rifa navideña! —anunció una voz por los altavoces.

—Nos vemos luego —musitó casi más para sí misma.

Me rozó el brazo al pasar y todo el cuerpo me pidió a gritos ir tras ella.

Unos minutos más tarde recibí una foto de visionado único de su

parte. No estaba seguro de qué podía ser, así que me aparté del grupo con la excusa de ir al baño. Una vez allí, me refugié en uno de los cubículos. Abrí la foto y por poco me dio un infarto. En la imagen aparecía Kate frente a un espejo. Se cubría las tetas con la mano y el brazo, y llevaba unas bragas granates semitransparentes que tenían una tira en la cadera. La polla me dio un salto dentro de los pantalones.

Me aflojé la pajarita.

«¿Soy yo o hace un calor de pelotas aquí dentro?».

Cerré la imagen y desapareció del chat.

Se me ha puesto durísima

Ven al baño

No…

Tendrás que esperar a más tarde

No puedo esperar más

Ben…, hay demasiada gente

Están pendientes de la rifa

Por favor…

Me he portado bien y no me he acercado a ti en toda la noche

Esperé unos minutos, pero Kate no apareció. Salí del baño justo cuando alguien más lo hacía por la puerta contigua.

Giré la cabeza y me la encontré.

—¿Prefieres el baño de mujeres o el de hombres? —pregunté de sopetón.

—Ben, no podemos hacer esto ahora…

—Entonces ¿qué haces aquí?

Ella no respondió. Tenía las pupilas dilatadas y las mejillas rojas. Por cómo se mordía el labio era obvio que deseaba lo mismo que yo.

Tras observarme unos segundos, tiró de mi brazo y me arrastró al baño de mujeres.

La estancia era lujosa y sofisticada, con una encimera maciza de mármol beis que albergaba tres lavabos redondos. Sobre ella había tres espejos arqueados con el marco dorado.

Planté la mano en su nuca y la besé.

—Joder —murmuré contra su boca—. Qué ganas tenía de besarte.

—Y yo a ti. —Me rodeó el cuello con los brazos y me devoró los labios—. Estás muy guapo con el esmoquin.

Nuestras lenguas se enredaron. Bajé las manos hasta su cintura y la estreché contra mí. Se le escapó un gemido al notar mi erección. Sus caderas se sacudieron contra las mías.

—Ben… —Se apartó, colocando las manos en mi pecho. Retrocedió y apoyó el culo contra la encimera—. No deberíamos… Podrían pillarnos.

Me acerqué a ella de una zancada. Apoyé las manos sobre el mármol, a ambos lados de su cuerpo. Gracias a sus tacones de

vértigo, nuestras bocas estaban a centímetros de distancia. Rocé sus labios de manera tentadora cuando pregunté:

—¿Y no es eso lo que te pone cachonda?

Su pecho subía y bajaba a toda velocidad cuando asintió.

Sonreí de medio lado. Había dado en el clavo.

—¿A ti no te importa que… pueda entrar alguien? —Su voz sonaba entrecortada.

Negué con la cabeza.

—Me da bastante morbo.

Kate plantó las manos en mis hombros y me atrajo en su dirección. Su lengua buscó la mía con codicia. Enredó las manos en mi pelo, obligándome a acercarme más a ella. Me arrancó la pajarita de un tirón y me bajó la americana por los hombros. Un estremecimiento me recorrió entero cuando me acarició por debajo de la camisa.

Bajé los labios por su cuello. Metí la mano por la raja lateral del vestido. Le acaricié por encima de la ropa interior y ella soltó el aire con fuerza por la nariz.

—¿Sigo? —pregunté en su oído.

—Sí, por favor.

Colé un par de dedos debajo de la costura de sus bragas. Le pasé el pulgar por el clítoris y se le escapó un gemido de lo más sexy. Introduje un dedo y resbaló con facilidad en su interior. Mi corazón latía como un desquiciado.

—Joder, Kate… Estás empapada.

—Ben… —gimió.

Moví el dedo más deprisa mientras seguía frotando con el pulgar. Ella se recostó contra la encimera. Comenzó a empujar las caderas contra mi mano. Me puse aún más cachondo. Sus ojos eran fuego puro.

—Ben… Quiero sentirte dentro de mí. Ahora.

—¿Quieres que te folle?

—Sí…

Retiré la mano de sus bragas. La cogí de las caderas y la giré para que se quedara de cara al espejo. Ella se recogió el pelo con la mano. Le solté los botones del cuello y la parte superior del vestido se deslizó hasta su cintura. La melena sedosa le cayó en cascada hasta la mitad de la espalda. Levanté la vista y admiré sus tetas preciosas reflejadas en el espejo. Cuando le pasé los pulgares por los pezones, intentó ahogar un gemido sin éxito. Contrajo la cara en una mueca de placer y yo empujé las caderas hacia delante, apretando la erección contra su culo. Ella coló la mano entre nosotros y me la acarició por encima del pantalón.

Me encantaría desnudarla, pero la necesidad apremiaba en mi interior.

A la velocidad del rayo, me saqué un condón del bolsillo. Impaciente, se lo pasé para que lo abriera. Me bajé los pantalones y el bóxer hasta la mitad de los muslos. Después de ponerme el preservativo, le levanté el vestido hasta la cintura. Las bragas de encaje le cubrían la mitad del culo. No pude contenerme y le di un azote. Luego, aparté la prenda a un lado.

—Separa un poco más las piernas, preciosa —le pedí.

Ella obedeció.

Me la agarré y di un paso hacia delante. Se estremeció cuando le metí la punta, y apoyó las manos en la encimera. Empujé las caderas y me hundí en ella. Un jadeo entrecortado se escapó de sus labios. La sensación que me asoló fue tan intensa que tuve que quedarme quieto un momento. Coloqué las manos sobre las suyas y le besé la parte posterior de la cabeza.

—Muévete —dijo.

Su tono demandante me puso a cien.

¿Desde cuándo me excitaba que me diesen órdenes?

Probablemente desde que era devoto de esa mujer.

Estaba deseando volver a oír sus gemidos sensuales. Se la saqué un poco y volví a metérsela.

El ruido de la fiesta llegaba amortiguado como un eco lejano. Comencé a moverme con energía. Mantuve una mano en su cadera y subí la otra por su estómago para cerrarla alrededor de su pecho. Sus gemidos me incentivaban a darle el placer que quisiera. Levanté la mirada de su culo. La imagen que me devolvía el reflejo era perfecta. Me encantaba ver a Kate así de desinhibida y ser testigo de cómo perdía el control.

Le cogí la barbilla y se la empujé hacia arriba.

—Mira lo sexy que eres… —le dije con la voz entrecortada.

Nuestros ojos se encontraron en el espejo. Kate se mordió el labio.

—Me gusta ver… lo que me haces —musitó con la voz ahogada.

Le recogí el pelo con la mano y le di un suave tirón. Me incliné para lamerle la oreja y el cuello.

—Estoy cachondísimo —le confesé en el oído—. Me voy a correr rapidísimo.

Ella volvió a gemir. La respiración se le aceleró.

—Yo también.

Acomodé las manos en sus caderas, ella se reclinó un poco sobre la encimera y volví a moverme. Su respiración era cada vez más irregular.

—Más rápido —pidió en un resuello.

Kate se apretó a mi alrededor y comenzó a temblar. A partir de ahí no fui capaz de tener un pensamiento coherente. Apartó una mano de la encimera para taparse la boca. Quería pedirle que no

hiciera eso. Me moría por oír los sonidos que hacía al correrse, pero no podía hablar. Me había quedado sin aire en los pulmones. Mis movimientos se volvieron más frenéticos. Silencié mis propios gemidos besándole el hombro. El orgasmo me sacudió por completo, dejándome sin aliento.

Nos mantuvimos un instante pegados, mientras recuperábamos la respiración.

Tenía el pecho agitado y me sudaba la frente. Cuando salí de su interior, me recorrió un espasmo. Al apartarme de su calidez la sensación de vacío fue casi dolorosa.

Ella se giró con las mejillas encendidas. Una sonrisa perezosa adornaba su rostro. Me pasó una mano por el pelo con cuidado.

Ahí estaba otra vez. Esa sensación agradable expandiéndose por mi pecho.

—Ha sido… muy sexy. —Sonaba contenta y saciada.

Me lamió los labios antes de darme un beso.

—Porque tú eres muy sexy.

Me subí los pantalones mientras ella se recolocaba el vestido. Kate se volteó y volvió a sujetarse la melena.

—¿Me lo abrochas, por favor?

Cerré los dos botones que tenía la prenda debajo de su nuca. A continuación, le di un beso suave en el hombro.

—¿A qué hora nos largamos? —le pregunté a la par que me metía la camisa dentro del pantalón.

—¿En una hora?

—Uf. No. Contraoferta: media hora.

—¿Cuarenta y cinco minutos? No podemos irnos juntos. Está mi padre…

—Lo sé.

—Puedes irte tú primero y nos vemos en tu casa.

Me dio un morreo con el que consiguió convencerme.

Después de limpiarme los restos de su pintalabios color vino de la boca, abandoné el baño con una sonrisa de oreja a oreja.

Kate regresó a la fiesta unos minutos más tarde. Se había retocado el maquillaje y el pelo. Se unió a Preston como si nada. Él dijo algo que la hizo reír. Al verla feliz, la sensación cálida de mi pecho aumentó de tamaño. Sin darme cuenta, me encontré sonriendo yo también.

Kate

Llamé al timbre con los nervios a flor de piel. Me sentía una temeraria total. Dado que Ben había cumplido mi fantasía de hacerlo en un sitio público, yo quería hacer realidad la suya. Por ello, me había atrevido a ir un paso más allá y me había presentado en su casa sin avisar, llevando únicamente una gabardina y unas botas. El corazón se me aceleró al oír sus pisadas al otro lado de la puerta.

Tan pronto como abrió, una expresión de sorpresa se dibujó en su rostro. Sin darle tiempo a reaccionar, me interné en el apartamento y lo besé. Sus manos fueron a parar a mis caderas.

—Kate… —empezó contra mis labios—. Espera…

Le metí la lengua en la boca, impidiéndole hablar.

—¡Ja! ¡Me debéis diez pavos! —oí que decía una voz femenina—. Sabía que habían vuelto. Ben estaba de muy buen humor.

Me quedé congelada al comprender que no estábamos solos.

—Será cabrón —contestó una voz masculina—. Se lo pregunté y me dijo que no…

Ben se apartó para mirarme.

—Eso era lo que intentaba advertirte —susurró solo para mí.

No sabía dónde meterme. Me asoló una repentina vergüenza y enrojecí de la cabeza a los pies. Aquello no podía estar pasando.

—Yo… No tenía que haber venido sin avisar… —balbuceé, horrorizada. Ni siquiera me atreví a mirar hacia el salón para ver quién había—. Debería irme.

Salí al pasillo y él me siguió.

El corazón me palpitaba con fuerza.

—O podrías quedarte.

—Ben, no puedo…

—Mis amigos ya te han visto. ¿No quieres conocerlos?

—No es eso…

—¿Entonces?

Bajé la vista a mi ropa y volví a mirarlo con cara de situación.

—Hostia. Puta. —Sus ojos se agrandaron cuando llegó a la conclusión más obvia.

Agarró el cinturón de la gabardina, tiró en su dirección y me choqué con su pecho.

—¿No llevas nada debajo? —preguntó en voz baja.

Negué con la cabeza.

Una sonrisa lobuna asomó en su rostro.

—¡Chicos, se acabó la noche! —exclamó—. ¡A vuestra puta casa! ¡Ya!

Ellos protestaron algo que no alcancé a entender.

—¡No digas eso! —amonesté en un murmullo—. ¡Pensarán que no quiero conocerlos!

—¿Y qué quieres hacer? ¿Prefieres ponerte algo de mi ropa?

—No lo sé… Puedes presentármelos rápido y me voy.

—De eso nada. O se largan ellos, o coges lo que te dé la gana de mi armario y nos quedamos todos. Elige lo que quieras, pero tú no te vas sin lo que has venido a buscar.

Lo observé unos segundos. Claudiqué cuando me acarició la mejilla.

—Me quedo. —Por suerte, tenía en el bolso la ropa que me había llevado para cuando regresase a casa.

—Genial, vamos.

Ben me cogió la mano, como si quisiera asegurarse de que no me escapaba, y me condujo hasta el salón. Alrededor de la mesa de póker estaban sentados sus amigos. Todos los ojos estaban puestos en mí.

—Chicos, esta es Kate —me presentó Ben—. Kate, estos son Alexandra, que ya la conoces, Logan, que le viste en la fiesta de adquisición, y Chris.

—Encantada de volver a verte. —Alexandra se levantó y me sorprendió con un abrazo.

Se lo devolví y recé internamente porque la gabardina no se abriese. Aquel encabezaba la lista de momentos más embarazosos de mi vida.

—Un placer conocerte. —Chris me tendió la mano cuando Alexandra me liberó.

—Igualmente —contesté al estrechársela.

Logan fue el último en saludarme con otro apretón de manos. Cuando me soltó, Ben intervino:

—Puedes dejar el abrigo en mi habitación. Vamos, te acompaño.

Colocó la mano en mi baja espalda y me condujo hasta allí. Una vez dentro, cerró la puerta y se abalanzó sobre mis labios.

—No puedo volver a verlos nunca más —le dije—. ¡Qué vergüenza!

—Bah, cosas peores se han visto en este grupo.

—¿Crees que se han dado cuenta?

—No. Y, aunque lo hayan hecho, no te dirán nada. En todo caso,

me vacilarán cuando me pillen por banda… Y a mí me la pela lo que digan porque es el mejor día de mi vida. —Terminó pegado a mis labios.

Deshizo el nudo de la gabardina y me la quitó, dejándome en un conjunto negro de ropa interior bastante revelador.

—Qué mentirosa eres. Llevas ropa. Pero no me importa, eres lo más sexy que he visto nunca.

Se inclinó para besarme.

—Venga, tenemos que salir… —dije apartándome un par de besos más tarde—. O pensarán cosas que no son.

Ignoré sus protestas y me despojé de las botas. Luego, saqué el vestido de punto granate del bolso y me lo metí por la cabeza.

—No le contarán a nadie que estamos juntos, ¿no?

—No. Les confiaría mi vida. Puedes estar tranquila.

Cuando regresamos al salón cesaron los cuchicheos. Esperaba que no notasen lo nerviosa que estaba por conocerlos. Sabía que eran importantes para Ben y quería caerles bien.

Me fijé en que estaban en mitad de una partida de póker.

—No quería interrumpir, por favor, seguid jugando —les dije.

—Qué va, ya hemos terminado. —Ben me acercó una silla—. Además, están a punto de llegar las pizzas.

Recogió las cartas de la mesa y las apiló.

—¿Qué quieres beber? —me preguntó—. ¿Vino?

—Vale. Gracias.

—¿Me ayuda alguien a poner la mesa y a traer más bebidas?

Chris y Logan se levantaron en el acto.

—Espero que no me guardes rencor por lo del divorcio —me dijo Alexandra cuando nos quedamos solas—. Era un pequeño teatrillo para ayudar a Ben.

—Lo sé. Me lo contó. No te preocupes, cero rencores. —Sonreí.

—Me alegra ver que todo funcionó. —Ella me devolvió la sonrisa encantada—. Al final, solo había que prestarles atención a las señales.

—¿A qué te refieres?

—A las señales del universo que indicaban que Ben y tú tenéis que estar juntos.

Arrugué el ceño y la miré sin comprender.

—Ben, ¿no le has contado a Kate lo de las señales? —le preguntó a su amigo.

—Eh…, no, y agradecería que tú tampoco lo hicieras —le contestó él al acercarse con una copa de vino para mí—. No quiero que pienses que estoy chalado.

—Benji, si te conoce un poco, eso ya lo sabe. —Logan le dio una palmada en el hombro y le sonrió burlón.

Ben tomó asiento a mi lado. Al detectar que seguía un poco nerviosa, buscó mi rodilla por debajo de la mesa y me dio un apretón que traduje como: «Tranquila, todo va bien».

—El día que te presentaste con el divorcio digamos que hubo una serie de… casualidades —empezó, mirándome.

—Señales —le corrigió Alexandra—. Crees en ellas, así que llámalas por su nombre.

—Todo empezó con un mensaje en una galleta de la fortuna —me explicó Ben— que decía que todos los finales son comienzos… Según Alexandra, eso indicaba que el divorcio podía ser nuestro reinicio. Creí que era una tontería, pero el día que pensé firmar los papeles del divorcio me pasó de todo. Primero, se plantó detrás de mí un bicitaxi con la banda sonora de *Titanic* a toda hostia, luego tu bolígrafo no pintaba, cogí otro y saltó la alarma de incendios y tuvimos que desalojar el edificio…

—Te estás dejando el mejor —intervino Alexandra.

—El bombero que nos informó de lo que había ocurrido se llamaba Jack, como el de *Titanic*. Ahí pensé que lo de las señales era cierto y que el universo quería que fuese a por ti.

Parpadeé sorprendida mientras asimilaba lo que acababa de escuchar. Me parecía muy tierno por parte de Ben, pero me daba algo de vergüenza decírselo delante de sus amigos.

—Está fatal de lo suyo —me dijo Logan de broma, al tiempo que le daba una palmada a Ben en el hombro—. Pero es buena gente.

En ese momento, sonó el timbre.

Ben saltó de la silla y corrió a abrir. Regresó cargando varias cajas de pizza. Le hicimos hueco y las dejó en el centro. Entre Logan y él, las abrieron y las repartieron por la mesa. El olor a comida inundó el ambiente.

—Hemos pedido pepperoni picante, barbacoa, margarita y salchichas con beicon y champiñones —informó, mirándome—. ¿Te gusta alguna?

—Sí. —Asentí.

Alexandra nos repartió varios trozos de papel de cocina a cada uno.

Cogí una porción de pizza de champiñones y le di un mordisco. Estaba buenísima.

Chris, que hasta entonces se había mantenido al margen, me preguntó:

—Kate, ¿a qué te dedicas?

—Soy productora en Morgan Media —contesté, agradecida de que me sacase conversación.

—¿Qué estás produciendo ahora? —me preguntó Logan.

—Una serie que se llama *Legacy*, se estrena el año que viene; trata de una familia de la alta sociedad y de cómo se complican sus vidas a raíz de una herencia.

—¿Es la serie que protagonizará Chris Porter? —preguntó Alexandra, y yo asentí—. Me encanta ese actor. Dime que lo vas a conocer…

—¡Sí! —exclamé emocionada—. Lo conoceré en unos meses, cuando visite el set de rodaje.

—¿Te puedo sobornar para que me lleves contigo? Le amo.

—Yo también. Hizo un papelón en *The Report*. ¿La has visto?

—Sí. Me encantó.

—El guion era buenísimo —proseguí—. Y él es increíble.

—Bah, no es para tanto… —dijo Ben antes de morder su pizza.

Mis nervios desaparecieron con rapidez. Mientras cenábamos, ellos me contaron a qué se dedicaban y cómo se conocieron.

—¿De verdad crees que el universo te mandó señales para perseguirme? —le pregunté a Ben cuando se fueron sus amigos.

—Mmm…, sí. Por un momento incluso llegué a pensar si las señales me las estaría mandando mi yo del futuro, rollo *Interstellar*. ¿Qué pasa?

—Nada. Es solo que me parece muy tierno.

—Sé que suena a locura, pero sé lo que vi. De todos modos, yo habría creído en cualquier cosa que me permitiera ir a por ti.

Me puse de puntillas y lo besé con cariño, enredando los dedos en el pelo de su nuca.

—Ahora vas a volver a ponerte la gabardina y las botas y me vas a hacer el hombre más feliz del mundo. —Me cogió en brazos y me cargó hasta su habitación.



—¿Cansada? —me preguntó Preston cuando contuve un bostezo

de esos en los que se te empaña la mirada.

Asentí y le di un sorbo al café.

Estábamos con Julia sentados alrededor de nuestra mesa habitual del Bemelmans.

—Anoche fue a pilates otra vez —le contó Preston a nuestra amiga—. Últimamente no se salta ni un día.

Julia me sonrió y dijo:

—Ya veo. Creo que la semana que viene iré contigo a las clases nocturnas. Me dijiste que la última sesión era a las nueve, ¿verdad?

—Eh…, sí.

Ella consultó su agenda en el móvil.

—Me va mejor ese horario. Así podré exprimir hasta el último segundo del día trabajando —apuntó enseguida—. Además, si el monitor te tiene taaan destrozada es que las clases deben de ser muy intensas.

Aparté la mirada y me metí una cucharada de yogur griego con miel y nueces en la boca, para evitar mentir.

—Nunca la había visto ir a hacer deporte tan contenta —siguió Preston con un tono divertido—. Al final, tendré que apuntarme yo también.

—Ay, pues claro. ¡Cuantos más, mejor! —exclamó Julia—. ¿Hoy tienes pensado ir al estudio? Podemos ir los tres…

Ambos me observaban expectantes.

—¡Vale! —claudiqué—. No estoy yendo a pilates por la noche. Llevo más de un mes viéndome con Ben en secreto, ¿contentos?

Tardaron tres segundos en echarse a reír.

—Ya lo sabíamos —contestó Julia con una mueca maliciosa.

Arrugué las cejas.

—Cielo, cada vez que coges el móvil se te pone una sonrisilla —siguió Preston—. Casualmente has empezado a ir a clases de pilates

a última hora, cuando en invierno te encanta estar frente a la chimenea desde que anochece…

—¿Por qué no me habéis dicho nada? —les pregunté.

—No queríamos arruinarte la diversión de llevarlo a escondidas —contestó él.

Sonreí y negué con la cabeza.

—Hace unos días conocí a sus amigos… Me gustaría traerlo a alguna de nuestras quedadas de cine en casa y presentároslo de manera oficial.

—Tráelo, así podré preguntarle por sus intenciones contigo y amenazarlo —puntualizó Julia con aire sobreprotector.

43

Kate

—Desde que estoy escribiendo el guion me fijo más en la estructura en tres actos de las películas —le dije a Ben mientras entrábamos en su edificio cerca de medianoche. Acabábamos de ver *Mientras dormías* en casa con mis amigos—. Por ejemplo, cuando Peter se cae a las vías del tren y ella le rescata, me parece buenísimo.

—Sí, sí, total.

—El punto de giro consigue que te enganches a la historia y que quieras saber qué va a pasar a continuación. Me parece interesante analizar la estructura. Creo que lo haré con más pelis.

Mientras esperábamos al ascensor, pensé en qué habría pasado si Peter no hubiese acabado en las vías del tren. Probablemente Lucy jamás habría conocido a Jack y se habría perdido su gran amor. Pensando en ello, me vino a la cabeza una imagen de Amber, la protagonista de mi guion, bailando mientras esperaba el metro en Nueva York. En la vía de enfrente, Scott, el protagonista, se quedaba prendado mirándola. Cuando el tren entró en la estación, él salió corriendo y se cambió de andén.

—¡Acabo de tener una idea para mi guion! En cuanto subamos a tu casa, me la apunto.

Las puertas del ascensor se abrieron delante de nosotros.

—Mierda —murmuró Ben por lo bajo.

Arrugué las cejas extrañada.

—¡Aquí estás! —exclamó una voz aguda.

Una mujer alta y guapísima, de pelo oscuro liso y facciones afiladas, salió del ascensor.

Le dio un manotazo a Ben en el brazo y le dijo:

—¿Qué pasa? ¿Ya te has olvidado de mí?

—Eh…, Janet. —Ben se puso blanco—. ¿Qué haces aquí?

—Venía a pasar un rato contigo…

Esas palabras me cayeron como un latigazo.

Algo incómodo saltó en mi interior al ver la mirada seductora que ella le dirigía. El mero pensamiento de ellos acostándose me provocó un retortijón de furia en el estómago.

—Estoy ocupado —contestó Ben en el acto.

Sin poder contenerme, agarré su brazo y le dije:

—Mi amor, ¿subimos ya?

Ben parpadeó sorprendido. Probablemente porque era la primera vez que usaba un apelativo cariñoso.

La mujer desvió sus ojos pardos hacia mí. Me escaneó de arriba abajo y me regaló una sonrisa pícara.

—Creo que podemos pasarlo genial los tres juntos —agregó en un tono sensual.

Abrí la boca sorprendida. ¿Nos estaba proponiendo hacer un trío?

—Janet, lo siento, pero no te he llamado en este tiempo porque no quiero seguir quedando contigo —contestó Ben con la mayor suavidad posible.

—Ah… Pues tú te lo pierdes…

Me invadió una sensación de victoria cuando la tal Janet se alejó contrariada.

Solté el brazo de Ben, como si quemara, y llamé al ascensor.

Cuando las puertas se abrieron, entré sin mirar atrás y pulsé el botón de la planta diecinueve.

—¿Desde cuándo soy «mi amor»? —preguntó Ben al detenerse a mi lado.

Me encogí de hombros y esquivé su mirada.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Kate…

—No pasa nada.

¿Qué iba a decir? ¿Que me había molestado imaginarlo con esa mujer? ¿Que estaba dolida? No podía pedirle explicaciones. A fin de cuentas, no teníamos nada serio, ¿no?

La inquietud e irritación que sacudían mi pecho indicaban que mi corazón corría peligro.

—No me encuentro bien —dije con la boca pequeña—. Creo que mejor me voy a ir a casa.

Ben alargó el brazo y pulsó el botón de parada del panel de control. El ascensor se detuvo en la décima planta.

—Pero ¿qué haces?

—No vamos a salir de aquí hasta que me cuentes qué está pasando.

La tensión en su mirada era evidente.

—¿Qué tienes con Janet? —La pregunta se me escapó antes de que me diera tiempo a recogerla.

—¿Estás celosa? —Una sonrisa encantadora asomó a sus labios.

—No.

—Acabas de marcar territorio.

Le observé impasible.

Ben me cogió la cara con las manos y yo se las aparté.

—Janet y yo no tenemos nada —aseguró—. Por si no lo has oído,

acabo de decirle que no quiero quedar más.

—¿Has estado viéndola a la par que a mí?

—No. Mira, antes de que regresaras a mi vida, estaba quedando con tres mujeres.

—¿A la vez?

—Más o menos. Quedaba los martes con Janet, los jueves con Charlotte, que es la que viste en la discoteca, y los domingos con Britney, que es la mujer que estaba en casa la mañana que te presentaste con el divorcio.

—Qué organizado. —No pude contener el sarcasmo.

—Escúchame, por favor. No me he acostado con nadie desde que me enviaste el divorcio.

Arqueé una ceja.

—Ben, te pillé con Britney…

—No me acosté con ella esa noche. De hecho, no he quedado con nadie desde que nos besamos en la discoteca.

Sus palabras sonaban sinceras. Y lo más importante: la preocupación de sus ojos indicaba que decía la verdad.

—Yo tampoco he estado con nadie… —reconocí enseguida.

—Vale. Genial. ¿Aclarado, entonces?

Asentí y él sonrió de oreja a oreja.

—¿Por qué sonríes tanto?

—Porque si te has puesto celosa, significa que esto te importa —dijo, señalándonos a ambos.

Volvió a acunar mi rostro entre sus manos.

—No tienes motivos para estar celosilla de otras mujeres. Mi pene es solo tuyo.

Se me escapó la risa.

—Me reafirmo en lo que dije: te has vuelto todo un romántico…

Él se inclinó y me dio un beso. Ben estaba ganándose mi corazón

sin que me diera cuenta. Esperaba que aquello no fuese la falsa sensación de victoria y que nuestra comedia romántica no tuviese el conflicto del final del segundo acto.

44

Kate

—Cielo, ¿se ha muerto alguien o vamos a montar una floristería? —me preguntó Preston cuando me bajé del ascensor en casa.

Enseguida percibí el aroma de las flores frescas.

Al entrar en el salón me quedé boquiabierta. Había jarrones transparentes con ramos de rosas rosas por todas partes: en la mesita del café, en la repisa de la chimenea, en la estantería, sobre el piano y en la mesa del comedor.

—¿Y esto? —pregunté sorprendida.

—Son para ti. Hay trece. Los he contado.

—¿Qué pone en la nota?

—¿Por qué debería saberlo?

—Porque seguro que la has leído.

—Está sellada. Por eso no la he leído —confesó—. La encontrarás en uno de los ramos de la mesa.

Avancé hasta el comedor. Sobre la mesa de madera había cuatro jarrones. Cogí el sobre blanco entre las flores de uno de ellos, lo abrí, rompiendo el sello de lacre, y saqué la nota.

Te prometí que nunca olvidaría
regalarte flores en nuestro aniversario.
Aquí va un ramo por cada año

que hemos pasado separados.

¿Cuándo te va bien que volvamos a tu cine?

Jack

Una sonrisa afloró a mis labios.

Mi corazón se derritió como la cera de una vela.

Levanté la cabeza para mirar a mi amigo, que se había levantado y me observaba con curiosidad.

—Son de Ben.

Él se llevó la mano al pecho y abrió la boca de manera exagerada.

—¡Esto sí que no me lo esperaba! —exclamó en un tono irónico —. ¿Se puede saber qué le hiciste anoche que merezca semejante despliegue?

—Jamás te lo diré.

Cogí uno de los jarrones y lo cargué escaleras arriba, hasta mi habitación. Dejé las flores en la repisa de la ventana. Acaricié con cuidado los pétalos y releí la nota. Mis ojos se quedaron anclados en la última frase: «¿Cuándo te va bien que volvamos a tu cine?».

Me saqué el teléfono del bolsillo de la americana, busqué su contacto y lo llamé.

—He recibido las flores —dije cuando descolgó—. Muchas gracias.

—De nada.

—Oye, ¿qué te parece si, en vez de ir al cine, voy a verte al programa este fin de semana? ¿Sigue en pie la oferta?

—Por supuesto. Kate, cada sábado dejo una entrada en la taquilla para ti.

Suspiré.

Me inundó un enorme sentimiento de ternura. Si lo tuviera delante, lo besaría.

—Entonces allí estaré.

—¿Segura? Me encantaría que vinieras, pero no quiero que te sientas incómoda.

—Sí. Me apetece verte en directo.

Sabía que para él era algo importante. Y para mí también lo era.

—Si te preocupa que te vean, puedo guardarte un sitio en la última fila.

—Te lo agradezco.

—Es genial que vengas este sábado. Es el último programa antes del parón de Navidad. Nos lo pasaremos genial, la vamos a liar muchísimo.



Llegué a la taquilla del edificio Rockefeller media hora antes de que empezase el rodaje. Para pasar desapercibida me había puesto un gorro y llevaba subido el cuello del abrigo. Esperaba no encontrarme con ningún conocido.

—Buenas tardes —saludé al hombre mayor que había tras la ventanilla—. Quería recoger la entrada que han dejado a nombre de Rose, por favor.

El hombre revisó con esmero un montoncito de entradas, le quitó la nota adhesiva a una de ellas y me la entregó por el hueco del cristal.

—Gracias. —La cogí.

—De nada. Se pondrá contento cuando sepa que hoy han

recogido su entrada.

Correspondí su sonrisa amable y entré al vestíbulo del edificio.

—¡Hola, hola! —Alexandra se plantó delante de mí.

—Hola. No sabía que venías.

—Me han enviado por si estás nerviosa —dijo bajito—. No te preocupes, ya me han dado instrucciones: no usar tu nombre, sentarnos en última fila y entrar al estudio cuando el rodaje esté a punto de comenzar.

Sin darme tiempo a responder, se acercó el móvil al rostro para grabar un audio.

—El águila está en el nido —comunicó en un susurro teatral—. Repito: el águila está en el nido.

Sonreí. Podría entender por qué Ben y ella eran amigos.

Atravesamos un pasillo en el que había fotos enmarcadas y colgadas del elenco que había pasado por el programa a lo largo de los cincuenta años que llevaba emitiéndose. Pasamos por el baño y subimos las escaleras hasta la planta superior.

Cuando tomamos asiento, me saqué el teléfono del bolsillo y me encontré con un mensaje de Ben.

Gracias por venir

Significa mucho para mí

No me las des

A mí también me hace ilusión

Bajaron las luces. Un momento después empezó a sonar la

música *jazz* que daba inicio al programa y el locutor que ponía la voz en *off* nos dio la bienvenida e invitó a pasar a la anfitriona de aquella noche, que era Olivia Rodrigo. Después de su monólogo de apertura, dieron paso a la intro del programa y comenzaron con los *sketches*.

Fue fascinante ver los cambios de decorado a un ritmo de vértigo, entre *sketch* y *sketch*.

En cuanto Ben salió a escena trajeado, una sonrisa enorme se dibujó en mi cara. Se sentó con su compañera Michelle detrás del escritorio de madera para contar las noticias más locas que habían sucedido esa última semana.

Soltó la primera broma, aguantándose la risa, y se oyó una carcajada general.

Una enorme sensación de orgullo se apoderó de mí. Hacía meses no hubiera podido imaginar que terminaría en ese plató viéndolo en directo. Sin embargo, sentía que estaba donde debía estar.

Le había visto imitar a los actores del programa en varias ocasiones. Y ahora era él quien estaba sobre el escenario, arrancándole carcajadas al público. Era increíble.

—¿Estás bien? —me preguntó Alexandra en un susurro.

—Sí. La gente lo adora, ¿no?

Ella asintió y yo seguí:

—Cuando lo conocí no paraba de hablar de esto y ahora está ahí arriba. Es increíble.

—Ya. La verdad es que es una pasada todo lo que ha conseguido.

Cuando el programa llegó a su fin, el elenco entero salió al escenario. Subieron las luces del plató y el público se levantó para aplaudir.

Ben dirigió la mirada en nuestra dirección. No sabía si nos veía por los focos que le apuntaban. Por si acaso, sonreí.

—Perdona. —Alexandra me sobrepasó para salir a toda prisa.

Extrañada, salí detrás de ella.

—¿Te encuentras bien? —pregunté a su espalda.

En lugar de contestar, echó a correr. La seguí hasta el baño. Entré justo cuando ella se encerraba en un cubículo a vomitar.

Esperé hasta que los ruidos de arcadas cesaron. Tras oír la cisterna, me aventuré a llamar con los nudillos a la puerta.

—Alexandra, ¿puedo pasar? —pregunté con suavidad.

—Sí.

Empujé la madera con cuidado.

La encontré sentada en el retrete. Tenía la piel cetrina y la cabeza apoyada sobre los azulejos.

—¿Estás bien? —Alargué un pañuelo en su dirección.

—Sí, sí. —Ella lo cogió y se limpió la boca.

—¿Quieres que llame a alguien?

—No, tranquila. Enseguida se me pasa. Debe de haberme sentado mal algo que he comido.

Cuando se recuperó un poco, se levantó y se enjuagó la boca en el lavabo. Ya en la calle, paré un taxi.

—Te acompaño —le dije tras ayudarla a subirse.

—No hace falta. De verdad.

—Lo sé, pero parece que necesitas compañía, y yo me quedaré más tranquila.

—De acuerdo.

Cuando nos detuvimos en el West Village, le pedí al taxista que me esperase mientras acompañaba a Alexandra hasta el portal.

—Muchas gracias. —Me dedicó una débil sonrisa—. No me extraña que Ben esté loco por ti. Eres un amor.

Eso me llegó al corazón.

Yo también le sonreí.

—¡Que te mejores!
—Gracias. Por favor, dime lo que te debo del taxi y te lo pago.
—Ni te preocupes.
Estaba entrando en casa cuando recibí un mensaje de Ben.

Alex me ha contado lo que ha pasado

Gracias por cuidarla y gracias por haber venido al programa

De nada

Pásalo bien en la fiesta!

Seguro que no prefieres quedar?

Puedo escaparme pronto

No, no, no,

Diviértete

Además, quiero trabajar en el guion antes de dormir

☹

Me habría gustado despedirme

A qué hora sale tu vuelo mañana?

Ben se iba a pasar el inicio de las Navidades a Florida con su madre.

A las nueve de la mañana

No me eches mucho de menos

Ben

Las Navidades pasaron en un visto y no visto.

Cuando regresé de Florida quedé con Kate en mi apartamento. La impaciencia de estar juntos no nos permitió llegar a la habitación. Tras trece años separados, pasar unos días sin vernos se me habían hecho una eternidad.

—¿Qué haces en Nochevieja? —le pregunté mientras le acariciaba la espalda en el sofá—. Todos los años mis amigos y yo cenamos juntos y luego salimos de fiesta. Me gustaría que vinieras.

Kate apoyó la palma en mi pecho y se incorporó para mirarme.

—Me encantaría, pero la madre de Preston da una fiesta. Cenaré con ellos. También vendrá mi padre.

Me quedé chafado.

—Lo siento… ¿Y si lo celebramos el treinta tú y yo solos? —preguntó entusiasmada—. Como toda esa gente que se acerca a Times Square para ver el ensayo de la caída de la bola. Podría

ponerme el conjunto de ropa interior roja… —Alzó las cejas de manera sugerente.

—¿Lo llevarías debajo de un jersey navideño horrible?

Se le escapó la risa antes de asentir.



En fin de año Hannah y Logan fueron los primeros en llamar al timbre. Esa noche también nos acompañaba Marjorie, la abuela de Logan, que salía de la residencia en la que vivía para celebrar ocasiones especiales.

Junto a la mesa redonda en la que solíamos jugar al póker, Logan y yo colocamos una mesa plegable. Hannah se encargó de decorar el salón con guirnaldas que daban la bienvenida al Año Nuevo mientras conversaba con Marjorie. En la cocina, Logan ultimaba la cena con la ayuda de su pinche, que era yo.

Alexandra y Jim llegaron cargados de canapés poco después. Chris y Tyler aparecieron con la bebida.

—Quiero proponer un brindis —dijo Alexandra, levantando su copa de agua al llegar a los postres—. Por el año tan increíble que hemos pasado juntos y porque el que viene sea mejor.

Alzamos los vasos y los chocamos los unos contra los otros.

—¿No decías que brindar con agua da mala suerte? —le pregunté.

Ella se encogió de hombros y bebió igualmente.

—Jim y yo tenemos una buena noticia que compartir con vosotros. —Alexandra agarró la mano de su marido—: Vais a ser tíos el verano que viene.

—¿Qué? —dijo Logan.

Parpadeé confundido.

—¿Estás embarazada? —le preguntó Chris enseguida.

—¡Sí! —Los ojos de Alexandra se llenaron de lágrimas.

Nos levantamos y nos lanzamos a abrazar a nuestra amiga y a su marido.

—¿Ya sabéis si es niño o niña? —se interesó Hannah.

—Qué va. Es pronto todavía, pero le hemos visto ya. ¿Queréis que os lo enseñe?

—Claro —dije yo.

Ella nos mostró una foto de una ecografía en el móvil.

—¿En qué momento nos hemos hecho mayores? —dijo Chris para nadie en particular—. Si parece que ayer nos conocimos en la universidad.

—¿Recordáis los mensajes de las galletas de la fortuna que nos tocaron hace unos meses? —dijo Alexandra—. El mío decía que venían buenas noticias en camino. En su momento, deseé que me subieran el sueldo, pero esta noticia es mucho mejor.

Después del revuelo volvimos a tomar asiento.

—Ya que estamos compartiendo buenas noticias… —Logan tomó el relevo de la palabra—. Hannah y yo nos mudaremos juntos a finales de enero.

—¿En serio? —preguntó Alexandra entusiasmada.

—¡Ay, pájaro, qué callado te lo tenías! —le dijo Marjorie a su nieto—. ¿Dónde os vais?

—Hemos encontrado un apartamento en el SOHO que está bien de precio —nos contó Hannah.

—El pobre Josh se quedará devastado —le dije a Logan.

Su compañero de piso era de lo más peculiar, pero acababas cogiéndole cariño.

—Qué va, ya me ha dicho que planea llenar mi habitación de

plantas. —Se rio Logan—. Tengo que salir de ahí antes de que eso se convierta en el jardín botánico.

No me pasó por alto que Chris y Tyler estaban cuchicheando entre ellos.

—Nosotros hemos hecho una oferta para comprar una casa en Forest Hills —nos informó Chris pasado un momento.

—¡Vaya, eso es genial! —apunté—. No por la parte de que os mudéis a tomar por el culo.

—No está tan lejos —contestó Chris.

—Tienen que deciros algo después de las fiestas. —Tyler sonrió —. ¡Cruzad los dedos!

Aunque me sentía feliz por mis amigos, no pude evitar pensar en que era el único que no tenía ninguna novedad que compartir.

—¿Y tú qué? —La abuela de Logan me dio un par de palmadas en el brazo—. ¿Cuándo te vas a echar novia? Con lo guapo y gracioso que eres, seguro que las tienes haciendo cola. Mis amigas de la residencia están locas contigo, no nos perdemos ni un programa.

—Ya tiene una —respondió Logan por mí.

Marjorie ahogó una exclamación y me miró traicionada.

—¿Cómo? ¿Y por qué no está aquí?

—Eh… No podía venir —le contesté rápido—. Está con su familia.

—Bueno, enséñame una foto al menos…

Me saqué el móvil del bolsillo. La última foto de mi galería era un *selfie* que nos habíamos hecho Kate y yo la noche anterior. Salíamos con un jersey navideño horrible cada uno. Su sonrisa radiante era la protagonista. Marjorie se puso las gafas de ver que le colgaban del cuello y observó la imagen.

—¡Qué guapa es! —exclamó encantada—. ¿A qué se dedica?

—Es productora y también guionista.

—Anda, como tú… —Me devolvió el teléfono, se inclinó en mi dirección y dijo muy bajito—: Me gusta para ti.

Después de cenar, le presté el coche a Logan para que él y Hannah llevasen a Marjorie a la residencia. Luego nos dirigimos a la fiesta.

Cuando comenzó la cuenta atrás para el Año Nuevo, Hannah tiró del brazo de Logan, interrumpiendo nuestra conversación. Él se inclinó hacia ella y frotó la nariz contra la suya. Antes, ese tipo de complicidad romántica me habría hecho poner los ojos en blanco. Ahora, quería lo mismo para mí.

Mientras mis amigos besaban a sus parejas con la última campanada de las doce y la multitud del hotel coreaba «¡Feliz Año Nuevo!», salí a la terraza, huyendo de las muestras de afecto.

A lo lejos se veían las luces de Times Square. Los fuegos artificiales estallaban en el cielo, llenándolo todo de color. Entonces me invadieron los pensamientos intrusivos. Durante ese tiempo me había parecido divertido llevar la relación a escondidas, pero no pude evitar preguntarme: ¿Cuánto duraría aquello que teníamos Kate y yo? ¿Avanzaríamos en algún momento?

«Frena un poco, tío. Solo lleváis viéndoos un mes y medio».

Una sensación amarga se despertó en mi pecho. Ese fue el tiempo que transcurrió entre darnos un beso y decirnos «Te quiero» la primera vez.

Me saqué el móvil del bolsillo para felicitarle el año a Kate. Me encontré con un mensaje suyo esperándome.

Feliz año! 

A las doce he cerrado los ojos y he imaginado que me besabas

Aquí la prueba!!

Adjunta había una foto suya en la que salía con los ojos cerrados y poniendo morritos. Nada me apetecía más que besarla.

Igualmente!!

Yo he pensado lo mismo…

Qué tal tu fiesta?

Petada. Y la tuya?

Aburrida.

Me encantaría escaparme y que estuvieras esperando, como cuando éramos adolescentes

La nostalgia se apoderó de mí. Le di otro sorbo a la copa de champán.

Tengo muchas ganas de verte

Leer eso mejoró considerablemente mi humor. Ese era el

superpoder que tenía conmigo.

En ese momento me di cuenta de la enorme influencia que tenía esa mujer en mí. Podría pedirme que caminase descalzo sobre las brasas del infierno y lo haría encantado.

Había bromeado semanas atrás diciéndole que mi pene era suyo, pero cada vez tenía más claro que el corazón tampoco me pertenecía.

45

Kate

El invierno en Nueva York era duro. Después de las fiestas de Navidad, la ciudad se apagaba bajo un cielo gris en el que escaseaban las horas de luz.

Una tarde de finales de enero, estaba intentando trabajar sobre el guion cuando Ben me llamó por teléfono.

—¿Qué haces? —me preguntó cuando descolgué.

—Desesperarme con el segundo acto. Siento que a los personajes no les está pasando nada relevante y que la trama no avanza. Si no lo arreglo, la audiencia se aburrirá, odiarán la película y yo… —No pude acabar la frase.

—Hey, tranquila. Seguro que el guion está mucho mejor de lo que crees. Ahora mismo estás metidísima en el bucle y te cuesta verlo en perspectiva. Por lo que me contaste el otro día, a tus personajes no paran de sucederles cosas…

—Puede ser.

—¿Sabes qué te vendría bien para despejarte? Salir un poco de casa y pasar un rato conmigo…

—No sé si es buena idea dejarnos ver en público…

—Viniste al directo del programa y no pasó nada.

Guardé silencio un momento.

—Venga, te llevaré a un sitio que te ayudará a inspirarte, estoy seguro.

Lo vi tan emocionado que no me quedó más remedio que ignorar la vocecita de la razón y aceptar.

—¿A qué hora quedamos?

—Cuando quieras, estoy llegando a tu barrio.

Sonreí.

—Me cambio y bajo.

Fuera hacía un frío que pelaba. Eran las cuatro y media de la tarde y era completamente de noche. Salí de casa ataviada con el abrigo más calentito que tenía, junto a una bufanda del tamaño de una manta, el gorro y los guantes a juego.

—¿Adónde vamos? —le pregunté a Ben cuando nos encontramos en la esquina de mi calle.

—Ahora lo verás…

Media hora después, Ben me abrió la puerta de una librería independiente llamada The Drama Book Shop.

Era pequeña y de iluminación cálida. Según entré, me llamó la atención la hilera de libros que ascendía hasta el techo formando una espiral.

—Esta librería está orientada a artistas… —me contó Ben mientras recorríamos la tienda de suelos de madera—. Es de Lin-Manuel Miranda y sus amigos.

—¿De verdad?

—Sí. Quería traerte por esto. —Se detuvo delante de una pared repleta de guiones de series, películas y obras de teatro—. Aquí te compré el guion de *Titanic*.

—¿Viniste desde Montauk hasta aquí?

—Sí.

Se me escapó un suspiro.

Si no estuviésemos en un sitio público, me lo comería a besos.

Pasé un buen rato inspeccionando los títulos de los guiones. Cogí

el de *La La Land*, el de *Tienes un email* y el de *Tenías que ser tú*.

—Me los llevaría todos. —Sonreí al fijarme en que Ben había cogido el de *Avatar*—. James Cameron, cómo no…

Salí de la tienda contenta. Esperaba que leer aquellos textos me inspirase o me ayudase a salir del atasco que tenía escribiendo.

—¡Hala! ¡Mira! ¡Es Ben Sharp! —oí que decía una voz femenina.

Una pareja de mediana edad se plantó delante de nosotros.

—Hola. ¿Te importa si nos hacemos una foto contigo? —le preguntó el hombre a Ben.

—Eh… Claro, sí.

Se pusieron uno a cada lado de él y se sacaron un par de fotos. Mientras tanto, yo me mantuve al margen. Cuando terminaron, Ben se acercó a mí.

—¿Será su novia? —oí que cuchicheaba la mujer.

La preocupación me subió como la espuma. Me calé el gorro de lana hasta la línea de los ojos y eché a andar deprisa.

—¿Por qué corres tanto? —me preguntó Ben, alcanzándome.

No le contesté hasta que doblamos la esquina hacia una calle menos transitada.

—Te han reconocido y podrían haberme reconocido a mí. Sabía que esto era mala idea.

—No ha pasado nada. Nadie te ha visto.

Me detuve en un soportal, lejos de las miradas curiosas.

—¡Estaban preguntándose si soy tu novia! No podemos volver a salir de casa.

—Estar en mi casa está bien, pero no podemos quedarnos siempre encerrados…

—Cómo se nota que tú no arriesgas nada… —El tono me patinó y soné más borde de lo que pretendía.

Ben puso mala cara.

—Vas abrigada hasta las cejas. Es imposible reconocerte si solo se te ven los ojos. Perdóname por querer tener una cita normal por una vez.

Me sentí culpable por el arrebato. Ben tenía razón, nadie me había reconocido.

—Siento haber sido borde —me disculpé—. ¿Y si vamos a Montauk? Así podremos tener una cita fuera de casa y disfrutar de la intimidad de un pueblo pequeño.

Ben me observó con los labios apretados y asintió.

—Vale. Vamos.



Leer los guiones tuvo un efecto positivo en mí. Los llené de anotaciones mientras analizaba la estructura. Conseguí salir del atasco y me inspiraron tanto que pasé los días siguientes escribiendo sin parar. Tal era así que, en el trabajo, durante la reunión de planificación comercial anual, en lugar de prestar atención a lo que contaba mi padre delante del proyector, estuve escribiendo en el cuaderno.



La lluvia dio paso a la nieve, que cubrió con su manto helado las calles de Nueva York y que colapsó la ciudad durante tres días. Aproveché el encierro para seguir trabajando en mi comedia romántica. Estaba tan motivada que invertía con gusto cada segundo de mi tiempo libre.

Una tarde de mediados de febrero Hannah vino a casa para enseñarme la disposición de las mesas para el banquete. Preston estaba de viaje por trabajo.

Nos sentamos frente a la mesa del comedor. Recogí a toda prisa el portátil y el cuaderno para que ella pudiera desplegar sus pertenencias.

—¿Te apetece un té? —le ofrecí.

—Sí, por favor. Vengo muerta de frío.

El viento frío soplaba con fuerza.

Cuando regresé de la cocina con un par de bebidas calientes, Hannah levantó la tapa del portátil y abrió una carpeta titulada: «Boda de Katherine Morgan y Preston Chambers». Hizo doble clic sobre el archivo llamado «mesas».

—Teniendo en cuenta lo que me contasteis, he hecho esta distribución inicial. A ver qué te parece. Las mesas serán circulares y tendrán capacidad para ocho comensales. En la presidencial estaréis vosotros con vuestros allegados. A la izquierda estarán los socios de tu padre, tal y como me indicaste. El resto de las mesas cercanas serán para los familiares de Preston.

—¿Y Julia?

—Está aquí —Hannah amplió una mesa cercana a la presidencial —, a vuestro lado.

—Genial.

Les eché un vistazo al resto de las mesas.

—Todo en orden —le dije a Hannah enseguida—. Muchas gracias.

—De nada. Me falta que me paséis una lista de canciones. Si tenéis alguna petición para el cuarteto de cuerda, decidme y se lo comunico.

—Hablaré con Preston. Creo que entraremos con las canciones

típicas.

—Vale. ¿Qué día tienes la prueba final del vestido?

—El diez de marzo.

—¿Necesitas que te acompañe? —me preguntó mientras pasaba las páginas del planificador.

—No te preocupes. Julia vendrá conmigo.

—Perfecto.

Anotó mi prueba en su planificador.

Pasó las páginas hasta que dio con una lista. Dibujó un tic al lado de la tarea: «Ver con los novios el *seating plan*». Bajó el boli por los distintos puntos y me dijo:

—Tengo la confirmación de todos los asistentes, a excepción de los señores Du Pont. Haré seguimiento esta semana.

—Genial. Gracias.

—La semana que viene es la degustación de tartas nupciales. Nos falta eso y tendríamos todo cerrado para la boda. Ya no queda nada. ¿Estás nerviosa?

En ese momento, se iluminó la pantalla de mi móvil, con un mensaje de Ben.

—Disculpa un momento, por favor.

Cogí el móvil para leer el mensaje.

Estoy deseando verte esta noche

Me había enviado varias fotografías en las que salía sonriendo a cámara. Detrás de él, sobre la isla de su cocina, aparecía la caja rosa que Ladurée sacaba cada San Valentín.

Los tres meses que llevaba viendo a Ben se me habían pasado en un abrir y cerrar de ojos. De pronto, la boda, que parecía un momento lejano en el tiempo, estaba a la vuelta de la esquina. Una

sensación de agobio se despertó en mi pecho. ¿Qué lugar ocuparía Ben en mi vida después de que me casase con Preston?

46

Kate

—Estás guapísima —opinó Julia cuando descorrí la cortina.

Una de las asistentes de Lillian Westwood acababa de ayudarme a ponerme el vestido de novia y se había ido a buscar a la diseñadora.

—Gracias. —Le dediqué una sonrisa neutra.

Giré sobre los talones para echarle un vistazo al espejo que ocupaba toda la pared del probador. El vestido era de corte princesa, con el corpiño ajustado y la falda voluminosa. Estaba recubierto de pedrería, que le daba un aire sofisticado. Me quedaba un poco holgado alrededor de la cintura y me sobraban un par de centímetros de largo.

Aquel vestido pomposo no se parecía nada al que usé en mi boda con Ben.

—¿Qué pasa? —me preguntó Julia, situándose justo detrás—. ¿No te gusta?

Me volví hacia ella.

—No es eso… —respondí con la boca pequeña.

—¿Entonces?

—Cuando me casé con Ben estaba enamorada —susurré—. Pensé que, si volvía a pasar por el altar, sería por amor y no por conveniencia, ¿sabes?

—Lo entiendo, pero estás haciendo algo bueno por Preston y

también por ti.

—¡Ya estoy con vosotras! —La diseñadora irrumpió en la estancia, cortando la conversación.

Julia salió del probador.

Me recogí la falda y la seguí. Al echar a andar, me percaté de lo larga y pesada que era la cola.

—Querida, estás preciosa —alabó Lillian, agarrándome las manos.

Era una mujer bajita, con el pelo negro perfectamente alisado, ataviada con un traje oscuro de chaqueta y pantalón. Tenía un aire a Edna de *Los Increíbles*.

—A ver, deja que te vea bien.

Me quedé quieta y ella dio vueltas a mi alrededor.

—Hay que hacer un pequeño ajuste en la cintura. —Tiró de la tela que sobraba y me colocó una pinza en la espalda, para que el corpiño se amoldase a mi cuerpo.

—Te has traído los zapatos, ¿verdad? —me preguntó Lillian.

—Sí.

—Pruébatelos, así vemos cómo te queda el largo.

Julia sacó de la bolsa la caja de Manolo Blahnik. Tomé asiento a su lado. Tras despojarme de los calcetines, me calcé los *stilettos* de color marfil. La correa que pasaba por el empeine tenía pedrería incrustada. Al levantarme, gané varios centímetros de altura. Pese a que el calzado no tenía sujeción alrededor del tobillo, era cómodo.

Caminé por la sala, cuidando de no pisar el vestido, y me subí a la plataforma circular.

—Hay que recortar un pelín el largo. —Lillian se agachó a mi lado y recogió el bajo con unos alfileres—. Listo. —Se incorporó con una sonrisa—. Voy a traerte un par de velos, para que veas cómo te quedarían con la tiara.

Dicho esto, salió de la sala.

Me bajé de la plataforma y me acerqué hasta Julia. Cogí la copa de champán que me ofrecía y le di un sorbo, con la esperanza de bajar el malestar que crecía en mi interior. A continuación, caminé hasta el espejo del probador, inmersa en mis pensamientos, con tan mala fortuna que se me dobló el tobillo y me caí hacia delante. No me dio tiempo a poner las manos y me golpeé la cabeza con la plataforma circular. Juraría que había oído el sonido de la tela al rajarse.

—¿Estás bien? —Julia se arrodilló a mi lado.

Emití un quejido de dolor.

—Me he hecho daño…

Mi amiga me quitó los zapatos y me ayudó a incorporarme.

—¡Au! No puedo —me quejé—. Me duele mucho el tobillo al apoyar el pie. Estoy un poco mareada.

A Julia no le tembló ni un músculo.

—Apoya el peso en mí —me pidió—. Nos vamos a urgencias.

—¿Puedes avisar a Ben, por favor? Dile que vamos al hospital, pero que no se preocupe.

Ben

Llegué al hospital del Monte Sinaí a la carrera y con el corazón acelerado. Julia me había avisado de que Kate se había dado un golpe en la cabeza.

—Hola… —Me abalancé sobre el mostrador de admisión de urgencias—. Vengo a ver a una paciente. Se llama Kate Morgan.

—Buenas tardes. —Una mujer de pelo rizado y gafas me sonrió desde el otro lado—. ¿Es usted familiar de la señorita Morgan?

—Soy… un amigo.

—Lo siento, pero solo pueden pasar los familiares. Tendrá que aguardar en la sala de espera. Se encuentra al final del pasillo a la derecha. Un médico acudirá para contarle el estado de la señorita Morgan.

—Ni de coña. —Negué con la cabeza—. Necesito pasar a verla…

—Señor…, como le he comentado, solo pueden entrar familiares directos. Por favor, diríjase a la sala de espera. No me haga llamar a seguridad.

Abrí la boca para protestar cuando un médico alto, de pelo oscuro y bata blanca, se me acercó.

—Hola. Me llamo Zac. —Me puso la mano en el hombro y me apartó del mostrador—. No he podido evitar oír la conversación. Entiendo que estés preocupado por tu amiga, pero, como te ha dicho Ronda, no se permiten acompañantes a no ser que se trate de familiares directos.

—Mira, tío, mi novia está ahí dentro… —Señalé la puerta de urgencias. No sé por qué usé la palabra «novia»—. Solo quiero estar con ella y saber cómo está.

—Lo comprendo. Si mi novia estuviese en urgencias yo también estaría nervioso. Pero estoy seguro de que los compañeros están trabajando lo más rápido posible. Terminarán enseguida. Vamos, te acompaño a la sala de espera.

Me dejé arrastrar por él.

—Perdona la indiscreción —me dijo cuando nos alejamos por el pasillo—, pero eres Ben Sharp, ¿no?

—Sí…

—A mi novia y a mí nos encanta el programa.

Forcé la sonrisa.

Tras unos segundos, se me encendió la bombilla.

—¿Quieres entradas para venir de público al programa?

—¿En serio? —El tal Zac me miró entusiasmado—. ¡Buah, Grace se moriría de la ilusión!

—Puedo dejarlas en la taquilla a tu nombre… si me ayudas a colarme.

Él sopesó mi oferta durante un momento.

—Me encantaría ayudarte —dijo cuando llegamos a la sala de espera—. Pero no puedo colarte en urgencias. Lo siento. Enseguida vendrá alguien a informarte.

Me dio una palmada en el hombro y se fue por donde había venido. La impotencia se apoderó de mí. Kate estaba en urgencias y ni siquiera podía estar ahí para ella. Lo único que podía hacer era sentarme y esperar.

La sala de espera era silenciosa, de paredes blancas y suelo gris. Arrugué la nariz por el olor a antiséptico.

—¡Eh, Ben! —oí que me llamaba alguien.

Preston y Julia estaban sentados en las sillas azules, ambos vestidos con traje de chaqueta y pantalón.

—¿Quién era el doctor Macizo? —me preguntó Julia tan pronto como planté el culo al lado de Preston, sin apartar los ojos de su móvil.

—Ni idea. Lo acabo de conocer, se llama Zac.

—¿Por qué te interesa? —le preguntó Preston—. Pasas de los hombres…

—No paso de ellos. De hecho, creo que para echar un rato están bien —bromeó.

Me froté las sienes y respiré hondo.

—¿Te ha dicho algo de Kate? —se interesó Preston.

—No —contesté—. Solo que no puedo pasar a verla por no ser familiar directo.

—Bienvenido al club. —Preston me puso la mano en el hombro.

—Yo estaba con ella cuando se ha caído —me explicó Julia—. Se ha dado un golpe en la cabeza y se ha hecho daño en el tobillo. No parecía grave —terminó en un tono tranquilizador.

Me mordí el carrillo por dentro y asentí.

—Se ha roto el vestido de novia.

—¿En serio? —preguntó Preston.

—Sí. No es nada que Lillian Westwood no pueda arreglar en unos días. —En ese momento, le sonó el teléfono—. Perdonad, es una llamada de trabajo.

—¿Acompañantes de Katherine Morgan? —preguntó una voz femenina al cabo de un rato.

Los tres saltamos de las sillas. Una doctora uniformada se acercó a nosotros.

—La señorita Morgan está bien —nos informó.

—Menos mal… —exhalé.

—Le hemos hecho una radiografía del tobillo y no tiene ningún hueso roto —continuó la mujer—. Acabamos de suministrarle un antiinflamatorio para bajar la hinchazón. Enseguida podrá irse a casa.

—¿Y el golpe de la cabeza? —preguntó Julia.

—Todo en orden. Ha sido mínimo. Ya se le ha pasado el mareo.

El alivio me rebasó al oír esas palabras.

—Soy su prometido —le informó Preston—. ¿Puedo entrar?

—Sí, ven conmigo.

Volví a sentarme en la silla de plástico. Apoyé la cabeza en la pared y suspiré mirando el techo pintado de blanco nuclear.

Faltaban días para la boda de Kate y Preston. El iluso que habitaba en mí no pudo evitar preguntarse si aquel pequeño accidente de Kate no sería la primera señal del universo que indicaba que no debía casarse.

Aunque nos hubiesen confirmado que Kate estaba bien, no me quedaría tranquilo hasta comprobarlo con mis propios ojos. Quería pasar y estar con ella, pero ese era el precio a pagar por estar en una relación a escondidas. ¿En cuántas cosas más no podría estar presente?

47

Kate

La falsa victoria es el momento de la película en el que parece que los personajes han logrado lo que deseaban. Sin embargo, todo se estropea en las escenas siguientes. En las comedias románticas suele ser cuando los protagonistas creen que por fin estarán juntos y, de pronto, se desvela algo que los separa. En *Cómo perder a un chico en diez días* ocurre justo después de la mítica escena del vestido amarillo. Ben y Andie, que ya se han enamorado, acuden a una fiesta y descubren las intenciones que tenía el otro desde un principio para meterse en la relación. Algo similar sucede en *Diez razones para odiarte* cuando Kat y Patrick acuden al baile: ella se entera de que él se metió en la relación a cambio de dinero. En *El diario de Noah* ese momento llega después que Allie y Noah se reencuentren y pasen la noche juntos. Noah cree que será feliz con Allie, pero, a la mañana siguiente, ella se marcha con su prometido.

Yo ya había tenido mi dosis de falsa victoria en la vida cuando me casé con Ben y pensé que estaríamos juntos siempre. Jamás pensé que la historia se repetiría.



Los días siguientes a que me dieran el alta en urgencias los pasé en

casa reposando el tobillo con una tobillera. Aproveché para dedicarle cada minuto a mi guion. Incluso me cogí vacaciones en el trabajo con la excusa de ultimar los preparativos de la boda, para poder seguir avanzando en mi historia. Había llegado al momento emocionante en el que las cosas se iban a estropear entre los protagonistas y no podía parar de escribir.

El día que escribí la palabra «FIN» lloré de la emoción. No me creía que hubiera terminado. Centrarme en la historia de mis personajes me había servido para evadirme de la realidad, igual que cuando iba al cine y apagaban las luces de la sala.

Subí hasta la portada del documento y debajo del título *Ojalá no fueras tú* escribí:

OJALÁ NO FUERAS TÚ
GUION v.1 - 20/03/2026
Kate Dawson

No quería usar mi apellido porque era famoso en el mundillo. Al teclear el seudónimo, la felicidad y el orgullo se hicieron un hueco en mi pecho. Había terminado un guion. Me había costado sangre, sudor y lágrimas sacarlo adelante, pero había logrado aquello que, durante años, me había parecido imposible.

De manera inevitable la mente se me fue hacia la persona que me inició en el mundo de las comedias románticas: mi madre. Me pregunté si ella se sentiría orgullosa de mí y si le gustaría el guion. Se me escapó un sollozo. Sabía que mi madre se emocionaría con el primer beso de los protagonistas y con la declaración en la estación de metro. Ojalá estuviese ahí conmigo.

Me limpié las lágrimas y añadí una frase a la portada:

Dedicado a la memoria de mi madre,

que me trasladó el amor por
las comedias románticas

Me tapé la cara con las manos y seguí llorando. Había dado un gran paso hacia cumplir mi sueño, que era ver uno de mis guiones convertido en película. Durante mucho tiempo me había sentido una ingenua por querer escribir. Quizá porque esas fueron las palabras que tantos años atrás escuché cuando mi padre dijo: «De escribir guiones no se vive. La mayoría de los guionistas son unos muertos de hambre. Tu deber es heredar la empresa».

Preston me encontró llorando en el comedor un poco más tarde. Había ido a recoger el traje que luciría en nuestra boda al día siguiente.

—¿Qué te ocurre? —Cruzó la estancia alarmado.

—He terminado el guion… Son lágrimas de felicidad.

Dejó la funda del traje en una silla y se lanzó a abrazarme.

—¡Enhorabuena! ¿Cuándo podré leerlo?

—Bueno, es un primer borrador… —Me limpié el rostro con un pañuelo—. Todavía no está listo. Necesito repasarlo un par de veces y terminar de pulirlo. Cada vez que lo releo se me ocurre algo que lo mejora.

—Y ahora, ¿qué harás después de repasarlo?

—Imagino que, en unas semanas, cuando me convierta en directora de la plataforma de la NBS, montaré un equipo y trataré de sacarlo adelante… —Sonreí—. ¿Tú qué tal? ¿Cómo ha ido tu prueba?

—Bien. El traje me queda como un guante. Mañana saldré genial en las fotos. —No sonaba muy entusiasmado.

Forcé la sonrisa.

Nos observamos unos segundos a los ojos.

—¿Te está entrando el miedo de última hora? —le pregunté.

Él se encogió de hombros y contestó:

—¿Y a ti?

—Yo he preguntado antes…

Preston respiró hondo y se sentó en la silla contigua.

—Estos últimos días no he parado de pensar en cómo afectará la boda a mi relación con James… Él no está nada convencido de esto. No quiero perderlo. Ya perdí a Tyler por no poder hacerlo público. En fin, no sé qué hago dándole vueltas. No me hagas caso. Esto es lo que hay que hacer… Ahora responde tú.

—Yo también he pensado en cómo afectará esto a lo mío con Ben… pero quizá las cosas no tengan por qué cambiar, ¿no?

—Ya…

—Nos las apañaremos, ¿verdad?

—Siempre lo hacemos.

Preston consultó la hora en su reloj de pulsera y añadió:

—Deberíamos empezar a arreglarnos ya. Robert nos recogerá a las seis para la cena de ensayo.



La cena de ensayo tenía lugar en el salón del Cipriani. Se suponía que era para los invitados más allegados, pero acabamos siendo cerca de doscientas personas. Después de que se abriese el baile, estaba charlando con unas primas de Preston cuando él se acercó y nos dijo:

—Disculpad que os interrumpa. Kate, ¿me concedes este baile? —Terminó mirándome.

Detecté preocupación en sus ojos azules.

—Claro. —Agarré su mano y me dejé guiar al centro de la pista.

—Tu padre ha hecho una oferta para contratar a Cody Jones —susurró tan pronto como empezamos a movernos—. Despedirá a Ben cuando acabe la temporada.

Me quedé de piedra. Intenté que mi cara no reflejara el desconcierto que sentía.

—Pero la temporada acaba mañana… —musité.

—Lo sé…

Cody Jones era uno de los presentadores más queridos de la televisión. Llevaba la sección cómica de un programa de entretenimiento que se emitía entre semana. Si mi padre quería deshacerse de Ben, la manera de lograrlo era contratar a alguien con el que no fuese a bajar la audiencia.

—¿Estás seguro?

—Me lo acaba de contar Robin Walters por teléfono.

Robin era la periodista que le había alertado de las fotos en las que aparecía junto a James Aster.

Intenté mantener la mente fría, pero me estaba agobiando.

—Tengo que hablar con mi padre.

En cuanto la canción terminó, atravesé el salón y fui en su busca. Lo encontré conversando con uno de sus socios.

—Papá, ¿podemos hablar un momento, por favor?

—Por supuesto. —Miró a su acompañante—. Discúlpame, Edward. Enseguida vuelvo.

Salimos del salón en busca de un sitio más privado. Entramos en una sala adyacente que estaba vacía.

En mi interior todo era un caos, dominado por la incredulidad de que mi padre hubiese hecho algo tan mezquino a mis espaldas.

—¿De verdad vas a contratar a Cody Jones para despedir a Ben? —La pregunta se me escapó a borbotones según cerré la puerta.

Mi padre me observó impertérrito. Tenía el pelo engominado y

lucía un traje de raya diplomática.

—Este no es el lugar para mantener esta conversación —contestó en un tono bajo y frío.

Hizo amago de sobrepasarme, pero le corté el paso.

—Aquí solo estamos nosotros.

—Ya que no estás por la labor de sacarlo de tu vida, no me queda más remedio que hacerlo yo.

Me invadió una sensación de horror.

¿Cómo sabía que Ben y yo estábamos juntos? Habíamos sido discretos. O eso pensaba. Casi siempre habíamos quedado en su casa y apenas nos habíamos dejado ver en público. ¿Y si todo eran suposiciones suyas, infundadas por la visita que le había hecho Ben meses atrás?

—No sé por qué dices eso… —aseguré lo más calmada posible—. Ben es parte del pasado. Ahora estoy con Preston.

—¿Crees que no sé que tu prometido es gay?

La sangre me huyó del rostro. Me surgieron varias preguntas.

¿Cómo sabía lo de Preston? ¿Estaba al tanto de que mi matrimonio era de conveniencia y le daba igual?

Realmente no le importaba mi felicidad.

—Te ruego que no me mientas. Sé que acudiste como público al programa y sé que has frecuentado su casa. Por no mencionar tu cambio de actitud. Has cancelado nuestras dos últimas cenas. La falta de educación se pega, por eso nunca me ha gustado que te rodearas de ese tipo de gente.

—¿Cómo sabes todas estas cosas?

—Porque contraté a un detective privado.

Separé los párpados. La traición me atravesó como un puñal.

—¿Me has espiado?

De golpe, mi incredulidad se transformó en algo más. Una

oleada de rabia burbujeante me subió por el cuerpo.

—No me lo puedo creer… —Negué con la cabeza—. ¿Cómo has podido hacerme esto?

Mi padre se mantuvo sereno.

—Baja la voz. —Su tono sonó mortífero—. Después de todo lo que he hecho por ti… —reprochó, sin contestar a mi pregunta—. He despedido al señor Miller para que ocupes el puesto de directora y puedas producir lo que quieras, ¿y así me lo pagas?

—¿Cómo? ¿No iba a ascender?

—Era una manera de hablar…

Dios mío, ¿hasta qué punto había sido una ingenua?

Sabía que no airearía lo de Preston porque le convenía que me casase con él. El único que peligraba era Ben.

—¡No puedes despedir a Ben! —exclamé con tono duro—. ¡Ese trabajo es el sueño de su vida!

—La decisión ya está tomada. Le he enviado un borrador de contrato al agente del señor Jones esta misma mañana.

Daba igual cuánto suplicase, mi padre no era de los que regalaban nada sin obtener algo a cambio. Tampoco conseguiría nada si me dejaba llevar por el enfado y me marchaba dando un portazo, como me encantaría hacer.

—¿Qué tengo que hacer para que Ben conserve su empleo? —pregunté con los labios apretados.

—Cumple con tu deber y no mancilles el apellido de la familia. —Su falsa amabilidad escondía una amenaza implícita.

Mi corazón se encogió. Se me helaron hasta los huesos.

—Ya voy a hacerlo. Mañana me casaré con Preston.

—Eso por descontado. La unión entre los Chambers y los Morgan es beneficiosa para ambas familias. Respecto a Benjamin: déjalo y no vuelvas a verlo. Si llega a mis oídos que sigues en contacto con

él, lo despediré con efecto inmediato.

A esas alturas, no debería sorprenderme lo lejos que podía llegar mi padre. Daba igual lo mucho que intentase alejarme del sendero que había pintado para mí, él siempre encontraría la manera de reconducir mi vida.

La presión incómoda de mis sienes crecía por momentos.

Entonces llegué a una verdad amarga: quería estar con Ben, pero no a costa de que perdiera lo que más le importaba. No podía cargar con la culpa de que se truncase su carrera. Jamás me lo perdonaría a mí misma. Le quería lo suficiente como para sacrificar mi felicidad a cambio de la suya. Tan pronto como tomé la decisión, mi pecho se fragmentó en mil pedazos.

Hice acopio de toda mi fuerza de voluntad y me tragué las lágrimas. No le daría la satisfacción de llorar delante de él.

—De acuerdo —dije al final—. No volveré a verlo.

—Sabia decisión, Katherine. Retiraré la oferta del señor Jones.

Asentí sin verbalizar palabra.

—Aunque no te lo parezca, esto es por tu bien. En el futuro serás capaz de verlo y me lo agradecerás. Ahora volvamos a la fiesta. Te estarán esperando.

Me entraron náuseas por su facilidad de barrer los problemas debajo de la alfombra.

Giré sobre los talones y caminé hasta la puerta.

Salí del salón sin mirar atrás. Necesitaba alejarme de allí. Mis pasos me condujeron hasta el baño. Me escondí en uno de los cubículos y parpadeé para contener las lágrimas.

Una mezcla de tristeza, enfado e incredulidad se arremolinaban en mi pecho. No quería despedirme de Ben otra vez. Mi corazón no lo superaría. A mi padre se le había llenado la boca diciendo que Ben se había acercado a mí por el dinero y, al final, había resultado ser él

quien más preocupado estaba por las conexiones poderosas y las apariencias.

En ese momento, las emociones me desbordaron. Un par de lágrimas calientes se deslizaron por mi rostro. Como pude, recompuse el rostro, me retoqué el maquillaje y regresé al salón principal.

A fin de cuentas: el *show* debía continuar.

48

Ben

Estaba rayado de cojones.

No podía parar de pensar que, en esos momentos, Kate estaba en la cena de ensayo de su boda y que se casaría al día siguiente.

Encendí la televisión en busca de una película de hostias y explosiones que me ayudase a distraerme. Estaba buscando qué ver en una plataforma de *streaming* cuando sonó el timbre. ¿Quién diablos sería? Arrastré los pies hasta el recibidor, abrí la puerta y Logan entró cargando dos cajas de pizza.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, extrañado.

—Me aburría en casa y he supuesto que te vendría bien la compañía.

Cerré la puerta y lo seguí hasta el salón. Logan dejó la comida en la mesa del café, junto a dos vasos de chupito que sacó del armario. Acto seguido, se tiró en el sofá y atrapó el mando de la televisión. Entró en mi biblioteca de películas compradas y dijo:

—Nos habíamos quedado por *Spectre*, ¿no?

—Eh…, sí. —Tomé asiento a su lado.

Cuando uno estaba rayado, hacíamos maratón de James Bond. Logan puso la película, sirvió un par de vasos de whisky y abrió las cajas de pizza.

—Pepperoni picante y salchichas con beicon y champiñones —informó.

—Gracias, tío.

Apenas había comido ese día. Con el estrés del final de temporada del programa, no había tenido ni un segundo libre en el trabajo. Cogí un trozo de papel de cocina y me serví una porción de pepperoni.

La película comenzaba con una escena en la que James Bond caminaba por las azoteas de un hotel de Ciudad de México, en el Día de Muertos.

—¿Sabes que en esta secuencia Daniel Craig iba por la azotea de verdad? —le conté a Logan después de tragar.

—¿En serio?

—Sí. Vamos, llevaba un cable de seguridad. La escena se rodó en plano-secuencia. Hubo que coordinar a los cientos de extras de abajo para que todo saliera perfecto.

La escena dio paso al *opening* de la película. Cuando la canción de Sam Smith, «Writing's on the Wall», llegaba al estribillo, lo solté:

—Mañana va a casarse. ¿En qué lugar me deja eso a partir de ahora?

Logan masticó lo que le quedaba de pizza y me entregó un chupito. Chocamos los vasos y los vaciamos de un trago. El sabor amargo del whisky bajó quemándome la garganta.

—Estoy harto de estar escondiéndome. —Solté el vaso en la mesa y él lo rellenó—. Llevamos cuatro meses así…, creí que podría aguantarlo, pero cada vez lo llevo peor.

—Entiendo. Yo no sé si podría.

Respiré hondo y me tragué el segundo chupito.

—Nunca podré mudarme con ella, ni formar una familia… Joder, ni siquiera podré acompañarla si hay alguna emergencia y la llevan al hospital, como el otro día… ¿De verdad voy a aguantar estar así cuando yo quiero más?

—¿Ella sabe todo esto?

—No… No he tenido la ocasión de decírselo. Estos últimos días no nos hemos visto.

Logan me dio una palmada en el hombro.

Seguimos viendo la película mientras cenábamos. Cuando llegamos a la escena de la persecución de coches por Roma ya estaba lo suficientemente borracho como para decir:

—Me siento como Ryan Gosling en *El especialista*. En la escena esa en la que se reencuentra con el amor de su vida y se revuelca en la mierda mientras escucha una canción deprimente de Taylor Swift.

—Pero ¿qué dices ahora?

—Que no quiero que se case con otro. Quiero que me elija a mí. Yo la elegiría a ella por encima de cualquier cosa —dije arrastrando las palabras—. No me importa cuánto se compliquen las cosas porque la quiero. —Era la primera vez que lo decía en voz alta—. La quiero de una manera agonizante que me consume. Joder, no sé si es el whisky o es que soy un romántico de mierda…

—Tío, te casaste con ella a los dieciocho y le compraste un puto cine, claro que eres un romántico.

El silencio se extendió entre nosotros.

—Una vez un hombre sabio me dijo algo así como que el amor verdadero no se encuentra todos los días, y que si quieres a la chica corras a por ella.

—¿Sabes qué? —Me levanté—. Voy a buscarla.

—¿Ahora? Es la una de la madrugada.

—Esta es la última oportunidad que tengo de convencerla de que no se case. Mañana será demasiado tarde.

—Entonces, a por ella, campeón.

Kate

La fiesta de compromiso se alargó más de lo que esperaba. Cuando Preston y yo nos bajamos del coche frente a nuestro edificio, eran cerca de las dos de la madrugada. Tenía los pies doloridos de los tacones y seguía con el estómago revuelto tras la conversación con mi padre.

No había dado más que un par de pasos cuando una voz grave y rasposa dijo:

—Kate, ¿podemos hablar?

El corazón se me detuvo en mitad de un latido.

Desvié la vista hacia la derecha. Ben estaba plantado al lado de mi portal, con la espalda apoyada sobre la fachada gris.

—Yo… voy subiendo —me dijo Preston.

De camino a casa, le había puesto al corriente de la conversación con mi padre.

Saludó a Ben con la mano y se encaminó al edificio. El portero salió a abrirle la puerta. Cuando se perdió en el interior, miré a Ben.

Nos separaba un metro y medio escaso de distancia. Las farolas proyectaban una luz amarillenta sobre él. Estaba despeinado, llevaba la camisa negra por fuera del pantalón, con los primeros botones desabrochados y las mangas recogidas hasta los codos.

—No te cases.

Las palabras suplicantes de Ben retumbaron en aquella calle desierta del Upper East Side. Mi corazón se quedó suspendido.

Un trueno sonó a lo lejos, sacándome del trance.

—¿Qué has dicho? —le pregunté con un hilo de voz.

—No te cases —repitió Ben alto y claro—. Cancela la boda y quédate conmigo. Dale una oportunidad a lo nuestro. —Me dio la impresión de que arrastraba las palabras al hablar.

Su tono grave y decidido provocó un maremoto en mi interior. Mi corazón reanudó la marcha, latiendo más rápido que antes. De pronto, el anillo de compromiso que me había dado Preston pesaba una tonelada en mi anular.

Dios mío… Ben ni siquiera debería estar ahí. Podría vernos cualquiera.

Me limpié el sudor de las palmas en el abrigo blanco de cachemira. Miré a ambos lados de la calle, para asegurarme de que seguíamos solos, y me acerqué a él.

Tenía los ojos vidriosos, las mejillas sonrosadas y los labios torcidos en una mueca triste. El estómago se me encogió al verlo así. Dio un paso en mi dirección y se tambaleó.

—¿Has estado bebiendo?

—¿Qué más da eso? —Ben se pasó las manos por la cara.

—A mí me importa, no voy a hablar contigo si estás borracho.

—¡No estoy borracho! ¡Y, aunque lo estuviera, eso no cambia lo que siento por ti!

La ráfaga de viento frío me revolvió la melena e hizo que el bajo del vestido flotase a mi alrededor. Una gota fría aterrizó en mi cabeza.

Él ni siquiera se inmutó. Estaba ocupado mirándome fijamente. La penumbra me impedía apreciar el verde intenso de sus ojos.

Otro trueno sonó más cerca. Las gotas comenzaron a caer sobre nosotros. De un momento a otro, la lluvia ligera se convertiría en tormenta.

—Mira, Kate, he intentado convencerme de que puedo con esta situación, pero me está matando. —Había un punto amargo en su voz—. Tú y yo nos pertenecemos. Si tú saltas, yo salto, ¿recuerdas?

Una mano invisible me estrujó el corazón. Esa última frase era una apelación al pasado, al tiempo en el que éramos felices juntos y

todo era posible.

El calor me subió por el pecho y el frío pasó a un segundo plano. El tren racional de pensamiento abandonó la estación.

—No puedes hacer esto ahora… —Negué con la cabeza y subí el tono—. Me caso mañana. ¡Está todo listo! Además, hay algo que…

—¿Y qué? —me interrumpió—. ¡Eres libre de cambiar de opinión cuando quieras!

—¡No puedo hacerle eso a Preston, ni a los invitados que esperan que…!

—¡Que les den a Preston, a tu padre, y a los invitados! —Ben perdió la paciencia—. ¡Deja de complacer a los demás y haz lo que tú quieres!

—¡Qué fácil es decir eso cuando todo te da igual!

—¡No me da igual todo! ¡Tú me importas! ¡Más que nadie! ¡Por eso quiero estar contigo!

Me lanzó una mirada penetrante con la que me sentí vulnerable y expuesta. Para entonces, la lluvia había aumentado su intensidad.

—Yo solo quiero que seas feliz. —Adoptó un tono más sereno y me sujetó la cara con las manos—. Y sé que no lo serás casándote con Preston. Deberías casarte con alguien a quien quieras de verdad.

Di un paso atrás.

La distancia me vendría bien para ordenar mis pensamientos y no cometer una locura. Tenía un propósito: dejar a Ben.

—Llevas toda la vida contentando a los demás, sin pensar en lo que quieres tú. ¿No estás harta? Porque yo estoy hasta los cojones de verte a escondidas, de no poder acompañarte a eventos. Joder, ni siquiera me dejaron entrar a urgencias el otro día… No puedo estar cuando me necesitas. Tampoco puedo hacer planes a futuro. ¿Qué clase de relación es esta? ¿Cuál es tu plan? ¿Tenerme para siempre

escondido en el armario y sacarme cuando te venga bien?

—Ben, yo… —empecé.

Un nudo que me apretaba la campanilla me impedía continuar.

—Yo sí sé lo que quiero —siguió él—. Tengo clarísimo que lucharé por ello cada día. Así que te lo preguntaré por última vez: Kate, ¿qué es lo que quieres?

Sus ojos escanearon mi rostro en busca de una respuesta.

Mi corazón se rompió anticipadamente. No podía darle lo que él quería. Si lo hacía, mi padre le despediría y perdería aquello por lo que había luchado.

Solo me quedaba reunir el valor necesario para confesarme. Respiré hondo y me convencí de que podía hacerlo. Había optado por hacerle creer que, tras meditarlo, me casaría con Preston porque era lo que más me convenía.

Llevaba años perfeccionando la máscara de la indiferencia. Lo único que tenía que hacer para que no se percatase de que mentía era dejar las manos quietas. Sabía que, si le contaba lo que había pasado, montaría en cólera y se la liaría a mi padre, obteniendo el mismo resultado: su despido.

Escondí las manos en los bolsillos del abrigo y lo observé unos segundos.

—No puedo darte lo que me pides —solté de carrerilla.

Se quedó perplejo.

—En realidad tienes razón: esta situación no es justa para nadie. Creo que lo mejor es que dejemos de vernos. Voy a casarme con Preston, es lo que más me conviene. —Me sentí asqueada al soltar aquella mentira.

—¿Lo que más te conviene? —Su garganta se movió de arriba abajo cuando tragó saliva.

—Para estar contigo tendría que renunciar a muchas cosas y no

estoy dispuesta a tirar mi futuro a la basura. Preston viene de una buena familia y tú… —No pude terminar la frase.

—¿Y yo no? —adivinó, después de un silencio eterno.

No contesté.

Ben separó los párpados dolido.

—Lo siento —musité.

—¿De verdad vas a anteponer lo que sientes por un compromiso de conveniencia?

Traté de mantenerme inexpresiva cuando dije:

—Nuestra aventura ha estado bien, pero no arriesgaré todo por una persona que no dudó en abandonarme una vez.

—Sabes que eso…

—Esta vez me toca a mí —interrumpí—. Me elijo a mí. Tengo que pensar en lo que más me conviene a mí, al apellido de mi familia y a la compañía.

Ben se mordió el carrillo mientras asimilaba el golpe. Sus ojos reflejaban la agonía que yo sentía en el pecho.

«Estás haciendo lo que debes hacer», me repetí como un mantra.

Tenía que marcharme antes de confesarle la verdad.

—Será mejor que me vaya —agregué—. Es tarde y mañana me espera un gran día.

Ben tensó la mandíbula. Cuando pasé por su lado dijo:

—Enhorabuena. Te has convertido en la hija perfecta de tu padre. —La ironía era evidente en su tono.

Esas palabras fueron como una puñalada. Estaba segura de que toda la ciudad había oído cómo se me rompía el corazón.

Aguanté el temple como pude, seguí andando y entré en el edificio.

Tan pronto como el ascensor inició el ascenso, las lágrimas se

desbordaron por mis mejillas. Me pregunté si Ben en su día habría sentido este desconcierto tan grande, si le habría parecido que su corazón se enfriaba y se rompía en pedazos al dejarme.

Una vez en casa, Preston me abrazó. Hundí la cara en su hombro y me vine abajo. Aquello dolía más de lo que esperaba. Me asustaba sentir el mismo dolor desgarrador que cuando era una adolescente.

—He roto con él…

Preston me frotó la espalda con cariño mientras lloraba.

—Kate, ¿estás segura de querer seguir adelante con la boda?

Asentí y él me miró incrédulo.

Daba igual lo que quisiera. No tenía otra opción.

—Nos las apañaremos, ¿verdad? —repetí la misma pregunta que por la tarde.

—Siempre.

Las palabras de aliento de Preston no aliviaron el dolor punzante que notaba en el pecho. Lo único que me consolaba era que quería que Ben fuese feliz, incluso aunque eso significase que yo siempre sería desdichada.

49

Ben

Cuando llegué a casa seguía en estado de shock. Me quité la ropa y me dejé caer en la cama.

Todo había sido demasiado repentino.

Algo no me cuadraba. Por más vueltas que le daba, no encontraba el qué.

«Tengo que elegir lo que más me conviene».

Esas palabras habían reabierto una herida que cargaba en el pecho desde que era adolescente: la de no ser suficiente. Daba igual que tuviese una fortuna, que pudiese permitirme un apartamento lujoso con vistas a Park Avenue y que me hubiese labrado la fama.

Los ricos seguirían considerándome inferior, siempre me verían como el chico de pueblo, el pobre que se ganaba la vida aparcando coches.

Me sentía un completo gilipollas. Había albergado la esperanza de que lo nuestro funcionase. Una punzada amarga me atravesó. Kate nunca me había menospreciado ni mirado por encima del hombro. Y, sin embargo, al final le había importado lo mismo que a su padre.

La voz lejana de Mike hizo eco en mi memoria: «Ben, las chicas como ella jamás saldrían con un aparcacoches».

Trece años después, mi amigo seguía teniendo razón.

Y, entonces, caí en la cuenta de una cosa: no era el Ryan Gosling

de *Crazy, Stupid, Love*, ni el de *Barbie*, ni el de *El diario de Noah*. Ni siquiera era el Ryan Gosling de *El especialista*, que se arrastraba para recuperar a su amor. En realidad, era el Ryan Gosling de *La La Land*, porque yo jamás podría querer a otra persona que no fuese Kate. Estaría condenado a anhelar un futuro junto a ella que no llegaría nunca y a recordar lo nuestro a través de la melodía de un piano, igual que Sebastian con Mia.

Respiré hondo, intentando calmar la quemazón de los ojos. Mi corazón estaba en el mismo punto que cuando tenía dieciocho años.



Me despertó el ruido de los truenos. El día había amanecido con una tormenta incesante.

Si no tuviese que grabar el final de temporada del programa, no saldría de la cama. Apenas había pegado ojo y estaba reventado. No tenía ganas de ver a nadie. Las tripas se me revolvían pensando que Kate iba a casarse.

En lugar de autocompadecerme, decidí aceptar la realidad. Kate y yo queríamos cosas distintas. Ella había tomado una decisión y yo no tenía nada que hacer.

Arrastré los pies hasta el baño y me di una ducha. Por delante me esperaba un día de reuniones, ensayo y grabación.

El final era un momento importante porque se hacía un balance de cómo había ido la temporada. La ocasión era tan especial que Louis Michaels, el productor ejecutivo, se reunía con nosotros para decidir qué bromas y *sketches* pasarían el corte final. Cuando terminamos la reunión de guionistas, Louis me sorprendió diciendo:

—Ben, ¿tienes un momento?

—Sí.

Esperó a que mis compañeros salieran de la sala para hablar:

—La temporada ha ido de maravilla. La renovación ha sido automática, nos van a subir el presupuesto de cara a la siguiente.

—Genial.

—Me he enterado de que al final te quedas con nosotros. Me alegro de que hayas tomado la decisión correcta. —Me dio una palmada sonora en el hombro—. Entre tú y yo: eres mucho mejor que Cody Jones.

Cody Jones era un presentador de la competencia. ¿Qué cojones pintaba él en todo esto?

—¿Cómo? —pregunté.

—No te preocupes. Lo sé todo. Arthur Morgan convocó a la junta directiva del programa hace unas semanas. Nos contó que habías decidido darle un rumbo nuevo a tu carrera y que no estarías con nosotros en la siguiente temporada. Le hizo una oferta a Cody para sustituirte.

Me quedé alucinado.

Aquel trabajo era mi sueño, para lo que me había preparado toda la vida. En ningún momento había dicho que fuese a dejarlo.

—Esta mañana nos ha comunicado que has cambiado de opinión y que, al final, continúas con nosotros. Nos dijo que habías pedido discreción absoluta, por eso no te comenté nada.

Arthur Morgan pensaba darme puerta y ¿había cambiado de parecer?

Como un flashazo me acordé de que, cuando me presenté en su despacho y le devolví el dinero, Arthur me recordó con tono amenazante que trabajaba para él.

«¿Y qué vas a hacer? ¿Despedirme? He subido la audiencia un cincuenta por ciento. Estoy blindado. La junta directiva no te

dejará», fue lo que le contesté.

Si había alguien que podía hacerme competencia era Cody Jones. ¿Por qué habría decidido seguir conmigo en lugar de con Cody?

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Louis.

—Eh…, sí, sí. —Decidí seguirle la corriente—. Por supuesto que me quedo, ¿adónde iría si no? Esta es mi casa. —Forcé una sonrisa.

—Por cierto, el que no estará por aquí el año que viene es John Miller. Le despidieron ayer.

—¿Y eso? —Me quedé alucinando.

—No lo sé… La decisión viene de más arriba.

Salí del edificio Rockefeller dándole vueltas al tema. Paré un taxi en la Quinta Avenida y le di la dirección del restaurante en el que había quedado para comer con mis amigos.

John Miller era el director de la plataforma de *streaming* de la NBS. Hacía meses Kate me había dicho que, cuando él ascendiese, ella ocuparía su puesto. Estaba seguro de que aquella decisión venía de su padre. Arthur Morgan era capaz de haberle prometido un ascenso a John y luego despedirlo para darle el puesto a su hija. Conociendo a Kate, ella no debía saber que se trataba de un despido.

¿Por qué John sí había sido despedido y yo me había salvado? ¿Tendría aquello algo que ver con que Kate me hubiese dejado?

En ese momento empezó a sonar por la radio la versión de «I Was Made for Lovin' You» de Yungblud.

Aquella canción era la misma que sonaba en la discoteca la noche en que decidí acercarme a hablar con Kate. En aquel momento lo vi como una señal. ¿Qué intentaba decirme el universo?

Entonces lo entendí.

Kate debía de haberse enterado de que su padre pensaba darme

la patada en el culo. Teniendo en cuenta el historial de manipulación de ese cabrón, la habría amenazado para que me dejase usando una de las cosas que más me importaban: el trabajo. Y ella había roto conmigo para protegerme.

Tenía que ser eso.

Contuve el impulso cavernícola que me pedía a gritos ir a pedirle explicaciones a Arthur Morgan. Tenía que ser más listo que él.

Me devané los sesos pensando qué podía hacer. Cuando di con la idea, el taxi se detuvo frente a Peppe Rosso.

—Voy a dimitir en el directo de hoy —les solté a mis amigos según me senté en la mesa del restaurante italiano.

—¿Qué dices? —Alexandra me miró como si hubiese perdido la cabeza.

Logan y Chris parecían tan perplejos como ella.

Me apresuré a contarles lo que había pasado.

—Sigo sin entender por qué leches vas a dimitir —dijo Alexandra cuando me callé.

—Porque no voy a permitir que su padre me utilice para chantajearla ni manipularla. Si me quito de en medio, ella será libre de elegir lo que quiere de verdad.

—Pero, Ben, es el sueño de tu vida —insistió Chris.

—Lo sé, pero ella me importa más.

—¡Eso es megarromántico! —exclamó Alexandra, con los ojos empañados.

—Se te ha ido la puta olla —opinó Logan con una sonrisa—. Lo apoyo totalmente. Entiendo que lo de dimitir en directo es solo por el espectáculo, ¿no?

—Exacto. Me debo a mi público. Después de dimitir, iré al Cipriani.

—¿Vas a interrumpir la boda? —Logan parpadeó sorprendido.

—Sí. Le contaré a Kate que lo sé todo y que ella elija qué quiere hacer.

—¿Y si llegas demasiado tarde? —preguntó Chris.

Cuando el universo te pone delante lo que quieres por segunda vez, tú coges y vas a por ello. Y jamás vuelves a darle la espalda.

—Nunca es demasiado tarde para ir detrás del amor —sentencié.

50

Kate

Fingir.

En eso consistía mi vida.

Fingir sonrisas vacías, fingir que era feliz, fingir que deseaba casarme, fingir que me gustaba trabajar en la empresa de mi padre y un largo etcétera.

Notaba una piedra pesada en el estómago y el pecho fragmentado, pero como una buena Morgan debía levantar la barbilla, cuadrar los hombros y aparentar que era el día más feliz de mi vida.

Respiré hondo y conté hasta diez mientras observaba mi reflejo en el espejo del cuarto privado que habían habilitado para que me vistiera. Llevaba un maquillaje natural y luminoso. Me dolía la cabeza. La peluquera me había recogido la melena en un moño extremadamente tirante. No me entusiasmaba el peinado, pero la madre de Preston se había empeñado en que llevase la tiara con la que ella se había casado, para seguir la tradición familiar.

El vestido era algo pesado por las capas de tul de la falda, la cola y la pedrería del corpiño. El pecho me subía y bajaba a toda velocidad. Exhalé hondo. De repente, me costaba respirar.

—¿Quieres un chupito? —me ofreció Julia—. Igual te ayuda con los nervios.

—No, gracias. —Me abaniqué con la mano—. ¿Puedes bajarme la

cremallera del vestido? Me está agobiando.

Alguien llamó con los nudillos a la puerta.

—Venía a ver cómo vas. —Hannah sonrió—. ¿Estás bien?

—Yo… En realidad, no. Me gustaría hablar con Preston. —La urgencia en mi voz fue evidente—. ¿Sería posible?

—Por supuesto. Enseguida te lo traigo.

Hannah abandonó la estancia.

Unos minutos más tarde, Preston hizo acto de presencia. Llevaba el esmoquin puesto y parecía tan tenso como yo. Julia salió y nos dejó a solas.

—Pres… —La voz se me quebró.

—No quieres seguir adelante, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo…

Me quité la tiara y la dejé en el tocador. Después, le agarré la mano y me sinceré:

—Estoy cansada de hacer siempre lo que se espera de mí y de contentar a los demás. —Los ojos se me llenaron de lágrimas. Era la primera vez que decía aquellas palabras en voz alta—. Estoy cansada de ser la hija perfecta y de no saber quién soy. Yo solo quiero ser libre. Dedicarme a lo que quiera, casarme con quien quiera y sentir que puedo ser yo misma.

El nudo que me oprimía la garganta empezó a aflojarse y el aire regresó a mis pulmones.

—Yo también —confesó mi mejor amigo.

—Nadie se pregunta qué quiero. Y lo que quiero ahora mismo es llamar a Ben, pedirle perdón y volver con él. No soporto que piense que no siento nada por él o que soy la hija perfecta de mi padre.

Las lágrimas calientes rodaban por mis mejillas. Una a una, me quité todas las horquillas y dejé que la melena me cayera en

cascada hasta el pecho.

Con Ben no tenía que aparentar ni fingir para que las cosas fluyeran. Él no me juzgaba y me aceptaba tal cual era. No tenía la necesidad de esforzarme por encajar, porque ya lo hacíamos de manera natural. Los remordimientos que sentía por no haber sido sincera con él no paraban de aumentar.

—Creía que podía hacer esto… —proseguí—. No quiero dejarte tirado en el último momento, pero… —Mi voz se apagó.

—Kate, no me estás dejando tirado. —Preston me cogió las manos—. Soy tu mejor amigo. Quiero que seas feliz. Te agradezco todo lo que has hecho por mí, pero no quiero que te sacrifiques. No soporto verte así de triste. Y yo también estoy harto de contentar a mi familia… No quiero estar escondiéndome siempre, ni perdiendo a la gente que me importa por el camino. Sinceramente, no quería ser yo el que rompiese el compromiso, pero, si ambos tenemos dudas, quizá haya llegado el momento de tomar una decisión.

—¿Y qué hacemos? ¿Cancelamos la boda?

—Sí.

Se me escapó la risa.

—Mi padre pondrá el grito en el cielo…

—¿Sabes qué? —Preston me soltó las manos—. Es un buen momento para que yo también hable con mi madre. Ya es hora de que se entere de que me gustan los hombres.

—¿En serio?

Me lancé a abrazarlo emocionada.

—Me alegro mucho de que vayas a dar el paso; si me necesitas, estoy aquí.

—Lo sé.

El sonido de unos nudillos llamando a la puerta nos hizo separarnos.

—¡Pasa! —dije, asumiendo que sería Julia.

—Hola, chicos. —Era Hannah—. Solo venía a deciros que está todo listo. Podéis tomaros el tiempo que necesitéis.

—En realidad, no hará falta —le dijo Preston.

—Hannah, agradecemos muchísimo todo el trabajo que has hecho por nosotros —continué yo, completamente apurada—. Eres la mejor organizadora de bodas de la ciudad, pero Preston y yo no vamos a casarnos. ¿Puedes hablar con los proveedores y los invitados y cancelarlo todo?

Ella asintió.

No parecía sorprendida por nuestra decisión. Probablemente porque estaba al tanto de lo mío con Ben.

—Lo sentimos mucho, de verdad —agregué.

—No os preocupéis. No es la primera vez que veo cómo se cancela una boda en el último momento. —Hannah intentó quitarle hierro al asunto con una sonrisa tranquilizadora.

Luego cruzó la estancia y se detuvo delante de mí.

—Kate, sé que no debería meterme, pero hay algo que debes saber… —empezó con cara de situación—. Ben va a dimitir en directo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque sabe que tu padre pensaba contratar a otro presentador para reemplazarlo. Logan me ha contado que es su forma de quitarse de en medio y… El resto debería decírtelo él.

—Dios mío… Ben no puede dimitir por mí. Este trabajo es lo que más le importa en el mundo… Yo… Tengo que hablar con él.

Miré a Preston y él solo dijo:

—¡Vamos, vete! —Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y me entregó las llaves del coche.

A continuación, salí corriendo.

51

Ben

Nunca imaginé que dimitiría de *Saturday Late Night*. Ahora que estaba a punto de hacerlo, sentía un vértigo de la hostia por despedirme de mi zona de confort. Estaba en el escenario que había sido mi casa, junto a Michelle, contando las noticias más disparatadas que habían ocurrido esa semana.

En el plató no teníamos las pantallas de *teleprompter*. En su lugar, leíamos nuestras líneas de las tarjetas enormes, escritas a mano, que sujetaban los asistentes.

Mientras mi compañera leía la última noticia, mis piernas no paraban quietas. Tenía el pulso disparado y notaba cómo comenzaba a formarse el sudor en mi frente. Me aflojé el nudo de la corbata y me solté el botón de la americana con la mayor discreción posible.

De pronto, estaba nervioso de cojones.

Siempre cerrábamos la sección de la misma manera: diciendo nuestros nombres y dando las buenas noches.

—Y eso es todo por hoy —dijo mi compañera—. Soy Michelle Rodríguez…

Me miró por encima del hombro para darme paso. Respiré hondo y centré los ojos en mi cámara:

—Tenemos una noticia de última hora —solté—. Hoy es mi última noche en el programa. Dimito.

—Ben, ¡¿esto es una puta broma?! —La voz consternada de

Nathan, el regidor, casi me dejó sordo a través del pinganillo—. ¡Porque no tiene gracia!

Me lo quité para no distraerme y proseguí:

—Este programa ha sido mi casa durante los últimos ocho años, pero ha llegado el momento de decir adiós. Quería darles las gracias a mis compañeros —miré a Michelle, que tenía la boca abierta—, a todo el equipo que hay detrás de las cámaras, a Louis Michaels por confiar en mí cuando era solo un chaval y a los espectadores. Sin vosotros, este programa no existiría.

Me levanté y me despedí con mi frase favorita de *El Show de Truman*:

—Por si no nos vemos luego: ¡buenos días, buenas tardes y buenas noches!

Dicho esto, abandoné el plató, dejando detrás de mí a la audiencia y al equipo conmocionados.

No sé cuántas personas se me tiraron encima tan pronto como estuve entre bastidores. Todo el mundo habló a la vez:

—¿Qué es eso de que dimites? —Louis se me plantó delante.

—¿Por qué no nos lo habías contado antes? —La acusación vino de parte de Freddie.

—¿Adónde vas tan rápido? —quiso saber Nathan.

—Sé que tenéis muchas preguntas —les dije mientras me quitaba el micrófono de la solapa de la chaqueta y la petaca del pantalón—. Pero tengo que cruzar la ciudad a toda hostia para parar la boda de la mujer a la que quiero. Las preguntas tendrán que esperar.

Le entregué el micrófono a Freddie y eché a correr.

Según salí del edificio Rockefeller, me encontré con mis amigos, que habían asistido de público a la grabación.

—¡Eh, Ben, espera! —Me llamó Logan.

—¡Vamos contigo! —exclamó Chris.

—¿En serio?

—No nos perderíamos esto ni por todo el oro del mundo. —Sonrió Alexandra.

—He aparcado en un parking aquí atrás. —Señalé con la mano por encima del hombro.

Cuando llegamos a la Sexta Avenida, el alma se me cayó a los pies. La calle estaba cortada por vallas y los coches completamente parados. Me acerqué al par de policías que controlaba el acceso.

—Buenas tardes, ¿puedo sacar mi coche del parking? Está justo aquí atrás. —Señalé la entrada con la mano.

—Puede intentarlo, pero le aconsejo que espere a que termine la carrera. —Me respondió un hombre de mediana edad—. Como ve, la avenida está colapsada. Ahora mismo no hay hora estimada de reapertura.

—No puedo esperar. Tengo que estar en el Cipriani… —consulté la hora en mi reloj de pulsera—… ya.

Faltaban quince minutos para que comenzase la ceremonia. Tenía que ser rápido si quería llegar a tiempo.

—Puede recorrer un par de manzanas y parar un taxi en la Avenida Madison. Hay varias calles cortadas y el tráfico está complicado.

Me saqué el teléfono del bolsillo para llamar a Kate justo cuando me entraba una llamada de mi madre. Me habría visto dimitir en directo y estaría alucinando. Rechacé la llamada. Ya se lo explicaría más tarde. Apreté el contacto de Kate y me pegué el teléfono a la oreja. Los tonos se sucedieron uno tras otro sin que contestase.

—Joder…, vamos, ¡cógelo!

En ese momento, pasó por delante un bicitaxi. Se me encendió la bombilla. El carril bici era la única vía para escurrirme entre el

tráfico.

—¡Eh, espere! —Me precipité sobre el carril rojo.

El conductor del bicitaxi me tocó el timbre. Estuvo a punto de arrollarme.

—¿Puede llevarme al salón del Cipriani de Wall Street? —le pregunté, plantando las manos en el manillar.

—Claro. Suba.

—Oye, ¿y nosotros qué? —protestó Alexandra a mis espaldas.

—¿Puede llevarnos a los cuatro? —quise saber.

El hombre negó con la cabeza.

—En la parte trasera solo caben tres personas, lo siento.

—¿Y si nos apretujamos? —Alexandra le dedicó una sonrisa radiante al conductor y se tocó la barriga de embarazada.

Volví a mirar la hora. La ceremonia estaba a punto de comenzar.

—¡Te compro el bicitaxi! —le solté al conductor, impaciente.

Él me miró incrédulo. Me saqué la cartera del bolsillo.

«Mierda…».

—Solo tengo cincuenta dólares. ¿Tenéis efectivo? —les pregunté a mis amigos.

—¡Yo sí! —Alexandra me alargó veinte dólares.

Chris tenía diez y Logan otros veinte. Entre los cuatro hacíamos un total de cien dólares.

—¿Estás de broma? —El señor me miró ofendido—. ¡Este bicitaxi me costó siete mil dólares!

Les tendí los billetes a mis amigos.

—¿Aceptas transferencia? —le pregunté desesperado—. ¡Te la hago ahora mismo!

El hombre arqueó una ceja. Subió los pies a los pedales e hizo amago de largarse.

—¡Tengo una idea! —le corté el paso de nuevo. Me subí la

manga izquierda y me desabroché la correa metálica del reloj—. ¿Qué te parece el reloj? Es un Rolex valorado en más de cincuenta mil dólares.

El hombre me lo quitó de la mano y lo examinó de cerca. Cada segundo que pasaba me ponía más nervioso.

—¿No sabes quién es mi amigo? —Alexandra se dirigió al conductor—. Es Ben Sharp, la estrella de *Saturday Late Night*. El reloj es bueno…

—Ah… —El hombre me miró con los ojos entrecerrados y entonces sonrió—. Ya decía yo que me sonaba tu cara. ¡Hecho! —Se bajó de la bicicleta.

—¡Gracias! —Lo abracé sin pensar.

«Por fin el reloj me ha servido de algo».

Pasé una pierna por encima del sillín y les hice un gesto a mis amigos.

—¿Subís o qué?

Ellos se apretujaron en el asiento trasero. Comencé a pedalear a toda velocidad. Al tercer cruce, iba con la lengua fuera.

—Corriendo llegaría antes —bromeó Logan.

—¿Por qué no pedaleas tú, capullo? —le contesté por encima del hombro.

—Porque yo no soy el que va detrás del amor de mi vida.

—¡Seguro que esto te motiva! —oí que decía Alexandra.

Comenzó a sonar la canción de *Titanic* a todo volumen, a través del móvil de mi amiga.

—¡Vamos, tú puedes! —me animó Chris por encima de la música.

Pedaleé lo más rápido que pude. El corazón me latía a toda hostia. Estaba emocionado y acojonado a partes iguales. Tenía que llegar al Cipriani costase lo que costase.

52

Kate

Me recogí la cola del vestido de novia y bajé la escalinata de mármol lo más deprisa que me permitieron los zapatos de tacón. Cuando salí a la calle, la brisa primaveral me acarició el rostro. Aunque la tormenta había cesado, el suelo estaba empapado. Ya era de noche.

—¡Kate! —Gritó una voz masculina.

Mi corazón se detuvo en mitad de un latido. Frené en seco y miré en todas direcciones. Ben estaba junto a la calzada, pedaleando en la bicicleta de un bicitaxi.

—¿Ben? —Lo observé desconcertada.

Llevaba el traje gris que se ponía en las grabaciones del programa. Si estaba ahí, en lugar de en plató, solo podía significar una cosa.

Ben saltó de la bicicleta y se lanzó hacia las escaleras. Reanudé la marcha a la par que mi corazón retomaba los latidos.

Nos encontramos a mitad de camino, deteniéndonos a un escalón de distancia, el uno frente al otro.

Me recorrió con la mirada y se llevó la mano al pecho, que le subía y bajaba a toda prisa.

—Estás preciosa… —observó con adoración y casi sin aliento.

Tras mirarnos a los ojos unos segundos, rompimos el silencio a la vez:

—¿Te has… casado?

—¿Has dimitido? —pregunté igual de agitada que él.

—Sí…

—No… —Negué con la cabeza.

Él dejó escapar una exhalación de alivio y dijo:

—Joder, menos mal…

—¿Por qué has dimitido?

Ben me pidió un momento con la mano. Mientras recobraba la respiración, me fijé en su aspecto: estaba completamente despeinado, tenía las mejillas sonrosadas y la camisa por fuera del pantalón del traje. La corbata granate le colgaba aflojada alrededor del cuello. ¿Había venido pedaleando desde el estudio de grabación?

—He dimitido porque tú me importas más que cualquier trabajo —soltó con aplomo.

El estómago me dio un vuelco.

Abrí la boca para contestar y él prosiguió:

—Escúchame, por favor. Sé que tu padre había tanteado a Cody Jones para reemplazarme. Imagino que te pidió que rompieses conmigo a cambio de no despedirme o algo así. Quiero que sepas que me he quitado de en medio. No permitiré que me use para manipularte. Ahora eres libre de decidir si quieres estar conmigo o no.

Los ojos se me empañaron. ¿Ben había renunciado a su sueño para que pudiéramos estar juntos? Aquello era lo más conmovedor que había hecho alguien por mí.

—No me he casado. No he podido… De hecho, iba a buscarte.

—¿Has hecho un *Novia a la fuga*?

—Sí… —Una pequeña sonrisa brotó a mis labios—. Hannah me ha contado que ibas a dimitir y quería impedírtelo. Todo lo que dije ayer es mentira. Lo siento si te hice daño… —Se me quebró la voz.

—Shhh. Tranquila, lo sé.

—Yo quería estar contigo, pero me enteré de lo que planeaba hacer mi padre y no podía cargar con el peso de que te quitaran lo que más te importa…

—El trabajo no es lo que más importa, eres tú —repitió.

—Tú también eres lo que más me importa… —Sonreí—. No te dije nada ayer porque te conozco. Sé que no lo habrías aceptado y que probablemente te habrías presentado dando gritos en el despacho de mi padre.

—Sí, eso es exactamente lo que habría hecho.

—Y él te habría despedido igual… —Hice una pausa—: Me he dado cuenta de que contigo no tengo que fingir ser alguien que no soy, me siento escuchada y vista. Contigo puedo hacer lo que quiera, no tengo que esconderme por temor a que me juzgues. Tú me animas a salir de mi zona de confort y a hacer locuras. Contigo me siento libre, y esa es la vida que quiero.

Su nuez se movió cuando tragó saliva. Y, entonces, me encontré pronunciando las palabras que no creí que volvería a decir:

—Te quiero, Ben.

Una sonrisa enorme iluminó su rostro. Me agarró la cara con las manos. Sus ojos verdes brillaban tan emocionados como los míos.

—Joder, yo también te quiero, Kate. —Estampó sus labios contra los míos—. Nunca he dejado de hacerlo.

Una alegría infinita se desbordó por mi pecho. Se inclinó para besarme con una sonrisa contagiosa en el rostro. Sus labios resbalaron contra los míos. El corazón se me subió a la garganta cuando enroscó los brazos alrededor de mi cintura, pegándome más a él.

Sentía alegría, emoción y una euforia que me hacía querer saltar.

Nos besamos con frenesí, dejándonos llevar por la emoción que sentían nuestros corazones al estar juntos sin temores ni barreras.

Sabía que hacía algo de frío, pero no lo notaba. La calidez se había apoderado de mi cuerpo. Por fin estaba en el sitio correcto, por fin estaba donde quería estar y con quien quería estar.

Ben se apartó mucho antes de lo que me habría gustado.

—Escucha, no me iré nunca —aseguró—. Si alguna vez quieres que salga de tu vida, tendrás que dejarme tú. Sé que va a sonar a cliché de película romántica, pero siempre has sido tú. Y siempre serás tú, Kate. No he encontrado en nadie nada remotamente similar a lo que tengo contigo. Me vuelves loco. Estoy enamoradísimo de ti.

Sonreí como una adolescente enamorada.

—Yo tampoco he sentido por nadie lo que siento por ti. Contigo me apetece hacer locuras, como darme a la fuga en mi propia boda.

Ben me estrechó de la cintura y volvió a besarme.

—¡Vivan los novios! —oí que decía una voz femenina entusiasmada.

—¡Vivan! —respondieron varias voces masculinas, antes de aplaudir.

Sonreí contra los labios de Ben. Me aparté y miré por encima de su hombro. Un poco más abajo estaban Logan, Chris y Alexandra.

—Tenemos público… —dije cuando volví a mirar a Ben.

—Bah… Ignóralos.

Me cogió de la nuca y me dio un morreo de esos de película en los que la cámara da vueltas alrededor de la pareja protagonista al final.

—¡Katherine, vuelve aquí inmediatamente! —exclamó una voz fría y cortante.

Me separé de los labios de Ben y eché un vistazo por encima del hombro. Mi padre estaba plantado en lo alto de las escaleras, con expresión severa.

—Dame un momento —le pedí a Ben.

Él asintió.

Subí los escalones que me separaban de mi padre.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó—. Vuelve dentro ahora mismo. No permitiré que pongas a la familia en ridículo.

—No.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que no. Ni voy a entrar ni voy a casarme. Voy a irme con Ben y no puedes hacer nada para impedírmelo. Estoy cansada de hacer lo que quieres. A partir de ahora, el guion de mi vida lo escribo yo.

—Ya sabes qué le pasará a él… —me amenazó.

—Ha dimitido. Ya no puedes controlarme.

Di media vuelta para marcharme.

—Si das un paso más, despídete del puesto de directora.

Bajé primero un escalón y luego otro.

—Te arrepentirás de esto —dijo mi padre.

—Lo dudo.

Corrí escaleras abajo para reunirme con Ben. Quería que mi nueva vida empezase cuanto antes.

Cuando me planté delante de él, le sostuve la cara con las manos y lo besé.

—¿Nos vamos a un sitio más tranquilo? —murmuré pegada a su boca.

Se apartó y me dedicó una sonrisilla.

—Uf, creí que no lo preguntarías nunca… Espera, no creerás que voy a acostarme contigo solo porque me lleves a un sitio tranquilo, ¿no? —bromeó.

—En realidad, sí.

—Bien, porque eso es justo lo que va a pasar.

Ben entrelazó los dedos con los míos. Al llegar abajo, sus amigos

nos recibieron con abrazos. Ben no tardó en tirar de mi mano.

—¿Cogemos el bicitaxi? —me preguntó.

—¿De dónde lo has sacado?

—Es una historia muy larga.

—¿Qué te parece si mejor nos vamos en el coche nupcial? —Señalé el Rolls-Royce que estaba aparcado un par de metros más allá.

En la parte trasera tenía un cartel en el que podía leerse recién casados, rodeado de rosas blancas.

—¿Estamos robando un coche? —me preguntó Ben cuando nos paramos delante—. ¿Somos Bonnie y Clyde?

—No lo estamos robando. —Me saqué las llaves del bolsito plateado—. Era de mi abuelo. No creo que mi padre vaya a echarlo de menos.

Nos despedimos de sus amigos y nos subimos al vehículo. Me senté detrás del volante y Ben en el asiento del copiloto.

Giré la llave y encendí el motor. A través de los altavoces, comenzó a sonar «Getaway Car», de Taylor Swift. Al igual que Ben, decidí tomármelo como una señal de que todo iría bien. Eché un vistazo por el retrovisor y me incorporé al tráfico de la Quinta Avenida.

—Estoy bastante segura de que mi padre va a desheredarme con efecto inmediato. —Tamborileé el volante con los dedos.

—No pasa nada. —Ben apoyó la mano sobre la mía—. Volveremos a empezar y nos buscaremos la vida. Estaremos bien.

Me detuve frente al paso de peatones porque el semáforo cambió a rojo. A continuación, eché un vistazo por encima del hombro para mirarlo.

—Divorciados y sin trabajo… —le dije—. Tenías razón: los finales perfectos no existen.

Él se inclinó hacia mí. Atraída como un imán, lo imité.

Me acarició la mejilla y dijo:

—Esto no es un final, Kate. Es un comienzo perfecto.

Incapaz de contenerme, apreté los labios contra los suyos. El conductor que teníamos detrás tocó el claxon, interrumpiendo nuestra burbuja romántica.

—Nos están pitando. —Hice amago de apartarme de sus labios.

—Me la suda. —Ben plantó una mano en mi nuca y me atrajo hacia él.

Seguimos besándonos hasta que el conductor impaciente volvió a pitar. En esa ocasión fui yo la que se apartó de Ben.

—¡Que ya voy, idiota! —le dije, mirándolo a través del retrovisor.

—¡Esa es mi chica! —felicitó Ben—. Acabas de ganarte el carnet de neoyorquina por insultar tras el volante.

Me reí y pisé el acelerador. Por el rabillo del ojo vi a Ben sacarse el móvil del bolsillo y apuntarnos con él.

—Acabamos de fugarnos juntos por segunda vez —contó a cámara—. Kate, ¿adónde vamos?

Una sonrisa se dibujó en mi cara. La primera vez había sido yo quien había grabado.

—¿Qué te parece si vamos a Atlantic City? —propuse—. He oído que la pizza allí está riquísima.

—Genial, porque me muero de hambre.

Aparté la mano del volante y busqué la suya. Volvíamos al origen, porque, como había dicho él, aquello no era un final, sino un nuevo comienzo.

Epílogo

Ben

Un año más tarde

La tarde que Kate se fugó de su boda acabamos en Atlantic City, cenando pizza en una habitación del mismo hotel en el que nos casamos la primera vez. Aunque toda la gente que nos cruzamos nos dio la enhorabuena al verla a ella vestida de novia y a mí con el traje gris, no volvimos a contraer matrimonio ese día.

Al día siguiente nuestras fotos besándonos en la puerta del Cipriani estaban en la prensa acompañados de titulares sensacionalistas. Nuestro favorito era el que rezaba: «Exclusiva: ¡El hijo de la alcaldesa de Nueva York y la heredera de Morgan Media cancelan su boda, y ella se fuga con un famoso presentador!». Debajo aparecía una foto nuestra en la que salíamos besándonos, acompañada del siguiente texto: «Katherine Morgan se fuga con Ben Sharp después de la sonada dimisión del presentador».

Aquella primavera nos fuimos a vivir juntos. Ella dejó el ático que compartía con Preston para mudarse a mi apartamento.

En el plano laboral las cosas tardaron un poco en estabilizarse para nosotros. Fiel a su palabra, Arthur despidió a Kate *ipso facto*. Y yo fui reemplazado por Cody Jones, publicaron la noticia en la prensa días después de mi dimisión.

En cuanto Kate terminó de pulir el guion de su primera comedia, se animó a mandárselo a varias productoras. Antes de que el verano

llegase a su fin, una había contactado con ella. El día que tuvo la primera reunión, me quedé escuchando detrás de la puerta. Cuando colgó la llamada, después de que le dijeran que le mandarían una oferta económica para adaptar su guion, corrí a abrazarla mientras ella lloraba. Recuerdo que no podía creerse que la gente fuese a ver su historia en la gran pantalla.

Cada día estaba más enamorado de ella. Verla perseguir sus sueños y convertirse en la persona que siempre había deseado ser era inspirador y hacía que el amor que sentía aumentara más y más.

En cuanto a mí, aunque no me arrepentía de haber dejado el antiguo trabajo, en ocasiones lo echaba de menos. Ahora escribía guiones para otro *late show* que se rodaba en Nueva York; no me pagaban mal y me dejaban trabajar algunos días desde casa.

—¿Aquí te parece bien? —me preguntó Kate deteniéndose a un par de metros de la orilla.

—Sí.

Cuando nos sentamos sobre la arena de la playa en la que nos dijimos «te quiero» por primera vez, ella cerró los ojos y se concentró en el rumor de las olas del Atlántico. Estaba a punto de atardecer, corría una brisa fresca y primaveral que le removía el pelo.

Hacía un año exacto que se había fugado de su propia boda. Desde entonces, no nos habíamos separado.

La primera vez que Kate y yo nos casamos fue fruto de la decisión impulsiva de dos adolescentes intensos que no querían despedirse. No hubo planificación, ni anillo, ni una localización de ensueño, ni un discurso emocionante cargado de palabras empalagosas.

Esta segunda vez quería hacerlo mejor. Por eso me lo había currado un poco más.

Por alguna razón, me sudaban las palmas de las manos. De pronto, los nervios me estaban acribillando. No tenía sentido. Ya le había pedido antes que se casase conmigo y no me lo había pensado tanto.

Aunque me había preparado un discurso, no había pensado en lo más básico: ¿debía arrodillarme? A mí me parecía una costumbre anticuada, pero por ella lo haría. Planté la mano en la arena para coger impulso. Entonces, caí en la cuenta de que, si me arrodillaba, llamaría la atención de las personas que nos rodeaban.

Nah. Mejor dejaría de lado ese paripé. Seguro que Kate preferiría pasar desapercibida.

«Mierda. ¿Debería haberlo hecho en casa?».

—¿De qué crees que hablan? —La voz suave de Kate interrumpió el hilo de mis pensamientos.

La miré por encima del hombro. Ella tenía la vista puesta en una pareja que charlaba un poco más allá.

—Yo creo que él le está diciendo que, desde que la ha recuperado, es el tío más feliz sobre la faz de la Tierra.

—¿Sí? ¿Y qué más le dice?

—Que no se imagina un día sin ella, que la quiere más que a nada en el mundo y que hará todo lo que esté en su mano por hacerla feliz.

Una sonrisa tierna se adueñó de su rostro.

Kate giró la cabeza y dijo:

—Ella nunca ha sido tan feliz como ahora. Está tan enamorada que le da miedo despertarse y que esto sea un sueño.

Resistí el impulso de besarla. En su lugar, saqué la cajita blanca del bolsillo y la orienté en su dirección. Sus ojos azules se desviaron un momento hasta mi mano y luego regresaron a los míos.

Respiré hondo y me lancé al mar de cabeza.

—Kate, antes de conocerte no entendía cómo la gente se enamoraba tan rápido en las películas, pero llegaste tú y me demostraste que enamorarse es algo tan sencillo como respirar. Te prometo que jamás te daré por sentada y que me esforzaré para que tu vida sea como una comedia romántica. Le diste una oportunidad al chico que estaba perdido, al que no supo valorar lo que tenía y al que se acojonó antes de tiempo. Sin embargo, yo sí sé lo que quiero. Tengo clarísimo que lucharé por ello cada día… —Tragué saliva y abrí la caja—. ¿Quieres volver a casarte conmigo?

Kate ahogó una exclamación y se tapó la boca con las manos. Sus ojos brillaban por las lágrimas contenidas. Ni siquiera desvió la vista al anillo. Simplemente siguió mirándome como si yo fuese lo más importante.

—¿Eh…? —pregunté, pasados unos segundos—. ¿Vas a decir algo?

—¡Perdón! ¡Sí! —Se arrodilló sobre la arena y me echó los brazos al cuello—. ¡Sí, quiero, Ben!

El alivio me inundó.

No me dio tiempo a sacar el anillo de la caja porque ella se adueñó de mis labios. Nunca había sido tan feliz como en ese momento.

—¡Estaba pensando si pedírtelo yo a ti! —confesó entre besos—. Pero no sabía si lo verías precipitado. —Volvió a besarme—. Solo llevamos un año y…

Me aparté de su boca y la observé como si hubiera perdido la cabeza.

—Mi amor, yo te lo habría pedido el año pasado, pero me he obligado a ser paciente —confesé—. Te he dado espacio por aquello de que acababas de divorciarte y de salir escopetada de un matrimonio de conveniencia… —Terminé en un tono divertido.

Ella contuvo la sonrisa.

A continuación, le coloqué la caja delante de la cara.

—¿Te gusta? —le pregunté.

Ella, por fin, bajó los ojos hasta el anillo. Era discreto, de oro blanco, con un diamante pequeño en forma de corazón en el centro.

—¡Me encanta! ¡Corre, pónmelo! —Sonrió, y alargó la mano en mi dirección.

Lo saqué de la caja con cuidado. Cuando lo deslicé sobre su anular, sentí que le estaba haciendo una promesa de amor eterno.

—Venía con esto. —Saqué el certificado de la mochila y se lo entregué.

Ella se concentró en leerlo.

Después de investigar, le había comprado un anillo de compromiso de la marca Darry Ring. Su filosofía me había llamado la atención. Solo podías comprar un anillo en toda la vida para una única persona. Para asegurarse de ello, al adquirirlo, vinculaban tu identidad con la compra y te hacían firmar un acuerdo de Amor Verdadero que lo explicaba todo. Yo ya lo había firmado. Ahora solo quedaba que lo hiciera ella.

Kate abrió la boca y me miró sorprendida.

—¡Ay, Dios! ¡Voy a casarme con un romanticón!

—Como si no lo supieras ya…

Se estiró y hurgó en su bolso en busca de un bolígrafo. Después se colocó el certificado sobre las piernas y lo firmó.

—¡Ya está! —Me mostró su firma.

—Voy a enmarcarlo —le dije—. Y el certificado de matrimonio también. Espero que lo sepas.

Se le escapó la risa.

—Me parece bien.

Ella me empujó sobre la arena y me llenó la cara de besos.

—¿Cómo quieres hacerlo esta vez? —le pregunté mientras le colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Nos fugamos ahora mismo a Atlantic City? ¿Organizamos un bodorrio en Manhattan?

—Mmm… La verdad es que me gustaría hacerlo aquí.

—¿Quieres que nos pongamos a follar aquí? —bromeé.

—Sí. Y también que nos casemos aquí, en una ceremonia íntima, al atardecer. ¿Qué te parece?

Yo me casaría con ella en ese mismo momento y de cualquier manera.

—Me parece genial.

—Entonces está decidido. —Sonrió—. Estaba pensando que nos conocimos aquí al lado y que en esta playa nos dijimos «te quiero» por primera vez, y bueno, ahora acabas de pedirme que me case contigo.

—Cuando dices «ceremonia íntima», ¿te refieres a casarnos tú y yo solos o están invitados nuestros seres queridos?

—Me refiero a algo sencillo, sin pretensiones y con quien nosotros queramos. Por mi parte, con que estén Preston y Julia me vale.

Aunque no hablaba mucho del tema, sabía que todavía le dolía la ausencia y la decepción que se había llevado con su padre.

—Yo invitaría a mi madre y a Joseph, y a mis amigos, claro. A fin de cuentas, son parte de la familia. Quiero que todos sean testigos de lo mucho que te quiero.

Ella apretó los labios contra los míos.

—¿Tienes la cámara contigo? —me preguntó.

—Sí.

—¿Me la dejas? —Se incorporó—. Quiero recordar este momento siempre.

Kate había empezado a grabar los momentos importantes de nuestra vida. Tenía un vídeo del día que nos fugamos a Atlantic City, otro de cuando se mudó a mi apartamento, donde se nos veía cargando cajas, y también había grabado uno el día que le compraron el guion.

Me senté y la saqué de la mochila.

Ella la encendió y orientó la pantalla hacia nosotros.

—Hoy es veintiuno de marzo —empezó emocionada—. Estamos en la playa de Montauk y Ben acaba de pedirme matrimonio por segunda vez. Hemos pensado casarnos aquí.

—Entonces ¿cuándo nos casamos?

—¿Qué te parece el 23 de agosto?

—¿Igual que la primera vez?

—Sí.

—Vale. ¿Compramos alianzas nuevas? Tengo guardada la que usé la primera vez, pero es un poco cutre, ¿no?

—Ben, ¿aún conservas la alianza que usamos hace catorce años?

Asentí y los ojos se le empañaron otra vez.

—¡Yo también tengo la mía! —Sonrió, y se le escaparon un par de lágrimas.

Dejándome llevar por la felicidad que sentía, le agarré la barbilla y la besé.

Tres meses más tarde…

Estaba solo en aquel rincón de la playa, con la única compañía del ruido de las olas y las gaviotas. El mar se extendía ante mis ojos hasta el infinito. Me saqué el móvil del bolsillo interno de la chaqueta y volví a consultar la hora. Eran las siete y media. Había pasado un minuto desde la última vez que lo había mirado. Volví a guardar el

teléfono y suspiré. Incapaz de estarme quieto, comprobé que tenía los gemelos en su sitio y me recoloqué la pajarita por centésima vez.

Estaba impaciente por verla.

Oí el ruido de sus pisadas suaves sobre la arena, detrás de mí, y me puse un poco nervioso. Tiré de toda mi fuerza de voluntad y resistí el impulso que me pedía a gritos darme la vuelta.

Pasados unos segundos, sentí un toquecito en el hombro.

«Uf. Por fin».

Me di la vuelta y me quedé mirándola tan impactado como cuando Romeo ve a Julieta al otro lado de la pecera por primera vez en la película de Baz Luhrmann.

Le eché un vistazo a mi prometida de la cabeza a los pies.

Kate llevaba las ondas rubias sueltas y algo revueltas por la brisa veraniega. Su vestido era sencillo, blanco, de tirantes, ajustado en la parte superior y largo hasta el suelo. La falda tenía una abertura lateral, por la que asomaba su pierna. Estaba descalza, sostenía un ramo de rosas blancas y llevaba una bolsa pequeña colgando de la muñeca.

Tragué saliva al fijarme en que llevaba el colgante que le regalé cuando cumplió dieciocho años.

Yo no tenía ni puñetera idea de lo que era el *first look* hasta que Kate me lo explicó semanas atrás. Sin duda había sido todo un acierto vernos nosotros antes y disfrutar de aquel momento íntimo.

—Hola. —Me saludó con una sonrisa radiante—. Estás guapísimo.

Sus ojos no mentían. Me encontraba irresistible con el esmoquin.

—¡Joder, tú estás impresionante!

Ella giró sobre los talones para mostrarme que su vestido dejaba casi toda la espalda al descubierto.

Cuando volvió a encararme, me tiré de espaldas sobre la arena y

me llevé la mano al pecho de manera dramática.

—¿Qué haces? —Se rio.

—Estás tan preciosa que creo que he muerto y estoy en el cielo, ¿verdad?

Su carcajada alegre me hizo sonreír.

—Me parece que tú irías más al infierno. ¡Vamos, bobo, levanta!

Me tendió la mano para ayudarme a incorporarme. Se la agarré y le di un suave tirón. Ella perdió el equilibrio y se cayó encima de mí.

Presioné los labios contra los suyos, ahogando su risa, y le rodeé la cintura con las manos.

No podía dejar de besarla.

—Ben… —Se rio contra mis labios—. No podemos llegar tarde a nuestra propia boda.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo. Vamos.

—Uf. —Bajé las manos hasta su culo—. Ya sabes lo cachondo que me pone que me des órdenes.

Ella dejó el ramo en el suelo con delicadeza.

—Quiero que nos demos prisa porque estoy impaciente por casarme contigo —me dijo.

—Y yo más.

Ella se levantó, cogiendo las flores, y yo la seguí.

—¿Lista? —Le ofrecí mi brazo tan pronto como terminé de sacudirme la arena.

—Antes quiero darte una cosa. Sujétame el ramo un segundo, por favor. —Me lo entregó.

Se descolgó la bolsa pequeña de la muñeca y la alargó en mi dirección. Cuando la cogí, ella me pidió el ramo con un gesto de la mano.

Saqué la caja que había en su interior. Al abrirla, me encontré un reloj con la esfera oscura, parecido al que tenía antes.

—¿Es una réplica del reloj de Cooper de *Interstellar*? —pregunté.

—Sí. El día que me contaste lo de las señales, me dijiste que, por un momento, pensaste que quizá provenían de tu yo del futuro, como en *Interstellar*. Y el día en que nos conocimos, me contaste emocionado que te encantaba el final de *Titanic* porque cuando Rose muere y se reencuentra con Jack, el reloj que tenían detrás marcaba las dos y veinte, que era la hora a la que se hundió el Titanic. Recuerdo que, cuando volví a ver la película contigo, me fijé en que ese detalle era cierto. Eso me llevó a pensar que a las dos y veinte era la hora en la que Jack y Rose estarían juntos para siempre. Y, bueno, este reloj no tiene pila y siempre marcará las dos y veinte porque simboliza que quiero estar contigo siempre.

Los ojos me picaban. Saqué el reloj y pasé el pulgar por la esfera. Al darle la vuelta vi que tenía una inscripción grabada que rezaba:

SI TÚ SALTAS, YO SALTO.

JUNTOS SIEMPRE,

BEN Y KATE

Debajo aparecía la fecha de nuestra boda.

Levanté la vista y me lancé a besarla, sujetándole la cara con las manos.

—Te quiero —le dije.

—Y yo a ti. ¿Te gusta el reloj?

—Me encanta.

—Si quieres usarlo, podemos ponerle una pila.

Entrelazamos los dedos y echamos a andar hacia donde nos esperaban. Bordeamos una roca gigante y nos encontramos con

Hannah, que nos miraba emocionada. Le hizo un gesto con la mano a alguien y comenzó a sonar la música a través de los altavoces. Kate y yo habíamos elegido «Another Day of Sun», el tema inicial de *La La Land*, versionado a piano para entrar en la ceremonia. Nuestros seres queridos se levantaron y se dieron la vuelta para mirarnos.

El atardecer despuntaba en el horizonte.

En medio de las filas de sillas doradas, dos hileras de velas encendidas dentro de tarros de cristal marcaban el camino al altar. Detrás del atril blanco estaban Alexandra y Julia, maestras de ceremonias. A un lado del altar estaba Preston, y al otro, Logan y Lola, nuestros padrinos.

Kate y yo caminamos juntos hacia ellos. Mi madre, apostada en primera fila, tenía los ojos llenos de lágrimas. Le sonreí y ella me dijo un «te quiero» mudo.

La ceremonia fue tan corta como la primera. Archie se acercó con la caja de los anillos y me la entregó. Cuando Kate y yo nos dimos el «sí, quiero» y nos declararon marido y mujer, la besé, plantando una mano en su nuca y otra en su baja espalda. La incliné como en las películas y todo se llenó de aplausos y vítores a nuestro alrededor.

Lo único en lo que podía pensar era en que Kate era MI MUJER. El corazón me latía a toda velocidad, seguro de que aquella vez era la definitiva.

Seis años después

Dejé el cubo de palomitas en la mesa del salón y salí al porche trasero. Hacía cinco años que Kate y yo nos habíamos mudado a Montauk. Vivíamos en una casa pequeña frente al mar, disfrutando

de la tranquilidad. Ambos seguíamos ganándonos la vida como guionistas; me gustaba pensar que éramos algo así como la nueva versión de Lisa Joy y Jonathan Nolan. Hacía poco me habían ofrecido la posibilidad de volver a estar delante de las cámaras de un *late show* y todavía estaba meditando si aceptar o no, porque supondría pasar más tiempo alejado de mi familia.

Mi mujer estaba sentada en la mesa de madera, tallando una calabaza de Halloween junto a nuestro hijo de cuatro años. Aprovechando que no me habían visto, fui a buscar la cámara. Regresé con sigilo, me apoyé en el marco de la puerta y pulsé el botón de grabar. Era una tarde otoñal de mediados de octubre, corría una brisa fría.

—Mami —empezó Mike con su voz cantarina pasado un rato—, de mayor quiero ser *dibujor*.

—¿*Dibujor*? —Kate lo miró.

—Sí. Voy a ser *dibujor* para hacer dibus siempre a papi y a ti, como este. —Señaló el papel que tenía delante.

—Me parece muy bien, mi vida. De mayor puedes ser lo que tú quieras.

—¿Y astronauta también?

—Sí. Puedes dibujar, ir a la Luna…, lo que tú quieras. Papá y yo te apoyaremos en todos tus sueños.

Mike soltó el dibujo y se lanzó a los brazos de su madre.

De pronto, me picaban los ojos. Sentí que el corazón se me saldría del pecho.

Estaba tan enamorado como el primer día y cada día que pasaba más orgulloso de ella y de la familia que habíamos formado.

Su padre nunca la apoyó. Sabía lo mucho que la había marcado aquello. Kate había luchado y había cumplido sus sueños incluso cuando le habían dicho que no podría hacerlo. No me cabía duda de

que acompañaría a nuestro hijo a la Luna si así se aseguraba de que Mike era feliz. Y yo me iría encantado con ellos.

Cerré la tapa de la cámara y la apagué. Estiré el brazo para dejarla en el mueble del salón.

Kate levantó la vista y me miró. Sus ojos azules resplandecían de felicidad.

—Mi vida, ¿quieres enseñarle a papá el dibujo tan chulo que has hecho?

—¡Síííí! —Mike cogió el dibujo y saltó del banco—. ¡Papi, mira! —Se acercó corriendo hasta mí.

Me agaché y lo cogí en brazos. Él me mostró el dibujo, con manchurrones de calabaza, en el que se veían tres monigotes al lado de un rectángulo deforme en el que había garabateado algo ilegible.

—Este eres tú. —Señaló el monigote más alto—. Esta es mami y este soy yo.

—¿Y dónde estamos?

—En el cine de mami.

—Cuéntale de qué vamos disfrazados —le pidió Kate divertida.

Desvié los ojos un segundo hasta mi mujer, que nos miraba con cara de adoración absoluta.

—Papi, mami y tú sois momias, y yo, Drácula.

—Ah, claro, esto son las vendas, ¿no? —pregunté, echándole imaginación.

Él asintió y yo le di un beso en la mejilla.

—A ver, vamos a ver qué calabaza has hecho con mamá.

Bajé las escaleras del porche y me acerqué hasta la mesa, con él en brazos, y me detuve al lado de Kate.

—¡Ha quedado increíble! —alabé al ver la cara de Jack Skellington en la calabaza.

—Gracias. —Sonrió Kate—. Cuando le pongamos la vela dentro,

quedará mejor todavía.

—Papi…

—Dime. —Volví a mirar a mi hijo.

—¿Puedo elegir yo la peli de hoy?

—¿Cuál quieres ver?

—*¡Hotel Transylvania!*

—¿Otra vez? La vimos anoche.

Él sonrió y asintió.

Le encantaba esa película hasta el punto de que en Halloween se disfrazaría del Conde Drácula.

—Vale. —Asentí.

—¡Bieeeeen! ¡Yo la pongo!

Le dejé en el suelo y él salió disparado hacia el interior de la casa. Kate se limpió las manos con un trapo, se levantó y me echó los brazos al cuello para besarme.

—¡Mami, papi, vamos! —gritó Mike.

Subí las escaleras del porche detrás de Kate. Le di un azote en el culo, como hacía siempre que lo tenía delante.

Ella entró al salón, cogió el cubo de palomitas y se sentó en el sofá. Mike se subió a su lado y apoyó la cabeza sobre ella.

—¡Papi, que empieza! —exclamó Mike.

Cerré la puerta del porche, apagué la luz del salón y me senté junto a ellos. Los rodeé con el brazo y Kate sonrió antes de comerse una palomita de caramelo.

Quizá este final pueda parecer el típico y aburrido «Y vivieron felices y comieron perdices», pero mentiría si dijera que no me sentía el rey del mundo. Porque allí, delante de mis ojos, tenía mi final perfecto.

Agradecimientos

¡Hola, hola!

No me creo que esté escribiendo los agradecimientos de mi SÉPTIMO libro. Siete libros publicados en poco más de cuatro años me parece tan fuerte que una parte de mí piensa que estoy soñando (no me despertéis nunca, por favor).

Escribir este libro ha sido un proceso largo y difícil en el que, por momentos, perdí la fe en mí misma y creí que nunca conseguiría terminarlo. Por suerte, la recuperé y aquí estoy otra vez. Como todas las historias, esta también ha sido una montaña rusa de emociones. Con estos personajes me he reído mucho, recuerdo cuando le conté a mi editora riéndome la escena del divorcio dentro de la caja de pizza, o que Ben terminaría desnudo en una azotea; también he suspirado de amor (¿qué hago para que Ben me compre un cine y me diga «Siempre has sido tú, Violeta»?) y momentos en los que he llorado un montón, como cuando Kate le dice a su hijo que le apoyará en todos sus sueños. Por esto último, creo que Kate y su historia de perseguir su sueño, incluso cuando le dijeron que no podría, se quedará para siempre conmigo.

Ahora no me enrollo más y voy con los agradecimientos:

En primer lugar, me gustaría dar las gracias a las lectoras que confían en mis historias y que me apoyan día sí y día también. Gracias por leerme, por escribirme cosas tan bonitas y por venir a verme a las firmas (haga frío o calor). Espero que os haya gustado

este libro y que estéis deseando leer el siguiente. Me ha hecho mucha ilusión que tantas quisierais leer la historia de Ben y Kate, y que me preguntarais tanto por ellos. Un poco como lo que dice Ben sobre el programa en el que trabajaba: sin vosotras al otro lado estos libros quizá no estarían aquí.

Pasando a mis agradecimientos especiales:

Adri, gracias por acompañarme en esta nueva aventura, por sostenerme cada vez que pierdo el equilibrio y por animarme a perseguir mis sueños desde que tenía veintidós años y no sabía qué quería hacer con mi vida. Siempre me empujas hacia arriba y siempre estás ahí, pase lo que pase. Nunca olvidaré el día que alquilamos el Mustang y me llevaste a Montauk solo porque quería ver dónde se enamorarían mis personajes. Aunque casi salimos volando por culpa del viento en el faro, me lo pasé genial. Escribo sobre amor, sobre gente enamorándose y sintiendo cosas dentro del pecho y no puedo evitar pensar en ti. Te quiero mucho. (Como imaginarás estoy llorando a muerte mientras escribo esto).

Tamara, sé que lo he dicho mil veces, pero ojalá todo el mundo tuviera una amistad como la nuestra. Gracias por apoyarme en este camino desde el inicio, desde que empecé a escribir *Cien razones para odiarte* en los descansos de la uni y eras la primera en leerte los capítulos. Gracias por ser la lectora beta más *fangirl*, por enamorarte de todos mis personajes y animarme a seguir escribiendo, y por mandarme siempre los *gifs* más risotas. Te quiero un montón.

A mi editora, Clara, gracias por estar siempre ahí, por ayudarme a salir de los atascos y ser tan comprensiva, por apostar por mis ideas y creer en ellas, por tirarte horas hablando conmigo por teléfono y por animarme a descansar (parece una tontería, pero es muy importante, jajaja). También quería decirte que me río un

montón con nuestros *stickers*, creo que nunca dejaré de usar el de «I'm Just Ben». Y quería darte las gracias por entenderme y acompañarme en los altos y en los bajos. *You da best!*

Paloma, una vez más, gracias por escuchar el *pitch* de esta novela. Nunca olvidaré que este te lo conté en una azotea con vistas a la Gran Vía en julio de 2025 (que se dice pronto) mientras nos bebíamos un Aperol, o dos, jaja. Te prometo que lo más divertido del mundo de contarte una idea es ver tus caras. Es muy inspiradora la pasión que sientes y transmites por tu trabajo. Y tenerte como amiga es un gran privilegio.

También quería dar las gracias al resto de mis amigas, por apoyarme siempre y entender cuando tengo que encerrarme a escribir, cuando tengo que salir y cuando necesito un abrazo. Sin vosotras la amistad no tendría un peso tan relevante en mis novelas. Sois geniales todas y os quiero mucho. Ana, gracias por acompañarme en las rayadas y en las risas, y por darlo todo conmigo viendo a Harry Styles. Un viaje al año juntas es la mejor receta para la risa, *can't wait* para ser vecinas. Ali, gracias por estar siempre ahí, por ser tan friki como yo y por venir a verme a las firmas. Erica, gracias por venir a verme desde Estocolmo. Mei, gracias por escucharme, por más sesiones de escritura en el despacho del CEO. Raquel, gracias por ser una incondicional desde el inicio y hacer lo que sea por verme, aunque sea un ratito. Silvia, por ser otro gran apoyo desde los inicios y por dar los mejores abrazos del mundo. Y a mi familia, con una mención especial a mis hermanos, sin los que no me imagino la vida.

Por último, pero no menos importante, muchísimas gracias a todo el equipazo de Penguin que ha formado parte de esto de alguna manera u otra: mi editora técnica, Marta, que va a dejar el libro precioso con los mensajitos de las galletas de la fortuna; a

Marta A., gracias por leerte este libro y darme tu opinión, a mis correctoras, a Mari Carmen y Mercedes, a Anna Puig, Sandra, Blanca y Jimena. Y a Ana Hard por una portada increíble.

De corazón: gracias.

¡Nos leemos en la siguiente novela!

Ella necesita darle un cierre a su historia.
Él hará lo que sea por recuperarla.



Ben Sharp piensa que los finales perfectos no existen, y mucho menos los de las comedias románticas. Desde que hace trece años se casó con la chica de sus sueños y al día siguiente todo se torció, dejó de creer en el amor y solo ha tenido rollos sin compromiso. Sin embargo, cuando ella aparece inesperadamente en Nueva York para pedirle el divorcio, él no lo ve como un cierre, sino como una oportunidad para volver a comenzar.

Kate Morgan es la heredera de un imperio millonario. Solo se ha salido del camino que estaba escrito para ella una vez: cuando se casó con Ben, el chico del que estaba enamorada y que su familia nunca aprobó. Jamás imaginó que él le rompería el corazón.

Ahora necesita que él firme el divorcio y sacarlo de su vida cuanto antes. El problema es que ese hombre atrevido, sexy y gracioso no está dispuesto a perderla por segunda vez.

Y ES QUE A VECES LO QUE PARECE UN FINAL ES SOLO EL PRINICPIO.

Violeta Reed nació en Madrid. Lo de escribir le viene de pequeña: dice que cuando no podía dormir se imaginaba miles de historias de amor. Le encanta viajar y no puede vivir sin música. Antes de ser escritora trabajó en otras áreas como el marketing, pero lo que siempre le ha apasionado es contar historias.

Es autora de la bilogía Mis Razones, compuesta por *Cien razones para odiarte* y *Mil razones para quererte* (Ediciones B, 2022), de la bilogía Quererte, formada por las novelas *«Yo también» no es «Te quiero»* (Grijalbo, 2023) y *Quizá sí quiero* (Grijalbo, 2024). También ha publicado *Todo lo que quiero eres tú* (Grijalbo, 2024) y *Si es perfecto no es amor* (Grijalbo, 2025). *Los finales perfectos no existen* es su última novela.



Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Violeta Reed
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig
Ilustración de portada: Ana Hard

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-7175-2

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros

Instagram: @grijalbo_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Los finales perfectos no existen

Prólogo. Ben

1. Ben

2. Kate

3. Ben

4. Ben

5. Ben

6. Kate

7. Ben

8. Kate

9. Ben

10. Kate

11. Ben

12. Kate

13. Kate

14. Ben

15. Kate

16. Ben

17. Kate

18. Kate
19. Ben
20. Ben
21. Kate
22. Ben
23. Kate
24. Ben
25. Ben
26. Kate
27. Ben
28. Ben
29. Ben
30. Kate
31. Kate
32. Kate
33. Ben
34. Kate
35. Ben
36. Ben
37. Kate
38. Kate
39. Ben
40. Kate
41. Kate
42. Ben
43. Kate
44. Kate

45. Kate
46. Kate
47. Kate
48. Ben
49. Ben
50. Kate
51. Ben
52. Kate
Epílogo. Ben
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Violeta Reed
Créditos